

LESTAT EL VAMPIRO

CRONICAS VAMPÍRICAS 2

Anne Rice

(1985)

Título Original: The Vampire Lestat

Traducción: (1990) Hernán Sabaté

Edición Electrónica: (2002) Pincho

PDF: (2002) Vaktoth

Este libro está dedicado con cariño
a Stan Rice, Karen O'Brien
y Allen Daviau.

Sábado noche en la ciudad

1984



oy el vampiro Lestat. Soy inmortal. Más o menos. La luz del sol, el calor prolongado de un fuego intenso... tales cosas podrían acabar conmigo. Pero también podrían no hacerlo.

Mido un metro ochenta, una estatura que resultaba bastante impresionante hacia 1780, cuando yo era un joven mortal. Ahora no está mal. Tengo el cabello rubio y tupido, largo hasta casi los hombros y bastante rizado, que parece blanco bajo una luz fluorescente. Mis ojos son grises pero absorben con facilidad los tonos azules o violáceos de la piel que los rodea. También tengo una nariz fina y bastante corta, y una boca bien formada, aunque resulta demasiado grande para el resto del rostro. Una boca que puede parecer muy mezquina, o extremadamente generosa, pero siempre sensual. Mis emociones y estados de ánimo se reflejan siempre en mi expresión. Mi rostro está continuamente animado.

Mi condición de vampiro se pone de relieve en la piel, extremadamente blanca y que refleja excesivamente la luz: ello me obliga a maquillarme para aparecer ante cualquier tipo de cámara.

Cuando estoy sediento de sangre, mi aspecto produce verdadero horror: la piel contraída, las venas como sogas sobre los contornos de mis huesos... Pero ya no permito que tal cosa suceda, y el único indicio firme de que no soy humano son las uñas de mis dedos. A todos los vampiros nos sucede lo mismo: nuestras uñas parecen de cristal. Y hay gente que se fija sólo en eso aunque no advierta nada más.

Ahora soy lo que en Norteamérica llaman una superestrella del rock. He vendido cuatro millones de copias de mi primer álbum y voy camino de San Francisco para dar el primer concierto de una gira nacional que me llevará de costa a costa con mi grupo. MTV, el canal por cable de música rock, lleva dos semanas pasando mis video-clips día y noche. También los pasan en el «Top of the Pops» inglés y en el continente, así como en algunas partes de Asia además de en el Japón. Las cintas que recogen la serie completa de video-clips se están vendiendo por todo el mundo.

También soy autor de una autobiografía que se publicó la semana pasada.

Respecto a mi inglés, idioma que utilizo en la autobiografía, lo empecé a aprender de boca de los marineros que conducían las barcas por el Mississippi hasta Nueva Orleans, doscientos años atrás. Después, aumenté mis conocimientos con las obras de los escritores anglosajones, desde Shakespeare a Mark Twain y Rider Haggard, a quienes leí con el transcurso de las décadas. El último aporte lo recibí de los relatos policíacos de la revista Black Mask, a principios del siglo XX.

Eso fue en Nueva Orleans, en 1929.

Cuando escribo, tiendo a emplear un vocabulario que me habría resultado natural en el siglo XVIII, a utilizar frases en el estilo de los autores que he leído. Cuando hablo, en cambio, a pesar de mi acento francés, parezco una mezcla entre marinero fluvial y el detective Sam Spade. Por lo tanto, espero que no me lo tengáis en cuenta si a veces mi estilo resulta contradictorio. Si, de vez en cuando, hago añicos la atmósfera de alguna escena dieciochesca.

Desperté en el siglo XX el año pasado.

Dos cosas fueron las que me hicieron volver a la actividad.

En primer lugar, la información que me estaba llegando a través de las voces amplificadas que habían empezado a llenar el aire con sus cacofonías por la misma época en que me había retirado a dormir.

Me refiero, por supuesto, a las voces de los radios y de los fonógrafos y, más adelante, de los aparatos de televisión. Oía los radios de los coches que pasaban por las calles del viejo Garden District, cerca de donde yo yacía, y me llegaba el sonido de los fonógrafos y televisores de las casas que rodeaban mi morada.

Veréis: cuando un vampiro deja de beber sangre y se limita a reposar en la tierra —es decir, en nuestra jerga, cuando «se entierra»—, pronto queda demasiado débil para resucitarse a sí mismo, y entra en un estado de sopor.

En ese estado, fui absorbiendo las voces lentamente, envueltas en mis propias imágenes mentales, como les sucede a los mortales cuando sueñan. Sin embargo, en algún momento de los últimos cincuenta y cinco años empecé a «recordar» lo que estaba oyendo, a seguir los programas de esparcimiento, a escuchar los boletines de noticias, las letras y los ritmos de las canciones populares.

Y, muy lentamente, empecé a entender el calibre de los cambios que había experimentado el mundo. Comencé a prestar atención a ciertos tipos concretos de información sobre guerras o nuevos intentos, a ciertos nuevos modos de hablar.

A continuación, fui despertándome a un estado de vigilia. Me di cuenta de que ya no estaba soñando. Estaba pensando en lo que oía. Estaba perfectamente despierto. Me hallaba sepultado bajo tierra y me sentía sediento de sangre viva. Medité sobre que tal vez estaban ya curadas todas las viejas heridas que yo había recibido. Quizá me habían vuelto las fuerzas. Quizás incluso habían aumentado, como sin duda habría sucedido, con el paso del tiempo, de no haber sido herido. Deseé averiguarlo.

Comencé a obsesionarme con la idea de beber sangre humana.

La segunda cosa que me hizo volver a la actividad —el motivo decisivo, en realidad— fue la repentina presencia, cerca de mi lugar de reposo, de un grupo de jóvenes cantantes de rock que se hacían llamar La Noche Libre de Satán.

Los jóvenes se instalaron en una casa de Sixth Street —a menos de una manzana de donde yo dormitaba bajo mi casa de Prytania, cerca del cementerio Lafayette— y empezaron a ensayar sus piezas de rock en el desván en algún momento de 1984.

Yo escuchaba el fragor de sus guitarras eléctricas, el frenesí de sus voces. Eran canciones tan buenas como las que oía por las emisoras de radio o los equipos estéreos, y más melódicas que la mayoría. Pese a la contundencia de la batería, su música tenía algo de romántica. El piano eléctrico sonaba como un clavicordio.

Capté imágenes de los pensamientos de los músicos y así supe qué aspecto tenían, qué veían cuando se miraban entre ellos o ante un espejo. Eran unos jóvenes mortales esbeltos, nervudos y, en conjunto, encantadores; dos chicos y una chica, seductoramente andróginos y hasta un poco salvajes en sus movimientos y en su indumentaria.

Cuando se ponían a tocar, su música sofocaba todas las demás voces amplificadas a mi alrededor.

Sin embargo, eso, para mí, no resultaba ningún problema.

Tuve ganas de levantarme y de unirme a aquel grupo de rock llamado La Noche Libre de Satán. Sentí deseos de cantar y de bailar.

Pero no puedo decir que, en un primer momento, esos deseos tuvieran mucho de pensamiento elaborado. Me guiaba, más bien, un impulso irrefrenable, lo bastante poderoso como para hacerme salir de las entrañas de la tierra.

Me sentía fascinado por el mundo de la música rock, por cómo sus cantantes podían gritar sobre el bien y el mal, proclamarse ángeles o demonios, entre las ovaciones y el entusiasmo de los mortales. A veces, parecían la personificación de la locura. Y, sin embargo, la complejidad de sus actuaciones resultaba tecnológicamente deslumbrante. Era un espectáculo bárbaro y cerebral como no creo que el mundo haya visto nunca en el pasado.

Por supuesto, todo aquel delirio era metafórico. Ninguno de aquellos cantantes creía en ángeles o demonios, por muy bien que interpretaran sus papeles. Y también los actores de la antigua Commedia italiana habían parecido igual de osados, de inventivos, de escandalosos.

Sin embargo, había en ellos algo totalmente nuevo: los extremos a que llevaban la actuación, la brutalidad y el desafío que expresaban..., y el modo en que eran aceptados por el mundo, desde el más rico al más pobre.

También había algo de vampirismo en la música rock. Debía sonarle sobrenatural incluso a quienes no creían en lo sobrenatural. Me refiero a cómo la electricidad podía sostener indefinidamente una nota, a cómo se podía superponer una armonía tras otra hasta que uno se sentía disolver en el sonido. ¡Qué profunda sensación de temor reverencial despertaba aquella música! El mundo no la había experimentado nunca de la misma forma hasta entonces.

Sí, quise acercarme más a ella. Quise hacerla. Tal vez llevar a la fama a aquel grupito desconocido. La Noche Libre de Satán. Estaba dispuesto a volver a la vida.

Me llevó alrededor de una semana hacerlo. Me alimenté con la sangre fresca de los animalillos que viven bajo tierra, cuando podía capturarlos. Después, empecé a excavar con las manos hacia la superficie, donde pude recurrir a las ratas. Después, no me costó mucho cazar algunos felinos, hasta llegar, finalmente, a la inevitable primera víctima humana, aunque tuve que esperar mucho para encontrar el tipo concreto de individuo que buscaba: un hombre que hubiera matado a otros mortales y no sintiera remordimientos de ello.

Por fin, caminando muy pegado a la verja, se acercó alguien así, un joven de barba entrecana que había matado a otro en cierto lugar muy lejano, al otro lado del mundo. Un auténtico homicida, sin la menor duda. ¡Y, ah, ese primer sabor a lucha humana y a sangre humana!

Robar ropas de las casas próximas y recuperar parte del oro y las joyas que había escondido en el cementerio Lafayette no me representó ningún problema.

Naturalmente, de vez en cuando tenía un sobresalto. El hedor de gasolina y a productos químicos me ponía enfermo. El zumbido de los aparatos de aire acondicionado y el ruido de los aviones al pasar sobre mi cabeza me producían dolor de oídos.

Con todo, a la tercera noche de haber reaparecido, ya circulaba rugiendo por Nueva Orleans en una gran motocicleta Harley-Davidson de color negro, haciendo un ruido ensordecedor. Buscaba más homicidas de los que alimentarme. Llevaba unas espléndidas ropas de cuero negro que había quitado a mis víctimas y, en el bolsillo, un pequeño walkman Sony estéreo cuyos minúsculos auriculares hacían sonar dentro de mi cabeza el Arte de la Fuga, de Bach, mientras daba gas por las avenidas.

Volvía a ser el vampiro Lestat. Estaba de nuevo en acción. Nueva Orleans volvía a ser mi territorio de caza.

En cuanto a mis fuerzas, se habían triplicado respecto a lo que eran antes. De un salto, podía alcanzar el tejado de una casa de cuatro pisos desde la calle. Podía arrancar rejas de las ventanas y doblar por la mitad una moneda. Si quería, podía escuchar las voces y los pensamientos humanos a manzanas de distancia.

Al final de la primera semana, contraté en un rascacielos de acero y cristal del centro de la ciudad a una bella abogada que me ayudó a conseguir un certificado legal de nacimiento, una cartilla de la Seguridad Social y un permiso de conducir. Buena parte de mis viejas riquezas estaban ya camino de Nueva Orleans desde unas cuentas numeradas del inmortal Banco de Inglaterra y de la Banca Rothschild.

Pero lo más importante de todo era que yo me encontraba muy concentrado en hacer comprobaciones. Y constaté que cuanto me habían contado las voces amplificadas acerca del siglo XX era verdad.

He aquí lo que descubrí mientras deambulaba por las calles de Nueva Orleans en 1984:

El sombrío y aterrador mundo industrial, del que hacía tanto tiempo me había retirado a mi largo sueño, se había consumido por fin, y la vieja conformidad y pacata pudibundez burguesa habían perdido su dominio de la mentalidad norteamericana.

La gente volvía a ser atrevida y erótica como en los viejos tiempos, antes de las grandes revoluciones de la clase media de fines del siglo XVIII. Incluso su aspecto recordaba al de esos tiempos.

Los hombres ya no lucían el uniforme a lo Sam Spade —traje y sombreros grises, camisa y corbata—, sino que, si lo deseaban, podían vestirse con sedas y terciopelos y colores chillones. Tampoco tenían ya que cortarse el cabello como legionarios romanos; cada uno lo llevaba a la medida que quería.

Y las mujeres... ¡ah!, daba gloria ver a las mujeres, desnudas bajo el calor primaveral como si estuvieran en tiempo de los faraones egipcios, con reducidísimas faldas cortas o vestidos como túnicas, o luciendo pantalones de hombre y camisetas ajustadas sobre sus cuerpos curvilíneos, a su elección. Se maquillaban y lucían aderezos de oro o de plata aunque fuera para ir a la tienda de la esquina, o bien aparecían sin adornos y con el rostro absolutamente limpio de cosméticos: no importaba. Se rizaban el cabello como María Antonieta, o lo llevaban corto, o se dejaban melena y la llevaban suelta.

Quizá por primera vez en la historia, resultaban tan fuertes e interesantes como los hombres.

Y todo esto sucedía no sólo entre los ricos, que siempre han poseído un cierto carácter andrógino y una cierta alegría de vivir que los revolucionarios de las clases medias llamaron, en el pasado, decadencia, sino entre la gente normal del país.

La antigua sensualidad aristocrática pertenecía ahora a todo el mundo. Estaba vinculada a las promesas de la revolución de las clases medias y todos los individuos tenían derecho al amor, al lujo y a las cosas elegantes.

Los grandes almacenes se habían convertido en palacios de embrujo casi oriental con sus mercaderías expuestas entre moquetas de tonos suaves, música espectral y luz ámbar. En las droguerías, abiertas las veinticuatro horas, las botellas de champú verdes y violetas brillaban como piedras preciosas en las refulgentes estanterías de cristal. Las camareras acudían al trabajo en automóviles de finas líneas tapizadas de cuero. Los trabajadores portuarios se daban un baño en la piscina climatizada del jardín de su casa cuando volvían del trabajo. Las mujeres de la limpieza y los fontaneros, al final de la jornada, vestían ropas de buena calidad y corte exquisito.

De hecho, la pobreza y la suciedad, habituales en las grandes ciudades de la Tierra desde tiempos inmemoriales, habían desaparecido casi por completo.

No encontraba uno inmigrantes cayendo muertos de inanición en cualquier calleja. No había barrios pobres superpoblados donde durmieran ocho o diez personas en una habitación. Nadie arrojaba los desperdicios a las alcantarillas. El número de mendigos, tullidos, huérfanos y enfermos incurables se había reducido hasta el punto de no apreciarse en absoluto su presencia por las calles immaculadas de la ciudad.

Hasta los borrachos y lunáticos que dormían en los bancos de los parques y en las estaciones de autobuses comían carne con regularidad e incluso tenían radios que escuchar y llevaban ropas que habían sido lavadas.

Pero esto era sólo en la superficie. Me quedé asombrado al comprobar otros cambios más profundos provocados por aquel pasmoso sistema de vida.

Por ejemplo, algo completamente mágico había sucedido con las épocas.

Lo viejo ya no era sustituido rutinariamente por lo nuevo. Al contrario, el inglés que oía a mi alrededor era el mismo que conocía del siglo XIX. Incluso la antigua jerga «no hay moros en la costa» o «mala suerte» o «ahí está el asunto» seguía «funcionando». Al propio tiempo, otras frases novedosas y fascinantes como «te han lavado el cerebro» o «es muy freudiano» estaban en labios de todos.

En el mundo artístico y del espectáculo, todos los siglos anteriores estaban siendo «reciclados». Los músicos interpretaban por igual a Mozart que una música de jazz o de rock. La gente iba a ver Shakespeare una noche, y una película francesa al día siguiente.

Uno podía comprar cintas de madrigales medievales en una enorme tienda iluminada con fluorescentes y escucharlas en el equipo estéreo del coche mientras corría por la autopista a ciento cincuenta por hora. En las librerías, la poesía del Renacimiento estaba a la venta junto a las novelas de Dickens o de Ernest Hemingway. Los manuales de educación sexual coexistían en la misma estantería con el Libro de los Muertos egipcio.

A veces, la riqueza y la pulcritud que me rodeaban se convertían en una especie de alucinación, y yo me sentía como a punto de desmayarme.

En los escaparates de las tiendas, contemplaba estupefacto ordenadores y teléfonos de formas y

colores tan puros como las conchas de moluscos más exóticas de la naturaleza. Limusinas plateadas de enormes proporciones navegaban por las estrechas callejas del barrio francés como indestructibles monstruos marinos. Deslumbrantes torres de oficinas desgarraban el cielo nocturno como obeliscos egipcios al lado de los desvencijados edificios de ladrillo de la vieja Canal Street. Incontables programas de televisión vertían su incesante flujo de imágenes en el aire acondicionado de las habitaciones de hotel.

Pero, en verdad, yo no estaba sufriendo una serie de alucinaciones. El siglo XX había heredado la tierra en todos los sentidos de la expresión.

Y una parte no pequeña de este imprevisto milagro era la inocente curiosidad de las gentes en medio de su libertad y de su prosperidad. El Dios cristiano estaba tan muerto como en el siglo XVIII, y ninguna nueva religión mitológica había ocupado el lugar de la anterior.

Como contrapartida, hasta la gente más sencilla de esta época era impulsada por una vigorosa moralidad secular, más fuerte que cualquier moral religiosa que yo hubiera conocido. Los intelectuales marcaban la pauta, pero, por todo el país, personas muy corrientes y normales se preocupaban apasionadamente de «la paz», «los hombres» y «el planeta», como impulsadas por un celo místico.

En este siglo se proponían eliminar el hambre. Y acabar a toda costa con la enfermedad. Discutían con ardor sobre la ejecución de criminales condenados, sobre el aborto. Y combatían las amenazas de la «contaminación ambiental» y del «holocausto nuclear» con la misma ferocidad con que siglos atrás la había empleado el hombre contra la brujería y las herejías.

En cuanto a la sexualidad, ya no era un asunto envuelto en supersticiones y temores. El tema se había despojado de sus últimas connotaciones religiosas. Por eso la gente se paseaba medio desnuda. Por eso se besaban y se abrazaban por las calles. Ahora se hablaba de ética y de responsabilidad y de la belleza del cuerpo. Había barreras muy efectivas para librarse de un embarazo o del contagio de eventuales enfermedades venéreas.

¡Ah, el siglo XX! ¡Ah, las vueltas que da el mundo!

El futuro había sobrepasado mis sueños más descabellados. Había dejado como estúpidos a los agoreros del pasado.

Medité mucho sobre esta moralidad secular libre de pecados, sobre este optimismo, sobre este mundo brillantemente iluminado donde el valor de la vida humana era mayor de lo que había sido nunca.

En la amarillenta penumbra de luz eléctrica de una espaciosa habitación de hotel, me senté ante la pantalla del televisor para ver una película de guerra, asombrosamente bien hecha, titulada *Apocalypse Now*. Era una gran sinfonía de sonido y color que cantaba a la centenaria batalla del mundo occidental contra el mal. «Debe hacerse amigo del horror y del terror moral», dice el comandante loco en la salvaje jungla camboyana, a lo que el hombre occidental contesta lo que siempre ha respondido: «No».

No. El horror y el terror moral no pueden tener disculpa jamás. No tienen valor real. El mal en estado puro no tiene cabida real.

Y eso significa que yo no tengo cabida, ¿verdad?

Excepto, quizás, en el arte que repudia el mal —los cómics de vampiros, las novelas de horror, los viejos relatos fantásticos del Romanticismo— o en los cantos rugientes de los astros del rock que

representan en el escenario las batallas contra el mal que cada mortal libra en su interior.

Aquella desconcertante irrelevancia para el desarrollo general de las cosas era suficiente para que un monstruo surgido del pasado volviera al seno de la tierra, para hacerle enterrarse y llorar. O para hacerle convertirse en un cantante de rock. Bien pensado...

Me pregunté dónde estarían los demás monstruos del pasado. ¿Cómo existirían otros vampiros en un mundo donde cada muerte quedaba registrada en gigantescos ordenadores electrónicos, y donde los cuerpos eran conducidos a criptas refrigeradas? Probablemente, se esconderían en las sombras como repugnantes insectos, como siempre habían hecho, por mucho que filosofaran y celebraran reuniones.

Muy bien: cuando yo alzara la voz junto a mi grupito de rock, La Noche Libre de Satán, tardaría muy poco en hacerles salir a todos a la superficie.

Continué mi educación en el mundo moderno. Conversé con mortales en estaciones de autobús y gasolineras y en elegantes locales de copas. Leí libros. Me atavié con brillantes ropas de ensueño en las tiendas elegantes. Llevaba camisas blancas de cuello de cisne y chaquetas de safari de color caqui tostado, o lujosas americanas de terciopelo gris con bufanda de cachemira. Me oscurecía el rostro con maquillaje para poder pasar bajo las luces de los supermercados abiertos noche y día, los locales de hamburguesas, las callejas carnavaleras donde se sucedían los clubes nocturnos.

Estaba aprendiendo. Estaba entusiasmado.

Y el único problema que tenía era que escaseaban los asesinos de quienes alimentarse. En este mundo reluciente de inocencia y abundancia, de gentileza y jovialidad y estómagos llenos, los ladrones rebanapescuezos del pasado y sus peligrosos escondrijos portuarios habían casi desaparecido.

Así, pues, tuve que esforzarme para conseguir una vida. Sin embargo, siempre he sido un cazador y me gustaban los tenebrosos salones de billar, llenos de humo y con una única luz bañando el tapete verde rodeado de ex presidiarios tatuados, tanto como los brillantes clubes nocturnos forrados de satén de los grandes hoteles de cemento. Y cada vez aprendía más cosas de mis presas: los traficantes de drogas, los proxenetes, los asesinos que se juntaban a las pandillas de motoristas.

Y estaba más resuelto que nunca a no beber sangre inocente.

Por fin, llegó el momento de visitar a mis vecinos, el grupo de rock La Noche Libre de Satán.

A las seis y media de una tarde de sábado cálida y húmeda, llamé al timbre del cuarto de ensayo del desván. Los hermosos jóvenes estaban echados en el suelo con sus camisas de seda irisadas y sus pantalones de lona ajustados, fumando un poco de marihuana y quejándose de su cochina mala suerte para conseguir «bolos» en el sur.

Parecían unos ángeles bíblicos, con su cabello largo, limpio y desgreñado, y sus movimientos felinos; sus aderezos eran egipcios. Y se maquillaban la cara y los ojos incluso para ensayar.

Me sentí abrumado de excitación y de amor con sólo mirar a aquel trío, Alex y Larry y la apetitosa Dama Dura.

Y en un espeluznante momento en que el mundo pareció quedarse quieto bajo mis pies, les revelé quién era. La palabra «vampiro» no les resultó nada nuevo. En la galaxia donde aquellos jóvenes brillaban, un millar de cantantes habían lucido ya el disfraz teatral de la capa negra y los colmillos.

Pese a todo, revelar aquella verdad prohibida a los mortales me hizo sentir muy extraño. En doscientos años, jamás se la había revelado a nadie que no estuviera ya marcado para convertirse en uno de nosotros. Ni siquiera se lo había confiado nunca a mis víctimas antes de que cerrasen los ojos.

Y ahora, en cambio, se lo dije clara y abiertamente a aquellas hermosas criaturas. Les dije que quería cantar con ellos y que, si confiaban en mí, terminarían ricos y famosos. Que yo les sacaría de aquel desván y les conduciría al gran mundo montados en una ola de ambición sobrenatural y despiadada.

Sus ojos se empañaron mientras me miraban, y la pequeña estancia del siglo XX, de estuco y tablero, se llenó de risas y de entusiasmo.

Me armé de paciencia con ellos. ¿Por qué no iba a hacerlo? Yo sabía que era un demonio y que podía imitar casi todos los sonidos y movimientos humanos, pero, ¿cómo podía hacérselo entender? Me coloqué ante el piano eléctrico y empecé a tocar y a cantar.

Al principio imité las canciones rock, y luego fui evocando viejas letras y melodías, canciones francesas enterradas en lo más profundo de mi alma pero nunca abandonadas del todo, y las fundí con unos ritmos brutales imaginando ante mí un pequeño teatro parisiense, abarrotado allí lejos en un tiempo de hacía cientos de años. Un peligroso apasionamiento henchía mi ser, casi amenazando mi equilibrio. Era peligroso que aquel sentimiento surgiera tan pronto. Pese a ello, continué cantando y golpeando las bruñidas teclas blancas del piano eléctrico, y algo se me rasgó en el alma. No importaba que aquellas tiernas criaturas mortales que me rodeaban no lo supieran nunca.

Me bastaba con que estuvieran exultantes, que les encantara aquella música espectral e inconexa, que estuvieran gritando, que vieran un futuro de prosperidad; me bastaba con ver en ellos nacer y crecer el ímpetu del que habían carecido hasta entonces. Conectaron las grabadoras y empezamos a tocar y a cantar juntos, haciendo lo que llamaban una jam session. El desván se llenó del aroma de su sangre y de nuestras atronadoras canciones.

A continuación, sin embargo, recibí una sorpresa como nunca había imaginado ni en mis sueños más extraños, algo tan extraordinario como la propia revelación que hacía un rato había yo hecho a aquellas criaturas. De hecho, resultó tan abrumadora que me habría podido impulsar a retirarme de su mundo y volver a enterrarme.

No quiero decir con ello que habría vuelto a caer en el estado de sopor profundo, pero seguramente me habría apartado de La Noche Libre de Satán y me habría pasado unos años vagando, aturdido y tratando de recuperarme del golpe.

Lo que sucedió fue que los dos chicos —Alex, el delgado y nervudo batería de aspecto delicado, y su rubio hermano, Larry, el más alto— reconocieron mi nombre cuando les revelé que era Lestat.

No sólo lo reconocieron, sino que lo relacionaron con toda una serie de informaciones acerca de mí que habían leído en un libro.

De hecho, les pareció magnífico que no pretendiera ser un vampiro cualquiera. Ni, por supuesto, el conde Drácula. Todo el mundo estaba harto del conde Drácula. Los jóvenes consideraron maravilloso que me hiciera pasar por el vampiro Lestat.

—¿Cómo que «hacerme pasar»? —protesté, pero ellos se burlaron de mi exagerada teatralidad, de mi

acento francés.

Les contemplé durante unos instantes y probé a sondear sus pensamientos. Por supuesto, no había esperado que me creyeran un vampiro de verdad; pero que hubieran leído algo sobre un vampiro de ficción con un nombre tan insólito como el mío..., ¿qué explicación tenía?

Noté que empezaba a perder la confianza en mí mismo. Y cuando pierdo la confianza, mis poderes se resienten. El pequeño estudio de ensayo pareció empequeñecer, y los instrumentos, los cables y las antenas tenían algo de insectos amenazadores.

—Enseñadme ese libro —dije entonces. Los chicos trajeron de la otra habitación una pequeña novela en edición barata que se caía en pedazos. La encuadernación había desaparecido, la cubierta estaba rota y el libro se mantenía junto gracias a una goma elástica.

Tuve una especie de escalofrío sobrenatural al contemplar la cubierta. Confesiones de un vampiro. Trataba de un muchacho mortal que conseguía de uno de los no muertos que le contara su historia.

Con permiso de los jóvenes, pasé a la otra habitación, me eché en la cama y empecé a leer. Cuando llevaba leída más de la mitad, cerré el libro y dejé la casa de los músicos. Me detuve de pie con el libro bajo una farola de la calle, y allí permanecí hasta que lo hube terminado. Luego lo guardé con cuidado en el bolsillo interior de la chaqueta.

No volví a presentarme ante el grupo hasta siete noches después.

Durante gran parte de ese tiempo continué deambulando, surcando la noche en mi moto Harley-Davidson con las Variaciones Goldberg, de Bach, sonando a todo volumen. Y continué preguntándome: «¿Qué quieres hacer ahora, Lestat?».

El resto del tiempo lo dediqué a estudiar con renovado interés. Leía los gruesos volúmenes de historias y enciclopedias de la música rock, las crónicas de sus principales artistas. Escuchaba discos y estudiaba en silencio cintas de vídeo de conciertos. Y, cuando la noche quedaba vacía y en calma, oía las voces de Confesiones de un vampiro cantándose como si lo hicieran desde la tumba. Leí el libro una y otra vez; y por fin, en un momento de furia y desdén, lo rompí en pedazos.

Finalmente, tomé una decisión.

Me reuní con mi joven abogada, Christine, en el despacho a oscuras del rascacielos de oficinas, sin más luces que las del centro urbano para vernos. La muchacha tenía un aspecto encantador, recortada contra la pared acristalada; tras ésta, los edificios en penumbra formaban un paisaje áspero en el que ardía un millar de antorchas.

—Ya no basta con que mi pequeño grupo de rock tenga éxito —le dije—. Debemos crearnos una fama que lleve mi voz y mi nombre a los más remotos rincones del mundo.

Con palabras inteligentes y pausadas, como suelen hacer los abogados, Christine me aconsejó que no arriesgara mi fortuna. Sin embargo, cuando insistí con obsesiva confianza, aprecié cómo la iba seduciendo, cómo se disolvía lentamente su sentido común.

—Para las filmaciones y vídeos, quiero los mejores directores franceses —le indiqué—. Debes traerlos aquí de Nueva York y de Los Ángeles. Hay dinero de sobra para eso. Y, sin duda, aquí podrás encontrar los estudios donde preparar nuestra obra. Sobre esos jóvenes productores de grabación que hacen las

mezclas de sonido, también debes traer los mejores. No importa cuánto invirtamos en esta empresa. Lo importante es que esté bien organizada y que hagamos el trabajo en secreto hasta el momento de la presentación, cuando nuestros álbumes y filmaciones aparezcan al mismo tiempo que el libro que me propongo escribir.

Finalmente, la cabeza de la abogada se llenó de sueños de riqueza y poder. Su estilográfica se deslizaba rauda mientras tomaba notas.

¿Y cuáles eran mis sueños mientras seguía hablándole? Soñaba con una rebelión sin precedentes, con un magno y aterrador desafío a los de mi especie en todo el mundo.

—Respecto a los vídeos —dije—, debes encontrar directores que lleven a cabo mis visiones. Los films serán consecutivos y contarán la misma historia que el libro que quiero escribir. En cuanto a las canciones, muchas de las cuales he compuesto ya, debes ocuparte de encontrar los mejores instrumentos; sintetizadores, guitarras eléctricas, violines, sistemas de sonido de primera categoría. Más tarde nos ocuparemos de otros detalles: el diseño de las indumentarias de vampiros, el modo de presentación ante las emisoras de televisión de música rock, la organización de nuestro primer concierto con público en San Francisco... Todo eso lo estudiaremos a su debido tiempo. Lo importante ahora es que hagas las llamadas telefónicas precisas, que consigas la información que necesitas para empezar.

No volví a ver a los chicos de La Noche Libre de Satán hasta haber cerrado los acuerdos previos y haber estampado las primeras firmas. Una vez fijadas las fechas y alquilados los estudios, formalizamos los contratos definitivos.

A continuación, Christine me acompañó a adquirir una enorme limusina para mis queridos jóvenes músicos, Larry y Alex y la Dama Dura. Teníamos una enorme cantidad de dinero y una serie de papelotes que firmar.

Bajo los robles amodorrados de una tranquila calle de Garden District, llené de champán sus brillantes copas de cristal.

—¡Por El Vampiro Lestat! —brindamos todos a la luz de la luna. Aquél iba a ser el nuevo nombre del grupo; y también iba a ser el título del libro que me proponía escribir. La Dama Dura me echó al cuello sus bracitos apetitosos y nos besamos con ternura entre las risas generales y los vapores del vino. ¡Ah, el olor a sangre inocente!

Y cuando los músicos se hubieron marchado en el imponente vehículo tapizado en terciopelo, di un paseo en solitario hacia St. Charles Avenue bajo la noche refrescante, pensando en el peligro que iban a correr mis pequeños amigos mortales.

El peligro no provendría de mí, por supuesto. Pero cuando el largo período de secreto terminara, los tres muchachos se encontrarían, sin comerlo ni beberlo, en el centro de la atención internacional, tras la siniestra y osada figura de su líder y cantante. Muy bien, pensé: yo les rodearía de guardaespaldas y moscones en todo momento y lugar. Les protegería de otros inmortales como mejor pudiera. Y si los inmortales seguían comportándose como en los viejos tiempos, nunca se arriesgarían a un vulgar enfrentamiento con un grupo de humanos mortales como aquél.

Mientras recorría la bulliciosa avenida, oculté mis ojos tras unas gafas de sol reflectantes. Monté en el

desvencijado tranvía de St. Charles para llegar hasta el centro de la ciudad. Luego, abriéndome paso entre los transeúntes de aquellas primeras horas de la noche, entré casualmente en una elegante librería de dos plantas llamada De Ville Books y me detuve ante el pequeño ejemplar de bolsillo de *Confesiones de un vampiro* que descubrí en una estantería.

Me pregunté cuántos de mi especie se habrían fijado en el libro. De momento, no importaban los mortales, que lo consideraban una obra de ficción. ¿Cómo reaccionarían los otros vampiros? Porque, si existe una ley que todos los vampiros consideran sagrada es no hablar nunca de nosotros a los mortales. Uno no revela nunca sus «secretos» a un humano, a menos que pretenda transmitir a éste el Don Oscuro de nuestros poderes. Un inmortal no revela el nombre de sus congéneres, ni dónde puedan tener su guarida.

Mi amado Louis, el narrador de *Confesiones de un vampiro*, se había saltado todas estas normas. Había ido mucho más allá que yo con mi reducida revelación a los muchachos del conjunto: Él se lo había contado a miles de lectores. Sólo le había faltado trazar un plano y marcar con un aspa el lugar exacto de Nueva Orleans donde yo reposaba, aunque no quedaba claro hasta qué punto lo conocía de verdad, ni cuáles eran sus intenciones.

Fuera como fuese, lo cierto era que otros vampiros lo perseguirían hasta atraparlo por lo que había hecho. Y había formas muy sencillas de destruir a un vampiro, sobre todo en estos tiempos. Si aún seguía existiendo, Louis era ahora un proscrito y viviría bajo la permanente amenaza de nuestra propia especie, más terrible de la que podría suponer jamás ningún mortal.

Aquéel era un motivo más para mis deseos de que el libro y el grupo El Vampiro Lestat alcanzaran la fama lo antes posible. Tenía que encontrar a Louis. Era preciso que hablara con él. En realidad, des pues de leer su relato de cómo habían sucedido las cosas, ansiaba verle, anhelaba sus ilusiones románticas e incluso su falta de honradez. Anhelaba incluso su caballerosa malicia y su presencia física, el sonido engañosamente suave de su voz.

Por supuesto, algo tiraba de mí pidiéndome odiarlo por las mentiras que decía de mí, pero el amor que sentía por él era mucho más fuerte que la inclinación hacia ese odio. Louis había compartido conmigo los años oscuros y románticos del siglo XIX, era mi compañero como no lo había sido ningún otro inmortal.

Y ansiaba escribir mi libro por él, no como respuesta a sus maliciosas *Confesiones de un vampiro*, sino para narrar todo lo que yo había visto y aprendido antes de entrar en contacto con él, la historia que no había tenido ocasión de contarle en el pasado.

Ahora, a mí tampoco me importaban las viejas normas.

Quería saltármelas todas. Y quería usar el conjunto musical y el libro para hacer aparecer no sólo a Louis, sino también a todos los otros demonios que había conocido y amado a lo largo del tiempo. Quería encontrar a los perdidos, despertar a quienes dormían como yo lo había hecho.

Antiguos y recién llegados, hermosos y perversos y locos y despiadados...: todos vendrían a por mí cuando contemplaran los vídeos y escucharan los discos, cuando toparan con el libro en los escaparates de las tiendas y supieran exactamente dónde encontrarme. Yo sería Lestat, la superestrella del rock. Sí, que vinieran a San Francisco para mi primera actuación en público. Allí estaría.

Pero había otra razón para mi aventura..., una razón todavía más peligrosa, más desquiciada y placentera. Quería que los mortales *supieran* de nuestra existencia. Quería proclamarla al mundo igual que la había revelado a Alex, Larry y la Dama Dura, y a mi dulce abogada, Christine.

Y no importaba que ellos no me creyeran. No importaba que pensarán que todo era un montaje. La realidad era que, después de dos siglos de clandestinidad, yo aparecía abiertamente entre los mortales. Pronunciaba mi nombre en voz alta, declaraba sin temor mi condición... ¡Existía!

También en esto, sin embargo, iba mucho más allá que Louis. Su historia, pese a sus peculiaridades, había pasado por mera ficción. En el mundo mortal, su libro era tan inocuo como los decorados del viejo Teatro de los Vampiros en el París donde los locos habían simulado ser actores interpretando papeles de locos en un escenario remoto e iluminado a gas.

Yo saldría ante las cámaras bajo los focos como soles. Extendería las manos y tocaría con mis dedos helados un millar de manos cálidas y deseosas de asirlos. Primero les aterrorizaría, si era posible, y luego, si podía, les hechizaría y les convencería de la verdad.

Y suponed —suponedlo sólo— que cuando los cadáveres empezaran a aparecer en cantidades cada vez mayores, que cuando los más próximos a mí empezaran a prestar atención a sus inevitables sospechas... ¡imaginad que el montaje dejara de serlo y se hiciera real!

¿Qué sucedería si mi público se convencía, si comprendía realmente que este mundo todavía albergaba al vampiro, aquel ser demoníaco surgido del pasado...? ¡Ah, qué grande y gloriosa guerra libraríamos entonces!

Los vampiros seríamos conocidos; ¡y perseguidos y combatidos por el hombre en aquella brillante selva urbana como ningún otro monstruo mítico lo había sido jamás!

¿Cómo podía no encantarme esa idea? ¿Cómo no iba a merecer la pena correr el mayor peligro, sufrir la más total y atroz derrota? Incluso en el momento de la destrucción, me sentiría más vivo que nunca.

Pero, a decir verdad, no creía que llegáramos nunca a eso, a que los mortales creyeran en nosotros. Los mortales nunca me han dado miedo.

La guerra que iba a desencadenarse era la otra, ésa en la que todos mis compañeros se me unirían... o vendrían juntos a combatirme.

Ésa era la auténtica razón de que existiera el conjunto El Vampiro Lestat. Ése era el juego por el que había apostado.

Pero esa otra posibilidad deliciosa de que se produjeran realmente la revelación y el desastre... ¡En fin, eso le añadiría mucho interés al asunto!

Dejé atrás el deprimente erial de Canal Street y subí de nuevo la escalera hasta mis aposentos en el anticuado hotel del barrio francés. Era un lugar tranquilo y adecuado para mí, con las estrechas callejas de casitas de estilo español del *Vieux Caire*, que tan bien conocía, extendiéndose bajo las ventanas.

Puse en el aparato gigante de televisión la cinta de *Muerte en Venecia*, la hermosa película de Visconti. En cierta escena, un actor decía que el mal era una necesidad. Que era alimento para el espíritu.

No lo creí, pero deseé que fuera cierto. Así podría ser simplemente Lestat, el monstruo, ¿no es cierto?
¡Y yo tenía siempre un gran talento para monstruo! ¡Ah, en fin...!

Puse un nuevo disquete en el ordenador portátil y empecé a escribir la historia de mi vida.

La educación juvenil
y las aventuras del Vampiro Lestat

Primera parte

La aparición de Lelio



l invierno en que cumplí veintiún años, salí a caballo en solitario para acabar con una manada de lobos.

Esto sucedía en las tierras de mi padre, en la región francesa de Auvernia, durante las últimas décadas que precedieron a la Revolución Francesa.

Era el peor invierno que yo recordaba, y los lobos se dedicaban a robar las ovejas de nuestros campesinos e incluso merodeaban de noche por las calles del pueblo.

Aquéllos eran años amargos para mí. Mi padre era el marqués; y yo, su séptimo hijo y el menor de los tres que habían sobrevivido hasta la edad adulta, no tenía derechos al título ni a las tierras y carecía de perspectivas. Así habrían sido las cosas para un hijo menor aunque la mía hubiera sido una familia acaudalada, pero todas nuestras riquezas se habían consumido mucho tiempo atrás. Augustin, mi hermano mayor y heredero legítimo de cuanto poseíamos, había gastado la pequeña dote de su esposa no bien se había casado.

El castillo de mi padre, sus posesiones y el pueblo cercano constituían todo mi universo. Y yo era inquieto de nacimiento: era el soñador, el irritado, el protestón. No soportaba quedarme junto al fuego charlando de viejas guerras y de los tiempos de El Rey Sol. La historia no significaba nada para mí.

Pero, en ese mundo sombrío y anticuado, me había convertido en el cazador y pescador. Yo traía el faisán, el venado, y la trucha de los torrentes de montaña —todo lo que necesitábamos y se dejaba cazar—, para alimentar a la familia. A esas alturas de mi existencia, la caza y la pesca se habían convertido en mi vida y, al mismo tiempo, en unas actividades que yo no compartía con nadie más. Y era una suerte que me dedicara a ellas, pues había años en que, sin las piezas que cobraba, nos habríamos muerto literalmente de inanición.

Por supuesto, cazar y pescar en las tierras y ríos de los antepasados de uno eran ocupaciones de nobles, y únicamente nosotros teníamos derecho a hacerlo. Ni el más rico de los burgueses podía alzar su arma en mis bosques o probar suene en sus arroyos. Pero, en contrapartida, el burgués no necesitaba ni empuñar un arma. Él tenía el dinero.

Dos veces en mi vida había intentado escapar de aquella existencia, y sólo había conseguido que me devolvieran a ella con las alas rotas. Pero de eso ya hablaré más adelante.

Ahora recuerdo la nieve que cubría todas aquellas montañas, y los lobos que asustaban a los campesinos y nos robaban las ovejas. Y pienso en el viejo dicho que corría por Francia aquellos días, según el cual si uno vivía en Auvernia, no podía llegar nunca más allá de París.

Entended que, como yo era el amo y el único en la familia capaz todavía de montar a caballo y disparar un arma, era lógico que los aldeanos acudieran a mí para quejarse de los lobos y pedirme que los matara. Y era mi deber hacerlo.

Tampoco sentía el menor temor a los lobos. En toda mi vida no había visto ni tenido noticia de que un lobo atacara a un hombre y, por mí, los habría exterminado con veneno, pero la carne, sencillamente, escaseaba demasiado, y la de los lobos me servía como cebo.

Así, pues, a primera hora de una mañana muy fría de enero, tomé las armas para matar a los lobos uno por uno. Disponía de tres pistolas de chispa y de un excelente fusil del mismo tipo, y me llevé las cuatro piezas junto con mis mosquetes y la espada de mi padre. Cuando ya me disponía a dejar el castillo, añadí a este pequeño arsenal un par de armas antiguas a las que no había prestado atención hasta aquel momento.

Nuestro castillo estaba lleno de viejas armaduras. Mis antepasados habían combatido en incontables guerras feudales desde los tiempos de las Cruzadas, con san Luis, y, colgada en las paredes sobre los chirriantes trajes de metal, había una gran cantidad de lanzas, hachas de guerra y mazas.

Esa mañana tomé conmigo dos de estas últimas, una especie de garrote con puntas metálicas y una maza de estrella de buen tamaño, consistente en una bola de hierro unida a una cadena y a un mango, que podía descargarse con inmensa fuerza contra un atacante.

Recordad que estamos en el siglo XVIII, la época en que los parisinos de peluca blanca caminaban de puntillas con zapatillas de satén de tacón alto, tomaban rapé y se daban toquitos en la nariz con pañuelos de encaje.

Y, mientras, yo salía de caza con botas de cuero sin curtir y abrigo de piel de ante, con aquellas armas antiguas atadas a la silla y mis dos mejores mastines a mi lado, con sus collares de puntas metálicas.

Ésa era mi vida. Idéntica a la que podría haber llevado en la Edad Media. Y yo sabía suficientes cosas de los viajeros ricamente ataviados que pasaban por el camino de postas; ellos me permitían apreciar nuestras profundas diferencias. Los nobles de la capital llamaban «cazaconejos» a los caballeros de provincias como nosotros. Naturalmente, nosotros nos burlábamos de ellos llamándolos lacayos del rey y de la reina. Nuestro castillo había resistido mil años, y ni siquiera el gran cardenal Richelieu, en su guerra contra nuestra clase, había conseguido derribar sus viejas torres. De todos modos, como ya he dicho antes, yo no le prestaba mucha atención a la historia.

Mientras cabalgaba montaña arriba, me sentía desgraciado y furioso.

Deseé librar una buena batalla con los lobos. Según los aldeanos, había cinco animales en la manada, y yo tenía mis armas y dos perros de mandíbulas poderosas, capaces de partirla en un instante el espinazo a una alimaña.

Avancé más de una hora por las laderas a lomos de mi yegua, hasta llegar a un pequeño valle que conocía lo suficiente como para no dejarme confundir por la nieve caída. Y cuando empecé a cruzar la amplia y yerma hondonada en dirección a los árboles desnudos del bosque, escuché el primer aullido.

Segundos después, llegó otro y, a continuación, un tercero; el coro cantaba con tal armonía que no pude precisar el número de animales de la manada. Sólo tuve la certeza de que me habían visto y de que se hacían señales para reunirse; que era precisamente lo que yo había esperado que hicieran.

Creo que en ese instante no tenía miedo alguno, pero, de todos modos, sentí algo que me erizó el vello de los brazos. El campo, en toda su inmensidad, parecía vacío. Preparé las armas y ordené a los

perros que dejaran de gruñir y me siguieran, mientras una vaga sensación me urgía a darme prisa en salir de campo abierto y ponerme al abrigo de los árboles.

Los perros dieron la alarma con sus roncadores ladridos. Volví la cabeza y vi a los lobos a cientos de metros, avanzando raudos hacia mí, por el valle nevado. Eran tres enormes lobos grises los que me seguían, en fila india.

Aceleré el paso de la yegua hacia el bosque.

Parecía que no me costaría llegar a éste antes de que los tres lobos me dieran alcance, pero estos animales son tremendamente listos y, mientras galopaba hacia los árboles, vi aparecer delante de mí, hacia la izquierda, al resto de la manada: cinco ejemplares adultos. Había caído en una emboscada y no conseguiría llegar a tiempo a la protección de los troncos. Y la manada la componían ocho lobos, no cinco, como me habían asegurado los aldeanos.

Ni siquiera entonces tuve el suficiente buen juicio para sentir miedo. No tuve en cuenta el hecho evidente de que aquellos animales debían estar muy hambrientos o no se habrían acercado tanto al pueblo. Su natural reserva hacia el hombre había desaparecido por completo.

Me apresté a la batalla. Colgué la maza al cinto y apunté con el fusil. Abatí a un gran macho a unos metros de distancia y tuve tiempo de volver a cargar mientras mis perros y la manada se atacaban.

Las alimañas no podían hacer presa en el cuello de los perros debido a los collares de afiladas puntas metálicas y, en la primera escaramuza, mis animales no tardaron en dar cuenta de uno de los lobos con sus poderosas mandíbulas. Volví a disparar y abatí otro.

Pero la manada había rodeado a los perros. Mientras yo seguía disparando, cargando lo mas deprisa que podía y tratando de apuntar bien para no darles a los perros, vi que el menor de éstos caía con las patas traseras rotas. La sangre formaba regueros en la nieve, el segundo perro se mantuvo aparte de la manada mientras ésta trataba de devorar a su agonizante compañero, pero, apenas un par de minutos más tarde, los lobos también le habían abierto el vientre y yacía muerto.

Mis mastines, como ya he dicho, eran animales muy fuertes que yo mismo había alimentado y entrenado, y cada uno pesaba más de noventa kilos. Siempre me los llevaba a cazar y, aunque ahora hablo de ellos como simples perros, entonces sólo los trataba por el nombre y, al verlos morir, comprendí por primera vez a qué me enfrentaba y qué podía suceder.

Pero todo esto había ocurrido en cuestión de minutos.

Cuatro lobos yacían muertos y otro estaba malherido sin remedio. Pero aún quedaban tres más, uno de los cuales había detenido su salvaje festín con las entrañas de los perros para fijar en mí sus ojos rasgados.

Disparé el fusil, fallé, disparé el mosquete, y la yegua se encabritó mientras el lobo se lanzaba hacia mí.

Como movidos por cuerdas, los otros lobos se volvieron, abandonando también sus presas recién muertas. Sacudí bruscamente las riendas y dejé que mi montura corriera a su aire, en línea recta hacia la protección del bosque.

No volví la cabeza ni siquiera cuando escuché los gruñidos y los chasquidos de las mandíbulas casi a

mi altura. Pero entonces noté la dentellada de los colmillos en el tobillo. Tomé el otro mosquete, me volví a la izquierda y disparé. Me pareció que el lobo se erguía sobre las patas traseras, pero quedó fuera de mi visión demasiado pronto para asegurarlo, al tiempo que la yegua se encabritaba otra vez. Estuve a punto de caer y noté que sus ancas cedían bajo mi cuerpo.

Casi habíamos alcanzado el lindero del bosque y desmonté antes de que la yegua terminara de caer. Me quedaba una pistola cargada. Me volví, sostuve el arma con ambas manos, apunté de lleno al lobo que se lanzaba sobre mí y le volé el cráneo.

Quedaban ahora dos alimañas. La yegua emitía unos estentóreos relinchos que se convirtieron en un agudo alarido de agonía, el sonido más terrible que he oído nunca a criatura alguna. Los dos lobos habían caído sobre ella.

Di unos rápidos pasos sobre la nieve, notando la solidez de la tierra rocosa bajo mis pies, y llegué a los árboles. Si lograba encaramarme a uno, podría cargar de nuevo las armas y disparar a los lobos desde arriba. Sin embargo, no vi un solo tronco con las ramas lo bastante bajas para trepar por ellas.

Probé a subir por un tronco, pero mis pies resbalaron en la corteza helada y caí de nuevo al suelo mientras los lobos se acercaban. No me daba tiempo a cargar la única pistola que me quedaba. Tendría que valerme sólo de la maza de estrella y la espada, pues el garrote se me había caído hacía un buen trecho.

Creo que, mientras me ponía a duras penas en pie, me di cuenta de que probablemente iba a morir. Sin embargo, en ningún momento me pasó por la cabeza rendirme. Estaba enloquecido, lleno de furia. Casi gruñendo, hice frente a las alimañas y miré directamente a los ojos al más próximo de los dos lobos.

Abrí las piernas para afirmarme sobre el terreno. Con la maza en la mano izquierda, desenvainé la espada con la diestra. Los lobos se detuvieron. El primero, después de sostenerme la mirada, agachó la cabeza y trotó unos pasos hacia un lado. El otro esperó, como si estuviera pendiente de alguna invisible señal. El primero volvió a mirarme un momento con aquel aire extrañamente tranquilo, y luego se lanzó hacia adelante.

Empecé a voltear la maza de modo que la bola con puntas formara círculos a mi alrededor. Capté mis propios jadeos, casi gruñidos, y me di cuenta de que tenía las rodillas dobladas como para saltar adelante. Dirigí el arma hacia el costado de la mandíbula del animal, impulsándola con todas mis fuerzas, pero no conseguí más que rozarle.

El lobo se apresuró a alejarse y su compañero se puso a correr en círculos a mi alrededor, avanzando de vez en cuando hacia mí y retirándose inmediatamente.

No sé cuánto rato se prolongó esto, pero entendí claramente su estrategia. Los lobos se proponían fatigarme y tenían la fuerza y la astucia necesarias para conseguirlo. Para ellos, la caza se había convertido en un juego.

Yo daba vueltas, lanzaba golpes, me defendía hasta casi caer de rodillas en la nieve. Probablemente, el lance no duró más de media hora, pero no hay modo de medir el tiempo en una situación así.

Y, cuando las piernas empezaron a fallarme, intenté una jugada desesperada. Me quedé inmóvil, con los brazos caídos y las armas a los costados. Y los lobos se acercaron para acabar conmigo de una vez,

como yo esperaba que hicieran.

En el último instante, volteé la maza, noté cómo la boca golpeaba el hueso, vi la cabeza del lobo levantada a mi derecha y, con el filo de la espada, le abrí la garganta de un tajo.

El otro lobo ya estaba a mi lado y noté cómo sus dientes desgarraban mis pantalones. El animal podía desencajarme la pierna en cuestión de segundos, pero descargué la espada contra el costado de su hocico, reventándole el ojo. La bola de la maza cayó a continuación sobre el lobo y éste soltó la presa. Con un salto hacia atrás, encontré el espacio suficiente para mover la espada otra vez y la hundí hasta la empuñadura en el tórax del animal antes de retirarla de nuevo.

Todo había terminado.

La manada estaba exterminada y yo seguía vivo.

Y los únicos sonidos en el valle solitario cubierto de nieve eran mi propia respiración y los quejumbrosos relinchos de mi yegua moribunda, que yacía a unos metros de mí.

No estoy seguro de que me hallara en mis cabales, en ese instante. No estoy seguro de que las cosas que me pasaran por la mente fueran pensamientos. Tenía ganas de dejarme caer en la nieve y, sin embargo, me encontré alejándome de los lobos en dirección a mi agonizante montura.

Cuando estuve más cerca de ella, la yegua alzó el cuello, luchó por incorporarse sobre sus patas delanteras y volvió a emitir uno de aquellos agudísimos alaridos de súplica. El eco repitió el sonido en las montañas. Y pareció llevarlo hasta el cielo. Me quedé mirándola, contemplando su cuerpo roto y oscuro contra la blancura de la nieve, sus cuartos traseros inútiles y el forcejeo de sus patas delanteras, su hocico alzado hacia el cielo, las orejas echadas atrás y los ojos enormes casi en blanco al emitir sus gimientes relinchos. Parecía un insecto con la mitad posterior aplastada contra el suelo, pero no se trataba de ningún insecto. Era mi yegua, mi agonizante yegua. Vi que trataba de incorporarse otra vez.

Tomé el fusil de la silla, lo cargué y, mientras ella seguía agitando la cabeza y trataba en vano, una vez más, de ponerse en pie con su lastimero alarido, le descerrajé un tiro en el corazón.

Ahora, la yegua parecía en paz. Yacía inmóvil y sin vida, la sangre manaba de ella y el valle había quedado en silencio. Yo estaba temblando. Escuché un desagradable sonido sofocado que salía de mi garganta y vi caer los vómitos en la nieve antes de darme cuenta de que eran míos. Me sentía envuelto por el olor de los lobos, y por el de la sangre. Cuando intenté caminar, estuve a punto de caer rodando.

Sin embargo, sin detenerme ni siquiera un instante, volví entre los lobos muertos y llegué junto al que casi había acabado conmigo, el último en morir. Me lo eché a los hombros y, cargado así, emprendí el trayecto de vuelta al castillo.

Probablemente, tardé un par de horas. Como antes, no sé cuánto tiempo transcurrió. Pero lo que había aprendido o sentido mientras combatía a aquellos lobos, fuera lo que fuese, continuó calando en mi mente incluso mientras caminaba. Cada vez que tropezaba o caía, algo en mi interior se endurecía, se volvía peor.

Cuando llegué a las puertas del castillo, creo que ya no era Lestat. Era alguien completamente distinto cuando entré tambaleándome en el gran salón portando sobre los hombros aquel lobo. El calor del cadáver ya había disminuido mucho, y el repentino fulgor de las llamas me irritó los ojos. Me sentía

completamente extenuado.

Y aunque empecé a hablar cuando vi a mis hermanos levantarse de la mesa y a mi madre dándole unas palmaditas en las manos a mi padre, que ya estaba ciego y quería saber qué sucedía, no recuerdo qué dije. Sé que tenía una voz muy apagada y la sensación de estar describiendo en términos muy simple lo sucedido. «Y entonces esto... y entonces lo otro...» En este mísero estilo.

Pero, de pronto, mi hermano Augustin me devolvió a la realidad. Se acercó a mí, con la luz del fuego a su espalda, e interrumpió claramente el murmullo monótono de mis palabras con su voz:

—¡Cerdo embustero! —masculló fríamente—. ¡Tú no has matado ocho lobos!

En su rostro se reflejaba una torva expresión de desprecio, pero lo más notable fue otra cosa: casi en el mismo instante de pronunciar esas palabras, mi hermano se dio cuenta, por alguna razón, de que con sus palabras acababa de cometer un error.

Tal vez fue mi expresión. Tal vez fue el murmullo indignado de mi madre o el silencio elocuente de mi otro hermano. Probablemente fue mi mirada. Fuera lo que fuese, la reacción fue casi instantánea y en el rostro de Augustin se reflejó la más curiosa mueca de turbación.

Empezó a balbucir lo increíble que resultaba, y que debía haber estado al borde de la muerte y que haría preparar de inmediato un buen caldo para mí y todas esas cosas, pero no sirvió de nada. Lo que había sucedido en aquel breve instante era irreparable.

Debí perder el conocimiento. Y, cuando lo recuperé, estaba tendido sobre la cama, a solas. Los perros no estaban en la cama conmigo, como siempre en invierno, porque los dos estaban muertos; aunque el fuego del hogar no estaba encendido, me metí bajo las mantas, sucio y ensangrentado, y caí en un profundo sueño.

Permanecí en la habitación durante días.

Supe que los aldeanos habían subido a la montaña, encontrado los lobos y traído sus restos al castillo; Augustin vino a verme para contármelo, pero no le contesté.

Pasó tal vez una semana. Cuando pude tolerar de nuevo la cercanía de otros canes, bajé a la perrera y escogí dos cachorros ya un poco crecidos que me hicieran compañía. Por la noche dormía entre ellos.

Los criados entraban y salían, pero nadie me molestó. Y por fin, en silencio y casi sigilosamente, entró en la alcoba mi madre.

2

Ya había anochecido. Yo estaba sentado en la cama con uno de los perros tendido a mi lado y el otro tumbado bajo mis rodillas. El fuego crepitaba.

Y entonces hizo aparición por fin mi madre, como debería haber esperado que sucediera.

La reconocí por su especial modo de moverse en las sombras; y, mientras que de haber sido otra persona quien se acercaba la habría echado a gritos, a ella no le dije nada. Yo sentía por mi madre un amor profundo e inmovible. No creo que nadie más lo sintiera. Y una cosa que siempre me hacía quererla era que jamás decía nada vulgar. Expresiones como «cierra la puerta», «toma la sopa», «quédate quieto en la silla» no salían jamás de sus labios. Se pasaba el día leyendo y, de hecho, era el único miembro de la familia que tenía cierta educación. Así, pues, cuando mi madre hablaba era realmente para decir algo. Por eso no me molestó su presencia en aquellos momentos.

Al contrario, despertó mi curiosidad. ¿Qué me diría? ¿Y serviría de algo que lo hiciera? Yo no había querido que acudiera, ni siquiera había pensado en ella, y no aparté los ojos del fuego para así poder mirarla.

Con todo, había entre nosotros un profundo entendimiento. Cuando me había traído de vuelta al castillo tras mi intento de huida, había sido ella quien me mostró el camino para recuperarme del dolor que el asunto me causó. Había obrado milagros conmigo, aunque nadie a nuestro alrededor llegó a darse cuenta nunca.

Su primera intervención se había producido cuando yo tenía doce años, y el viejo párroco, que me había enseñado unos poemas de memoria y a leer un par de himnos en latín, quiso enviarme a la escuela en un monasterio cercano.

Mi padre se negó y dijo que podía aprender en mi propia casa todo lo que debía saber. Fue mi madre la que levantó la vista de sus libros para iniciar una batalla dialéctica con él, a base de gritar y vociferar. Yo iría a esa escuela, afirmó, si lo deseaba. Tras esto, vendió una de sus joyas para pagarme libros y ropa. Todas las joyas las había heredado de una abuela italiana, y cada una tenía su historia; seguro que fue una decisión dura para ella, pero la tomó al instante.

Mi padre se enfadó y le recordó que, de haber sucedido aquello antes de perder la vista, su voluntad se habría impuesto sin la menor discusión. Mis hermanos le aseguraron que su hijo menor no iba a estar mucho tiempo fuera. Volvería corriendo, decían, tan pronto como me obligaran a hacer algo que no quisiera.

Pues bien, no volví corriendo a casa. La escuela del monasterio me encantó.

Me encantaron la capilla y los himnos, la biblioteca con sus miles de viejos volúmenes, las

campanadas que dividían la jornada y los ritos siempre repetidos. Me gustaba la limpieza del lugar, el hecho aleccionador de que todas las cosas allí se cuidaban y reparaban, que el trabajo nunca cesaba a lo largo y ancho del gran edificio y de los jardines.

Cuando alguien me corregía, lo cual no sucedía a menudo, me producía una profunda felicidad saber que, por primera vez en mi vida, alguien trataba de convertirme en una buena persona, alguien era consciente de que yo podía aprender cosas.

Al cabo de un mes, declaré mi vocación. Aspiraba a entrar en la orden. Deseaba pasar la vida en aquellos claustros inmaculados, en la biblioteca, escribiendo sobre pergamino y aprendiendo a leer los libros antiguos. Quería enclaustrarme para siempre con una gente que creía que yo podía ser bueno si quería.

Allí me apreciaban, y tal cosa me resultaba de lo más inusual. En aquel lugar, nadie se molestaba ni se irritaba conmigo.

El padre superior escribió de inmediato a mi casa pidiendo permiso para mi ingreso y, francamente, pensé que a mi padre le alegraría librarse de mí.

Pero, tres días después, llegaron mis hermanos para llevarme a casa con ellos. Lloré y supliqué que no me llevaran, pero el padre superior no podía hacer nada en mi favor.

No bien estuvimos de vuelta en el castillo, mis hermanos me quitaron los libros y me encerraron. Yo no lograba entender por qué estaban tan enfadados, aunque capté la insinuación de que, de algún modo, me había portado como un estúpido. Yo no podía dejar de llorar y no hacía más que dar vueltas y vueltas en la estancia, descargaba mis puños sobre los objetos que contenía y lanzaba puntapiés sobre la puerta.

Después, mi hermano Augustin empezó a entrar de vez en cuando para hablar conmigo. Al principio, Augustin dio muchos rodeos, pero, finalmente, quedó de manifiesto que un miembro de una gran familia francesa no iba a terminar como un pobre hermano lego. ¿Cómo podía haber malinterpretado yo la situación hasta aquel punto? Si me habían enviado al monasterio, era sólo para que aprendiese a leer y a escribir. ¿Por qué siempre tenía que tomarme yo las cosas tan a la tremenda? ¿Por qué me comportaba habitualmente como un animal salvaje?

En cuanto a profesar las órdenes con auténticas perspectivas de futuro dentro de la Iglesia..., bien, yo era el hijo menor de la familia, ¿verdad? Pues entonces debía pensar en mis obligaciones para con mis sobrinos.

Traducido en pocas palabras, todo esto venía a decir: No tenemos dinero para proporcionarte una auténtica carrera eclesiástica, para hacerte obispo o cardenal como corresponde a nuestro rango, de modo que tendrás que desarrollar tu vida aquí, pobre y analfabeto. Ahora, baja al salón a jugar una partida de ajedrez con tu padre.

Cuando entendí la situación, sentado a la mesa para cenar con el resto de la familia, me eché a llorar y murmuré unas palabras que nadie comprendió, diciendo que aquella casa nuestra era «un caos». Como castigo por hacerlo, me mandaron de nuevo a mi habitación.

Entonces subió a verme mi madre.

—Si no sabes qué es el caos, ¿por qué utilizas esa palabra? —me preguntó.

—Sí que lo sé —repliqué, y empecé a hablarle de la suciedad y el deterioro que reinaban en el castillo y a describirle la limpieza y el orden que había encontrado en el monasterio, un lugar donde uno podía perfeccionarse, si se lo proponía.

Ella no discutió mis palabras y, pese a mi juventud, advertí que apreciaba con agrado la inusual profundidad de lo que yo estaba diciendo.

A la mañana siguiente, mi madre me llevó de viaje.

Cabalgamos juntos durante media jornada hasta alcanzar el impresionante castillo de un noble vecino y, una vez allí, el caballero y mi madre me condujeron a la perrera, donde ella me indicó que escogiera una pareja entre una carnada de cachorros de mastín.

Jamás había visto nada tan tierno y cautivador como aquellos cachorros. Y los perros adultos nos miraban como leones soñolientos. Sencillamente, magníficos.

Estaba tan emocionado que casi no pude decidirme por ninguno, y volví con el macho y la hembra que el noble caballero me recomendó escoger. Hice todo el camino de vuelta llevando a los perrillos en el regazo, dentro de una cesta.

Y, al cabo de un mes, mi madre me compró también mi primer fusil de chispa y mi primer caballo de montar. No me explicó por qué hacía todo aquello, pero yo, a mi manera, comprendí qué era lo que ponía en mis manos. Me ocupé de los perros, los entrené y establecí un gran criadero a partir de ellos.

Con aquellos mastines, me convertí en un verdadero cazador, y, a los dieciséis años, mi vida se desarrollaba en el campo abierto.

En cambio, en el castillo, resultaba más latoso que nunca. En realidad, nadie quería oírme hablar de recuperar los viñedos, de volver a plantar los campos abandonados o de impedir que los arrendatarios de las tierras siguieran robándonos.

Era impotente para cambiar nada. El silencioso flujo y reflujo de la vida sin cambios me resultaba devastador.

Todos los días de fiesta acudía a la iglesia sólo para romper la monotonía de mi vida y, cuando se presentaban en el pueblo los feriantes, siempre iba a verles, ávido de aquellos pequeños espectáculos que no podía contemplar en ninguna otra ocasión, de cualquier cosa que me sacara de la rutina.

No importaba que fueran los mismos prestidigitadores, mimos y acróbatas de años anteriores. Siempre eran algo más que el lento transcurso de las estaciones y que los ociosos e inútiles comentarios sobre glorias pasadas.

Pero ese año, el año que cumplí dieciséis, llegó una troupe de cómicos italianos con un carromato pintado en cuya parte posterior montaron el escenario más elaborado que yo había visto nunca. Representaron la vieja comedia italiana de Pantaleón y Polichinela y los jóvenes amantes, Lelio e Isabella, y el viejo doctor y todas las escenas habituales.

Me sentí extasiado con su actuación. Nunca había visto nada semejante, tan lleno de ingenio, de vitalidad, de agilidad. Me entusiasmó la representación, aunque a veces los actores hablaban tan deprisa que no podía seguirles.

Cuando la compañía terminó la obra y hubo pasado el platillo entre los espectadores, me mezclé entre los actores en la taberna y les invité a unos vinos, que en realidad no podía pagar, sin más propósito que poder hablar con ellos.

Sentía un amor imposible de expresar por aquellos hombres y mujeres. Ellos me explicaron que cada actor tenía un papel para toda la vida y que no utilizaban textos aprendidos de memoria, sino que lo improvisaban todo en el escenario. Cada actor conocía su nombre, su personaje, y entendía a éste y le hacía hablar y actuar como consideraba adecuado. En eso consistía la grandeza del género.

Un género que era denominado Commedia dell'arte.

Me sentía hechizado. Y me enamoré de la muchacha que hacía el papel de Isabella. Subí al carronato con los actores y examiné todo su vestuario y los decorados pintados y, cuando volvimos a estar ante unas jarras de vino en la taberna, me dejaron representar a Lelio, el joven amante de Isabella, y aplaudieron asegurando que tenía don escénico. Era capaz de interpretar un papel como ellos lo hacían.

Al principio, creí que los elogios no eran más que lisonjas, pero, en realidad, de algún modo no me importó si lo eran o no.

A la mañana siguiente, cuando el carronato abandonó el pueblo, yo iba en su interior, oculto en la parte de atrás con unas cuantas monedas que había conseguido ahorrar y todas mis ropas en un hatillo. Me disponía a ser actor.

En cuanto a profesar las órdenes con auténticas perspectivas de futuro dentro de la Iglesia..., bien, yo era el hijo menor de la familia, ¿verdad? Pues entonces debía pensar en mis obligaciones para con mis sobrinos.

Traducido en pocas palabras, todo esto venía a decir: No tenemos dinero para proporcionarte una auténtica carrera eclesiástica, para hacerte obispo o cardenal como corresponde a nuestro rango, de modo que tendrás que desarrollar tu vida aquí, pobre y analfabeto. Ahora, baja al salón a jugar una partida de ajedrez con tu padre.

Cuando entendí la situación, sentado a la mesa para cenar con el resto de la familia, me eché a llorar y murmuré unas palabras que nadie comprendió, diciendo que aquella casa nuestra era «un caos». Como castigo por hacerlo, me mandaron de nuevo a mi habitación.

Entonces subió a verme mi madre.

—Si no sabes qué es el caos, ¿por qué utilizas esa palabra? —me preguntó.

—Sí que lo sé —reliqué, y empecé a hablarle de la suciedad y el deterioro que reinaban en el castillo y a describirle la limpieza y el orden que había encontrado en el monasterio, un lugar donde uno podía perfeccionarse, si se lo proponía.

Ella no discutió mis palabras y, pese a mi juventud, advertí que apreciaba con agrado la inusual profundidad de lo que yo estaba diciendo.

A la mañana siguiente, mi madre me llevó de viaje.

Cabalgamos juntos durante media jornada hasta alcanzar el impresionante castillo de un noble vecino y, una vez allí, el caballero y mi madre me condujeron a la perrera, donde ella me indicó que escogiera

una pareja entre una carnada de cachorros de mastín.

Jamás había visto nada tan tierno y cautivador como aquellos cachorros. Y los perros adultos nos miraban como leones soñolientos. Sencillamente, magníficos.

Estaba tan emocionado que casi no pude decidirme por ninguno, y volví con el macho y la hembra que el noble caballero me recomendó escoger. Hice todo el camino de vuelta llevando a los perrillos en el regazo, dentro de una cesta.

Y, al cabo de un mes, mi madre me compró también mi primer fusil de chispa y mi primer caballo de montar. No me explicó por qué hacía todo aquello, pero yo, a mi manera, comprendí qué era lo que ponía en mis manos. Me ocupé de los perros, los entrené y establecí un gran criadero a partir de ellos.

Con aquellos mastines, me convertí en un verdadero cazador, y, a los dieciséis años, mi vida se desarrollaba en el campo abierto.

En cambio, en el castillo, resultaba más latoso que nunca. En realidad, nadie quería oírme hablar de recuperar los viñedos, de volver a plantar los campos abandonados o de impedir que los arrendatarios de las tierras siguieran robándonos.

Era impotente para cambiar nada. El silencioso flujo y reflujo de la vida sin cambios me resultaba devastador.

Todos los días de fiesta acudía a la iglesia sólo para romper la monotonía de mi vida y, cuando se presentaban en el pueblo los feriantes, siempre iba a verles, ávido de aquellos pequeños espectáculos que no podía contemplar en ninguna otra ocasión, de cualquier cosa que me sacara de la rutina.

No importaba que fueran los mismos prestidigitadores, mimos y acróbatas de años anteriores. Siempre eran algo más que el lento transcurso de las estaciones y que los ociosos e inútiles comentarios sobre glorias pasadas.

Pero ese año, el año que cumplí dieciséis, llegó una troupe de cómicos italianos con un carromato pintado en cuya parte posterior montaron el escenario más elaborado que yo había visto nunca. Representaron la vieja comedia italiana de Pantaleón y Polichinela y los jóvenes amantes, Lelio e Isabella, y el viejo doctor y todas las escenas habituales.

Me sentí extasiado con su actuación. Nunca había visto nada semejante, tan lleno de ingenio, de vitalidad, de agilidad. Me entusiasmó la representación, aunque a veces los actores hablaban tan deprisa que no podía seguirles.

Cuando la compañía terminó la obra y hubo pasado el platillo entre los espectadores, me mezclé entre los actores en la taberna y les invité a unos vinos, que en realidad no podía pagar, sin más propósito que poder hablar con ellos.

Sentía un amor imposible de expresar por aquellos hombres y mujeres. Ellos me explicaron que cada actor tenía un papel para toda la vida y que no utilizaban textos aprendidos de memoria, sino que lo improvisaban todo en el escenario. Cada actor conocía su nombre, su personaje, y entendía a éste y le hacía hablar y actuar como consideraba adecuado. En eso consistía la grandeza del género.

Un género que era denominado *Commedia dell'arte*.

Me sentía hechizado. Y me enamoré de la muchacha que hacía el papel de Isabella. Subí al

carromato con los actores y examiné todo su vestuario y los decorados pintados y, cuando volvimos a estar ante unas jarras de vino en la taberna, me dejaron representar a Lelio, el joven amante de Isabella, y aplaudieron asegurando que tenía don escénico. Era capaz de interpretar un papel como ellos lo hacían.

Al principio, creí que los elogios no eran más que lisonjas, pero, en realidad, de algún modo no me importó si lo eran o no.

A la mañana siguiente, cuando el carromato abandonó el pueblo, yo iba en su interior, oculto en la parte de atrás con unas cuantas monedas que había conseguido ahorrar y todas mis ropas en un hatillo. Me disponía a ser actor.

Veréis, en la vieja comedia italiana, al personaje de Lelio se le atribuye una gran donosura; como ya he explicado, es el amante y no lleva máscara. Si el actor le aporta buenos modales, dignidad y porte aristocrático, tanto mejor, pues todo ello forma parte del papel.

Pues bien, la troupe consideró que yo poseía todas aquellas características y me preparó inmediatamente para la siguiente representación que tenían previsto ofrecer. Y, el día antes de la actuación, recorrí la ciudad —un lugar mucho mayor y, sin duda, más interesante que nuestra aldea— anunciando la obra junto a los demás actores.

Me sentía en el paraíso, pero ni el viaje ni los preparativos ni la camaradería de mis colegas actores fueron comparables al éxtasis que experimenté cuando por fin hice mi aparición en el pequeño escenario de madera.

Me entregué alocadamente a enamorar a Isabella. Descubrí una facilidad para los versos y para las frases ingeniosas que jamás había sospechado. Escuché el eco de mi voz en los muros de piedra del recinto. Oí las risas que llegaban hasta mí en oleadas desde el público. Casi tuvieron que sacarme a rastras del escenario para detenerme, pero todo el mundo se dio cuenta de que había sido un gran éxito.

Por la noche, la actriz que hacía el papel de mi enamorada me hizo objeto de sus especiales e íntimas muestras de elogio. Me dormí entre sus brazos y lo último que le oí decir fue que, cuando llegáramos a París, actuaríamos en la feria de St. Germain y luego dejaríamos a la troupe para quedarnos en la ciudad; trabajaríamos en el Boulevard du Temple, hasta ingresar en la propia Comedie Française y actuar para María Antonieta y el rey Luis.

Cuando desperté a la mañana siguiente, mi Isabella había desaparecido con todos los demás actores, y en su lugar encontré a mis hermanos.

Nunca supe si habían comprado a mis amigos para que me entregaran, o si sólo los habían asustado. Muy probablemente, lo segundo. Fuera como fuese, fui devuelto a casa otra vez.

Por supuesto, mi familia estaba absolutamente horrorizada ante lo que había hecho. Querer hacerse monje a los doce años era comprensible, pero el teatro era cosa del diablo. Incluso al gran Moliere le habían negado un entierro cristiano. ¡Y yo me había escapado con unos harapientos vagabundos italianos, me había pintado la cara de blanco y había actuado con ellos en una plaza pública por unas monedas!

Me molieron a palos y, cuando lancé maldiciones contra todo el mundo, siguieron golpeándome.

Sin embargo, el peor castigo fue ver la expresión de mi madre. Ni siquiera a ella le había dicho que me iba. Y eso le había dolido, cosa que jamás hasta entonces le había sucedido.

De todos modos, en ningún momento me hizo el menor comentario al respecto. Cuando acudió a verme, escuchó mi llanto y vi lágrimas en sus ojos. Y me puso una mano en el hombro, gesto un poco sorprendente en ella.

No quise contarle cómo habían sido los breves días de mi fuga, pero creo que ella lo supo. Algo mágico se había perdido por completo. Y, una vez más, desafió a mi padre y puso fin a las recriminaciones, a los golpes y a las limitaciones de movimientos.

Me hizo sentar a su lado en la mesa, me dedicó una especial atención, incluso trabajó conmigo una conversación que resultaba absolutamente forzada para ella, hasta que hubo apaciguado y disuelto el rencor de la familia.

Por último, como hiciera ya una vez, tomó otra de sus joyas y me compró el espléndido fusil de caza que llevé conmigo cuando maté a los lobos.

Se trataba de una arma cara y excelente, y, a pesar de lo desdichado que me sentía, no vi el momento de probarla. Y mi madre añadió al fusil otro regalo, una espléndida yegua zaina con una potencia y una velocidad como jamás había visto en ningún animal. Pero estas cosas eran nimiedades en comparación con el consuelo general que me proporcionó su presencia.

Con todo, la amargura que sentía dentro de mí no remitió.

Nunca olvidé lo que había sentido cuando representaba a Lelio. Me hice un poco más cruel por lo que había sucedido y nunca jamás volví a la feria del pueblo. Me hice a la idea de que no debía escapar de allí nunca más; y, cosa extraña, cuanto más profunda se hizo mi desesperanza, más aumentó mi contribución a la buena marcha de la casa.

A los dieciocho años, sin la ayuda de nadie, yo me encargaba de poner el temor de Dios entre los criados y los arrendatarios. Sin la ayuda de nadie, yo proveía la comida para nuestra mesa. Y, por alguna extraña razón, esto me producía satisfacción. Ignoro por qué, pero me gustaba sentarme a la mesa y pensar que todos se estaban dando cuenta de lo que yo había proporcionado.

Así, pues, esos momentos me habían unido a mi madre. Esos momentos habían despertado entre nosotros un afecto mutuo que pasaba inadvertido y que, probablemente, no tenía igual en las vidas de quienes nos rodeaban.

Y ahora había acudido a mí en aquel extraño momento en que, por razones que ni yo mismo entendía, la presencia de cualquier otra persona me resultaba insoportable.

Con los ojos fijos en el fuego, apenas la vi subir al colchón de paja y dejarse caer sentada a mi lado.

Silencio. Sólo se oía el chisporroteo del fuego y la respiración profunda de los perros que dormían junto a mí.

Entonces la miré y me sentí vagamente alarmado.

Había pasado todo el invierno con una tos persistente y ahora parecía realmente enferma; por primera vez, su belleza, que siempre había sido muy importante para mí, parecía vulnerable.

Su rostro era anguloso y sus pómulos resultaban perfectos, altos y muy separados, pero delicados.

Tenía la mandíbula fuerte, pero exquisitamente femenina, y unos ojos diáfanos de color azul cobalto, orlados por unas tupidas pestañas cenicientas.

Si algún defecto tenía era, tal vez, que sus rasgos eran demasiado pequeños, demasiado gatunos, y le daban el aspecto de una chiquilla. Los ojos se le hacían aún más pequeños cuando estaba enfadada, y, aunque dulces, sus labios solían mostrar un aire de dureza. No expresaban tristeza ni se descomponían, sino que formaban una especie de pequeña rosa roja en su rostro. Las mejillas, en cambio, eran muy finas, y la forma del rostro muy estrecha; cuando se ponía muy seria, sus labios parecían mezquinos aunque no cambiaran en absoluto de expresión.

En aquella ocasión se la veía ligeramente abatida, pero a mí seguía pareciéndome hermosa. Seguía siendo hermosa. Me gustaba mirarla. Tenía un cabello rubio y abundante, y yo había heredado ese rasgo de ella.

De hecho, me parezco a mi madre, al menos en un primer vistazo, aunque mis facciones son más grandes y bastas, y mi boca es más móvil y puede volverse muy mezquina. Y en mi expresión puede apreciarse mi sentido del humor, la capacidad para la picardía y para la risa casi histérica que siempre he conservado, por desgraciado que me sintiera. Ella no solía reírse y podía lanzar una mirada profundamente helada. Aun así, siempre conservaba una dulzura casi infantil.

Pues bien, la miré allí sentada en mi cama —incluso le sostuve la mirada, supongo— y ella empezó a hablarme de inmediato.

—Ya sé qué te sucede —me dijo—. Los odias a todos. Los odias por lo que has tenido que sufrir y ellos ignoran. Ninguno de ellos tiene la imaginación suficiente para entender lo que te sucedió ahí arriba, en la montaña.

Experimenté un frío placer al escuchar estas palabras y respondí con un mudo asentimiento que ella entendió perfectamente.

—Lo mismo me sucedió a mí la primera vez que tuve un hijo —siguió entonces—. Padecí terribles sufrimientos durante doce horas y me sentí atrapada en el dolor, sabiendo que la única liberación era el parto o mi muerte. Cuando todo hubo pasado, sostuve en los brazos a tu hermano Augustin, pero no quise a nadie más cerca de mí. Y no era porque los culpara a ellos. Era sólo que había sufrido tanto, hora tras hora, que había entrado en el círculo infernal y había vuelto a salir de él. Ellos no habían estado en aquel círculo infernal. Y yo me sentía completamente sosegada. En aquel hecho tan corriente, en el acto vulgar de dar a luz, entendí lo que significa la soledad absoluta.

—Sí, eso es —respondí. Me sentía un poco emocionado.

Ella no añadió nada. Me habría sorprendido que lo hiciera. Una vez dicho lo que había venido a decir, no íbamos a mantener, en realidad, ninguna conversación. Con todo, me puso la mano en la frente —un gesto muy poco usual en ella— y, cuando observó que todavía llevaba las mismas ropas de caza ensangrentadas con las que había vuelto a casa, yo me di cuenta también y advertí lo sucio y maloliente que estaba.

Mi madre guardó silencio unos minutos.

Mientras estaba allí sentado, con la vista fija en el fuego detrás de su silueta, deseé decirle muchas

cosas; sobre todo, cuánto la quería.

Sin embargo, fui cauto. Ella tenía un modo muy seco de cortarme cuando le hablaba y, mezclado con mi amor, había un profundo resentimiento hacia ella.

Toda mi vida la había visto leer sus libros italianos y escribir cartas a gente de Nápoles, donde había crecido, pero jamás había tenido paciencia ni para enseñarnos a mí o a mis hermanos el abecedario. Y nada de esto había cambiado tras mi regreso del monasterio. Yo había cumplido los veinte y seguía sin poder leer o escribir más que mi nombre y un puñado de oraciones. Me repugnaba ver los libros de mi madre y odiaba verla absorta en ellos.

Y, de una manera vaga, me disgustaba el hecho de que sólo un sufrimiento extremo por mi parte consiguiera arrancar de ella alguna muestra de calor o de interés.

Con todo, ella había sido mi salvadora. Y no había nadie más que ella. Y tal vez yo estaba todo lo cansado de mi soledad que puede estarlo un joven.

En aquel momento la tenía allí, fuera de los confines de su biblioteca, y me prestaba atención. Por fin, me convencí de que no se levantaría para marcharse y me encontré hablando con ella.

—Madre —dije en voz baja—, hay algo más. Antes de que sucediera eso, había veces que sentía cosas horribles. —No hubo ningún cambio en su expresión—. A veces he soñado que los mataba a todos —continué—. En el sueño, mato a mis hermanos y a mi padre. Voy de habitación en habitación acabando con ellos como he hecho con los lobos. Siento dentro de mí el deseo de matar...

—Yo también, hijo mío —intervino ella—. Yo también.

Su rostro se iluminó con una enigmática sonrisa al mirarme. Me incliné hacia adelante y la contemplé más detenidamente. Bajé el tono de voz.

—Me veo gritando cuando sucede —añadí—. Veo mi rostro desfigurado en muecas y escucho unos gritos atronadores que surgen de mí. Mi boca es una O perfecta y de mi garganta surgen gritos y alaridos.

Mi madre asintió con la misma mirada comprensiva, como si tras sus ojos destellara una luz.

—Y en la montaña, madre, cuando luchaba con los lobos... Fue un poco lo mismo.

—¿Sólo un poco? —preguntó ella. Asentí con la cabeza.

—Mientras mataba a los lobos, me sentía alguien distinto de mí. Ahora no sé quién está aquí contigo, si tu hijo Lestat o ese otro hombre, el que disfruta matando.

Ella permaneció en silencio un largo rato.

—No —dijo por último—. Fuiste tú quien mató a los lobos. Tú eres el cazador, el guerrero. Tú eres el más fuerte de todos aquí, y ésa es tu tragedia.

Sacudí la cabeza. Mi madre tenía razón, pero no importaba. Aquello no compensaba la infelicidad que sentía. Sin embargo, ¿de qué servía pregonarlo?

Ella apartó un momento la mirada; luego la concentró de nuevo en mí y añadió:

—Pero tú eres muchas cosas, no sólo una. Eres el matador y el hombre. No cedas ante el matador que llevas dentro, sólo porque los odies. No tienes que cargar sobre ti el peso del asesinato o de la locura para liberarte de este lugar. Sin duda habrá otros modos.

Las dos últimas frases fueron dos mazazos. El comentario había ido directo al meollo del asunto. Y

me desconcertó lo que eso significaba.

Siempre había considerado que no podía ser una buena persona y enfrentarme a ellos. Ser bueno significaba someterme a ellos. Salvo, naturalmente, que encontrara una idea más interesante de la bondad.

Permanecimos sentados en silencio unos instantes. Y pareció surgir una atmósfera de intimidad inhabitual incluso para nosotros. Ella tenía la vista fija en el fuego y se rascaba su espesa cabellera, que llevaba recogida en un moño en la parte posterior de la cabeza.

—¿Sabes qué imagino? —me preguntó, mirándome otra vez—. No tanto en su muerte como en un abandono que prescindiera completamente de ellos. Me imagino bebiendo vino hasta estar tan ebria que me quito la ropa y me baño desnuda en los arroyos de la montaña.

Casi me eché a reír, pero era una sublime diversión. La contemplé, dudando por un instante de si la había entendido bien. Pero aquéllas eran las palabras que había pronunciado y no había terminado.

—Y luego imagino que voy al pueblo —dijo— y entro en la posada y me llevo a la cama a todos los hombres que acuden allí: hombres bastos, hombres grandes, ancianos y muchachos. Me imagino allí tendida, tomándoles uno tras otro y dejándome llevar por una sensación de triunfo, por un total abandono sin la menor preocupación por lo que pueda sucederles a tu padre o a tus hermanos, si están vivos o muertos. En ese momento, me siento puramente yo misma. Yo no pertenezco a nadie.

Me sentí demasiado escandalizado y asombrado para responder, pero, de nuevo, aquello me resultó terriblemente divertido. Pensé en mi padre y en mis hermanos y en los pomposos tenderos del pueblo e imaginé cómo reaccionarían ante tal conducta, y me pareció una situación casi hilarante.

Si no me reí a carcajadas fue, probablemente, por una especie de respeto hacia la imagen de mi madre desnuda. Sin embargo, no pude quedarme callado del todo. Solté una ligera risilla y ella asintió con una sonrisa mientras enarcaba las cejas, como si dijera: «Nosotros nos entendemos».

Finalmente, estallé en carcajadas, descargué el puño sobre mi rodilla y golpeé con la coronilla la cabecera de la cama. Entonces, mi madre casi se echó a reír. Tal vez lo estaba haciendo para sus adentros, con su estilo discreto y callado.

Curioso instante. Tuve una visión casi brutal de mi madre como un ser humano completamente aparte de todo lo que la rodeaba. Nosotros dos nos entendíamos, en efecto, y el resentimiento que sentía hacia ella no tenía importancia ahora.

Mi madre se quitó el alfiler del cabello y dejó que éste le cayera libremente sobre los hombros.

Tras esto, permanecimos sentados en silencio durante tal vez una hora. No hubo más risas ni más palabras, sólo el resplandor del fuego y la presencia de ella junto a mí.

Ella había vuelto el rostro para contemplar el fuego. Su perfil, con la delicadeza de la nariz y los labios, era una visión muy hermosa. Entonces, movió la cabeza para mirarme de nuevo, y, con la misma voz uniforme y sobria, desprovista de toda emoción desmedida, me reveló:

—Ya nunca me iré de aquí. Me estoy muriendo.

Me quedé anonadado. El asombro y el desconcierto que había sentido antes no fueron nada comparados con lo que sentí en aquel instante.

—Todavía viviré esta primavera —continuó— y es posible que el verano también, pero no resistiré otro invierno, lo sé. El dolor de los pulmones es demasiado insoportable.

Lancé un pequeño gemido de angustia. Creo que me incliné hacia adelante y exclamé: «¡Madre!».

—No digas nada más —replicó ella.

Creo que le desagradaba oírse llamar madre, pero yo no había podido evitar la palabra.

—Sólo deseaba decírselo a otra alma —continuó—. Oírlo en voz alta. Estoy absolutamente horrorizada con esa idea. Me da miedo.

Quise cogerle las manos entre las mías, pero sabía que ella no lo permitiría. No le gustaba que la tocaran. Nunca pasaba sus brazos en torno a nadie. Así, pues, fueron nuestras miradas las que se abrazaron. Y los ojos se me llenaron de lágrimas al mirarla.

Ella me dio unas palmaditas en la mano.

—No le des muchas vueltas a eso —me dijo—. Yo no lo hago. Sólo de vez en cuando. Pero debes prepararte para seguir viviendo sin mí cuando llegue la hora. Tal vez te resulte más difícil de lo que piensas.

Quise decir algo, pero no me salieron las palabras.

Mi madre salió de la alcoba como había entrado, en completo silencio.

Y, aunque en ningún momento había dicho nada de mis ropas ni de mi barba, ni del aspecto horrible que yo presentaba, mi madre me envió a los criados con ropas limpias, la navaja de afeitar y agua caliente. Sin decir palabra, dejé que se ocuparan de mí.

3

Empecé a sentirme un poco más fuerte. Dejé de pensar en lo sucedido con los lobos y concentré los pensamientos en mi madre.

Recordé sus palabras, «absolutamente horrorizada», y no supe qué pensar de ellas, salvo que parecían reflejar la verdad exacta. Así me sentiría yo si estuviera muriéndome lentamente. Antes preferiría haber acabado mi vida en la montaña, con los lobos.

Pero en su confidencia había mucho más. Tras su permanente silencio, mi madre siempre se había sentido desgraciada. Le disgustaban tanto como a mí la inercia y la falta de perspectivas de nuestras vidas. Y ahora, después de tener ocho hijos, tres vivos y cinco fallecidos, estaba cerca de la muerte. Aquél era su final.

Decidí abandonar la cama y la habitación si eso la hacía sentirse mejor, pero, cuando lo intenté, no pude. La idea de que estuviera muñéndose me resultaba insoportable. Recorrí paso a paso la estancia una y otra vez, comí todo lo que me trajeron, pero seguí sin acudir a su encuentro.

Sin embargo, cuando casi se cumplía un mes de los hechos, acudieron al castillo unos visitantes que reclamaban mi presencia.

Mi madre acudió a verme y dijo que debía recibir a los comerciantes del pueblo, que querían honrarme por haber matado los lobos.

—¡Bah, al diablo con eso! —respondí.

—No —insistió ella—. Tienes que bajar. Te traen regalos. Ve a cumplir con tu deber.

Todo aquello me fastidiaba.

Cuando entré en el salón, encontré esperándome a los ricos tenderos, todos ellos hombres a quienes conocía bien.

Todos venían engalanados para la ocasión, pero entre ellos destacaba un joven a quien no reconocí en un primer momento.

Tenía aproximadamente mi edad, y era muy alto. Cuando nuestras miradas se cruzaron, recordé quién era. Nicolás de Lenfent, el hijo mayor del pañero, a quien su padre había enviado a estudiar a París.

Ahora, el muchacho era como una aparición.

Vestido con una espléndida casaca de brocado en colores rosa y oro, calzaba chinelas de tacones dorados y llevaba una llamativa pechera de encaje italiano. Únicamente su cabello seguía siendo el de antes, oscuro y muy rizado, y le daba un aspecto un tanto infantil pese a llevarlo atado a la nuca con una delicada cinta de seda.

Todo aquello era moda parisina, de la que yo veía pasar por la casa de postas.

Y ahora tenía que ir a su encuentro con mis raídas ropas de lana y mis gastadas botas de cuero y unos encajes amarillentos, mil veces zurcidos.

Nos saludamos con sendas reverencias, pues él era, al parecer, el portavoz de los reunidos. A continuación, el joven Nicolás extrajo de su humilde envoltorio de estameña negra una magnífica capa de terciopelo rojo forrada de piel. Un objeto magnífico, hermosísimo. A mi interlocutor le brillaban intensamente los ojos cuando me miró. Se hubiera dicho que estaba admirando a un soberano.

—Os ruego que aceptéis esta capa, monseñor —dijo con voz sincera—. Hemos utilizado la piel más fina de los lobos para forrarla y hemos pensado que os será de utilidad en invierno, cuando salgáis de cacería a caballo.

—Y esto también, monseñor —añadió su padre, presentándome un par de botas de gamuza negras, forradas de piel y finamente cosidas—. Para la cacería, monseñor.

Me sentí un poco abrumado. Aquellos hombres, que tenían la clase de riqueza con la que yo podía sólo soñar, expresaban en sus gestos la mayor deferencia hacia mí y me rendían respeto como aristócrata.

Acepté la capa y las botas y les di las gracias con la misma efusividad con que siempre agradecía las cosas a cualquiera.

Y, a mi espalda, escuché a mi hermano Augustin comentar:

—¡Ahora sí que se pondrá realmente imposible!

Noté que me ruborizaba. Era ultrajante que hubiera hecho tal comentario en presencia de aquellos hombres, pero cuando miré a Nicolás de Lenfent vi en su rostro la expresión más afectuosa.

—Yo también soy imposible, monseñor —me susurró mientras le daba el beso de despedida—. ¿Me permitiréis algún día venir a hablar con vos para que me contéis cómo acabasteis con todos? Sólo el imposible puede hacer lo imposible.

Ninguno de los tres comerciantes me había hablado jamás de aquel modo. Por un instante, Nicolás y yo volvimos a ser dos chiquillos. Y solté una carcajada. Su padre pareció desconcertado. Mis hermanos dejaron de cuchichear. Pero Nicolás de Lenfent continuó sonriendo con parisina serenidad.

Cuando la delegación se hubo marchado, llevé la capa de terciopelo rojo y las botas de gamuza a la habitación de mi madre.

Estaba leyendo, como siempre, mientras se cepillaba el cabello con gesto indolente. Bajo la débil luz que entraba por la ventana, le vi por primera vez canas en el pelo. Le comenté lo que había dicho Nicolás de Lenfent.

—¿Por qué dice que es imposible? —quise saber—. Dijo esa frase con intención, como si se refiriera a algo concreto.

Ella se echó a reír.

—Se refiere a algo, desde luego —respondió después—. Está castigado. —Apartó por un instante los ojos del libro y me miró—. Ya sabes que toda la vida le han educado para ser una pequeña imitación de aristócrata. Pues bien, durante su primer año como estudiante de Leyes en París, fue a enamorarse

locamente del violín. Al parecer, escuchó a un virtuoso italiano, uno de esos genios de Padua, tan excepcional que la gente murmura sobre si habría vendido su alma al diablo. Tras oírle, Nicolás lo abandonó todo inmediatamente para acudir a tomar lecciones de Wolfgang Mozart. Incluso vendió sus libros. No hizo otra cosa que tocar y tocar el instrumento, hasta suspender los exámenes en Leyes. Insiste en que quiere ser músico, ¿te imaginas?

—Y su padre está fuera de sí, ¿no es eso?

—Exacto. Incluso le rompió el violín, y ya sabes lo que representa una mercadería cara para un buen pañero.

Sonreí.

—¿Y, así, Nicolás se ha quedado sin violín?

—No, ya tiene otro instrumento. No tardó en escapar a Clermont y allí vendió su reloj para comprar el nuevo violín. Tiene razón cuando dice que es imposible, y lo peor es que toca bastante bien.

—¿Le has oído?

Mi madre apreciaba la buena música, pues había crecido escuchándola en Nápoles. Yo, en cambio, sólo conocía el coro de la iglesia y la música popular de las ferias.

—Sí, el domingo pasado, cuando iba a misa —respondió—. Nicolás estaba tocando en el dormitorio del piso superior, encima de la tienda. Todo el mundo podía oírle y su padre le estaba amenazando con romperle las manos.

Solté un leve jadeo ante tal crueldad. Me sentía profundamente fascinado. Creo que empecé a quererle en ese mismo instante, por lanzarse de aquel modo a hacer lo que deseaba.

—Naturalmente, el muchacho nunca llegará a nada —siguió comentando mi madre.

—¿Por qué no?

—Es demasiado mayor. No se puede empezar a aprender violín a los veinte años. De todos modos, ¿qué sé yo? A su modo, tiene una forma mágica de tocar. Y tal vez le venda su alma al diablo.

Me eché a reír, un poco inquieto. Aquello sonaba a magia.

—¿Por qué no bajas al pueblo y te haces amigo suyo? —me sugirió.

—¿Por qué diablos tendría que hacerlo? —repliqué.

—Vamos, Lestat. A tus hermanos no les hará mucha gracia. Y el viejo comerciante no cabrá en sí de gozo. Su hijo y el hijo del marqués...

—No son razones suficientes.

—Nicolás ha estado en París —añadió ella. Me miró durante un instante. Luego se concentró de nuevo en su libro y volvió a pasarse de vez en cuando el cepillo por el cabello con el mismo gesto indolente.

La contemplé mientras leía, furioso. Quería preguntarle cómo se encontraba, si tenía mucha tos aquel día, pero no fui capaz de hacerle el menor comentario.

—Baja al pueblo y habla con él, Lestat —insistió ella, sin volver a mirarme.

4

Tardé una semana en decidirme a ir en busca de Nicolás de Lenfent.

Me puse la capa de terciopelo rojo forrada de piel y las botas de gamuza forradas, y descendí por la serpenteante calle principal del pueblo, en dirección a la posada.

La tienda del padre de Nicolás estaba frente por frente con la posada, pero no vi a Nicolás ni escuché su violín.

Yo no tenía dinero más que para un vaso de vino, y no supe muy bien qué decir cuando el posadero se me acercó y, con una reverencia, dejó delante de mí una botella de su mejor vino.

Naturalmente, aquella gente me había tratado siempre como el hijo del amo, pero aprecié que las cosas habían cambiado mucho tras la cacería de los lobos y, cosa extraña, ello me hizo sentir aún más solo de lo habitual.

Pero apenas me había servido el primer vaso cuando apareció Nicolás, un gran torbellino de color en la puerta abierta del local.

Por fortuna, no iba vestido con la elegancia de la otra vez, pero, aun así, todo cuanto llevaba —seda, terciopelo y cuero nuevo— rezumaba riqueza.

En cambio, venía sonrojado como si hubiera estado corriendo; llevaba el cabello revuelto y enredado y tenía un brillo de excitación en los ojos. Me hizo una reverencia, esperó a que le invitara a sentarse y luego me preguntó:

—¿Cómo hicisteis, monseñor, para matar esos lobos?

Cruzó los brazos sobre la mesa y me miró fijamente.

—¿Por qué no me contáis vos cómo es París, monseñor? —repliqué, y advertí de inmediato que mis palabras habían sonado burlonas y bruscas—. Lo siento —añadí al instante—. Me gustaría saberlo, de veras. ¿Habéis estudiado en la Universidad? ¿De veras os ha dado Mozart clases? ¿Qué hace la gente en París? ¿De qué conversan? ¿Qué piensan?

Nicolás se rió por lo bajo ante la andanada de preguntas. No pude evitar reírme también. Pedí otro vaso y le acerqué la botella.

—Decidme, ¿estuvisteis en los teatros de París? ¿Visteis la Comedie Française?

—Muchas veces —respondió él, sin mucho entusiasmo—. Pero escuchad, la diligencia va a llegar en cualquier momento y se armará aquí mucho alboroto. Permitidme el honor de invitaros a cenar en una estancia privada del piso de arriba. Me encantaría que aceptarais...

Y, sin darme tiempo a formular una protesta de cortesía, dio las órdenes pertinentes y fuimos conducidos a una pequeña habitación, tosca pero acogedora.

Yo no había entrado casi nunca en una estancia pequeña de madera, y ésta me encantó desde el primer momento. La mesa estaba ya puesta para la comida que traerían más tarde, el fuego caldeaba de verdad el lugar, al contrario que las llamas directas y rugientes de las chimeneas del castillo, y el grueso cristal de la ventana estaba lo bastante limpio para poder divisar el azul invernal sobre las montañas cubiertas de nieve.

—Ahora os contaré todo lo que queráis saber sobre París —aceptó mi interlocutor, mientras esperaba gentilmente a que yo me sentara primero—. Sí, estuve en la Universidad —dijo, una vez que nos hubimos acomodado, y lanzó una risilla despectiva como si no mereciera la pena extenderse en ello—. Y estudié con Mozart, quien, de no haber andado escaso de alumnos, me habría dicho que yo era un caso perdido para la música. En fin, ¿por dónde queréis que empiece? ¿Por el hedor de la ciudad, o por su ruido infernal? ¿Por las multitudes hambrientas que le atosigan a uno en todas partes? ¿Por los ladrones dispuestos a rebanaros el gaznate detrás de cualquier esquina?

Deseché todo aquello con un ademán. La sonrisa de Nicolás era muy distinta a su tono de voz; sus gestos eran abiertos y atrayentes.

—Uno de esos grandes teatros parisinos... —dije—. Describídmelo..., ¿cómo es?

Creo que estuvimos en la pequeña habitación cuatro horas completas, sin hacer otra cosa que beber y conversar.

Nicolás trazó planos de los teatros sobre la mesa; utilizaba para ello un dedo mojado. Me habló de las obras que había visto, de los actores famosos, de las casitas de los bulevares. Pronto me estaba describiendo todas las cosas de París, olvidado ya su cinismo. Mi curiosidad le daba alas para hablar de la Ile de la Cité, y del Barrio Latino, de la Sorbona, del Louvre.

Nos adentramos en asuntos más abstractos, en cómo se presentaban los sucesos en los periódicos, en las tertulias de los estudiantes en los cafés. Me contó que el pueblo estaba inquieto y que era desafecto a la monarquía. Que aspiraba a un cambio en el gobierno y que no tardaría mucho en rebelarse. Me habló de los filósofos, Diderot, Voltaire, Rousseau.

No entendí todo lo que me contaba, pero, con su hablar rápido, sarcástico a veces, me proporcionó una imagen maravillosamente completa de lo que estaba sucediendo en París.

Por supuesto, no me sorprendió saber que la gente instruida no creía en Dios, sino que estaba infinitamente más interesada en la ciencia; que la aristocracia era objeto de grandes antipatías; y que lo mismo sucedía con la Iglesia. Ésta era una época guiada por la razón, no por la superstición, y cuantas más cosas decía Nicolás, mejor lo entendía yo.

Pronto se puso a describirme la Enciclopedia, la gran recopilación de conocimientos supervisada por Diderot. Luego me habló de los salones a los que había asistido, las juergas, las veladas con las actrices. Me describió los bailes públicos en la Palais Royal, donde solía aparecer María Antonieta entre la gente del pueblo.

—He de confesar —dijo finalmente— que todo esto suena mucho mejor en esta habitación de lo que es en realidad.

—No os creo —repliqué yo con suavidad. No quería que dejase de hablar. Quería que siguiera

contando cosas eternamente.

—Estamos en tiempo de incredulidad, monseñor —comentó Nicolás mientras llenaba los vasos de ambos con una nueva botella de vino—. Muy peligrosos.

—¿Peligrosos? ¿Por qué? —repliqué—. ¿Por poner fin a la superstición? ¿Qué otra cosa podría haber mejor?

—Habláis como un auténtico hombre del siglo XVIII, monseñor —respondió él con una sonrisa de ligera melancolía—. Pero ya nadie da valor a nada. No hay más que moda. Incluso el ateísmo es una moda.

Yo siempre había tenido una mentalidad escéptica en religión, aunque por ninguna razón filosófica. En mi familia, nadie creía mucho en Dios, ni entonces ni en el pasado. Por supuesto, ellos decían que sí a la costumbre, y todos asistíamos a misa. Sin embargo, todo eso eran obligaciones sociales. Hacía mucho tiempo que la religión había muerto en nuestra familia, igual quizá que en miles de familias de aristócratas. Por mi parte, ni siquiera en el monasterio había creído en Dios. Había creído en los monjes que me rodeaban.

Traté de explicárselo a Nicolás en palabras sencillas sin que se ofendiera, porque para su familia las cosas eran de otra manera. Incluso su miserable y ambicioso padre (a quien yo admiraba en secreto) era fervientemente religioso.

—Sin embargo, ¿pueden los hombres vivir sin esas creencias? —preguntó él casi con tristeza—. ¿Pueden los hijos afrontar el mundo sin ellas?

Empecé a comprender la razón de su sarcasmo y cinismo. Todavía estaba muy reciente su pérdida de fe, y hablar de ello era un trago amargo para él.

Con todo, por acerbo que fuera su sarcasmo, emanaba de mi interlocutor una gran energía, una pasión irreprimible. Y eso me atrajo de él. Creo que sentí amor por él. Un par de vinos más y quizá terminaría confesándole algo absolutamente ridículo por el estilo.

—Yo he vivido siempre sin creencias —afirmé.

—Sí, ya lo sé —respondió él—. ¿Recordáis la historia de las brujas, esa vez que llorasteis en el lugar de las brujas?

—¿Que lloré por las brujas?

Le miré unos instantes sin saber a qué se refería, pero pronto se agitó dentro de mí un doloroso sentimiento de humillación. Demasiados de mis recuerdos tenían aquel mismo regusto. Y en aquel momento tenía que recordar haber llorado por unas brujas.

—No recuerdo —contesté.

—Éramos pequeños y el sacerdote nos estaba enseñando las oraciones. Un día el sacerdote nos llevó a ver el lugar donde habían quemado a las brujas muchos años antes, y encontramos las viejas estacas y el suelo ennegrecido.

—¡Ah, ese lugar! —Me recorrió un escalofrío—. ¡Qué sitio tan horrible!

—Os pusisteis a gritar y a llorar. Incluso mandaron llamar al propio marqués, porque vuestra niñera no conseguía calmaros.

—Era un niño terrible —murmuré, tratando de quitarle importancia al asunto. Por supuesto que lo recordaba todo ahora: los gritos, el traslado a casa, las pesadillas con las hogueras. Alguien que me humedecía la frente y decía: «Lestat, despierta».

Pero no había revivido la escena desde hacía años. Cuando pasaba por las cercanías de aquel lugar, lo único que evocaba era el emplazamiento en sí: el bosquecillo de estacas ennegrecidas, las imágenes de hombres, mujeres y niños quemados vivos.

Nicolás me estudiaba.

—Cuando vuestra madre acudió a buscaros, dijo que todo aquello era obra de la ignorancia y la crueldad. Estaba furiosa con el sacerdote por contaros esas viejas historias.

Asentí.

El horror último había sido oír que toda aquella gente de nuestro propio pueblo, olvidada desde hacía tanto tiempo, había muerto por nada; que eran inocentes. «Víctimas de la superstición», había declarado ella. «No había brujas de verdad.» No era extraño que yo no dejara de gritar y gritar.

—Mi madre, en cambio —dijo Nicolás—, me contó una historia diferente: que las brujas estaban en alianza con el diablo y que habían arruinado las cosechas y que, convertidas en lobos, mataban ovejas y niños...

—¿Acaso no sería mejor el mundo si nunca más se quemara a nadie en el nombre de Dios? —pregunté—. ¿Si no se continuara creyendo que Dios puede ordenar al hombre hacer tal cosa a su semejante? ¿Cuál es el peligro de un mundo racional donde horrores como éste no se produzcan?

Él se inclinó hacia adelante y frunció el entrecejo con aire malicioso.

—Los lobos no os hirieron en la montaña, ¿verdad? —inquirió en tono festivo—. ¿No os habréis convertido en hombre lobo, monseñor, sin que nadie lo haya advertido? —Acarició el forro de la capa de terciopelo que aún cubría mis hombros y continuó—: Recordad lo que dijo el buen cura: que en esa época habían quemado a un buen número de hombres lobo. Entonces constituían una amenaza habitual.

Me eché a reír.

—Si me volviera lobo —respondí—, una cosa os puedo asegurar. No me quedaría por aquí a matar niños. Me alejaría de este pueblo repugnante y miserable donde todavía asustan a los niños con cuentos de quemados de brujas. Huiría camino de París y no me detendría hasta ver sus murallas.

—Y entonces descubriríais que París es otro agujero repugnante y miserable —replicó él—, donde a los ladrones les rompen los huesos en la rueda a la vista del populacho en la place de Gréve.

—No —insistí—. Vería una ciudad espléndida donde nacen grandes ideas en las mentes de ese populacho, ideas que habrán de iluminar hasta el rincón más oscuro de este mundo.

—¡Ah, sois un soñador! —exclamó Nicolás, pero estaba encantado. Cuando sonreía, su belleza destacaba todavía más.

—Y conoceré gente como vos —proseguí—, gente que tiene ideas en la cabeza y verbo fácil para expresarlas, y nos sentaremos en los cafés y beberemos juntos y nos enfrentaremos apasionadamente con palabras y seguiremos conversando el resto de nuestras vidas en un divino frenesí.

El alargó el brazo, me lo pasó en torno al cuello y me besó. Casi volcamos la mesa de lo felices y

borrachos que estábamos.

—Mi señor, el matador de lobos —me susurró.

Con la tercera botella de vino, empecé a contar mi vida como nunca lo había hecho: expliqué lo que sentía cada día al adentrarme a caballo por las montañas, al alejarme hasta perder de vista las torres del castillo de mi padre, a cabalgar por los campos arados hasta el lugar donde el bosque parecía casi encantado.

Las palabras comenzaron a fluir de mis labios como antes lo habían hecho de los suyos, y pronto nos encontramos hablando de mil cosas que habíamos sentido en nuestros corazones, confidencias de secretas soledades, y las palabras parecían fundamentales, como lo habían sido en aquellas raras ocasiones con mi madre. Y mientras describíamos nuestras mutuas añoranzas e insatisfacciones, nos expresábamos con gran vivacidad, con cosas como «¡sí, sí!» y «¡exactamente!», y «entiendo perfectamente a qué os referís», y «sí, claro, uno siente que no puede soportarlo», etcétera.

Otra botella y un nuevo fuego. Le pedí a Nicolás que tocara el violín para mí y corrió a buscarlo inmediatamente a su casa.

Caía ya la tarde. El sol entraba al sesgo por la ventana y el fuego del hogar estaba muy vivo. Y... estábamos muy borrachos. No habíamos llegado a pedir la cena y yo me sentía más feliz que nunca en mi vida. Me acosté en el apelmazado colchón de paja del camastro con las manos detrás de la cabeza, observándole mientras sacaba el instrumento.

Se llevó el violín al hombro y empezó a puntear las cuerdas mientras las afinaba ajustando las clavijas.

Después levantó el arco y lo dejó caer con fuerza sobre las cuerdas para hacer sonar la primera nota.

Me incorporé hasta quedar sentado y apoyado con la espalda contra la pared de madera; le miré fijamente, pues no podía creer en el sonido que empecé a escuchar.

Entró en la melodía desgarrándola, arrancando las notas del violín. Y cada una de ellas era translúcida y vibrante. Nicolás tenía los ojos cerrados, la boca un poco distorsionada, el labio inferior ligeramente ladeado; y lo que me encogió el corazón casi tanto como la propia tonada fue ver cómo todo su cuerpo se fundía en la música, cómo su alma se apretaba al instrumento como si fuera un sensible oído más.

Jamás había escuchado música como aquella, tales vigor e intensidad, los rápidos y brillantes torrentes de notas que surgían de las cuerdas. Estaba interpretando una pieza de Mozart y tenía toda la alegría, la ligereza y el intenso encanto de cuanto Mozart escribió.

Cuando terminó, yo estaba mirándole, y me di cuenta de que yo tenía mi cabeza apretada entre ambas manos.

—¿Qué os sucede, monseñor? —exclamó él, casi con impotencia. Me puse en pie y le estreché entre mis brazos y le besé en ambas mejillas y besé el violín.

—Deja de llamarme monseñor —le dije—. Llámame por mi nombre.

Me tendí de nuevo en la cama y hundí el rostro en el brazo y rompí a llorar y, una vez hube empezado, no pude parar.

El se sentó a mi lado, me abrazó y me preguntó por qué lloraba, y, aunque no pude explicárselo, advertí que estaba abrumado por el efecto que me había producido su música. En ese instante, no había en Nicolás el menor sarcasmo, la más mínima amargura.

Creo que, esa noche, él me llevó al castillo de mi familia.

Y, a la mañana siguiente, yo estaba en la zigzagueante calle empedrada, delante de la tienda de su padre, arrojando piedrecitas a su ventana.

Y, cuando al fin asomó la cabeza, le pregunté:

—¿Quieres bajar a continuar nuestra conversación?

5

A partir de entonces, cuando no andaba de caza, mi vida estaba con Nicolás y evocando «nuestra conversación».

Se acercaba la primavera, las montañas estaban salpicadas de verde y el huerto de manzanos empezaba a revivir. Y Nicolás y yo estábamos siempre juntos.

Dimos largos paseos por las laderas rocosas, tomamos pan y vino al sol, sobre la hierba, y recorrimos las ruinas de un viejo monasterio al sur del pueblo. A veces nos quedábamos en mis habitaciones o subíamos a las almenas. Y luego, cuando estábamos demasiado bebidos y armábamos demasiado alboroto como para que los demás nos soportaran, volvíamos a nuestra habitación de la posada.

Con el paso de las semanas, fuimos abriéndonos cada vez más el uno al otro. Nicolás me habló de su infancia en la escuela, de las pequeñas decepciones de sus primeros años, de la gente que él había conocido y querido.

Y yo empecé a contarle mis aficciones..., hasta terminar con la vieja vergüenza de mi escapada con los actores italianos.

Me vino a los labios una noche, durante una nueva visita a la posada, mientras estábamos ebrios como de costumbre. De hecho, estábamos en ese momento de la borrachera que los dos habíamos dado en llamar el Instante de Oro, en el que todo tenía sentido. Siempre tratábamos de prolongar ese momento, hasta que, inevitablemente, uno de nosotros confesaba: «No puedo seguir más; creo que el Instante de Oro ha pasado».

Esa noche, mientras contemplaba la Luna sobre las montañas por la ventana, afirmé que, en ese Instante de Oro, no era tan terrible que no estuviéramos en París, que no nos halláramos en la Opera o en la Comedie, esperando a que se levantara el telón.

—Tú y tus teatros de París —replicó él—. Hablemos de lo que hablemos, siempre vuelves al tema de los teatros y los actores...

Sus ojos pardos eran enormes y confiados. E, incluso borracho como estaba, conservaba la elegancia con su levita de terciopelo rojo parisiense.

—Los actores y actrices hacen magia —afirmé—. Hacen que se produzcan cosas en el escenario, inventan, crean...

—Espera a ver cómo les corre el sudor por los rostros pintarrajeados bajo el resplandor de las luces.

—¡Ah, ya estamos con ésas otra vez! ¡Precisamente tú, el que lo ha abandonado todo para tocar el violín!

De repente, Nicolás se puso terriblemente serio, abatido, como si estuviera cansado de sus propias luchas.

—Sí, eso hice —confesó.

Para entonces, el pueblo entero sabía ya de la batalla entre él y su padre. Nicolás no volvería a estudiar en París.

—Cuando actúas, creas vida —insistí—. Haces surgir algo de la nada. Haces que suceda algo bueno. Y, para mí, eso es una bendición.

—Yo hago música, y eso me hace feliz —respondió—. ¿Qué tiene de bueno o de bendito?

Hice caso omiso de su comentario, como siempre hacía ahora con sus muestras de cinismo.

—Yo he vivido todos estos años entre gente que no crea nada ni cambia nada —declaré—. Los actores y los músicos..., para mí son santos.

—¿Santos? —repitió él—. ¿Bondad? ¿Bendición? ¡Lestat, tu léxico me asombra!

Sonrei y sacudí la cabeza.

—No entiendes. Estoy hablando de la naturaleza de los seres humanos, no de las creencias. Hablo de los que no aceptarían una mentira inútil por el solo hecho de haber nacido para ello. Me refiero a los que serían algo mejor. Se esfuerzan, se sacrifican, hacen cosas...

Le vi conmovido por mis palabras y me sorprendió un poco haberlas pronunciado. Sin embargo, sentí que, de alguna manera, le había herido.

—Hay beatitud en ello. Hay santidad. Y, con Dios o sin Él, hay bondad. Lo sé como sé que ahí fuera están las montañas, como sé que las estrellas brillan.

Me dirigió una mirada triste. Aún parecía dolido. Pero, en aquel momento, yo no pensaba en él.

Pensaba en la conversación que había tenido con mi madre y en mi creencia de que no podía ser bueno si desafiaba a mi familia. Pero si realmente creía en lo que estaba diciendo...

Como si leyera los pensamientos, Nicolás me preguntó:

—¿Pero de verdad estás convencido de esas cosas?

—Quizá sí, quizá no —respondí. No podía soportar verle tan triste.

Y creo que, más por ello que por cualquier otra causa, le conté toda la historia de cómo había escapado yo con los actores. Le conté lo que no había explicado nunca a nadie, ni siquiera a mi madre, sobre aquellos pocos días y la felicidad que me habían proporcionado.

—Y bien —le pregunté a continuación—, ¿cómo podría no ser bueno dar y recibir tal felicidad? Dimos vida a esa ciudad cuando representamos nuestra obra. Es magia, te lo digo. Podría curar a los enfermos, seguro que sí.

Él movió la cabeza y me di cuenta de que, por respeto a mí, callaba algunas cosas que deseaba decir.

—No entiendes, ¿verdad? —insistí.

—Lestat, el pecado siempre sienta bien —afirmó él con voz grave—. ¿No lo ves? ¿Por qué crees que la Iglesia ha condenado constantemente a los actores? El teatro procede de Dioniso, el dios del vino. Lo puedes leer en Aristóteles. Y Dioniso fue un dios que conducía a los hombres al desenfreno. Te sentó bien salir a ese escenario porque era un acto de abandono y lujuria y libertinaje, el ancestral culto al dios de la uva, y te lo pasaste en grande por el hecho de desafiar a tu padre...

—No, Nicolás. No y mil veces no.

—Lestat, somos compañeros de pecado —dijo él, sonriendo por fin—. Siempre lo hemos sido. Los dos nos hemos portado mal y los dos estamos totalmente desacreditados. Eso es lo que nos une.

Ahora había llegado mi turno de mostrarme triste y dolido. Y el Instante de Oro era ya imposible de recuperar..., a menos que sucediera algo nuevo.

—Vamos —dije de pronto—. Coge el violín y vámonos a algún rincón del bosque donde no despertemos a nadie con la música. Ya veremos si no hay bondad en ella.

—¡Eres un loco! —exclamó él, pero agarró por el cuello la botella sin abrir y se encaminó hacia la puerta inmediatamente.

Yo fui tras él.

Cuando salió de su casa con el violín, me propuso:

—¡Vamos al lugar de las brujas! Mira, hay media luna y tendremos suficiente luz. Bailaremos la danza del diablo y tocaremos para los espíritus de las brujas.

Me eché a reír. Tenía que estar borracho para continuar con aquello.

—Volveremos a consagrar el sitio —insistí— mediante una música buena y pura.

Llevaba años y años sin pisar el lugar de las brujas.

El claro de luna que lo bañaba permitía ver, como Nicolás había descrito, las estacas chamuscadas formando el círculo siniestro y la zona de terreno donde seguía sin crecer nunca nada, transcurridos cien años de la quema. Los arbolillos jóvenes del bosque se mantenían a distancia, y ello hacía que el viento azotara el claro. Arriba, aferrado a la rocosa ladera, el pueblo se cernía en sombras.

Me recorrió un leve escalofrío, pero no fue más que la mera sombra de la angustia que había sentido de niño al escuchar las terribles palabras «asados vivos», cuando había imaginado el sufrimiento.

El encaje blanco de Nicolás destacaba bajo la pálida luz; empezó de inmediato a tocar una canción gitana y a bailar dando vueltas en círculo al mismo tiempo.

Me senté en un gran tocón quemado y eché un trago de la botella. Y me embargó aquel sentimiento desgarrador que me invadía cada vez que Nicolás interpretaba la música. ¿Qué otro pecado había allí, pensé, salvo el de desperdiciar mi existencia en aquel horrible lugar? Muy pronto me encontré llorando en silencio y a hurtadillas.

Aunque me parecía que la música no había cesado, vi a Nicolás consolándome. Nos sentamos uno al lado del otro y me dijo que el mundo está lleno de injusticia, y que los dos, tanto él como yo, éramos prisioneros de aquel horrible rincón de Francia, y que algún día escaparíamos de allí. Yo pensé en mi madre, allá en el castillo en lo alto de la montaña, y la tristeza me embargó hasta que me resultó insoportable, y Nicolás empezó a tocar de nuevo, instándome a bailar y a olvidarlo todo.

Sí, quise decir, eso era lo que podría impulsar a uno a obrar. ¿Era eso pecado? ¿Cómo podría ser malo? Fui tras Nicolás, que se puso a bailar en un círculo. Las notas parecían surgir y elevarse del violín como si fueran de oro. Casi podía verlas destellar. Di vueltas y vueltas en torno a Nicolás y él se sumergió en una música más frenética y profunda. Desplegué las alas de mi capa forrada de piel y eché la cabeza hacia atrás para contemplar la Luna. La música se alzó a mi alrededor como si fuera humo, y el lugar de las brujas dejó de existir. Encima de mí, sólo estaba el cielo, formando un gran arco que bajaba

hasta las montañas.

Debido a todo esto, Nicolás y yo nos sentimos más unidos en los días que siguieron.

Pero, unas noches después, sucedió algo extraordinario.

Era tarde. Volvíamos a encontrarnos en la habitación de la posada, y Nicolás, que no dejaba de deambular por la estancia y de gesticular teatralmente, puso al fin en palabras lo que había estado rondando nuestras mentes desde hacía tiempo.

Dijo que debíamos huir a París aunque no tuviéramos un céntimo. Que era mejor eso que quedarse allí. ¡Aunque tuviéramos que vivir como mendigos en la capital! Tenía que ser mejor.

Como es lógico, los dos habíamos llegado gradualmente a aquella conclusión.

—Bien —asentí—. Aunque tengamos que ser mendigos callejeros, Nicolás. Porque antes prefiero condenarme al infierno que interpretar el papel de primo del pueblo que llega sin un céntimo a suplicar a la puerta de las grandes mansiones.

—¿Crees que quiero verte hacer tal cosa? —replicó él—. Te estoy hablando de huir lejos de ellos, Lestat. De vengarnos de todos ellos.

Me pregunté si realmente quería seguir adelante con aquello. Sin duda, nuestros padres nos maldecirían. Pero, al fin y al cabo, nuestra vida en el pueblo era completamente vacía.

Por supuesto, los dos sabíamos que, esta vez, nuestra huida juntos sería mil veces más seria que nada de cuanto habíamos hecho hasta entonces. Ya no éramos adolescentes, sino hombres hechos y derechos. Nuestros padres nos maldecirían, sin duda, y eso era algo que ninguno de los dos podíamos tomarnos a risa.

Y también teníamos edad suficiente para conocer el significado de la pobreza.

—¿Qué voy a hacer en París cuando tengamos hambre? —pregunté—. ¿Cazar ratas para cenar?

—Si es preciso, yo tocaré el violín por unas monedas en el boulevard du Temple. Y tú puedes ir a los teatros. —Nicolás me estaba retando de verdad. Me estaba diciendo: « ¿Qué era todo eso, Lestat: sólo palabras?» —. Con tu apariencia, seguro que subirás a algún escenario del boulevard du Temple en un abrir y cerrar de ojos.

Me alegré de este cambio en «nuestra conversación». Me encantó ver que Nicolás estaba convencido de que podíamos hacerlo. Se había desvanecido todo su cinismo, aunque seguía empleando la palabra «resentimiento» cada par de frases, más o menos.

Y la idea de que nuestra vida en el pueblo carecía de sentido empezó a inflamarnos.

Insistí en el argumento de que la música y el teatro eran buenos porque hacían retroceder el caos. El caos era el vacío sin sentido de la vida cotidiana y, si moríamos en aquel momento, nuestras existencias no habrían sido más que un vacío sin sentido. De hecho, me puse a pensar que la proximidad de la muerte de mi madre carecía de sentido y le confíé a Nicolás lo que ella me había dicho: «Estoy absolutamente horrorizada. Tengo miedo».

El Instante de Oro, si en algún momento se había producido, había desaparecido de la estancia y empezaba a dar paso a otra cosa distinta.

Debería denominarla el Instante Tenebroso, aunque seguía siendo una situación exaltada y llena de

una luz espectral. Nicolás y yo hablábamos con animación, maldecíamos aquella existencia sin sentido, y, cuando mi interlocutor se sentó por fin y apoyó la cabeza entre las manos, yo tomé unos rápidos y copiosos tragos de vino y me puse a gesticular y a deambular por la estancia como él había hecho antes.

Mientras lo decía en voz alta, en mitad de la frase comprendí que ni siquiera al morir encontraríamos respuesta, probablemente, al porqué de nuestra existencia. Incluso el ateo declarado piensa que en la muerte hallará una respuesta: o bien encontrará allí a Dios, o no habrá nada en absoluto.

—Pero lo que sucede —dije— es que en ese último trance no hacemos ningún descubrimiento. ¡Sencillamente, dejamos de existir! Pasamos a la no existencia sin averiguar absolutamente nada.

Vi el universo, una imagen del Sol, los planetas, las estrellas y una noche negra que se prolongaba eternamente. Y me puse a reír.

—¿Te das cuenta? ¡Nunca, ni siquiera cuando todo haya terminado, sabremos por qué diablos han sucedido las cosas como lo han hecho! —le grité a Nicolás, quien, recostado en el lecho, asentía mientras daba tientos a un botellón de vino—. Moriremos sin saber nada. Jamás conoceremos nada, y este vacío se prolongará indefinidamente. Y nosotros dejaremos de ser testigos de él; ni siquiera tendremos esa mínima capacidad para darle sentido en nuestras mentes. Estaremos muertos, muertos, muertos... ¡sin alcanzar jamás a saber!

Mientras decía estas palabras, dejé de reírme. De pie en la estancia, inmóvil, comprendí en toda su magnitud lo que mis labios estaban diciendo.

No había día del juicio, no había una explicación final, no había ningún momento luminoso en el cual todos los terribles errores cometidos fueran corregidos y todos los horrores fueran compensados.

Las brujas quemadas en la hoguera no serían vengadas jamás.

¡Nadie iba a decirnos nunca nada!

En aquel instante, no sólo lo comprendí así. ¡Lo vil Lancé una exclamación: «¡Oh!»; la repetí: «¡Oh!», y continué emitiéndola, gritando cada vez más, al tiempo que dejaba caer al suelo la botella de vino. Me llevé las manos a la cabeza y proseguí las exclamaciones y pude ver que tenía la boca abierta en aquel círculo perfecto del que había hablado a mi madre, y continué gritando: «¡Oh, oh, oh!».

Era como un intenso ataque de hipo que era incapaz de detener. Y Nicolás me sujetó y empezó a sacudirme, mientras me chillaba:

—¡Lestat, basta!

Pero yo no podía parar. Corrí a la ventana, corrí el pestillo y abrí el pesado cristal para contemplar las estrellas. Su visión me resultó insoportable. No podía tolerar su inmenso vacío, su silencio, la ausencia absoluta de cualquier respuesta, y empecé a soltar alaridos mientras Nicolás me apartaba del alféizar y cerraba el cristal.

—Te pondrás bien —repitió una y otra vez. Alguien llamaba a la puerta. Era el posadero, exigiendo que acabáramos con aquel alboroto.

—Por la mañana te encontrarás mejor —insistió Nicolás—. Ahora tienes que dormir.

Habíamos despertado a todo el mundo. Incapaz de contenerme, continué repitiendo aquel sonido. Por fin, salí corriendo de la posada con Nicolás pisándome los talones, y crucé el pueblo y subí la cuesta

hacia el castillo mientras Nicolás trataba de darme alcance. Dejé atrás las puertas del castillo y subí a mi habitación.

—Lo que necesitas es dormir —continuó diciéndome Nicolás con voz desesperada. Yo estaba apoyado en la pared, tapándome los oídos con las manos, y el sonido incontenible seguía surgiendo de mi boca.

—¡Oh, oh, oh!

—Por la mañana te encontrarás mejor —me aseguró.

Pues bien, por la mañana no me encontré mejor.

Y tampoco mejoraron las cosas al caer la noche; de hecho, con la llegada de la oscuridad empeoraron aún más.

Me pasé el día caminando, hablando y moviéndome como si estuviera normal, pero me sentía abrumado. Los dientes me castañeteaban sin que pudiera evitarlo. Observaba con horror cuanto me rodeaba. La oscuridad me aterraba. La visión de las viejas armaduras del corredor me daba miedo. Contemplé el garrote y la maza de estrella que había llevado en la cacería de los lobos. Contemplé el rostro de mis hermanos. Lo contemplé todo, y, tras cada composición de colores, luces y sombras, vi siempre lo mismo: la muerte. Sólo que no era la muerte como la había concebido hasta entonces, sino la muerte como la veía ahora. Una muerte real, total, inevitable, irreversible y que no daba respuesta a nada.

Y, en aquel insoportable estado de agitación, empecé a hacer algo que no había hecho nunca hasta entonces. Me volví a quienes me rodeaban y me puse a interrogarles implacablemente.

—¿Pero tú crees en Dios? —le pregunté a mi hermano Augustin—. ¿Cómo puedes vivir si no?

—¿Pero tú crees de verdad en algo? —pregunté a mi padre ciego—. Si supieras que ibas a morir en este mismo instante, ¿esperarías ver a Dios o encontrar tinieblas? ¡Dímelo!

—¡Estás loco! ¡Siempre lo has estado! —me gritó él—. ¡Fuera de esta casa! ¡Vas a volvernos locos a todos!

Pese a que le resultaba difícil por estar ciego e impedido, se incorporó y trató de acertarme con un tazón, aunque, como es lógico, no me alcanzó.

Me sentí incapaz de mirar a mi madre. No pude acercarme a ella. No quería hacerla sufrir con mis preguntas. Bajé a la posada. La evocación del lugar de las brujas me resultaba insoportable. ¡No me habría acercado a aquel rincón del pueblo por nada del mundo! Me cubrí los oídos con las manos y cerré los ojos, tratando de expulsar de mi cabeza la imagen de aquellos desgraciados que habían tenido una muerte tan horrible, sin alcanzar, por un solo instante, a comprender nada.

En el segundo día, las cosas no mejoraron.

Y tampoco estaban mejor al cabo de una semana.

Yo comía, bebía y dormía, pero cada instante de vigilia era puro pánico y puro dolor. Acudí al cura del pueblo a preguntarle si de verdad creía que el Cuerpo de Cristo estaba presente en el altar en la Consagración. Después de escuchar sus respuestas balbucientes, y de ver el miedo en sus ojos, me

despedí de él más desesperado que antes.

—¿Pero cómo vive uno, cómo sigue respirando y moviéndose y haciendo cosas cuando sabe que no existe ninguna explicación?

Finalmente, estaba desvariando, Y, entonces, Nicolás comentó que tal vez la música me hiciera sentir mejor y que tocaría el violín para mí.

Tuve miedo de la intensidad de su música, pero salimos a los huertos y, bajo la luz del sol, Nicolás interpretó todas las tonadas que sabía. Me senté allí con los brazos cruzados, las rodillas encogidas y los dientes castañeteándome pese a estar a pleno sol. El pulido instrumento reflejaba los rayos dorados, y contemplé cómo Nicolás se sumergía en la música delante de mí. Las notas, puras y sin elaborar, se expandían mágicamente hasta llenar el huerto y el valle, aunque no se trataba de magia alguna, y Nicolás, por último, me pasó los brazos alrededor y nos quedamos allí sentados en silencio hasta que él dijo en voz muy baja:

—Créeme, Lestat, esto se te pasará.

—Toca otra vez —le pedí—. La música es inocente.

Nicolás sonrió y asintió. Le seguía la corriente al loco.

Y me di cuenta de que no se me pasaría, y de que nada podría, por el momento, hacer que lo olvidara. Sin embargo, al propio tiempo, sentí una gratitud inexpresable por la música, por el hecho de que en aquel horror pudiera haber algo de tal belleza.

Uno no podía entender nada ni cambiar nada, pero podía hacer una música como aquella. Y sentí la misma gratitud cuando vi a los niños del pueblo bailando, cuando vi sus brazos levantados y sus rodillas dobladas y sus cuerpos moviéndose al ritmo de las canciones que entonaban. Al observarles, rompí a llorar.

Penetré en la iglesia y, arrodillado, me apoyé contra la pared y contemplé las viejas estatuas y sentí la misma gratitud al contemplar los dedos delicadamente esculpidos y las narices y las orejas y las expresiones de los rostros y los marcados pliegues de las indumentarias y no pude evitar que me saltaran de nuevo las lágrimas.

Al menos, nos quedaba toda aquella belleza, me dije. Toda aquella bondad.

¡Pero ahora no me parecía bello nada de cuanto me mostraba la naturaleza! La mera visión de un gran árbol alzándose en solitario en mitad de un campo me hacía temblar y gritar, llenar de gritos el huerto.

Y dejad que os cuente un pequeño secreto: En realidad, nunca se me pasó.

6

¿Cuál fue la causa? ¿Fue tanto beber y charlar de madrugada, o tuvo que ver con la revelación de mi madre sobre la proximidad de su muerte? ¿Guardaba alguna relación con los lobos? ¿O acaso era el lugar de las brujas lo que había hechizado mi mente?

Lo ignoro. La sensación me había asaltado como impuesta sobre mí desde fuera. En un momento dado, era una simple idea, y al instante siguiente era algo real. Me da la impresión de que uno puede invitar a que surja una cosa así, pero no puede hacer que se produzca.

Por supuesto, su fuerza iba a decrecer con el tiempo, pero el cielo nunca volvió a tener el mismo tono de azul. Quiero decir que el mundo siempre me pareció distinto desde entonces, e, incluso en momentos de exquisita felicidad, me acechaba la oscuridad, la conciencia de nuestra fragilidad y de nuestra ausencia de esperanzas.

Tal vez fue un presentimiento, pero no lo creo. Fue más importante que eso y, para ser sincero, no creo en los presentimientos.

Volviendo al relato, sin embargo, diré que durante ese período de aflicción me mantuve a distancia de mi madre, decidido a evitar en su presencia aquellos monstruosos comentarios sobre la muerte y el caos.

Pero a pesar de mi actitud, ella oyó comentar a todo el mundo que yo había perdido la razón, y, finalmente, en la noche del primer domingo de Cuaresma, acudió a verme. Me encontraba a solas en mi habitación y toda la familia había bajado al pueblo al caer la tarde, para participar en la gran hoguera que era costumbre encender cada año en esa fecha.

A mí siempre me había repugnado la celebración. Tenía un aire espantoso y terrible: las llamas rugientes, los bailes y cantos, los campesinos alejándose luego entre los huertos de frutales con las antorchas, entonando sus extraños cánticos.

Durante un tiempo, tuvimos en el pueblo un párroco que tachaba de pagana la costumbre. Pero los vecinos se libraron pronto de él. Los campesinos de nuestras montañas mantenían sus viejos ritos. Era para hacer florecer los árboles y crecer los cereales y demás lindezas. Y en esta ocasión, más que nunca, creí ver en ellos una multitud de hombres y mujeres capaz de quemar brujas.

En el estado mental en que me hallaba, me quedé paralizado de terror. Tomé asiento junto a la chimenea de mi habitación, tratando de resistir el impulso de acudir a la ventana y contemplar la gran hoguera que me atraía tanto como me asustaba.

Mi madre entró, cerró la puerta tras ella y me dijo que debía hablar conmigo. Todos sus gestos resumaban ternura.

—El estado en que te encuentras, ¿es a causa de mi próxima muerte? —me preguntó—. Si lo es, dímelo. Y pon tus manos en las mías.

Incluso me besó. Se la veía frágil con su camisón descolorido, y llevaba el cabello suelto. No soporté ver sus vetas canosas. Tenía un aspecto famélico.

Pero le dije la verdad, que no lo sabía, y luego le expliqué parte de lo sucedido en la posada. Intenté no transmitir el horror, la extraña lógica del asunto. Intenté no hacerlo todo tan absoluto.

Ella me escuchó y luego dijo.

—Eres un luchador, hijo mío. Nunca *aceptas* nada. Ni siquiera si se trata del destino de toda la humanidad.

—¡No puedo! —repliqué, abrumado.

—Y yo te quiero por ser así —continuó—. Es muy propio de ti que te dieras cuenta de eso en una pequeña estancia de una posada, de madrugada y entre trago y trago de vino. Y también es muy propio de ti enfurecerte contra ello igual que liberas tu cólera contra todo lo demás.

Me puse a llorar otra vez, aunque sabía que ella no me estaba censurando. Luego sacó un pañuelo, en cuyo interior aparecieron varias monedas de oro.

—Te recuperarás de esto —me dijo—. De momento, la muerte está estropeándote la vida, eso es todo. Pero la vida es más importante que la muerte. Te darás cuenta muy pronto. Ahora, escucha lo que tengo que decirte. He hecho venir al médico y a esa vieja del pueblo, que sabe aún más que él de curaciones. Los dos están de acuerdo en que no viviré mucho más.

—Basta, madre —la interrumpí, consciente de mi actitud egoísta pero incapaz de contenerme—. Y esta vez no habrá regalos. Guarda ese dinero.

—Siéntate —me ordenó. Señaló el banco junto al hogar y, a regañadientes, la obedecí. Ella se sentó a mi lado—. Sé que tú y Nicolás habláis de escaparos.

—No pienso irme, madre...

—¿Qué? ¿Hasta que yo haya muerto?

No respondí. No puedo describir el estado mental en que me encontraba. Aún seguía hipersensible, presa de escalofríos, y ahora teníamos que hablar del hecho de que aquella mujer, viva y palpitante, iba a dejar de vivir y de respirar para empezar a descomponerse y pudrirse, que su alma caería dando vueltas en un abismo y que todo cuanto había sufrido en vida, incluido el final de ésta, quedaría en la nada. Su pequeño rostro parecía pintado en un velo.

Y desde el pueblo lejano llegaba el leve sonido de los cánticos.

—Quiero que vayas a París, Lestat —me dijo—. Quiero que cojas este dinero, que es lo único que me queda de mi familia. Quiero saber que estás en París cuando me llegue la hora, Lestat. Quiero morir sabiendo que estás allí.

Me quedé desconcertado. Recordé su expresión afligida de años atrás, cuando me habían traído de regreso tras la aventura con la troupe italiana. La contemplé durante un largo instante. Su voz persuasiva sonaba casi enfadada.

—Me aterra morir —continuó ella. Su voz se volvió casi áspera—. Y te juro que me volveré loca si no sé que estás libre y en París cuando el momento llegue por fin.

La interrogué con la mirada. Le estaba preguntando con mis ojos: «¿Lo dices de veras?».

—Te he retenido aquí tanto como tu padre —afirmó—. No lo he hecho por orgullo, sino por egoísmo. Y ahora voy a compensarte por ello. Te veré marchar. No me importa lo que hagas cuando llegues a

París, si te dedicas a cantar mientras Nicolás toca el violín o a dar saltos mortales en el escenario de la feria de Saint Germain, pero márchate y haz lo que sea como mejor sepas.

Intenté estrecharla en mis brazos. Al principio se resistió, pero luego noté cómo cedía y se fundía conmigo y se entregaba a mí tan completamente que, en aquel momento, creí entender por qué siempre se había mostrado tan distante. Rompió a llorar, cosa que yo nunca le había visto hacer. Y yo gocé de aquel instante pese a todo el dolor que contenía. Me dio vergüenza sentir aquello, pero no la solté. La mantuve abrazada con fuerza y tal vez la besé por todas las veces que no me había permitido hacerlo. Por un instante, parecíamos dos partes de una misma cosa.

Después, ella fue sosegándose. Pareció recobrar el dominio de sí misma y, poco a poco pero con firmeza, se desasíó de mí y me apartó.

Se pasó mucho rato hablando. Dijo cosas que no entendí entonces, respecto a que sentía un maravilloso placer al verme salir *de* cacería a lomos de mi yegua y a que sentía el mismo placer cuando ponía furioso a todo el mundo y tronaba contra mi padre y mis hermanos preguntándoles por qué teníamos que vivir como lo hacíamos. Me habló también, con palabras casi escalofrantes, de que yo era una parte secreta de su anatomía, de que era para ella el órgano del que carecen las mujeres.

—Tú eres el hombre que hay en mí —declaró—. Por eso te he mantenido aquí, temerosa de vivir sin ti. Tal vez ahora, al enviarte lejos, sólo estoy cumpliendo con lo que ya debería haber hecho antes.

Me desconcertó un poco. Jamás había pensado que una mujer pudiera sentir ni expresar en palabras algo semejante.

—El padre de Nicolás conoce vuestros planes. El posadero os oyó comentarlos y se lo contó. Es importante que os vayáis enseguida. Tomad la diligencia al amanecer y escríbeme cuando llegues a París. En el cementerio de les Innocents, cerca del mercado de Saint Germain, encontrarás amanuenses. Busca uno que escriba en italiano; así, nadie más que yo podrá leer la carta.

Cuando mi madre salió de la habitación, apenas pude creer lo que acababa de suceder. Permanecí un instante con la mirada perdida al frente. Luego contemplé la cama y su colchón de paja, los dos abrigos y la capa roja, el par de botas de cuero junto al fuego. Por la estrecha hendidura de la ventana vi la mole negra de las montañas que conocía desde la cuna. La oscuridad, las sombras, se apartaron de mí durante un momento precioso.

Y me encontré corriendo escaleras y montaña abajo hasta el pueblo en busca de Nicolás, para decirle que nos marchábamos a París. Que íbamos a hacerlo. ¡Nada podría detenernos esta vez!

Le encontré con su familia, en torno a la hoguera. Cuando me vio, me pasó el brazo en torno al cuello y yo le pasé el brazo por la cintura y le arrastré lejos de la multitud y de las llamas, hacia un rincón del prado.

El aire tenía un aroma verde y fragante como sólo se da en primavera. Incluso los cantos de los campesinos parecían menos horribles. Empecé a bailar en círculos.

—¡Ve por el violín! —le dije—. Toca una canción que hable de ir a París. ¡En marcha! ¡Nos vamos por la mañana!

—¿Y de qué vamos a comer en París? —entonó Nicolás mientras, con las manos vacías, tocaba un violín invisible—. ¿Piensas cazar ratas para la cena?

—¡No preguntes qué haremos cuando estemos allí! —respondí—. Lo único que importa es llegar.

7

No habían transcurrido quince días cuando ya me encontraba en medio del gentío que deambulaba a mediodía por el extenso cementerio público de les Innocents, con sus viejas criptas y sus hediondas fosas comunes —el mercado más fantástico que había visto jamás— y allí, entre el hedor y el bullicio y encorvado ante un memorialista italiano, procedía a dictarle la primera carta a mi madre.

Sí, habíamos llegado sin incidencias tras viajar día y noche, y teníamos alojamiento en la Ile de la Cité, y éramos indeciblemente felices, y París era más cálida y hermosa y espléndida de lo que se podía imaginar.

Deseé poder coger la pluma y escribir la carta yo mismo.

Quise contarle qué sentía al ver aquellas enormes mansiones, las antiguas callejas serpenteantes, el bullicio de mendigos, buhoneros y nobles, las casas de cuatro y cinco pisos a ambos lados de los concurridos bulevares.

Quise explicarle cómo iba la gente, los caballeros con las medias bordadas y los bastones de paseo incrustados de plata chapoteando en el barro con sus chinelas de tonos pastel, las damas con sus pelucas tachonadas de perlas meciendo a un lado y a otro las cestitas de seda y muselina, mi primer lejano encuentro con la propia reina María Antonieta que paseaba con desenfado por los jardines de las Tullerías.

Por supuesto, mi madre lo había visto todo mucho años antes de que yo naciera. Había vivido en Nápoles, en Londres y en Roma con su padre. Aun así, quise contarle lo que me había proporcionado, qué sentía al escuchar el coro de Notre Dame, al abrimme paso en los abarrotados cafés con Nicolás, al hablar con sus viejos compañeros de estudios ante una taza de café inglés, al ponerme las finas ropas de Nicolás —él me obligó a hacerlo— y a esperar tras las candilejas de la Comedie Française, contemplando con adoración a los actores que ocupaban los escenarios.

Sin embargo, lo único que escribí en la carta fue tal vez lo mejor de todo ello, la dirección de la buhardilla que llamábamos nuestro hogar, en la Ile de la Cité, y las novedades:

«Me han contratado en un teatro de verdad para hacer de meritorio, con buenas perspectivas de que me den pronto un papel.»

No le conté, en cambio, que teníamos que subir seis pisos para llegar a nuestra buhardilla, que hombres y mujeres reñían y se gritaban en las callejas debajo de nuestras ventanas, que ya nos habíamos quedado sin dinero debido a mi insistencia de llevar a Nicolás a todas las óperas, ballets y obras de teatro de la ciudad. Ni que el establecimiento donde trabajaba era un mísero teatrillo de bulevar, un estrado elevado sobre una plataforma en la feria, y que mi trabajo consistía en ayudar a vestirse a los actores, vender entradas, pasar la escoba y expulsar a los alborotadores.

Pese a todo, me volvía a sentir en el paraíso. Lo mismo le sucedía a Nicolás, aunque ninguna orquesta decente de la ciudad le contratara y tuviera que tocar solo con el reducido grupito de músicos del teatro donde yo trabajaba; cuando estábamos realmente apurados, Nicolás hacía sonar su violín en pleno bulevar, mientras yo, a su lado, pasaba el sombrero. ¡No teníamos la menor vergüenza!

Cada noche, corríamos peldaños arriba con una botella de vino barato y una hogaza del fino y dulce pan parisino, pura ambrosía después de lo que habíamos comido en Auvernia. Y, bajo la luz de la vela de sebo, la buhardilla era la vivienda más espléndida de cuantas había conocido nunca.

Como ya he explicado anteriormente, rara vez había estado en una habitación de madera, salvo en la posada del pueblo. Pues bien, la nuestra tenía paredes y techo de escayola. ¡Aquello sí que era París! También tenía un suelo de madera pulida e incluso un pequeño hogar con una chimenea nueva que, en realidad, creaba una corriente de aire.

Así, pues, qué importaba si teníamos que dormir en jergones de paja apelmazada o si los vecinos nos despertaban con sus peleas. Porque abríamos los ojos en París y podíamos salir a vagar codo con codo por las calles y callejas durante horas, a revolver en las tiendas llenas de joyas y objetos de plata, de tapices y estatuas, de riquezas como no había visto jamás. Incluso los hediondos mercados de carne me deleitaban. El estruendo reinante en la ciudad, la incansable actividad de sus miles y miles de menestrales, artesanos y dependientes, las idas y venidas de una muchedumbre inacabable.

De día, casi olvidaba la visión de la posada y la oscuridad que sentía. Salvo, claro está, cuando pasaba junto a un cadáver tirado en algún sucio callejón, cosa bastante habitual, o cuando topaba con una ejecución pública en la place de Gréve.

Y *siempre* topaba con tales ejecuciones públicas en la place de Gréve.

Entonces me alejaba de la plaza entre escalofríos, a punto de gemir. Si no distraía mi mente, podía obsesionarme con aquello. Nicolás, por fortuna, era inflexible conmigo.

—¡Lestat, deja de hablar de lo eterno, de lo inmutable, de lo inescrutable! —exclamaba, y amenazaba con golpearme o sacudirme si me oía quejarme.

Y cuando llegaba el crepúsculo —el momento del día que menos me gustaba—, no importaba si había presenciado o no una ejecución, si el día había sido provechoso o irritante, a esa hora, me entraban los temblores. Y sólo una cosa me salvaba de ellos: el calor, la excitación que me producían las brillantes luces del teatro. Siempre me aseguraba de estar a salvo en el interior del local antes de la puesta de sol.

En el París de esa época, los teatros de los bulevares no eran ni siquiera locales reconocidos. Los únicos teatros con apoyo oficial eran la Comedie Française y el Théâtre des Italiens, y en ellos se representaban todas las obras serias, tanto tragedias como comedias, de autores como Racine, Corneille y el brillante Voltaire.

Pero la vieja comedia italiana que yo adoraba —Pantaleón, Arlequín, Scaramouche y el resto— continuaba donde siempre, entre funámbulos, acróbatas, prestidigitadores y titiriteros, en los espectáculos de barraca de las ferias de Saint Germain y Saint Laurent.

Y los teatros de bulevar habían crecido a partir de estas ferias. En mi época, a finales del siglo XVIII, formaban una serie de establecimientos permanentes a lo largo del boulevard du Temple, y, aunque

actuaban para los bolsillos pobres que no podía permitirse los precios de los grandes teatros, también acogían a buen número de gente pudiente. Numerosos aristócratas y ricos burgueses ocupaban los palcos para contemplar las actuaciones, pues éstas resumaban talento y vitalidad y no eran tan rígidas como las obras del gran Racine o el gran Voltaire.

Hicimos la comedia italiana como yo la había aprendido, llena de improvisaciones, de modo que cada noche resultara nueva y distinta aunque siempre fuera la misma. Y también cantamos e hicimos toda clase de tonterías, no ya porque le gustaran a la gente, sino porque estábamos obligados a ello. Así no podían acusarnos de romper el monopolio de los teatros del Estado sobre las obras de reconocida categoría. El local era una desvencijada ratonera de madera con un aforo de apenas trescientos espectadores, pero su pequeño escenario y los decorados eran elegantes, tenía un espléndido telón de terciopelo azul, y sus palcos privados tenían tabiques de separación. Y los actores y actrices eran experimentados y poseían auténtico talento, al menos, así me lo parecía a mí.

Aunque no me hubiese atenazado aquel recién adquirido temor a la oscuridad, aquella «dolencia de mortalidad», como insistía en llamarla Nicolás, no me habría resultado más emocionante cruzar aquella puerta de artistas.

Cada noche, durante cinco o seis horas, vivía y respiraba en un reducido universo de gritos, risas y peleas, de hombres y mujeres enzarzados en discusiones a favor o en contra de alguien, todos ellos camaradas de bambalinas aunque no fueran amigos. Tal vez se parecía un poco a estar en un bote de remos en mitad del océano, todos condenados a estar juntos e incapacitados para escapar unos de otros. Era divino.

Nicolás era algo menos entusiasta, pero eso era de esperar. Y se volvió aún más irónico cuando sus ricos compañeros de estudios nos visitaron para charlar con él. Le consideraban un lunático por vivir como lo hacía. En cuanto a mí, un noble que ayudaba a las actrices a embutirse en sus trajes y se ocupaba de vaciar los orinales, no tenían palabras para catalogarme. Naturalmente, lo que realmente deseaban todos aquellos jóvenes burgueses era ser aristócratas. Compraban títulos y se unían por matrimonio a familias aristocráticas siempre que podían. Y una de las ironías de la historia es que pronto se verían involucrados en la Revolución y contribuirían a abolir la clase social a la que, en realidad, deseaban incorporarse.

No me importaba si no volvíamos a ver a los amigos de Nicolás. Los actores no sabían nada de mi familia y cambié mi apellido verdadero, de Lioncourt, por el alias más común de Lestat de Valois, que no significaba nada en realidad.

Fui aprendiendo cuanto pude sobre el arte teatral. Memorizaba escenas, imitaba gestos, hacía constantes preguntas y sólo me concedía un alto en mi aprendizaje cada noche, en el momento en que Nicolás ejecutaba su solo de violín. Se levantaba de su silla en el foso de la reducida orquesta, el foco le destacaba de los demás músicos e iniciaba una pequeña sonata, muy dulce y lo bastante breve para tirar abajo el teatro con los aplausos.

Y en todo instante yo soñaba en que llegara mi momento, cuando los viejos actores, a los que estudiaba y odiaba e imitaba y servía de lacayo, dijeran por fin: «Está bien, Lestat, esta noche necesitamos que hagas el papel de Lelio. Ya debes saber qué tienes que hacer».

La ocasión llegó a finales de agosto.

Eran los días de más calor en París y las noches resultaban casi un bálsamo. El local estaba lleno de un público inquieto que se abanicaba con pañuelos y programas de mano. Mientras me lo ponía, el grueso maquillaje blanco se me corría en el rostro.

Llevaba una espada de cartón con el mejor jubón de terciopelo de Nicolás y, momentos antes de pisar el escenario, me puse a temblar pensando que aquello era como esperar a la ejecución o algo parecido.

Pero en el mismo instante de hacer mi aparición, me volví y miré de frente la concurrida sala y sucedió algo muy extraño. Se me pasó el miedo.

Lancé una radiante mirada a los espectadores y realicé una lenta reverencia. Luego contemplé a la encantadora Flaminia como si la estuviera viendo por primera vez. Tenía que conquistarla. El juego empezó.

Me adueñé del escenario como había sucedido tantos años atrás en aquella perdida población rural de mi escapada juvenil. Y mientras los actores hacíamos locas cabriolas sobre las tablas —discutiendo, abrazándonos, haciendo payasadas—, las risas llenaban el local.

Noté la atención del público como si fuera un abrazo. Cada gesto, cada frase, provocaba un rugido entre los espectadores. Casi resultaba demasiado fácil y podríamos haber seguido la representación media hora más si los demás actores, impacientes por pasar al siguiente número, no nos hubiera llevado a la fuerza hacia los laterales.

La gente se puso en pie para aplaudirnos. Y no era un público de campesinos a cielo raso. Eran *parisinos* reclamando a gritos que volvieran a salir Lelio y Flaminia.

A la sombra de los bastidores, la cabeza me daba vueltas. Estuve a punto de derrumbarme, de caer el suelo. En aquel instante, mis ojos no veían más que la imagen del público contemplándome desde el otro lado de la batería de luces. Deseé volver inmediatamente al escenario. Abracé a Flaminia y la besé, y me di cuenta de que ella me devolvía el beso con pasión.

A continuación, el viejo gerente, Renaud, la apartó de mi lado.

—Está bien, Lestat —dijo luego, como si estuviera molesto por algo—. Está bien, lo has hecho pasablemente. A partir de ahora, voy a dejarte interpretar con regularidad el papel.

Pero antes de que pudiera empezar a dar saltos de alegría, la mitad de la troupe se materializó a nuestro alrededor, y Luchina, una de las actrices, tomó la palabra de inmediato.

—¡Ah, no! ¡Nada de que le *dejarás* actuar con regularidad! Lestat es el actor más guapo del boulevard du Temple y le vas a contratar de acuerdo con ello, y le pagarás lo correspondiente, y no volverá a tocar otra escoba.

Yo estaba aterrado. Mi carrera acababa apenas de empezar y ya parecía perdida, pero, para mi sorpresa, Renaud accedió a todas aquellas condiciones.

Por supuesto, me sentí muy halagado de que me llamaran guapo, y, como años atrás, comprendí que a Lelio, el amante, se le suponía una personalidad considerable. Un aristócrata con cierta prestancia era perfecto para el personaje.

Pero si quería que los públicos parisinos me conocieran de verdad, si quería que hablasen *de* mí en la Comedie Française, tenía que ser algo más que un ángel de cabello amarillo, caído de una familia de marqueses sobre las tablas de un escenario. Tenía que convertirme en un gran actor, y eso era exactamente lo que estaba dispuesto a ser.

Esa noche, Nicolás y yo lo celebramos con una colosal borrachera. Llevamos a nuestros aposentos a toda la troupe y me encaramé por los tejados resbaladizos y abrí los brazos sobre París y Nicolás tocó el violín en la ventana hasta que despertamos a todo el vecindario.

La música era arrebatadora, pero la gente protestaba y gritaba en las callejas, y hacía sonar cazuelas y cubiertos. No prestamos atención a las quejas. Bailamos y cantamos como habíamos hecho en el lugar de las brujas. Estuve a punto de caer del alféizar.

Al día siguiente, botella en mano, bajo el sol y envuelto en el hedor de les Innocents, le dicté toda la historia al amanuense italiano y me ocupé de que la carta llegara enseguida a mi madre. Deseé abrazar a todos cuantos encontraba en la calle. ¡Era Lelio! ¡Era actor!

En septiembre, mi nombre figuraba ya en los programas de mano, de los cuales también envié uno a mi madre.

Y no ofrecíamos la vieja comedia italiana, sino una farsa de un escritor famoso que, debido a una huelga general de autores, no podía representarse en la Comedie Française.

No podíamos citar su nombre, por supuesto, pero todo el mundo sabía que la obra era suya, y media Corte abarrotaba cada noche la Casa de Tespis que regía Renaud.

Mi papel no era el del protagonista, sino el del galán joven; en realidad, una especie de nuevo Lelio; era un papel casi mejor que el de primer actor y le robaba a éste casi todas las escenas en que aparecíamos juntos. Nicolás me había enseñado el papel, regañándome constantemente por no haber escrito algunas líneas extras para mí.

Nicolás tenía su momento en el intermedio, durante el cual su interpretación de una frívola sonata de Mozart mantenía al público pegado a los asientos. Hasta sus compañeros de estudios reaparecieron. Recibíamos invitaciones a bailes privados. Yo seguí escapándome a les Innocents cada pocos días para escribir a mi madre y, finalmente, incluí en una de las cartas un recorte de un periódico inglés, el *Spectator*, en el que se elogiaba nuestra obra y, en particular, al joven rubio que les robaba el corazón a todas las damas en el tercer y el cuarto actos. Por supuesto, yo no podía leer el escrito, pero el caballero que me lo trajo me aseguró que la crítica era favorable, y Nicolás me juró que decía la verdad.

Cuando llegaron las primeras noches frías, salí al escenario envuelto en la capa roja forrada de piel. Se me distinguía desde la última fila del gallinero aunque uno estuviera casi ciego. Ahora ya tenía más práctica con el maquillaje blanco, un toque aquí y otro allá para resaltar el perfil del rostro y, aunque llevaba pintado en negro el contorno de los ojos y un poco de carmín en los labios, mi aspecto era a un tiempo desconcertante y humano. Recibí notas de amor de las mujeres del público.

Nicolás estudiaba música por las mañanas con un maestro italiano y teníamos suficiente dinero para comer bien y pagar la leña y el carbón. Recibía carta de mi madre dos veces por semana y en ellas me decía que su salud parecía haber mejorado. En cambio, nuestros padres nos habían desheredado y no querían ni oír mencionar nuestros nombres.

Nosotros éramos demasiado felices como para que tal cosa nos importara. Pero la oscura amenaza, la «dolencia de mortalidad», me acompañó en muchos momentos cuando llegó el frío.

El frío parecía peor en París. No era limpio como en las montañas de Auvernia. Los pobres se acurrucaban en los umbrales de las puertas, hambrientos y tiritando, mientras las retorcidas callejas sin pavimentar se llenaban de nieve sucia y pisada. Vi niños descalzos y enfermos ante mis ojos, y más cadáveres tirados por los rincones que nunca. Jamás me alegré tanto de tener la capa forrada de piel. Envolvía con ella a Nicolás y le mantenía apretado contra mí cuando salíamos juntos a la calle, y avanzábamos en un estrecho abrazo bajo la lluvia y la nieve.

Con frío o sin él, no exagero al expresar la felicidad que sentía en esa época. Mi vida era exactamente como pensaba que podría ser. Y estaba seguro de que no duraría mucho en el teatro de Renaud. Todo el mundo lo afirmaba. Me vi en grandes escenarios, de gira por Londres e Italia e incluso por América, con una gran compañía de actores. Sin embargo, no había motivo para apresurarse. Mi copa estaba a rebosar.

8

Pero en el mes de octubre, cuando París ya empezaba a helarse, empecé a advertir la habitual presencia entre el público de un rostro extraño que, invariablemente, me distraía. A veces, aquel rostro me hacía casi olvidar lo que estaba haciendo. Y luego desaparecía como si fuese producto de mi imaginación. Debía llevar quince días viéndole aparecer y desaparecer cuando al fin mencioné el asunto a Nicolás.

Me sentí un estúpido y me costó encontrar las palabras adecuadas:

—Ahí fuera hay alguien que me observa —dije.

—Todo el mundo lo hace —respondió Nicolás—. Es lo que querías, ¿no?

Esa noche, Nicolás se sentía un poco triste y en su respuesta había cierta acritud.

Un rato antes, mientras preparaba el fuego, me había comentado que nunca haría gran cosa con el violín. Pese a su buen oído y a su dominio del instrumento, era demasiado lo que ignoraba. En cambio, estaba seguro de que yo sería un gran actor. Le dije que todo eso eran tonterías, pero sus palabras fueron como una sombra que cubriera mi alma, pues recordé a mi madre diciéndome que ya era demasiado tarde para Nicolás.

—Yo quiero ser un gran violinista, pero me temo que nunca lo conseguiré. Mientras estábamos en el pueblo, al menos podía imaginar que lo iba a ser.

—¡No puedes darte por vencido! —exclamé.

—Lestat, déjame ser franco contigo —replicó él—. Para ti, las cosas son fáciles. Cuanto te marcas algún objetivo, siempre lo consigues. Sé lo que piensas de esos años que pasaste en tu casa, sintiéndote tan mal. Pero incluso entonces, si te proponías algo, lo alcanzabas. Y partimos hacia París el día preciso que tú decidiste.

—No te arrepentirás de haber venido, ¿verdad? —inquirí.

—Claro que no. Sólo quiero decir que tú crees posibles cosas que no lo son... Al menos, para el resto de nosotros. Como matar lobos...

Un escalofrío me recorrió cuando pronunció aquellas palabras. Y, por alguna razón, pensé de nuevo en aquel rostro misterioso del público, aquel que me observaba. Tenía algo que ver con los lobos. Algo que ver con los sentimientos que Nicolás estaba expresando. No tenía sentido. Traté de quitármelo de la cabeza.

—Si hubieses decidido tocar el violín, probablemente ya estarías tocando en la Corte —añadió.

—Nicolás, hablar así sólo te perjudica —dije en un susurro—. No se puede hacer otra cosa que intentar conseguir lo que uno quiere. Ya sabías que tenías los números en contra cuando te lanzaste. No hay nada más..., excepto...

—Ya sé —me interrumpió con una sonrisa—. Excepto el vacío. La muerte.

—Sí. Lo único que puede hacer uno es darle sentido a su vida, hacerla buena...

—¡Oh, no me vengas otra vez con la bondad! Tú y tu mal de mortalidad. ¡Tú y tu mal de bondad! — Hasta entonces, Nicolás había mantenido la mirada en el fuego; ahora la volvió hacia mí con una expresión deliberadamente irónica—. Somos un grupo de actores y artistas que ni siquiera pueden recibir sepultura en tierra sagrada. Somos proscritos.

—¡Cielos!, si pudieras aceptar por un instante —insistí— que hacemos el bien cuando conseguimos que otros olviden sus preocupaciones, cuando les hacemos olvidar por unos instantes que...

—¿Qué? ¿Que van a morir? —Lanzó una sonrisa especialmente maliciosa y añadió—: Lestat, pensaba que todo eso cambiaría cuando estuviéramos en París.

—Fue una tontería por tu parte pensarlo, Nicolás —respondí. Ahora me estaba irritando—. Yo hago el bien en el Boulevard du Temple. Lo noto...

Me detuve a media frase, porque volví a ver el rostro misterioso, y me embargó una sensación lóbrega, una especie de presagio. Sin embargo, lo más extraño era que aquel rostro alarmante estaba casi siempre sonriendo. Sí, sonriendo..., disfrutando...

—Lestat, te quiero —afirmó Nicolás con aire grave—. Te quiero como he querido a pocas personas en mi vida, pero te aseguro que eres un loco con todas esas ideas sobre la bondad.

Me eché a reír.

—Nicolás —repliqué—, yo puedo vivir sin Dios. Incluso puedo hacerme a la idea de que no existe ninguna vida futura. Pero no estoy seguro de que pueda seguir adelante si no creo en la posibilidad de la bondad. Por una vez, en lugar de burlarte de mí, ¿por qué no me dices en qué crees tú?

—En mi opinión —dijo entonces—, existen la fuerza y la debilidad. Y en el arte, están el bueno y el malo. Eso es en lo que creo. De momento estamos limitados a hacer un arte bastante malo, y que, desde luego, ¡no tiene *nada* que ver con la bondad!

«Nuestra conversación» podría haberse convertido en una pelea a gran escala en aquel instante si yo hubiera soltado todo lo que tenía en la cabeza acerca de la ostentación burguesa, pues estaba convencido de que nuestra obra en Renaud era, en muchos aspectos, mejor que cuanto se ofrecía en los grandes teatros. Sólo la presentación era menos ostentosa. ¿Por qué era incapaz de olvidarse del envoltorio un caballero burgués? ¿Cómo se le podía hacer ver algo más que la superficie de las cosas?

Inspiré profundamente.

—Si existe la bondad —continuó—, yo soy lo opuesto a ella. Soy malo y me recreo en ello. Me burlo de la bondad. Y, por si no lo sabías, no toco el violín para que los idiotas que acuden al local de Renaud se lo pasen bien. Toco para mí, para Nicolás.

No quise escuchar nada más. Era hora de acostarse. Sin embargo, yo estaba dolido por aquella conversación y él se dio cuenta; cuando empecé a quitarme las botas, se levantó de la silla y vino a sentarse a mi lado.

—Lo siento —dijo con la voz muy quebrada. Su actitud había cambiado tanto respecto a unos momentos antes, que alcé los ojos hacia él y le vi tan apesadumbrado y abatido que no pude evitar pasarle el brazo por los hombros y decirle que no debía preocuparse más por ello.

—Tú posees un resplandor, Lestat, que atrae hacia ti a todo el mundo. Lo posees incluso cuando estás enfadado, o desanimado...

—Poesía —le corté—. Los dos estamos cansados.

—No, es cierto —insistió él—. Hay en ti una luz que resulta casi cegadora. En cambio, en mí sólo hay oscuridad. A veces pienso que es como la oscuridad que te invadió aquella noche en la posada, cuando te pusiste a gritar y a temblar. Estabas tan impotente, tan poco preparado para ello... Yo trato de alejar de ti la oscuridad porque necesito tu luz. La necesito desesperadamente, pero tú no necesitas la oscuridad.

—El loco eres tú —repliqué—. Si pudieras verte, escuchar tu propia voz, tu música, que, por supuesto, tocas para ti, no verías oscuridad, Nicolás. Verías una luminosidad que te es propia. Mortecina, sí, pero la luz y la belleza se conjunta en ti en un millar de formas distintas.

La noche siguiente, la actuación salió especialmente bien. El público, activo y bullicioso, nos inspiró algunas improvisaciones con éxito. Realicé unos nuevos pasos de baile que, por alguna razón, nunca habían parecido interesantes en los ensayos, pero que tuvieron un resultado milagroso en el escenario. Y Nicolás estuvo extraordinario en el violín, tocando una de sus propias composiciones.

Pero hacia el final de la representación divisé nuevamente el rostro misterioso. Esta vez me sobresalté como nunca y estuve a punto de perder el ritmo de la canción. De hecho, por un instante me pareció que la cabeza me daba vueltas.

Cuando Nicolás y yo estuvimos a solas, sentí una imperiosa necesidad de hablarle de aquello, de la extraña sensación de haber caído dormido en el escenario y de haber estado soñando.

Nos sentamos juntos cerca del fuego, con el vino sobre una de las tapas de un pequeño tonel; a la luz de las llamas, Nicolás parecía tan abatido y cansado como la noche anterior.

No quería molestarle, pero no podía olvidar el enigmático rostro.

—Bueno, ¿qué aspecto tiene? —preguntó Nicolás mientras se calentaba las manos. Y por encima del hombro pude ver al otro lado de la ventana una ciudad de tejados cubiertos de nieve que me hizo sentir más frío. Aquella conversación no me agradaba.

—Eso es lo peor de todo —respondí—. Lo único que veo es un rostro. Debe llevar algo negro, una capa o incluso una capucha. Más que nada, lo que ese rostro me recuerda es una máscara, muy blanca y extrañamente nítida. Me refiero a que las líneas de sus facciones son tan marcadas que parecen repasadas con maquillaje negro. Lo veo por un momento. Despide un auténtico resplandor. Luego vuelvo a mirar, y no encuentro a nadie. Sin embargo, exagero al explicarlo. Todo resulta mucho más sutil: su aspecto y...

La descripción que estaba haciendo pareció trastornar a Nicolás tanto como me había afectado a mí. No dijo nada, pero su rostro se relajó ligeramente, como si olvidara su pesadumbre.

—Bueno, no quiero darte esperanzas sin razón —comentó al fin. Ahora se mostraba muy amable y sincero—, pero tal vez sea una máscara de verdad lo que ves. Y quizá se trate de alguien de la Comédie Française que acude a verte actuar.

Sacudí la cabeza en gesto de negativa y repliqué:

—Ojalá, pero nadie se pondría una máscara como ésa. Y te diré otra cosa además.

Nicolás esperó, pero pude apreciar que le estaba transmitiendo parte de mi aprensión. Alargó el brazo, agarró la botella de vino por el cuello y sirvió un trago en mi vaso.

—Sea quien sea —le confíé—, sabe lo de los lobos.

—¿Qué?

—Que conoce el asunto de los lobos. —No estaba seguro de mí mismo. Era como explicar un sueño que ya casi había olvidado—. Sabe de mi encuentro con las alimañas, allá en el pueblo. Y sabe que la capa que llevo está forrada con sus pieles.

—¿De qué estás hablando? ¿Acaso has hablado con él?

—No, estoy seguro de ello y basta —respondí. Todo aquello me resultaba muy confuso. Volví a experimentar aquella sensación de que la cabeza me daba vueltas—. Eso es lo que estoy tratando de decirte. Nunca he hablado con él, nunca he estado cerca de él. Pero lo sabe.

—¡Ah, Lestat! —exclamó Nicolás, recostándose hacia atrás en el banco junto al fuego mientras me dirigía la sonrisa más cariñosa—. Dentro de poco empezarás a ver fantasmas. Tienes la imaginación más desbordante que he visto nunca.

—Los fantasmas no existen —respondí en voz baja. Miré el pequeño fuego y fruncí el entrecejo. Dejé caer unos pedazos de carbón sobre las brasas.

Nicolás dejó a un lado cualquier muestra de humor.

—¿Cómo diablos iba a conocer nada de los lobos? ¿Y cómo es que tú...?

—Ya te lo he dicho, no lo sé —respondí. Permanecí sentado, pensativo y sin hablar, disgustado tal vez ante lo ridículo que parecía todo.

Y entonces, mientras seguíamos sentados muy juntos y en silencio, con el fuego como única fuente de sonidos o movimientos en toda la estancia, me vino a la mente el nombre *Matalobos* con la misma claridad con que lo habría percibido si alguien lo hubiera pronunciado.

Pero no lo había hecho nadie.

Miré a Nicolás, dolorosamente consciente yo de que sus labios no se habían movido, y creo que hasta la última gota de sangre se escurrió de mi rostro. Lo que percibí no fue la amenaza de muerte que me había atenazado tantas otras noches, sino una emoción que me resultaba realmente ajena: el miedo.

Aún seguía allí sentado, demasiado inseguro de mí mismo para decir nada, cuando Nicolás me besó.

—Vamos a acostarnos —dijo suavemente.

Segunda parte

El Legado de Magnus



ebían ser las tres de la madrugada; había oído entre sueños las campanas de la iglesia.

Y, como todos los hombres juiciosos de París, teníamos la puerta atrancada y la ventana cerrada con pestillo. No era muy recomendable en una habitación con un hogar de carbón, pero el tejado estaba a un paso de nuestra ventana. Y estábamos a salvo.

Soñaba con los lobos. Me hallaba en la montaña, rodeado, y volteaba sobre mi cabeza la vieja maza medieval. Luego, los lobos ya estaban muertos otra vez y el sueño se hacía mejor, sólo que me quedaban aún todos aquellos kilómetros que recorrer por la nieve. Mi yegua relinchaba en la nieve. La montura se convirtió en un insecto repulsivo medio aplastado en el suelo de piedra.

Lánguida y susurrante, una voz dijo «Matalobos» en un murmullo que era a la vez una invitación y un homenaje.

Abrí los ojos. O creí hacerlo. Y había alguien de pie en mitad de la estancia. Era una figura alta, encorvada, situada de espaldas al pequeño hogar, en el cual aún brillaban las ascuas cuyo resplandor recortaba claramente la silueta de la figura antes de difuminarse, dejando en sombras sus hombros y su cabeza. Sin embargo, comprendí que tenía ante mí el rostro blanco que había visto entre el público del teatro; y mi mente, receptiva y penetrante, advirtió que la estancia estaba cerrada por dentro, que Nicolás dormía a mi lado y que la figura estaba de pie al lado de nuestra cama.

Escuché la respiración de Nicolás y fijé la mirada en el rostro blanco.

«Matalobos», repitió la voz, aunque los labios de la figura no se habían movido. El misterioso intruso se acercó aún más y apreció que el rostro no era ninguna máscara. Unos ojos negros, unos rápidos y calculadores ojos negros, y una piel muy blanca. Y advertí entonces que despedía un hedor insoportable, como el de un montón de ropa pudriéndose en una habitación húmeda.

Creo que me incorporé. O tal vez fui levantado, pues en un abrir y cerrar de ojos me encontré de pie. Mi mente estaba ya muy despierta y retrocedí hasta topar con la pared.

La misteriosa figura tenía mi capa roja en las manos. Desesperado, recordé la espada, las pistolas. Estaban en el suelo, debajo de la cama. Entonces, el desconocido arrojó la capa hacia mí y, a través del terciopelo forrado de piel, noté cómo su mano se cerraba en la solapa de mi vestimenta.

Me vi arrastrado hacia adelante. Sin tocar con los pies en el suelo, fui llevado al otro extremo de la habitación. Llamé a gritos a Nicolás. «¡Nicolás, Nicolás!», grité con todas mis fuerzas. Vi la ventana entreabierta y, de pronto, el cristal estalló en mil pedazos y el marco de madera quedó hecho astillas. Al instante, me encontré volando sobre la calleja, a una altura de seis pisos sobre el suelo.

Volví a gritar y lancé puntapiés contra aquel ser que me transportaba. Atrapado en la capa roja, me contorsioné para tratar de soltarme.

Sin embargo, estábamos volando sobre los tejados y, en ese instante, remontábamos la lisa superficie de una pared de ladrillo. Yo iba colgado del brazo del extraordinario ser. De pronto, sin el menor aviso, mi captor me soltó en la azotea de un edificio muy elevado.

Permanecí un momento tendido en la azotea, contemplando París que se extendía ante mí en un gran círculo: la nieve blanca, los sombreretes de las chimeneas, los campanarios de las iglesias y el cielo encapotado. Luego me incorporé, tropecé con la capa forrada, y eché a correr. Llegué hasta el borde de la azotea y miré abajo. No vi más que una caída a pico de decenas de metros y, cuando me asomé por el otro lado después de una nueva carrera, encontré exactamente lo mismo. ¡Y estuve a punto de caerme!

Me volví, desesperado y jadeante. El ser y yo estábamos en lo alto de una torre cuadrada, separados por apenas quince metros. No distinguí ningún edificio más alto en ninguna dirección. La extraña figura me observaba sin moverse y le oí emitir por lo bajo una ronca risotada que me recordó el susurro anterior.

—Matalobos —repitió una vez más.

—¡Maldito! —grité yo—. ¿Quién diablos eres?

En un acceso de rabia, me lancé contra él con los puños por delante.

El ser no se movió. Cuando le golpeé, fue como hacerlo en un muro de ladrillo. Salí literalmente rebotado, resbalé en la nieve, me incorporé como pude y volví a la carga.

Sus risas me hicieron más y más estentóreas, deliberadamente burlonas pero con un considerable aire de satisfacción y placer que resultaba aún más exasperante que el escarnio. Corrí hasta el borde de la torre y luego me volví de nuevo hacia el misterioso ser.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté—. ¿Quién eres?

Al comprobar que sólo me respondía con aquellas irritantes risotadas, volví al asalto contra él. Esta vez, sin embargo, me lancé a por su rostro y su cuello; convertí mis manos en un par de zarpas y logré echarle hacia atrás la capucha, poniendo al descubierto sus negros cabellos y la forma y aspecto plenamente humanos de su cabeza. Y una piel blanda. Sin embargo, mi raptor se mostró tan impertérrito como antes.

Luego retrocedió un paso, alzó los brazos y se puso a jugar conmigo, a sacudirme hacia adelante y hacia atrás como haría un hombre con un niño pequeño. Con movimientos demasiado rápidos para mis ojos, apartó su rostro de mí volviéndolo a un lado y a otro. Efectuaba sus gestos sin aparente esfuerzo, mientras yo, frenético, trataba de golpearle sin lograr otra cosa que notar su piel blanca y blanda resbalando bajo mis dedos. Un par de veces, quizá, conseguí apenas rozar su fino cabello negro.

—Mi pequeño, valiente y fuerte Matalobos —me dijo entonces con una voz más sonora y profunda.

Me detuve, jadeante y bañado en sudor, le miré y contemplé con detalle sus facciones, los marcados detalles de su rostro que sólo había visto fugazmente en el teatro, la sonrisa de bufón que formaban sus labios.

— ¡Oh, Dios, ayúdame, ayúdame...! —exclamé, al tiempo que retrocedía. Me parecía imposible que un rostro así pudiera moverse, mostrar expresiones, mirarme con el afecto que lo hacía—. ¡Dios santo!

—¿Qué dios es ése, Matalobos? —preguntó el ser.

Le di la espalda y emití un terrible rugido. Noté que sus manos se cerraban sobre mis hombros como tenazas de metal forjado y, cuando inicié un último intento frenético de resistirme, me dio la vuelta hasta dejar mi rostro justo ante sus ojos, grandes y oscuros. Tenía los labios cerrados, pero había en ellos una débil sonrisa y, de pronto, inclinó la cabeza sobre mí y noté que sus dientes se hundían en mi cuello.

Surgiendo de los cuentos infantiles, de las antiguas historias, el nombre me vino a la mente como si algo largo tiempo sumergido en aguas oscuras apareciera de nuevo en la superficie y se asomara libre a la luz.

—¡Un vampiro!

Lancé un último grito frenético, e intenté rechazar al ser con todo cuanto podía.

Luego cayó el silencio. La quietud.

Advertí que aún estábamos en la azotea. Noté que la criatura me sostenía en sus brazos. Sin embargo, me dio la impresión de que habíamos ascendido, que nos habíamos vuelto ingravidos, que viajábamos de nuevo por la oscuridad aún más fácilmente que como lo habíamos hecho antes.

—Sí, sí —quise decir—. Exacto.

Y a mi alrededor retumbaba un gran ruido que me envolvía, tal vez el sonido profundo de un gran gong, golpeando con mucha parsimonia y un ritmo perfecto; un sonido que me inundaba y recorría mi cuerpo haciéndome sentir el placer más extraordinario.

Moví los labios, pero no salió de ellos sonido alguno. Con todo en realidad no importaba. Todo cuanto siempre había deseado decir estaba claro para mí; eso, y no que fuera expresado en palabras, era lo importante. Y había muchísimo tiempo; tenía muchísimo tiempo para decir y hacer lo que fuera. No tenía la menor sensación de premura.

Éxtasis. Dije la palabra y ésta me pareció clara, aunque era incapaz de hablar ni de mover realmente los labios. Y me di cuenta de que había dejado de respirar. Sin embargo, algo seguía haciéndome respirar. Algo estaba respirando por mí y tomaba y expulsaba el aire al ritmo del gong que nada tenía que ver con mi cuerpo, y me encantó aquel ritmo, el modo en que sonaba una vez y otra, y no tener ya que respirar, ni hablar, ni saber nada.

Mi madre me sonreía y le dije: «Te quiero», y ella me respondió: «Sí, siempre te he amado, siempre...». Y me vi sentado en la biblioteca del monasterio cuando tenía doce años, y el monje me decía: «un gran erudito», y yo abría los libros y podía leerlos todos, en latín, en griego o en francés. Las letras capitales ilustradas eran de una belleza indescriptible y me volví de cara al público del teatro de Renaud y vi a todos los espectadores de pie, y una mujer apartó de su rostro su abanico pintado y era María Antonieta. «Matalobos», murmuró, y apareció Nicolás corriendo hacia mí y gritándome que volviera. Su rostro estaba lleno de angustia. Llevaba el cabello suelto y los ojos inyectados de sangre. Trató de alcanzarme y le dije: «Nicolás, apártate de mí!», y advertí con dolor, con sumo dolor, que el sonido del gong iba desvaneciéndose.

Grité, supliqué: «No te detengas, por favor, por favor. No quiero..., no..., por favor...».

—Lelio, el Matalobos —dijo el ser, que me sostenía en sus brazos. Yo lloraba porque el hechizo se estaba rompiendo.

—No, no...

Me sentí pesado otra vez, el cuerpo había vuelto a mí con sus dolores y achaques y con mis gritos sofocados, y me vi alzado, arrojado hacia arriba hasta caer sobre el hombro del ser. Noté su brazo en torno a mis rodillas.

Quise rogarle a Dios que me protegiera, quise pedírselo con cada partícula de mi ser, pero no pude pronunciar la súplica y de nuevo vi a mis pies la calleja, el vacío de decenas de metros y toda la ciudad de París inclinada en un ángulo imposible, y la nieve y el viento cortante.

2

Estaba despierto y muy sediento.

Deseaba una gran cantidad de vino blanco muy frío, tal como está cuando se trae de la bodega en otoño. Me apetecía comer algo fresco y dulce, como una manzana madura elegida entre muchas de una cesta.

Abrí los ojos y supe que era la última hora de la tarde. La luz podría haber sido la de un amanecer, pero había transcurrido demasiado tiempo para que lo fuera. Era por la tarde.

Y, al otro lado de una amplia ventana de piedra cerrada con gruesos barrotes, vi bosques frondosos y colinas cubiertas de nieve y, a lo lejos, la enorme serie de tejados y torres que constituía la ciudad. No había vuelto a ver una panorámica como aquélla desde el día de mi llegada en la diligencia. Cerré los ojos, pero la panorámica siguió ante mi mente, como un sueño.

No obstante no era ninguna visión imaginaria. La vista era real. Y la habitación estaba caldeada pese a la ventana abierta. El olfato me decía que en la estancia había habido un fuego, aunque ahora ya estaba apagado.

Traté de razonar, pero no pude dejar de pensar en el vino blanco frío y en las manzanas de la cesta. Pude ver las manzanas, me noté cayendo de las ramas del árbol y olí a mi alrededor la hierba fresca recién cortada.

El sol resultaba cegador sobre los verdes campos. Brillaba en el cabello castaño de Nicolás y en la laca oscura del violín. La música se elevaba hasta las nubes de suave algodón. Y, recortadas contra el cielo, vi las almenas del castillo de mi padre.

Almenas.

Abrí los ojos de nuevo.

Y supe que estaba tendido en el suelo de una habitación, en una torre elevada a varios kilómetros de París.

Y justo delante de mí, sobre una tosca mesilla de madera, había una botella de vino blanco frío, precisamente tal como lo había soñado.

Permanecí un largo rato mirándola, contemplando las gotitas de vapor condensado que la cubrían, y me pareció imposible poder extender la mano y beber de ella.

Jamás había conocido la sed que ahora sufría. Todo mi cuerpo estaba sediento. Y me sentía muy débil. Y empezaba a notar un poco de frío.

Cuando me moví, la habitación lo hizo conmigo. El cielo relucía en la ventana.

Y cuando al fin logré asir la botella y quitarle el tapón, aspiré su aroma acre y delicioso y bebí un trago tras otro, sin parar, sin preocuparme por lo que pudiera sucederme, ni por dónde me encontraba ni por qué habían dejado allí la botella.

Cuando eché de nuevo la cabeza hacia adelante, la botella estaba casi vacía, y la ciudad, a lo lejos, se difuminaba en el cielo dejando tras sí un pequeño mar de luces.

Me llevé las manos a la cabeza.

El lecho donde había estado durmiendo no era más que una losa con un poco de paja encima y, poco a poco, fui haciéndome a la idea de que estaba en una especie de cárcel.

Pero el vino... Era demasiado bueno para una cárcel: ¿Quién le daría un vino así a un prisionero? Salvo, naturalmente, que estuvieran a punto de ejecutarle.

Otro aroma llegó entonces a mí, intenso y embriagador, y tan delicioso que me hizo exhalar un suspiro. Miré a mi alrededor, o, más bien, traté de hacerlo, pues estaba como demasiado débil para moverme. Sin embargo, la fuente de aquel aroma estaba cerca de mí, y era un gran tazón de caldo de ternera. El caldo estaba acompañado de pedazos de carne, y observé el vapor que se alzaba de él. Todavía estaba caliente.

Tomé enseguida el tazón en mis manos y engullí su contenido con la misma voracidad y precipitación con que había bebido el vino.

Saboreé aquel succulento y sustancioso caldo, más bien salado como si nunca hubiera comido nada semejante, y, cuando el tazón quedó vacío, me eché de nuevo sobre la paja, saciado y casi empachado.

Me pareció que algo se movía en la oscuridad, cerca de mí, pero no estuve seguro. Escuché un tintineo de cristales.

—Más vino —me dijo una voz. Y la reconocí.

Poco a poco, fui recordándolo todo. El ascenso por las paredes, la pequeña azotea cuadrada, la cara blanca y sonriente.

Por unos instantes pensé que no, que era imposible, que debía haber sido una pesadilla. Pero no era así. Había sucedido realmente, y, de repente, recordé el éxtasis, el sonido del gong: me entró un vahído como si fuera a perder el sentido otra vez.

Logré controlarme. No permitiría que tal cosa sucediera. Y me atenazó un miedo tal que no osé hacer el menor movimiento.

—Más vino —repitió la voz.

Cuando volví ligeramente la cabeza, descubrí una nueva botella, aún por descorchar pero a mi disposición, recortada contra el luminoso resplandor que se colaba por la ventana.

Me entró de nuevo la sed, y, esta vez, aumentada por la sal del caldo. Me sequé los labios, tomé la botella y bebí otra vez.

Recostado contra el muro de piedra, luché por ver algo en las sombras, casi temiendo lo que sabía que encontraría.

Por supuesto, para entonces estaba ya muy ebrio.

Vi la ventana, la ciudad, la mesilla. Y, cuando mis ojos recorrieron lentamente los rincones en sombras de la estancia, le vi a él en un rincón.

Ya no llevaba su capa negra con capucha, y no estaba sentado o de pie como haría un hombre, sino que más bien descansaba, al parecer, encorvado sobre el grueso marco de piedra de la ventana, con una

rodilla ligeramente doblada hacia ella, y la otra pierna, larga y delgada, extendida hacia el otro lado. Los brazos parecían colgarle a los costados.

La impresión general que producía era como de algo flácido y carente de vida, aunque sus facciones seguían tan animadas como la noche anterior. Los enormes ojos negros que parecían estirar la blanca carne en profundas arrugas, la nariz larga y afilada, la sonrisa de bufón en la boca. Allí estaban los colmillos, rozando los labios carentes de color, y el cabello, una masa reluciente de negro y plata que surgía sobre su blanca frente y le caía sobre los hombros y hasta los brazos.

Creo que se echó a reír.

Yo estaba paralizado de terror. Era incapaz incluso de gritar.

La botella de vino se me había escapado de entre los dedos y rodaba por el suelo. Cuando traté de moverme hacia adelante, de recobrar el control y hacer de mi cuerpo algo más que un saco torpe y borracho, sus piernas delgadas y larguiruchas cobraron vida de repente.

El ser avanzó hacia mí.

No grité. Emití un ronco rugido de furia y terror y salté del lecho, tropezando con la mesilla y huyendo de él lo más deprisa que pude.

Pero él me atrapó con sus largos dedos blancos, tan fríos y fuertes como lo habían sido la noche anterior.

—¡Suéltame, maldito, maldito, maldito! —exclamé balbuceando. La razón me dijo que le suplicara y lo intenté—. Me iré sin más, por favor. Déjame salir de aquí. Tienes que hacerlo. Déjame ir.

Acercó a mí su rostro enjuto y macilento, con los labios abiertos al máximo en sus pálidas mejillas, y soltó una risotada ronca y estentórea que pareció interminable. Me debatí en inútiles empujones, suplicándole de nuevo y balbuciendo tonterías y disculpas, y finalmente grité: «¡Ayúdame, Dios mío!». En ese instante, me tapó la boca con una de sus manos monstruosas.

—Basta, no vuelvas a decir eso en mi presencia, Matalobos, o te arrojaré a los lobos del infierno para que den cuenta de ti —dijo con una sonrisa despectiva—. ¿Hummm? Responde. ¿Hummm?

Asentí y cedí un poco su presión.

Su voz tuvo un pasajero efecto tranquilizador. Cuando hablaba, el ser parecía capaz de razonar. Sonaba casi refinado.

Levantó las manos y me acarició la cabeza mientras yo me encogía.

—El sol en el cabello —susurró— y el cielo azul fijado para siempre en los ojos.

Casi parecía meditabundo mientras me observaba. Su aliento no olía a nada, y creo que tampoco su cuerpo. El hedor a moho procedía de sus ropas.

No me atreví a moverme, aunque ya no me sujetaba. Contemplé sus ropas: una desgastada camisa de seda de mangas anchas y frunces en el cuello, polainas de lana peinada y unos calzones raídos.

En suma, su indumentaria era la de un hombre de siglos atrás. Yo había visto ropas como aquéllas en algunos tapices de mi casa, y en los cuadros de Caravaggio y de la Tour que colgaban en los aposentos de mi madre.

—Eres perfecto, mi Lelio, mi Matalobos —dijo el ser abriendo su gran boca hasta permitirme ver otra vez sus blancos y afilados colmillos. Eran los únicos dientes que tenía.

Me estremecí y advertí que estaba cayendo al suelo.

Pero él me levantó fácilmente con un brazo y me dejó con suavidad en el lecho.

Mientras levantaba la vista hacia su rostro, mi mente repetía ardientemente una oración: «Dios mío, ayúdame; Virgen Santa, ayúdame, ayúdame, ayúdame».

¿Qué era lo que tenía ante mí? ¿Qué era lo que había visto la noche anterior? Aquella cosa sonriente era la máscara de la vejez, agrietada por las profundas marcas del paso del tiempo y, al mismo tiempo, helada y tan dura y firme con sus manos. Aquello no era un ser viviente. Era un monstruo. Un vampiro. ¡Eso era, un muerto salido de la tumba y dotado de inteligencia, que se alimentaba chupando sangre!

Y sus piernas, ¿por qué me producían tal horror? El ser tenía aspecto humano, pero no se movía como un hombre. No parecía importarle si caminaba o gateaba, si se inclinaba o se arrodillaba. Me daba asco, pero, al mismo tiempo, me fascinaba. Tuve que reconocerlo: me fascinaba. Pero me hallaba en una situación demasiado peligrosa como para permitirme un estado mental tan extraño.

El ser soltó una profunda risotada, con las rodillas muy separadas, apoyando los dedos en mis mejillas al tiempo que efectuaba un gran arco encima de mí.

—¡Sí, querido, cuesta mucho mirarme! —dijo. Su voz seguía siendo un susurro y hablaba en largos jadeos—. Ya era viejo cuando me hicieron. Y tú, Lelio mío, muchacho de ojos azules, eres perfecto. Aún resultas más hermoso sin las luces del escenario.

La mano blanca y de largos dedos jugueteó de nuevo con mi cabello, levantando mechones y dejándolos caer mientras lanzaba un suspiro.

—No llores, Matalobos —añadió—. Eres un elegido y tus deslucidos triunfos en esa Casa de Tespis no serán nada cuando la noche llegue a su fin.

Y, de nuevo, estalló en aquellas roncadas risotadas.

No tuve ninguna duda, al menos en ese instante, de que aquel ser era un enviado del diablo, que Dios y el diablo existían, de que más allá del vacío que había conocido hacía apenas unas horas se extendía aquel vasto mundo de seres oscuros y terribles amenazas en el cual, de algún modo, había sido engullido.

Me vino a la cabeza con toda claridad que estaba recibiendo el castigo por la vida que había llevado, pero tal cosa parecía absurda. En todo el mundo, millones de personas pensaban como yo. ¿Por qué, entonces, todo aquello me estaba sucediendo a mí? Y una siniestra posibilidad empezó a tomar forma, imparable: que el mundo no tuviera más sentido que antes y que todo aquello no fuera más que otro horror...

— ¡En el nombre de Dios, vete! —grité. Era *preciso* que creyera en Dios en aquel momento. Era *preciso*. Era él la última esperanza. Me apresuré a santiguarme.

El ser me miró por un instante con los ojos llenos de rabia. Pero permaneció callado.

Me vio hacer la señal de la Cruz. Me escuchó invocar a Dios una y otra vez.

Y se limitó a sonreír, convirtiendo su rostro en una perfecta máscara de la comedia en el arco del proscenio de cualquier teatro.

Yo continué con mis sollozos, espasmódicos como los de un niño.

—Entonces, el diablo reina en el cielo, y el paraíso es el infierno —le dije—. ¡Oh, Dios, no me abandones...!

Invoqué a todos los santos de los que había sido devoto en algún momento. El ser me cruzó la cara con un fuerte golpe. Rodé a un costado y estuve a punto de caer del lecho al suelo. La estancia empezó a dar vueltas. El sabor amargo del vino me volvió a la boca. Y volví a notar los dedos en mi cuello.

—Sí, Matalobos, lucha —murmuró—. No te vayas al infierno sin presentar batalla. Búrlate de Dios.

—¡No me burlo de él! —protesté.

Una vez más, me atrajo hacia él. Y yo me resistí, luchando como no lo había hecho en mi vida, ni siquiera con los lobos. Le golpeé, le tiré del cabello, le di patadas, pero su fuerza era tal que fue como luchar contra las gárgolas animadas de una catedral. Y no dejó de sonreír.

Después, se borró de su rostro toda expresión. El rostro pareció hacérsele muy largo. Tenía las mejillas hundidas y los ojos muy abiertos y casi curiosos. Entonces abrió la boca, con el labio inferior contraído. Vi los colmillos.

—¡Maldito, maldito, maldito seas!

Yo rugía y gritaba. El se acercó todavía más y sus dientes se hundieron en mi carne.

«Esta vez no» me dije enfurecido, «esta vez no. No lo sentiré. Resistiré, Esta vez lucharé por salvar mi alma».

Pero empezó a suceder de nuevo.

La dulzura, y la suavidad, y el mundo muy lejos, e incluso él, con toda la repulsión que me provocaba, curiosamente ajeno a mí, como un insecto pegado al otro lado de un cristal que no nos produce asco porque no puede tocarnos, y el sonido del gong, y el exquisito placer., y luego me perdí por completo. Era incorpóreo y el placer era incorpóreo. No era otra cosa que placer. Me envolví en una red de sueños radiantes.

Vi una catacumba, un lugar frío y húmedo. Y un ser, un vampiro blanco, despertando en una tumba poco profunda. Estaba atado con pesadas cadenas e, inclinado sobre él, vi aquel monstruo que me había secuestrado; y supe que su nombre era Magnus y que, en aquel sueño, todavía era un mortal, un gran y poderoso alquimista que había desenterrado y atado aquel vampiro adormilado justo antes de la hora crucial de la puesta del sol.

Y en aquel instante, mientras la luz iba desvaneciéndose en el firmamento, Magnus bebió de su impotente prisionero la sangre mágica y maldita que le convertiría en uno de los muertos vivientes. El traidor había perpetrado el robo de la inmortalidad. Un oscuro Prometeo robando un fuego luminiscente. Risas en las tinieblas. Risas resonando en las catacumbas. Repitiéndose con el eco de los siglos. Y el hedor de la tumba. Y el éxtasis, absolutamente insondable e irresistible, desvaneciéndose progresivamente poco a poco hasta desaparecer.

Yo estaba llorando. Tendido en la paja, musité:

—Por favor, que no pare...

Magnus había dejado de sujetarme y yo volvía a respirar por mí mismo, y los sueños se habían borrado. Caí y caí mientras la noche estrellada se alzaba como un velo púrpura intenso de joyas a él adheridas.

—Muy ingenioso eso. Yo había creído que el cielo era... real.

El frío aire invernal penetraba un poco en la estancia. Noté mi rostro bañado en lágrimas. ¡Me torturaba la sed!

Y lejos, muy lejos de mí, Magnus estaba de pie observándome, con las manos colgando flácidas junto a sus delgados muslos.

Intenté moverme. Estaba loco de sed. Todo mi cuerpo necesitaba beber.

—Estás muriendo, Matalobos —oí decir a Magnus—. La luz de tus ojos azules se está apagando como si todos los días de verano hubieran terminado...

—No, por favor...

La sed resultaba insoportable. Yo tenía la boca abierta y la espalda arqueada. Y allí estaba por fin el horror último, la propia muerte, en aquella forma.

—Pide, hijo —sugirió él. Su rostro había dejado de ser una máscara sonriente, totalmente transfigurado en una expresión compasiva. En aquel momento parecía casi humano; su vejez resultaba casi natural—. Pide y recibirás —añadió.

Vi correr el agua por todos los arroyos de montaña de mi infancia.

—Ayúdame, por favor.

—Yo te daré el agua de todas las aguas —me susurró al oído, y me pareció que su piel no era del todo blanca. Sólo era un hombre viejo, sentado allí a mi lado. Su rostro era realmente humano, y hasta un poco triste.

Pero al observar su sonrisa y verle enarcar las cejas en una mueca de curiosidad, supe que me equivocaba. Aquel ser no era humano. Era el mismo monstruo de siempre, ¡sólo que ahora estaba lleno con mi sangre!

—El vino de todos los vinos —susurró—. Este es mi Cuerpo, ésta es mi Sangre.

Y, con esto, sus brazos me rodearon. Me atrajo hacia sí y noté que emanaba de él un gran calor. Parecía estar lleno, no de sangre, sino de amor a mí.

—Pídelo, Matalobos, y vivirás eternamente —murmuró. Pero su voz sonó cansada, sin vigor, y en su mirada había algo distante y trágico.

Noté la cabeza vuelta a un lado, convertido mi cuerpo en un guiñapo pesado y húmedo que yo no podía controlar. «No lo pediré, moriré antes que pedirlo» me dije. Y entonces se abrió ante mí aquella gran desesperación que tanto temía, aquel vacío que era la muerte, pero seguí diciendo «No». Presa de un puro horror, seguí diciendo «No». No me doblegaría ante aquello, ante el caos y el horror. No y no.

—La vida eterna —susurró el.

La cabeza me cayó sobre su hombro.

—Terco Matalobos...

Sus labios me rozaron. Noté su aliento cálido e inodoro sobre mi cuello.

—Terco, no —repliqué en otro susurro, tan débil, que me pregunté si me habría oído—. Valiente, no terco. —Parecía inútil no hacer tal precisión. ¿Qué significaba un poco de vanidad en aquel momento? ¿Qué significaba cualquier cosa? Y un mundo tan trivial era terco, cruel...

Me levantó la cara y, sosteniéndola en su mano derecha, alzó la zurda y se hizo un profundo corte en su propia garganta con las uñas.

El cuerpo se me dobló por la cintura en una convulsión de terror, pero él apretó mi rostro contra la herida mientras me conminaba:

—¡Bebe!

Escuché mi propio grito, que me ensordeció los oídos. Y la sangre que brotaba de la herida tocó mis labios resecos y cuarteados.

La sed pareció emitir un sonoro siseo. Mi lengua lamió la sangre y me recorrió una sensación como un gran latigazo. Y mi boca se abrió y se adhirió a la herida. Y me apliqué con todas mis fuerzas al manantial que yo sabía que saciaría mi sed como nada la había saciado nunca.

Sangre, sangre y sangre. Y con ella no sólo quedó saciado aquel torbellino de sed, sino que desapareció también toda mi ansiedad, todos los anhelos, penas y hambres que había conocido en mi vida.

Mi boca se abrió todavía más, se apretó con más fuerza a su cuello. Noté cómo la sangre descendía por mi garganta. Noté su cabeza contra la mía. Noté el firme cerco de sus brazos.

Estaba apretado contra él y noté sus tendones, sus huesos, el propio contorno de sus manos. Yo *conocía* su cuerpo. Y, con todo, seguía recorriéndome aquel entumecimiento, acompañado de un extasiante hormigueo cada vez que una sensación penetraba el entumecimiento y se amplificaba en la penetración haciéndose más plena, más intensa, hasta casi permitirme ver lo que sentía.

Pero la principal protagonista de la escena siguió siendo la sangre, dulce y sabrosa, que me llenaba mientras yo bebía y bebía.

Más, quería más, ése era mi único pensamiento, si mi mente pensaba todavía. Y, pese a su espesa consistencia, pasaba ligera por mi garganta; así de brillante le parecía aquel torrente rojo a mi mente, así de cegador, y todos los desesperados deseos de mi vida se vieron mil veces colmados.

Pero su cuerpo, el armazón al que me agarraba, estaba debilitándose debajo de mí. Escuché su respiración en débiles jadeos. Y, pese a ello, no me hizo parar.

Te amo, Magnus, quise decirle. Maestro sobrenatural y aterrador, te amo, te amo, esto es lo que siempre he deseado, lo que he anhelado tanto y nunca he podido tener, esto, ¡y tú me lo has dado!

Sentí que moriría si aquello continuaba, pero siguió y no morí.

Sin embargo, de repente, noté que sus manos suaves y amorosas acariciaban mis hombros y, con su fuerza inconmensurable, me apartaban de él.

Emití un largo grito doliente cuya intensidad me alarmó, pero Magnus me ayudó a incorporarme. Aún me sostenía entre los brazos.

Me llevó a la ventana y me asomé a ella, con las manos apoyadas en la piedra a ambos lados del cuerpo. Estaba temblando y notaba el latido de la sangre en cada una de mis venas. Apoyé la frente contra los barrotes de hierro.

Abajo, muy lejos, se alzaba la cima sombría de una montaña cubierta de árboles que parecían titilar bajo la pálida luz de las estrellas.

Y más allá, la ciudad con su mar de lucecitas, sumergida no en tinieblas, sino en una niebla de suave añil. La nieve fundente despedía reflejos luminosos. Tejados, torres y muros brillaban en un millar de tonos de lavanda, rosa y malva.

Aquella era la extensa metrópolis.

Y, al entrecerrar los ojos, vi un millón de ventanas como otras tantas proyecciones de rayos de luz, y luego, como si esto no fuera suficiente, en lo más profundo vi el inconfundible movimiento de la gente. Pequeños mortales en pequeñas callejas, cabezas y manos palpando las sombras, un hombre solitario, apenas una mota negra ascendiendo a un campanario batido por el viento. Un millón de almas en el mosaico de la noche y, traído por el aire, el apagado y confuso murmullo de incontables voces humanas. Llantos, canciones, levísimos vestigios de música, el amortiguado tañido de las campanas.

Gemí. La brisa pareció levantar mis cabellos y escuché mi propia voz como no la había oído nunca antes de gritar.

La ciudad fue desapareciendo. La dejé ir, perdidos de nuevo sus miles y miles de bulliciosos habitantes en el inmenso y maravilloso espectáculo de sombras violáceas y luces crepusculares.

—Ah, ¿qué has hecho? ¿Qué es lo que me has dado? —exclamé en un suspiro.

Y pareció como si mis palabras no se detuvieran una después de otra, sino que corrieran a juntarse hasta que todo mi grito fue un único e inmenso sonido coherente que amplificaba perfectamente mi horror y mi alegría.

Dios, si existía, no era importante ahora. Formaba parte de un reino insulso y aburrido cuyos secretos hacía mucho que habían sido expoliados, cuyas luces se habían apagado hacía largo tiempo. Lo que ahora experimentaba era el centro pulsante de la vida misma, en torno al cual giraba toda la verdadera complejidad. ¡Ah, la fascinación de tal complejidad, la sensación de estar allí...!

Detrás de mí, el roce de los pies del monstruo surgió de las piedras.

Y cuando me volví, le encontré blanco, desangrado, como un gran pellejo de sí mismo. Tenía los ojos bañados en lágrimas de sangre y alargó el brazo hacia mí como si estuviera sufriendo.

Lo estreché contra mi pecho. Sentí por él un amor como nunca había conocido.

—¡Ah, helo ahí! —dijo la voz espectral con sus lentas palabras con sus interminables susurros—. Mi heredero, escogido para tomar de mí el Don Oscuro con más energía y valor que diez mortales. ¡Qué gran Hijo de las Tinieblas vas a ser!

Besé sus párpados. Recogí su fino cabello negro en mis manos. Ya no era para mí un ser espectral, sino simplemente algo extraño y blanco, lleno de alguna lección más profunda tal vez que los árboles rumorosos a mis pies o que la ciudad titilante que me llamaba desde la lejanía.

Las mejillas hundidas, el largo cuello, las delgadas piernas..., todo ello no era sino sus partes naturales.

—No, cachorro —musitó—. Guarda tus besos para el mundo. Ha llegado mi hora y solamente me debes una única deferencia. Sígueme ahora.

3

Me condujo a una escalera que descendía en espiral. Y todo lo que vi me absorbió. Las piedras toscamente talladas parecían despedir una luz propia, e incluso las ratas que pasaban corriendo en la penumbra poseían una curiosa belleza.

Por fin, Magnus corrió el cerrojo de una gruesa puerta de madera con pernos de hierro y, tras entregarme el pesado manajo de llaves, me hizo entrar en una estancia grande y vacía.

—Como te he dicho, ahora eres mi heredero —declaró—. Tomarás posesión de esta casa y de todos mis tesoros, pero antes harás lo que yo te diga.

Las ventanas con barrotes se abrían a una vista sin límites de las nubes iluminadas por la luna y volví a atisbar el leve resplandor de la ciudad como si ésta hubiera extendido sus brazos.

—¡Ah!, más tarde podrás disfrutar todo lo que quieras con esa panorámica —dijo. Me volvió de cara a él y le vi de pie ante un gran montón de leña apilado en el centro de la estancia. Con un gesto relajado, señaló la leña y añadió—: Escucha con atención, pues estoy a punto de dejarte y hay varias cosas que debes saber. Ahora eres inmortal, y tu nueva condición te guiará bastante pronto a tu primera víctima humana. Sé rápido y no muestres ninguna piedad, pero, por delicioso que te resulte el festín, pon fin a él antes de que el corazón de la víctima cese de latir. En los años que se avecinan, adquirirás la fuerza suficiente para experimentar ese gran momento, pero, por ahora, aparta de ti la copa antes de apurarla. De lo contrario, pagarás muy cara tu osadía.

—¿Por qué has de dejarme? —pregunté con desesperación. Me agarré a él. Víctimas, piedad, festín... Me sentí bombardeado por aquellas palabras como si me estuvieran golpeando físicamente.

Él se desasíó con tal facilidad que me dolieron las manos debido al movimiento y terminé contemplándolas, maravillado de la extraña naturaleza del dolor. No se parecía a un dolor mortal.

Magnus, sin embargo, no se movió del sitio y me señaló las piedras de la pared opuesta. Vi que una de ellas, una losa de gran tamaño, había sido desencajada y sobresalía un palmo del resto del muro, que estaba intacto.

—Agarra esa losa —me indicó—, y sácala del muro.

—Imposible —respondí—. Debe pesar...

—¡Sácala! —insistió, señalando la piedra con uno de sus dedos largos y huesudos y gesticulando para que le obedeciera.

Con el más absoluto asombro, descubrí que podía mover con facilidad la losa y, detrás de ella, vi una negra abertura del tamaño justo para permitir el paso de un hombre reptando con la cabeza por delante.

Magnus lanzó una risotada entrecortada e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Ése, hijo mío, es el pasadizo que conduce a mi tesoro. Haz lo que te plazca con él y con todas mis posesiones terrenales, pero ahora es el momento de que cumpla mis promesas.

Desconcertado otra vez, le vi escoger dos pequeños palos de entre la leña y frotarlas con tal energía que pronto ardieron con unas llamas brillantes.

Arrojó los palos encendidos al montón de leña y la resina que había en ésta hizo que el fuego se avivara al instante, arrojando una luz inmensa sobre el techo curvo y los muros de piedra.

Con un jadeo de sorpresa, me eché atrás. El aluvión de colores amarillos y anaranjados me hechizó y me asustó; en cambio, aunque lo percibí, el calor me produjo una sensación que no pude comprender. No sentí la alarma natural ante la posibilidad de quemarme. Al contrario, el calor era delicioso y, por primera vez, me di cuenta del frío que había sufrido. El frío era como una costra de hielo sobre mí y el fuego la fundió, y estuve a punto de emitir un gemido de placer.

Él se rió de nuevo con aquellas carcajadas huecas y se puso a bailar a la luz de las llamas; sus delgadas piernas le daban el aspecto de un esqueleto danzante con un rostro lechoso de ser humano. Dobló los brazos sobre la cabeza, flexionó el tronco y las rodillas y dio vueltas y más vueltas mientras se desplazaba alrededor del fuego.

—¡*Mon Dieu!* —murmuré. Me sentía aturdido. Apenas hacía una hora, verle danzar de aquella manera me habría horrorizado, pero ahora, bajo la luz oscilante de las llamas, constituía un espectáculo que me arrastraba tras él paso a paso. La luz estalló en sus harapos de satén, en los pantalones que llevaba, en la camisa hecha jirones.

—¡No puedes abandonarme! —supliqué, tratando de mantener la cabeza clara y de comprender lo que había estado diciendo. Mi voz sonaba monstruosa en mis propios oídos. Traté de bajar el tono, de hacerlo más suave, más como era debido—. ¿Dónde vas a ir?

Entonces soltó su carcajada más estentórea, se dio unas palmadas en los muslos y se apartó de mí acelerando vertiginosamente su baile, con las manos extendidas como para abrazar el fuego.

Los troncos más gruesos empezaban a prender ahora. Con su gran tamaño, la estancia era una especie de gran horno de arcilla por cuyas ventanas escapaba la humareda.

—¡El fuego, no! —Salté hacia atrás, aplastándome contra la pared—. ¡No puedes lanzarte al fuego!

El miedo se adueñó de mí como lo había hecho todo cuanto había visto y oído. Era la misma sensación que había apreciado antes. No podía resistirme u oponerme a ella. Mi voz era mitad un grito, mitad un lloriqueo.

—¡Oh, sí! ¡Sí que puedo! —replicó sin dejar de reírse—. ¡Sí que puedo! —Eché la cabeza atrás y dejó que la risa se transformara en una serie de aullidos—. Pero ahora, cachorro mío —añadió, deteniéndose frente a mí y apuntándome otra vez con el dedo—, debes hacerme una promesa. Vamos, mi valiente Matalobos, un poco de honor mortal o, aunque eso me parta en dos el corazón, te arrojaré al fuego y me buscaré otro sucesor. ¡Respóndeme!

Traté de hablar, pero sólo pude asentir con la cabeza.

Bajo la luz enfurecida de las llamas, vi que las manos se me habían vuelto blancas. Y noté una punzada de dolor en el labio inferior que casi me hizo gritar.

¡Mis caninos ya se habían convertido en afilados colmillos! Los toqué y miré a Magnus con expresión de pánico, pero él me observaba con aire burlón, como si gozara de mi terror.

—Bien, cuando esté bien quemado —me dijo, agarrándome de la muñeca— y el fuego se haya apagado, tienes que esparcir mis cenizas. Escúchame bien, pequeño: esparce las cenizas. De lo contrario, regresaré. No me atrevo a imaginar bajo qué forma, pero, haz caso de mis palabras: si me permites regresar y vuelvo más terrible de lo que soy ahora, te cazaré y te quemaré hasta que estés tan consumido como yo, ¿me has entendido?

Yo seguía sin lograr responderle. No se trataba de miedo. Era el infierno. Notaba cómo me crecían los dientes y todo el cuerpo me escocía. Asentí con gesto frenético.

—¡Ah, veo que sí! —Sonrió, asintiendo también, mientras las llamas lamían el techo a su espalda y la luz recortaba el perfil de su rostro—. Sólo te pido un acto de caridad, que pueda ir al encuentro del infierno, si lo hay, o de un dulce olvido que con seguridad no merezco. Que, si existe un Príncipe de las Tinieblas, mis ojos puedan contemplarle por fin. Entonces, le escupiré a la cara.

»Así, pues, esparce lo que quede como te ordeno y, cuando lo hayas hecho, ve por ese pasadizo hasta mi guarida, pero ten mucho cuidado en volver a colocar la losa cuando hayas entrado. En el interior encontraras mi ataúd. Debes sellarte en él o en lugares parecidos durante el día, o la luz del sol te reducirá a cenizas. Presta atención a mis palabras: nada en el mundo puede acabar con tu vida, salvo el sol o una hoguera como la que tienes delante, y, en este segundo caso sólo, repito, sólo si tus cenizas son esparcidas cuando todo haya terminado.

Aparté mi rostro del suyo y de las llamas. Había empezado yo a llorar y lo único que me impedía sollozar en voz alta era la mano con la que me tapaba la boca. El, sin embargo, tiró de mí alrededor de la hoguera hasta que estuvimos ante la losa suelta, que volvió a señalar con el dedo.

—Quédate conmigo, por favor, por favor... —le supliqué—. ¡Sólo un poco, una noche, te lo ruego! — De nuevo, el volumen de mi voz me dejó aterrado. No era en absoluto mi voz normal. Pasé mis brazos alrededor de él y me apreté contra su pecho. Sus facciones blancas y enjutas me resultaban inexplicablemente hermosas y en sus ojos negros aprecié una expresión extrañísima.

La luz oscilaba en sus cabellos y en sus ojos; entonces, una vez más, en su boca apareció una sonrisa de bufón.

—¡Ah, mi ávido hijo! —exclamó—. ¿No te basta ser inmortal con todo el mundo para alimentarte? Adiós, pequeño. Haz lo que te he dicho. ¡Las cenizas, recuerda! Y la cámara que hay tras esa piedra. En su interior tienes todo lo que puedas necesitar para salir adelante.

Luché por seguir sujetándole y le oí reírse junto a mi oído, sorprendido de mis fuerzas.

—Excelente, excelente —susurró—. Ahora, Matalobos, vive eternamente con los regalos que he añadido a los que ya tenía.

De un empujón, me mandó lejos de él dando traspiés. Luego se lanzó al mismo centro de las llamas en un salto tan alto y tal largo que pareció estar volando.

Contemplé su caída y vi cómo el fuego prendía en sus ropas.

Su cabeza pareció convertirse en una antorcha y, de repente, sus ojos se abrieron como platos y su boca se convirtió en una gran caverna negra y de entre las llamas se alzó su risa con un volumen tan desgarrador que me tapé los oídos.

Pareció saltar arriba y abajo a cuatro patas en el centro de la pira y, de pronto, advertí que mis gritos habían ahogado su risa.

Brazos y piernas, negros y larguiruchos, se alzaron y cayeron varias veces hasta que, súbitamente, parecieron languidecer. El fuego se agitó con un rugido y, en su centro, ya no vi otra cosa que el propio resplandor.

Pero continué gritando. Caí de rodillas y me cubrí los ojos con las manos, pero en mis párpados cerrados seguí viendo la escena, un inmenso estallido de chispas tras otro, hasta que apoyé con fuerza la frente contra las losas del suelo.

4

Me pareció que transcurrían años, allí tendido en el suelo observando cómo se consumía el fuego hasta que sólo quedaron algunos leños a medio quemar.

La sala se había enfriado. El aire helado penetraba por la ventana abierta. Volví a llorar sin poder contenerme. El aire devolvió los sollozos a mis propios oídos, hasta que no pude soportar más su sonido. Y no me sirvió de consuelo saber que todo, incluso la desazón que sentía, resultaba magnificado en el estado en que me hallaba.

De vez en cuando, rezaba una oración. Rogaba el perdón, aunque no sabía bien de qué. Oré a la Virgen y a los santos. Musité el Avemaría una y otra vez hasta que la oración se convirtió en una salmodia sin sentido.

Y lloré lágrimas de sangre que me mancharon las manos cuando me enjuagué el rostro.

Seguí tendido sobre las piedras cuan largo era, sin murmurar ya más oraciones sino elevando esas súplicas inarticuladas que se hacen a todo lo sagrado, a todo lo poderoso, a todo lo que, bajo uno o mil nombres, pueda existir o no. «No me_ dejes aquí solo. No me abandones. Estoy en el lugar de las brujas. Éste es el lugar de las brujas. No me dejes caer *más* de lo que ya he caído esta noche. No permitas que suceda...» *Lestat, despierta.*

Pero las palabras de Magnus volvían a mí una y otra vez: *Ir al encuentro del infierno, si lo hay... Si existe un Príncipe de las Tinieblas...*

Finalmente, me incorporé hasta apoyarme en las rodillas y en las manos. Me sentía aturdido y desquiciado, casi mareado. Miré la hoguera. Aún estaba a tiempo de reavivar lo que quedaba y arrojarme yo también a las llamas voraces.

Pero en el mismo instante en que me obligaba a imaginar el sufrimiento de hacer tal cosa, me di cuenta de que no tenía la menor intención de llevarlo a cabo.

Después de todo, ¿por qué tendría que hacerlo? ¿Qué había hecho yo para merecer el destino de las brujas? Yo no deseaba ir al infierno; ni por un instante había pensado tal cosa. ¡Por todos los infiernos que no tenía interés alguno en descender a ellos para escupirle en la cara al Príncipe de las Tinieblas, fuera quien fuese!

Al contrario, si yo era ahora un ser condenado, ¡que fuera el propio diablo quien viniera por mí! Que me dijera él la razón de mi condena al sufrimiento. Me gustaría conocerla, realmente.

En cuanto al olvido..., bien, podíamos esperar un poco antes de eso. Podíamos dedicar un poco de tiempo, al menos, a meditar al respecto.

Una extraña calma se adueñó de mí poco a poco. Me sentía triste, lleno de amargura y creciente fascinación.

Ya no era un ser humano.

Y allí, agachado a cuatro patas pensando en ello y con la vista puesta en las brasas agonizantes, me fue invadiendo una inmensa energía. Gradualmente, mis sollozos juveniles cesaron y empecé a estudiar la blancura de mi piel, la agudeza de mis nuevos y perversos colmillos y el modo en que mis uñas brillaban en la oscuridad, como si las llevara lacadas.

Todos mis pequeños dolores habituales habían desaparecido, y el calor residual que despedía la madera aún humeante me reconfortó, como una prenda de abrigo que me envolviera.

Pasó el tiempo, pero no lo sentí transcurrir.

Cada cambio en el movimiento del aire fue una caricia. Y, cuando de la lejana ciudad débilmente iluminada llegó un coro de apagadas campanas que daban la hora, su sonido no marcó el paso del tiempo mortal. Los tañidos eran sólo la música más pura, y permanecí tendido, aturdido y boquiabierto, mientras contemplaba el paso de las nubes.

Pero en el pecho empecé a sentir un nuevo dolor, vivo y ardiente, que se extendió a través de las venas, se apretó en torno a la cabeza y se concentró en el vientre y las entrañas. Entrecerré los ojos, ladeé la cabeza y advertí que no tenía miedo de aquel dolor, sino que más bien lo notaba como si lo estuviera oyendo.

Entonces vi la causa. Estaba expulsando mis excrementos en un pequeño torrente. Me descubrí incapaz de controlar mi cuerpo, pero, mientras observaba cómo la suciedad manchaba mis ropas, me di cuenta de que no sentía repugnancia.

Unas ratas se deslizaron por la estancia, acercándose a aquella inmundicia sobre sus pequeñas patas silenciosas, pero ni siquiera su presencia me desagradó.

Aquellas criaturas no podían tocarme, aunque corrieran por encima de mí para devorar los excrementos.

De hecho, no pude imaginar absolutamente nada en la oscuridad, ni siquiera el contacto con los viscosos insectos de las tumbas, que fuera capaz de provocarme repulsión. Ahora no importaba nada que se arrastraran sobre mis manos y mi rostro.

Yo no formaba parte del mundo que sentía asco ante aquellas cosas. Y, con una sonrisa, comprendí que ahora formaba parte de lo que producía temor y repugnancia a los demás. Poco a poco y con gran placer, me eché a reír.

Con todo, la pena no me había abandonado por entero. Me acompañaba como una idea, y aquella idea contenía una pura verdad.

Estoy muerto y soy un vampiro. Y las criaturas morirán para que yo pueda vivir: beberé su sangre para seguir viviendo. Y nunca jamás volveré a ver a Nicolás, ni a mi madre, ni a ninguno de los humanos que he conocido y amado, ni a nadie de mi familia humana. Beberé sangre. Y viviré para siempre. Eso será exactamente lo que sucederá. Y lo que sucederá está sólo empezando: ¡apenas acaba de nacer! Y el parto que lo ha dado a luz ha sido un éxtasis como jamás antes había conocido.

Me puse de pie. Me sentía ligero y poderoso y extrañamente entumecido. Di unos pasos hasta el fuego apagado y anduve entre la leña quemada.

No había huesos. Era como si el ser diabólico se hubiera desintegrado. Llevé hasta la ventana las cenizas que pude recoger y, mientras el viento las dispersaba, musité un adiós a Magnus preguntándome si podría oírme.

Finalmente, sólo quedaron los troncos carbonizados y el hollín de mis manos, que sacudí en la oscuridad.

Era el momento de examinar la cámara inferior.

5

Desplacé la losa con bastante facilidad, como ya lo había hecho antes, y en su interior había un gancho para que pudiera encajarla en su sitio una vez dentro.

Pero para entrar en el estrecho conducto tuve que tenderme boca abajo y, cuando me arrodillé para asomarme, no alcancé a ver ninguna luz al otro extremo. Su aspecto no me agradó.

Me dije que, de haber sido mortal todavía, absolutamente nada me habría inducido a arrastrarme por un pasillo como aquél. Sin embargo, el viejo vampiro había sido muy explícito al decir que el sol podía destruirme con la misma eficacia que el fuego. Era preciso que llegara al ataúd. Noté que el miedo volvía a asaltarme como un torrente.

Me aplasté contra el suelo y avancé como un lagarto por el pasadizo. Como temía, apenas podía alzar la cabeza y no había espacio para darme la vuelta y alcanzar el gancho de la losa. Tuve que introducir el pie en el gancho y arrastrarme hacia adentro tirando de la piedra hacia mí.

Oscuridad total. Con espacio apenas para incorporarme unos centímetros sobre los codos.

Solté un jadeo, me entró pánico y estuve a punto de volverme loco pensando que no podía levantar la cabeza, hasta que, por último, me di con ésta contra la piedra y quedé tendido allí, lloriqueando.

¿Qué podía hacer ahora? Era preciso que llegara al ataúd.

Así pues, me obligué a dejar de gimotear y empecé a avanzar a rastras, cada vez más deprisa. Me arañé las rodillas contra la piedra mientras mis manos buscaban grietas y hendiduras para impulsarse. El cuello me dolía debido a la tensión de contener el impulso de levantar la cabeza, otra vez presa del pánico.

Y cuando, de pronto, mis manos tocaron con una piedra sólida en su avance, la empujé con todas mis fuerzas. Noté que se movía, al tiempo que una suave luz penetraba por los resquicios.

Salí gateando del conducto y me encontré en una pequeña estancia de techo bajo y curvo, con una ventana alta y estrecha cerrada por otra reja de gruesos barrotes de hierro. Sin embargo, la suave luz violácea de la noche penetraba por ella dejando a la vista una gran chimenea en la pared opuesta, un montón de leña para prender el fuego y, a su lado, bajo la ventana, un antiguo sarcófago de piedra.

Mi capa de terciopelo rojo forrada de piel de lobo estaba extendida sobre el sarcófago y, sobre un tosco banco, descubrí un espléndido traje, también de terciopelo rojo, bordado en oro y profusión de encaje italiano, así como unos calzones de seda roja, unas medias de seda blanca y unas chinelas de tacón rojo.

Aparté el cabello de mi rostro y sequé la fina capa de sudor que bañaba mi frente y mi bigote. Era un sudor mezclado con sangre, y, cuando lo advertí por las manchas en las manos, sentí una curiosa excitación.

«¡Ah!» pensé, «¿qué soy? ¿Qué me espera?». Contemplé durante un largo instante la sangre de mis manos y luego me lamí los dedos. Me recorrió una deliciosa sensación de profundo placer y tardé unos minutos en recuperarme lo suficiente como para acercarme al hogar.

Tomé dos astillas de leña como había hecho el viejo vampiro y, frotándolas con fuerza y velocidad, casi las vi desaparecer tras la llama que se alzó de ellas. No había en aquello nada de mágico, sólo habilidad. Cuando el fuego empezó a calentar, me quité mis ropas sucias Y. tras limpiar con la camisa hasta el último vestigio de excrementos, arrojé toda mi indumentaria a las llamas antes de ponerme las prendas que acababa de encontrar.

Unas prendas rojas, de un encarnado deslumbrante. Ni siquiera Nicolás había lucido nunca ropas como aquéllas. Eran galas para la Corte de Versalles, con perlas y pequeños rubíes intercalados en los bordados. El encaje de la camisa era de Valenciennes, y yo lo conocía ya del vestido de boda de mi madre.

Me eché la capa de piel de lobo sobre los hombros y, aunque el frío me desapareció del cuerpo, me sentí como una criatura esculpida en el hielo. Me pareció que mi sonrisa era dura y lustrosa y extrañamente torpe mientras me dedicaba a contemplar y palpar aquellas prendas.

Contemplé el sarcófago al resplandor de las llamas. Sobre la pesada tapa estaba tallada la efigie de un anciano y me di cuenta enseguida de que recordaba a Magnus.

Allí, sin embargo, Magnus aparecía en ademán tranquilo, con su boca de bufón bien cerrada ahora, los ojos mirando apacibles hacia el techo y el cabello en una larga melena de rizos y ondas perfectamente esculpida.

Sin duda, aquel sarcófago tenía al menos tres siglos. La figura de Magnus reposaba con las manos cruzadas sobre el pecho, vestido con una larga túnica. De la espada tallada en la piedra, alguien había eliminado a golpes la empuñadura y parte de la vaina.

Permanecí un rato interminable observando este detalle y comprobé que el trozo que faltaba había sido eliminado a golpes de cincel y con gran esfuerzo.

¿Era tal vez la forma de cruz de la empuñadura lo que había querido borrar el autor del hecho? La dibujé con el dedo, pero no sucedió nada, como tampoco había sucedido nada en la otra sala, cuando había murmurado mis plegarias. Acuciado en el polvo junto al sarcófago, dibujé otra cruz.

Tampoco sucedió nada.

Luego, añadí a la cruz unos cuantos trazos para representar el cuerpo de Cristo, sus brazos, el ángulo de sus rodillas, su cabeza caída sobre el pecho. Escribí «Nuestro Señor Jesucristo», las únicas palabras que sabía escribir correctamente, además de mi nombre, pero siguió sin suceder nada.

Y, lanzando aún inquietas miradas hacia la pequeña cruz y las palabras garabateadas, intenté levantar la tapa del sarcófago.

No me resultó fácil, ni siquiera con las nuevas fuerzas que ahora poseía. Desde luego, ningún hombre mortal podría haberla alzado.

Pero lo que me dejó perplejo fue el grado de esfuerzo que me exigió. Me di cuenta de que mis fuerzas no eran ilimitadas, y de que, desde luego, no podían compararse con las del viejo vampiro. Aun así, poseía la fuerza de tres hombres, quizá de cuatro; resultaba imposible calcularlo.

En aquel instante, me pareció algo realmente impresionante.

Contemplé el sarcófago. No era más que un estrecho hueco lleno de sombras, en el cual no podía imaginarme metido. Alrededor de la tapa había una inscripción en latín que no supe leer.

Esto me atormentó y deseé que las palabras no estuvieran allí. La añoranza de Magnus, la sensación de desamparo, amenazaron con atenazarme de nuevo. ¡Le odié por haberme abandonado! Y me sorprendió en toda su ironía el hecho de haber sentido amor por él cuando se disponía a saltar sobre las llamas. Y de haberle amado de nuevo al encontrar las ropas rojas en la estancia.

¿Se quieren entre ellos los demonios? ¿Caminan del brazo por el infierno, diciéndose unos a otros: «¡Ah, amigo mío, cuánto te quiero!», y cosas parecidas? La mía era una pregunta puramente intelectual e intrascendente, ya que no creía en el infierno, pero era una cuestión de un concepto del mal, ¿no era así? Se supone que todas las criaturas del infierno se odian entre ellas, igual que todos los que se salvan odian a los condenados, sin reservas.

Aquella idea me había acompañado toda la vida. De niño, me había aterrado el pensamiento de que yo pudiera ir al cielo y mi madre al infierno, y de que entonces tuviera la obligación de odiarla. Eso era imposible. ¿Y que sucedería si nos encontrábamos los dos en el infierno?

«Bien» me dije, «ahora sé, tanto si creo en el infierno como si no, que los vampiros pueden amarse entre ellos, que uno no deja de amar por el hecho de estar dedicado al mal».

Al menos, eso me pareció en aquel breve instante. Pero no debía ponerme a llorar otra vez. No podía soportar tantas lágrimas.

Volví los ojos a un gran baúl de madera semioculto a la cabecera del sarcófago. No estaba cerrado, y la tapa, de madera putrefacta, casi saltó de los goznes cuando la levanté.

Y, aunque el viejo maestro me había dicho que me dejaba su tesoro, me quedé mudo de asombro ante lo que vi. El baúl estaba repleto de oro, plata y piedras preciosas. Había incontables anillos con joyas montadas, collares de diamantes, sargas de perlas, piezas de orfebrería, monedas y cientos de objetos valiosos.

Pasé las yemas de los dedos sobre aquellas riquezas y luego las cogí a puñados, jadeando de asombro cuando la luz encendía el rojo de los rubíes, el verde de las esmeraldas. Vi refracciones del color como no las había soñado, y una riqueza incalculable. Aquél era el famoso cofre de los piratas del Caribe, el proverbial rescate de un rey.

Y era todo mío.

Lo examiné más detenidamente. Entre las joyas había otros artículos personales y perecederos. Máscaras de satén de cuyo tejido putrefacto se desprendían los bordados de oro, pañuelos de encaje y jirones de tela en los que había prendidos broches y agujas. Había allí una cincha de cuero de un arnés adornada con campanillas de oro, un retal de encaje lleno de moho, atado en torno a un anillo, decenas de cajitas de rapé y numerosos medallones colgando de cintas de raso.

¿Les habría quitado Magnus todo aquello a sus víctimas?

Levanté una espada con incrustaciones de piedras preciosas, con mucho demasiado pesada para los tiempos en que me hallaba, y unas raídas chinelas, conservadas quizá por su hebilla de brillantes.

Naturalmente, Magnus había tomado lo que había querido de sus víctimas. En cambio, su indumentaria había consistido en ropas gastadas, casi harapos, a la moda de otro tiempo, y su vida en la torre había transcurrido como la de un ermitaño de otro siglo. No alcancé a comprenderlo.

Pero entre aquel tesoro había muchos otros objetos diversos. Rosarios confeccionados con espléndidas gemas, ¡y que todavía conservaban sus crucifijos! Toqué las pequeñas imágenes sagradas, sacudí la cabeza y me mordí el labio, como diciendo: «¡Qué horrible que las robara!». Sin embargo, también lo encontré muy divertido. Y lo tomé como una demostración más de que Dios no tenía ningún poder sobre mí.

Y, mientras pensaba en ello, tratando de decidir si el hallazgo era tan fortuito como había parecido en el instante de producirse, cogí del tesoro un exquisito espejo con mango de perlas.

Me miré en él de forma casi inconsciente, como se suele hacer ante los espejos. Y allí me vi como un hombre normal, salvo que tenía la piel muy blanca, igual que la había tenido mi viejo y malévolos maestro, y que mis ojos habían pasado de su habitual color azul a una mezcla de violeta y cobalto que resultaba suavemente iridiscente. Mis cabellos tenían un brillo muy luminoso, y, cuando me pasé los dedos por ellos, aprecié que tenían una nueva y extraña vitalidad.

De hecho, no era en absoluto Lestat quien se hallaba ante el espejo, sino una especie de réplica suya confeccionada con otra materia. Y las pocas arrugas que me había causado el paso del tiempo a mis escasos veinte años habían desaparecido o se habían reducido mucho; las pocas que tenía se habían hecho un poco más profundas de lo que habían sido.

Contemplé mi reflejo y traté frenéticamente de reconocermelo a mí mismo en el espejo. Me froté el rostro, incluso froté el pulido disco, y apreté los labios para evitar echarme a llorar una vez más.

Finalmente, cerré los ojos y volví a abrirlos, lanzando una levísima sonrisa al ser del espejo. Este me la devolvió. Aquél era Lestat, sin duda. Y en sus facciones no parecía haber nada de malévolos. Bueno, de muy malévolos. Sólo se apreciaba la antigua malicia, la impulsividad. En realidad, aquella criatura del espejo podría haber pasado por un ángel, de no ser porque, cuando al fin le cayeron las lágrimas, éstas eran de sangre y toda la imagen aparecía teñida de encarnado ya que su visión estaba empañada por ella. Y poseía aquellos pequeños colmillos malévolos que apoyaba en el labio inferior cuando sonreía y que le daban una apariencia absolutamente aterradora. ¡Un rostro bastante pasable con un único, pero horrible, espantoso, detalle incoherente!

Sin embargo, de pronto, me asaltó una idea: ¡Lo que estaba viendo era mi propio reflejo! ¿Y no se había dicho y repetido que los fantasmas y los espíritus y los que han condenado su alma al infierno eran invisibles ante un espejo?

Me invadió el ansia de conocer todo lo concerniente a lo que ahora era. El ansia de saber cómo haría para caminar entre hombres mortales. Deseé estar en las calles de París, ver con mis nuevos ojos todo

los milagros de la vida que había conocido hasta entonces. Quise contemplar las caras de la gente, los capullos en flor y las mariposas. Quise ver a Nicolás, oírle interpretar su música... ¡No!

A esto último, renunciaría. Pero había mil formas de música, ¿no era así? Y, cerrando los ojos, casi pude oír a la orquesta de la Opera, captar las arias en mis tímpanos. El recuerdo surgió muy claro, muy intenso.

A partir de ahora, nada sería normal. Ni la alegría, ni el dolor, ni el más pequeño recuerdo. Todo, incluso el pesar por las cosas perdidas para siempre, poseería aquel lustre extraordinario.

Dejé el espejo y me sequé las lágrimas con uno de los pañuelos de encaje, viejo y amarillento, que contenía el baúl. Me volví y tomé asiento lentamente frente al fuego. El calor en el rostro y las manos me resultó delicioso.

Me invadió una dulce modorra y, mientras cerraba los ojos de nuevo, me vi sumergido de pronto en el extraño sueño de Magnus robándome la sangre. Me invadió de nuevo una sensación de hechizo, de mareante placer: Magnus sosteniéndome en sus brazos, unido a mí, y mi sangre fluyendo a él. Pero escuché las cadenas arrastradas por el suelo de la vieja catacumba, vi al indefenso vampiro en los brazos de Magnus... Y allí había algo más..., algo importante. Un sentido, una advertencia acerca de la traición, del robo, de no ceder ante nadie, ni Dios ni demonio, y nunca ante el hombre.

Le di vueltas y más vueltas en la cabeza, en un estado de duermevela, hasta que se me ocurrió la idea más descabellada: contarle todo aquello a Nicolás. Tan pronto como volviera a casa, le explicaría el sueño y su posible significado y hablaríamos...

Con sobresaltada repulsión, abrí los ojos. El ser humano que había en mí contempló con impotencia la cámara. Se puso a llorar otra vez y la perversa criatura recién nacida era aún demasiado inmadura para poder dominarle. Sus sollozos se convirtieron en hipidos y me llevé una mano a la boca.

«¿Por qué me has dejado, Magnus? ¿Qué debo hacer, Magnus, cómo debo seguir?»

Recogí las rodillas y apoyé la cabeza en ellas. Poco a poco, se me fue aclarando la cabeza.

«Bueno» me dije, «ha sido muy divertido imaginar que eras ese vampiro, llevar estas ropas espléndidas y pasar los dedos por ese impresionante tesoro, ¡pero no puedes vivir así! ¡No puedes vivir alimentándote de seres humanos! Aunque seas un monstruo, llevas dentro una conciencia, una tendencia natural... El Bien y el Mal, lo bueno y lo malo. No puedes vivir sin creer en... No puedes aceptar los actos que... Mañana, vas a..., a..., ¿vas a *qué*?».

«*Mañana vas a beber sangre, ¿no es eso?*»

El oro y las piedras preciosas brillaban como brasas en el baúl cercano, y, tras los barrotes de la ventana, se alzaba contra las nubes grises el resplandor violáceo de la lejana ciudad. ¿Cómo sería su sangre? La sangre caliente y viva, no la sangre de monstruo. Mi lengua recorrió el paladar, tanteando los colmillos.

«Piensa en ello, Matalobos.»

Me puse en pie lentamente. Me resultó muy fácil, como si fuera la voluntad, y no el cuerpo, quien lo hacía. Tomé las llaves de hierro que había traído conmigo de la cámara exterior y fui a inspeccionar el resto de mi torre.

6

Habitaciones vacías. Ventanas con rejas. El manto infinito de la noche sobre las almenas. Eso *fue* todo lo que encontré en la torre. Pero en la planta baja de ésta, junto a la puerta de las escaleras que conducían a las mazmorras, encontré una tea en el puesto del centinela y una bolsa de yesca para encenderla en el nicho contiguo a la garita. Vi huellas en el polvo. La cerradura estaba bien engrasada y la llave giró con suavidad cuando por fin encontré la correspondiente.

Iluminé con la antorcha una estrecha escalera de caracol y empecé con cierta repugnancia a bajar los peldaños debido al hedor que ascendía de algún lugar situado más abajo.

Naturalmente, conocía aquel hedor. Era bastante corriente en los cementerios de París. En les Innocents era denso como un gas venenoso pero había que convivir con él para poder comprar en las tiendas del lugar, o para tratar con los amanuenses. Era el olor de los cuerpos en descomposición.

Y, aunque me produjo arcadas y me hizo retroceder unos pasos, tampoco resultaba tan intenso, y el aroma de la resina de la tea al arder contribuía a aminorarlo.

Seguí el descenso. Si había allí el cadáver de algún mortal, no podía escaparme de él.

Pero en el primer nivel bajo el suelo no encontré ningún cuerpo. Sólo había allí una enorme sala funeraria con las puertas de hierro oxidado abiertas a las escaleras y tres enormes sarcófagos de piedra en el centro. Era muy similar a la cámara de Magnus. Aunque mucho mayor, tenía el mismo techo curvo a baja altura y el mismo hogar, tosco y profundo.

¿Qué podía significar aquello, sino que otros vampiros habían dormido allí en alguna época? Nadie instala una chimenea en una cripta funeraria. Al menos, yo no había oído mencionarlo nunca. E incluso había unos bancos de piedra. Y los sarcófagos eran como el de allá arriba, con grandes figuras esculpidas en ellas.

Sin embargo, absolutamente todo estaba cubierto por el polvo de años. Y había muchísimas telarañas. Sin duda, los vampiros ya no habitaban allí. Era totalmente imposible. Y, no obstante, resultaba muy extraño. ¿Dónde estaban quienes habían ocupado aquellos sarcófagos? ¿Se habían arrojado al fuego igual que Magnus, o todavía seguían su existencia en alguna parte?

Entré y abrí los sarcófagos uno tras otro. Dentro no había más que polvo. Ningún indicio de otros vampiros, ninguna prueba de que existieran más vampiros.

Salí de la cripta y continué escaleras abajo, aunque el hedor a descomposición se hacía cada vez más penetrante. De hecho, muy pronto se hizo insoportable.

Procedía de detrás de una puerta que pude ver más abajo, y tuve verdaderas dificultades para obligarme a aproximarme. Naturalmente, cuando yo era un ser mortal, tal olor me habría repugnado; pero esto no era nada en comparación con la aversión que sentía ahora. Mi nuevo cuerpo quería alejarse de él

a la carrera. Me detuve, respiré profundamente y me obligué a ir hacia la puerta, decidido a ver qué había hecho allí mi perverso maestro.

Pues bien, el hedor no era nada comparado con lo que vieron mis ojos.

En una profunda mazmorra yacía un montón de cuerpos en todas las fases de la descomposición, huesos y carne putrefacta plagados de gusanos e insectos. Las ratas huían de la luz de la antorcha, rozándome las piernas camino de la escalera. Las náuseas me hicieron un nudo en la garganta y el olor me sofocó.

Con todo, no pude dejar de mirar aquellos cuerpos. Allí había algo importante, algo terriblemente importante, que debía descubrir. Y, de repente, me di cuenta de que todos aquellos muertos habían sido varones —las botas y los jirones de ropa que llevaban lo delataba— y todos ellos eran rubios, de tonos muy parecidos al mío. Los escasos cadáveres que conservaban sus facciones parecían de jóvenes, altos y de constitución delgada. Y el ocupante más reciente del siniestro lugar —el cadáver fresco y chorreante que yacía con los brazos extendidos a través de los barrotes— se parecía tanto a mí que podría haber sido mi hermano.

Aturdido, avancé hasta que la puntera de mi bota rozó su cabeza. Bajé la antorcha y abrí la boca como para lanzar un grito. ¡Los ojos húmedos y viscosos del muerto, plagados de mosquitos, eran del mismo azul que los míos!

Retrocedí tambaleándome. Se adueñó de mí un terror cerval a que el muerto se moviera, me agarrara por el tobillo. Y supe por qué lo haría.

Cuando topé con la pared, tropecé con un plato de comida putrefacta y un cuenco. El cuenco cayó al suelo, se rompió y la leche cuajada que contenía se derramó como un vómito.

El dolor me apretó las costillas. La sangre, como un fuego líquido, me vino a la boca y brotó de mis dientes, salpicando el suelo delante de mí. Tuve que sujetarme de la puerta abierta para mantenerme en pie.

Sin embargo, entre la niebla de la náusea, mi vista se fijó en la sangre. Contemplé aquel brillante color carmesí a la luz de la antorcha. Observé cómo oscurecía la sangre al caer en la argamasa entre las piedras. Aquella sangre estaba viva y su dulce aroma cortaba como el filo de una navaja el hedor de los muertos. Espasmos de sed reemplazaron las náuseas. La espalda se me dobló y fui inclinándome con una flexibilidad desconcertante más y más hacia la sangre.

Y los pensamientos no cesaron en ningún instante de agolparse en mi cabeza: aquel joven había sido llevado con vida a aquella mazmorra; la comida putrefacta y la leche agria tenían por objeto alimentarle o darle tormento. El joven había muerto en la celda, atrapado con los demás cadáveres, sabiendo perfectamente que pronto sería otro de ellos.

¡Dios, sufrir aquello! ¡Sufrir aquel horror! Y cuántos otros habrían conocido exactamente el mismo destino, todos jóvenes de cabello rubio.

Me encontré de rodillas, y todavía me incliné más. Sostuve la antorcha a baja altura con la mano izquierda y bajé la cabeza hasta la sangre, con la lengua salida entre los labios, tan brillante que creí estar viendo la de un lagarto. La lengua lamió la sangre del suelo. Escalofríos de éxtasis. ¡Oh, qué delicia!

¿Era yo quien hacía aquello? ¿Era yo quien lamía aquella sangre a un par de centímetros del cuerpo sin vida? ¿Era mi corazón el que latía con cada sorbo apenas a dos dedos del cuerpo sin vida de aquel muchacho al que Magnus había llevado allí como me había conducido a mí, de aquel muchacho al que Magnus había condenado a muerte en lugar de a la inmortalidad?

La repugnante mazmorra parpadeaba como un llama mientras yo lamía la sangre. El cabello del muerto me rozó la frente. Su ojo, como un cristal estrellado, me contemplaba fijamente.

¿Por qué no estaba yo encerrado en aquella celda? ¿Qué prueba había superado para no estar ahora allí, gritando y sacudiendo los barrotes, notando cómo se cernía lentamente sobre mí el horror que había presagiado en la posada del pueblo?

Los temblores de la sangre me recorrieron los brazos y las piernas. Y el sonido que escuché —el sonido brillante, tan cautivador como el carmesí de la sangre, el azul del ojo del muchacho, las alas tornasoladas del mosquito, el deslizante cuerpo opalino del gusano, el resplandor de la antorcha— fue mi propio grito, salvaje y gutural.

Dejé caer la antorcha y me incorporé de rodillas, golpeando el plato de hojalata y el cuenco roto. Me puse en pie y corrí escaleras arriba. Y cuando cerré de un portazo el acceso a las mazmorras, mis gritos se alzaron más y más, hasta la misma cima de la torre.

Me perdí en el sonido, que rebotaba en las piedras y volvía a mis oídos. No podía parar. Era incapaz de cerrar la boca ni de tapármela.

Pero entonces, a través de la puerta atrancada y de una decena de estrechas ventanas que se abrían en lo alto, vi que se acercaba la inconfundible luz de la mañana. Mi gritos cesaron. Las piedras habían empezado a iluminarse. La luz rezumaba en torno a mí como un vapor hirviente que me quemaba los párpados.

No tomé la decisión de correr. Sencillamente, me encontré haciéndolo, corriendo arriba y arriba hacia la cámara interior.

Cuando salí del conducto, la estancia ardía en un mortecino fuego púrpura. Las joyas que rebosaban del baúl parecían moverse. Casi ciego, logré levantar la tapa del sarcófago.

Muy pronto, la tapa caía de nuevo sobre mí. Desapareció el dolor de mi rostro y de mis manos y me quedé inmóvil y a salvo mientras el miedo y la pena se fundían en una oscuridad fría e insondable.

7

Fue la sed lo que me despertó. Y supe al instante dónde estaba y qué era. No tuve sueños mortales de vino blanco muy frío ni de la verde y fresca hierba bajo los manzanos del huerto de mi padre.

En la estrecha oscuridad del sarcófago de piedra, me toqué los colmillos con los dedos y los encontré peligrosamente largos y afilados como pequeñas navajas.

Percibí que en la torre había un mortal y, aunque no había llegado a la puerta de la cámara exterior, pude *escuchar* sus pensamientos.

Oí su consternación cuando descubrió abierta la puerta que daba a la escalera. Tal cosa no había sucedido nunca con anterioridad. Escuché su temor al descubrir los leños quemados en el centro de la estancia y le oí llamar a su «amo». El individuo era un criado, y un ser traicionero y falso, por lo que pude captar.

Aquella capacidad para escuchar lo que pasaba por la mente del criado me fascinó, pero había otra cosa que me perturbaba: ¡su olor!

Levanté la tapa de piedra del sarcófago y salí de él. El olor era débil, pero muy sugestivo. Era el aroma almizcleño de la primera prostituta en cuya cama había liberado mi pasión. Era el olor del venado asado después de días y días de ayuno en invierno. Era el perfume del vino joven, de las manzanas frescas o del agua cayendo con un rugido por un despeñadero en un día de calor mientras yo introducía mis manos en ella para beber.

Sólo que el aroma que ahora percibía era inmensamente más rico, y al apetito que despertaba era infinitamente más voraz y más primario.

Avancé por el conducto secreto como una criatura que nadara en la oscuridad, hasta que, después de desencajar la losa de la cámara exterior, me incorporé de pie en ésta.

Y allí estaba el mortal, mirándome con una expresión de desconcierto en sus pálidas facciones.

Era un hombre viejo y arrugado y, por algunos detalles del confuso torbellino de pensamientos que se agolpaban en su mente, supe que era cochero y mozo de cuadra. Sin embargo, todo lo que escuché en su mente resultó enloquecedoramente impreciso.

Luego, el intuitivo recelo que sentía hacia mí me alcanzó como el calor de un horno. Y no cabía ningún malentendido. Sus ojos hervían de odio mientras recorrían mi rostro y el resto de mi figura. Él era quien había conseguido las finas ropas que ahora llevaba yo. Él era quien se había ocupado de los desgraciados de la mazmorra mientras seguían vivos. ¿Cómo era, se preguntaba con muda indignación, que yo no estaba entre ellos?

Esto, como podéis imaginar, me hizo quererle muchísimo. Sólo por aquel pensamiento, le habría estrujado con mis manos desnudas hasta matarle.

—¡El amo! —exclamó entonces con desesperación—. ¿Dónde está? ¡Amo!

Me pregunté qué sabría el viejo de su antiguo amo. Escuché en sus pensamientos que le tenía por el hechicero de algún rey. Y ahora era yo quien tenía el poder. En resumen, el criado no sabía nada que pudiera serme de utilidad.

Pero mientras me enteraba de todo esto, mientras lo absorbía de su mente muy en contra de su voluntad, fui extasiándome con las venas de su rostro y de sus manos. Y el aroma me embriagó.

Percibí el mortecino latir de su corazón e imaginé el sabor de su sangre, lo que se experimentaría al probarla, y me invadió de pronto una sensación avasalladora, rica y cálida que se apoderó de mí por completo.

—El amo se ha ido; el fuego ha acabado con él —murmuré, y escuché mi propia voz como un sonido gutural, extraño y monótono. Avancé poco a poco hacia él.

El viejo criado echó un vistazo al suelo ennegrecido. Después alzó los ojos al techo cubierto de hollín.

—No. Eso que dices es mentira —replicó enfurecido. Y su cólera destellaba como un faro ante mis ojos. Noté su mente llena de rencor y sus desesperados pensamientos.

Pero, ¡ah!, qué aspecto tan delicioso tenía aquella carne viva. Me sentí dominado por un apetito despiadado.

Y él se dio cuenta. De un modo errático e irracional, el viejo lo notó y, dirigiéndome una última mirada torva, echó a correr hacia la escalera.

Le alcancé inmediatamente. De hecho, me resultó tan sencillo que disfruté con la captura. En un momento dado, deseé mentalmente extender los brazos y reducir la distancia entre el viejo y yo. Al instante siguiente, le tenía ya entre mis manos, impotente, y le levantaba del suelo mientras sus pies, libres, trataban de golpearme.

Lo sostuve en alto con la misma facilidad con que lo haría un hombre corpulento con un cuchillo, tal era la desproporción entre el viejo mortal y yo. Su mente era una maraña de pensamientos frenéticos y parecía incapaz de decidirse a actuar de algún modo para tratar de salvarse.

Pero el leve murmullo de estos pensamientos quedó borrado por la visión que me ofrecía.

Sus ojos ya no eran las puertas de su alma, sino dos globos gelatinosos cuyos colores me hipnotizaban. Y su cuerpo no era más que un pedazo de carne caliente y sangre que yo necesitaba poseer.

Me horrorizó que aquel pedazo de carne estuviera vivo, que aquella sangre deliciosa fluyera por aquellos brazos y dedos que se debatían ante mis ojos. Pero luego me pareció perfecto que así fuera. El era lo que era, yo era lo que era, y ahora iba a saciar mi sed con él.

Le acerqué a mis labios y mordí la arteria que sobresalía de su cuello. El chorro de sangre golpeó mi paladar. Emití un breve grito, a la vez que aplastaba al viejo contra mí. No era el mismo fluido ardiente de la sangre de mi maestro, ni el delicioso elixir que había lamido de las piedras de la mazmorra. No, aquello había sido pura luz convertida en líquido. Al contrario, ésta era mil veces más succulenta, con el sabor del turbio corazón humano que la bombeaba; era la esencia misma de aquel aroma caliente, casi humeante.

Noté que mis hombros se alzaban, que mis dedos se clavaban todavía más en su carne y que casi surgía de mi cuerpo una especie de zumbido. Mi única visión era su pequeña alma jadeante, mi única sensación era la de un abandono intenso.

Tuve que aplicar toda mi fuerza de voluntad para, justo antes del momento final, apartarle de mí. ¡Cuánto deseé sentir cómo se detenía su corazón! ¡Cuánto anhelé notar cómo los latidos se espaciaban hasta cesar, saber que había *poseído* a aquel mortal!

Pero no me atreví.

Su cuerpo resbaló pesadamente entre mis brazos. Los suyos quedaron abiertos sobre las losas del suelo, y el blanco de sus ojos asomaba bajo sus párpados entreabiertos.

Y me sentí incapaz de apartar aquel cuerpo de mi mirada agonizante, lleno yo de muda fascinación ante su muerte. No se me escapó el menor detalle. Escuché su último suspiro y vi cómo su cuerpo se abandonaba a la muerte, sin resistirse.

La sangre me calentó. La noté latir en mis venas. Cuando lo toqué con las palmas de las manos, mi rostro estaba ardiendo. Mi vista se había hecho extraordinariamente penetrante y me sentía más fuerte que cuanto podía imaginar.

Recogí el cuerpo y lo arrastré por los peldaños en espiral de la torre hasta la mazmorra, donde lo dejé para que se pudriera con los demás.

8

Era hora de irse, de poner a prueba mis poderes.

Llené la bolsa y los bolsillos con todo el dinero que podía transportar con comodidad y me ceñí una espada adornada de gemas que no parecía demasiado pasada de moda. Luego bajé la escalera y salí de la torre cerrando detrás de mí la verja de hierro.

Evidentemente, la torre era lo único que quedaba en pie de una gran casa en ruinas. Sin embargo, capté en el viento —quizá como lo olfatearía un animal— el olor intenso y muy agradable de unos caballos, y rodeé las piedras hasta encontrar una cuadra en la parte posterior.

En su interior había no sólo un hermoso carruaje antiguo, sino cuatro espléndidas yeguas negras. Era un auténtico milagro que no se asustaran de mí. Besé sus finos flancos y sus hocicos largos y suaves. En realidad, me enamoré tanto de aquellas bestias, que me habría pasado horas aprendiendo lo que pudiera de ellas con mis nuevos sentidos. Pero lo que anhelaba en ese instante eran otras cosas.

Además de los animales, había en el establo otro ser humano, cuyo olor había yo captado también nada más entrar. Pero el mortal estaba profundamente dormido y, cuando le desperté, comprobé que se trataba de un chiquillo de muy pocas luces que no representaba ningún peligro para mí.

—Ahora yo soy tu amo —le dije, al tiempo que le daba una moneda de oro—, pero esta noche no voy a necesitarte, salvo para que me ensilles una yegua.

El muchacho me entendió lo suficiente para indicarme que no había sillas de montar en la cuadra, antes de caer dormido de nuevo.

Daba igual. Corté las largas riendas del carruaje de una de las bridas, puse éstas en la más hermosa de las yeguas y salí del establo montando a pelo.

No puedo expresar lo que sentí con el poderío de la yegua debajo de mí, el viento helado en el rostro y la gran cúpula del cielo nocturno en lo alto. Mi cuerpo estaba fundido con el del animal. Iba volando sobre la nieve, riendo estentóreamente y, a ratos, cantando. Lanzaba notas agudas que jamás antes había alcanzado, y luego descendía a una cálida voz de barítono. En algunos momentos, simplemente gritaba de algo parecido a la alegría. Sí, tenía que ser de alegría; pero, ¿cómo podía un monstruo sentir tal cosa?

Quise cabalgar hacia París, por supuesto, pero sabía que no estaba preparado. Eran demasiadas las cosas que aún ignoraba sobre mis poderes. Así, pues, cabalgué en la dirección contraria hasta llegar a las afueras de un pequeño pueblo.

No había humanos a la vista y, al acercarme a la pequeña iglesia del lugar, sentí un acceso de rabia, totalmente humana, que se abrió paso a través de mí extraña felicidad.

Desmonté rápidamente y tanteé la puerta de la sacristía. La cerradura cedió y crucé la nave hasta la barandilla del comulgatorio.

No sé qué sentí en aquel momento. Tal vez deseaba que sucediera algo. Me sentía sanguinario. Pero no cayó ningún rayo. Observé el fulgor rojizo de la lamparilla colocada en el altar. Contemplé las figuras inmóviles en la negrura nocturna de las vidrieras.

Y, desesperado, salté la barandilla y puse las manos sobre el propio sagrario. Forcé sus delicadas puertecillas, introduje las manos y saqué el copón, adornado de gemas, con sus hostias consagradas. No, allí no había ningún poder, nada que pudiera ver o sentir o percibir con ninguno de mis monstruosos sentidos, nada que me respondiera. Había obleas, oro, cera, luz.

Hundí la cabeza sobre el altar. Mi aspecto debía ser el de un sacerdote en plena misa. Después, volví a cerrarlo todo en el sagrario. Lo dejé tal como lo había encontrado, para que nadie advirtiera que se había cometido un sacrilegio.

Tras esto, recorrí una de las naves laterales de la iglesia hasta el fondo y regresé por la otra, cautivado por las sorprendentes pinturas y estatuas. Me di cuenta de que podía ver no sólo el arte creativo, sino también el proceso seguido por el escultor o el pintor. Podía ver cómo la laca captaba la luz. Distinguía los pequeños defectos en la perspectiva, junto a destellos de inesperada expresividad.

Pensé en cómo se verían los grandes maestros a mis ojos. Me sorprendí contemplando los más simples dibujos en las paredes de yeso. Después me arrodillé para mirar las aguas del mármol hasta que me encontré tendido en el suelo, con los ojos muy abiertos, mirando el suelo bajo mi nariz.

Todo aquello se estaba saliendo de contexto. Me incorporé, tembloroso y lloriqueante, veía los cirios como si estuvieran vivos y me sentí muy harto de aquel lugar.

Era hora de salir de allí y visitar el pueblo.

Pasé dos horas en sus calles, la mayor parte del tiempo, nadie me vio ni me oyó.

Me resultó absurdamente fácil saltar las tapias de los jardines y elevarme desde el suelo a los tejados no muy altos. Podía dejarme caer al suelo desde una altura de tres pisos y escalar la pared de un edificio clavando las uñas y las puntas de los pies en la argamasa entre las piedras.

Me asomé a algunas ventanas y vi parejas dormidas en sus camas revueltas, niños reposando en cunas, ancianas cosiendo bajo una débil luz.

Y las viviendas parecían casas de muñecas con todos los detalles. Colecciones perfectas de juguetes con sus finas sillitas de madera y sus pulidas repisas sobre las chimeneas, con las cortinas zurcidas y los suelos bien fregados.

Vi todo esto como quien no ha formado nunca parte de la vida, admirando con emoción hasta el menor detalle. Un delantal blanco almidonado en su percha, unas botas gastadas junto al fuego, una jarra junto a una cama.

Y la gente... ¡Ah!, la gente era una maravilla.

Naturalmente, me llegaba su aroma, pero mi apetito estaba satisfecho y el olor me hizo sentir mal. En lugar de ello, me quedé embelesado con su piel rosada y sus delicados miembros, con la precisión de sus movimientos, con el proceso entero de sus existencias, como si yo nunca hubiera formado parte de ella. Que todos tuvieran cinco dedos en cada mano me parecía admirable. Les vi bostezar, llorar, agitarse en sueños. Me sentí hechizado contemplándoles.

Y cuando hablaron, ni las paredes más gruesas pudieron evitar que oyera sus palabras.

Pero el aspecto más seductor de mis exploraciones fue que *podía escuchar los pensamientos de aquella gente*, igual que había oído los de aquel perverso criado al que había dado muerte. Infelicidad, pesar, expectación. Eran como corrientes en el aire, flojas unas, espantosamente fuertes otras, y unas terceras apenas una leve brisa hasta que reconocía su procedencia.

Con todo, estrictamente hablando, no podía decirse que les leyera la mente a los mortales.

La mayoría de pensamientos triviales quedaba filtrada y, cuando me sumía en mis propias consideraciones, no penetraba en mi mente ni la emoción más intensa. En resumen, eran las pasiones más fuertes las que llegaban hasta mí, y sólo cuando yo aceptaba recibirlas. Incluso había algunas mentes que no me transmitían nada ni siquiera en pleno estallido de cólera.

Estos descubrimientos me desconcertaron y casi me molestaron, igual que sucedía con la belleza ordinaria de cuanto contemplaba, con el esplendor de las cosas comunes y corrientes. Sin embargo, sabía perfectamente que detrás de todo ello existía un abismo en el cual yo podía caer irremisiblemente en cualquier instante.

Al fin y al cabo, yo no era uno de aquellos cálidos y pulsantes milagros de complejidad e inocencia. Éstos eran mis víctimas.

Era hora de dejar el pueblo. Ya había aprendido lo suficiente allí. No obstante, antes de irme, llevé a cabo un último acto de osadía. No pude reprimirme de hacerlo.

Tras alzarme el alto cuello de la capa roja, penetré en la posada, busqué un rincón lejos del fuego y pedí un vaso de vino. Todos los presentes en el pequeño local me dirigieron una mirada, pero no porque reconocieran que entre ellos se encontraba un ser sobrenatural. ¡Sencillamente, todos estaban sorprendidos de ver a un caballero ricamente ataviado! Permanecí en la posada veinte minutos, prolongando la comprobación, sin que nadie, ni siquiera el hombre que me sirvió la bebida, detectara nada extraño. Por supuesto, no toqué el vino. Con sólo olerlo, supe que mi cuerpo no lo admitiría. Pero lo importante era que *podía pasar inadvertido entre los humanos*, que podía moverme entre ellos.

Cuando salí de la posada, me sentía alborozado. Tan pronto como llegué al bosque, eché a correr. Y corrí tan deprisa que los árboles y el firmamento se hicieron borrosos. Casi me sentía volando.

Después me detuve, di saltos y me puse a bailar. Tomé unas piedras del suelo y las arrojé tan lejos que ni siquiera pude ver dónde caían. Y cuando localicé en tierra la rama de un árbol, gruesa y llena de savia, la levanté y la partí contra mi rodilla como si fuera una astilla.

Solté un grito y volví a cantar a pleno pulmón. Después, me tendí, entre carcajadas, sobre la hierba.

Cuando me levanté, me despojé de la capa y de la espada y empecé a dar volteretas como los acróbatas del teatro de Renaud. Y luego hice un salto mortal perfecto. Di otro, esta vez hacia atrás, y otro más hacia adelante. Después probé varios dobles y triples saltos mortales, y di un brinco en vertical que me elevó casi cinco metros sobre el suelo. Caí de pie limpiamente, casi sin aliento y con deseos de repetir aquellos saltos un rato más.

Pero el amanecer estaba próximo.

En el aire, en el cielo, apenas se había producido un sutilísimo cambio, pero lo percibí como si lo anunciara el tañido de las campanas del Infierno. Unas campanas que llamaban al vampiro a refugiarse en su sueño de muerte. ¡Ah!, el fundente encanto del cielo, el encanto de ver los borrosos campanarios. Me asaltó la extraña idea de que, en el infierno, la luz de los fuegos sería tan brillante que recordaría la del sol, y que éste sería el único día que volvería a ver jamás.

«¿Qué he hecho?» me dije. Yo no había pedido todo esto, ni me había entregado a ello. Incluso cuando Magnus me decía que yo estaba a punto de morir, había tratado de resistirme. Y, pese a todo, allí estaba ahora escuchando las campanas del Infierno.

Bueno, ¿a quién le importa eso?

Cuando llegué al cementerio, dispuesto para el regreso a la torre con la yegua, algo distrajo mi atención.

Pie a tierra, sujeté por la rienda mi montura y observé el pequeño camposanto sin poder determinar de qué se trataba. La sensación me asaltó de nuevo y entonces la reconocí. Noté una clara *presencia* en aquel cementerio.

Me quedé tan quieto que noté la sangre corriéndome por las venas.

¡ Aquella *presencia* no era humana! No despedía efluvios. Ni emitía pensamientos humanos que pudiera captar. Más bien parecía ocultarse, a la defensiva, como si me conociera. Me estaba observando.

¿Podía tratarse de imaginaciones mías?

Permanecí inmóvil, escuchando y mirando atentamente. Entre la nieve asomaba un puñado de lápidas grises y, a lo lejos, se alzaba una hilera de viejas criptas de mayor tamaño, ornamentadas pero en el mismo estado ruinoso que las tumbas sencillas.

La *presencia* parecía merodear por las proximidades de las criptas y noté claramente sus movimientos cuando se retiró hacia los árboles del fondo.

—¿Quién va? —pregunté. Oí mi voz como un cuchillo—. ¡Responde! —insistí, con voz aún más potente.

Noté una gran conmoción en aquello, en aquella presencia, y tuve la certeza de que huía de mí muy rápidamente.

Corrí tras ella por el cementerio y noté cómo retrocedía. Sin embargo, no alcancé a ver nada en el bosque solitario. ¡Y advertí también que yo era más fuerte que la *presencia*, y que ésta se había asustado de mí!

¡Qué sorpresa! ¡Asustada de mí!

Y no tuve la menor idea de si era alguien corpóreo, un vampiro como yo, o algo sin cuerpo.

—Bien, una cosa es segura —dije—: ¡Eres un cobarde!

Hubo un estremecimiento en el aire. El bosque, por un instante, pareció exhalar un suspiro.

Se adueñó de mí la conciencia de mi propio poder, que había ido creciendo en mi interior. No le temía a nada. Ni a la iglesia, ni a la oscuridad, ni a los gusanos que pululaban en los cadáveres de la mazmorra. Ni siquiera a aquella extraña fuerza fantasmal que se había retirado al bosque y que parecía estar cerca otra vez. Ni siquiera les tenía miedo a los hombres.

¡Era un ser malévolo extraordinario! Si hubiera estado sentado en la escalera del infierno con los codos en las rodillas y el diablo me hubiera dicho: «Lestat, ven, escoge la naturaleza que prefieras para vagar por la Tierra», ¿qué mejor forma habría podido elegir, sino lo que ahora era? Y de pronto me pareció que el sufrimiento era una emoción que había conocido en otra existencia y que nunca volvería a experimentar.

No puedo evitar reírme cuando recuerdo esa primera noche y, sobre todo, ese momento en concreto.

Ya casi era de noche, y me dirigí a París a galope tendido, con todo el oro que pude transportar. El sol acababa de hundirse en el horizonte, y el cielo aún presentaba una clara luz azul cuando monté un caballo y emprendí camino.

Estaba hambriento.

Y quiso la suerte que me asaltara un bandolero antes de llegar a las puertas de la ciudad. Surgió tronante de entre los árboles, su pistola lanzó un fogonazo y vi literalmente cómo la bala salía del cañón y me pasaba de largo mientras yo saltaba del caballo y me lanzaba contra él.

El bandido era un hombre robusto y me asombró lo mucho que me complacían sus maldiciones y esfuerzos. El perverso criado que había capturado la noche anterior era un viejo. Este, en cambio, era un cuerpo joven y firme. Me tentaba incluso la aspereza de su barba mal afeitada, y me encantó la fuerza de sus puños al golpearme. Pero todo acabó pronto. Se quedó inmóvil cuando hundí los dientes en la arteria, y, cuando la sangre brotó de ella, fue una pura delicia. De hecho, resultó tan exquisita que me olvidé de retirarme antes de que el corazón se detuviera.

Quedamos los dos arrodillados en la nieve y me causó un sobresalto la sensación de engullir la vida junto con la sangre. Durante un largo instante, fui incapaz de moverme. Humm, pensé, ya había quebrantado las reglas. ¿Tal vez iba a morir ahora? No parecía que tal cosa fuera a suceder. Sólo era aquel vértigo delirante.

Y aquel pobre desgraciado, muerto en mis brazos, que me habría volado la cara si le hubiera dado ocasión.

Seguí contemplando el cielo crepuscular y la gran masa de sombras que era París, extendida ante mis ojos. Y sólo me quedó aquel calor, y un perceptible aumento de mis fuerzas.

De momento, todo iba bien. Me puse en pie y me sequé los labios. Después arrojé el cuerpo lo más lejos que pude en la nieve virgen. Me sentía más poderoso que nunca.

Permanecí un rato en el lugar, glotón y sanguinario, deseando sólo volver a matar para que el éxtasis se prolongara eternamente. Sin embargo, no habría podido beber más sangre, y poco a poco fui tranquilizándome. Noté un leve cambio en mí y me invadió un sentimiento de desamparo. Una soledad como si el ladrón hubiera sido un amigo o pariente mío y me hubiera abandonado. No entendí nada, salvo que beber la sangre de aquella manera había resultado muy íntimo. Ahora llevaba en mí el efluvio de aquel individuo y, de algún modo, me gustaba percibirlo. En cambio, allí estaba su cuerpo, tendido a unos metros de distancia sobre la nieve, con el rostro y las manos grisáceas a la luz de la Luna.

Qué diablos, el hijo de perra iba a matarme, ¿no?

Una hora más tarde, ya había encontrado en su hogar del Marais a un competente abogado llamado Fierre Roget, un joven ambicioso con una mente totalmente abierta a mí. Codicioso, listo, concienzudo.

Exactamente lo que buscaba. No sólo le podía leer los pensamientos cuando estaba callado, sino que aceptó todo cuanto le dije.

El abogado estaba más que dispuesto a ponerse al servicio del marido de una heredera de Santo Domingo y, desde luego, no tenía ningún problema en apagar todas las velas menos una, si los ojos me dolían todavía por la fiebre tropical. En cuanto a mi fortuna en joyas, él trataba con los joyeros más respetables. ¿Cuentas bancarias y letras de cambio para mi familia en la Auvernia...? Sí, inmediatamente.

Aquello era más fácil que interpretar en papel de Lelio.

Pero pasé un rato horroroso tratando de concentrarme. Cualquier cosa suponía una distracción: la llama humeante de la vela en el porta tinteros de cobre, el dibujo dorado del papel pintado chino de las paredes y el curioso rostro de pequeñas facciones del abogado Roget, con los ojillos brillantes tras unas minúsculas gafas octogonales. Sus dientes me recordaban el teclado de un clavicordio.

Los objetos corrientes de la sala parecían bailar. Una cómoda me contempló con los pomos de latón por ojos. Y una mujer que cantaba en una sala del piso superior, sobre el leve murmullo de un horno, parecía estar diciendo algo en un idioma secreto y vibrante. Algo así como «ven a mí».

Pero parecía que todo iba a seguir de aquel modo indefinidamente y me esforcé por mantener el dominio de mí mismo. Ordené que se mandara aquella misma noche, por un correo, cierta cantidad de dinero a mi padre y a mis hermanos, y a Nicolás de Lenfent, un músico de la Casa de Tespis, a quien sólo debería decirsele que la cantidad procedía de su amigo Lestat de Lioncourt. Lestat deseaba que Nicolás de Lenfent se trasladara de inmediato a un piso decente en la He de St. Louis o a algún otro lugar adecuado, y el abogado Roget debería, por supuesto, ayudarle en ello. Terminado el traslado, Nicolás de Lenfent podría estudiar el violín. Roget se encargaría de comprarle el mejor instrumento posible, un Stradivarius.

Y, finalmente, debería escribirse una carga a mi madre, la marquesa Gabrielle de Lioncourt, en italiano, para que nadie más pudiera entenderla, acompañada de una bolsa especial destinada a ella. Tal vez si emprendía un viaje al sur de Italia, donde había nacido, allí pudiera detener el progreso de la enfermedad que la consumía.

Me dejó realmente aturdido pensar que le estaba dando la libertad para huir. Me pregunté qué pensaría ella al respecto.

Durante un instante no oí nada de cuanto Roget decía. Me la imaginé por un momento vestida por una vez como la marquesa que era en realidad, cruzando las puertas del castillo en su propio carruaje de seis caballos. Y luego recordé su rostro consumido y oí la tos de sus pulmones como si estuviera allí conmigo.

—Mándele la carta y el dinero esta noche —dije al abogado—. No importa lo que cueste. Hágalo.

Dejé a Roget oro suficiente para mantenerla cómodamente de por vida, si le quedaba alguna.

—Bien —añadí—. ¿Conoce a algún comerciante que trate de obras de arte, cuadros, tapices...? Alguien que esté dispuesto a abrirnos sus tiendas y almacenes esta misma noche.

—Desde luego, monsieur. Permítame ir por mi abrigo. Iremos de inmediato.

Minutos después, nos dirigíamos al *faubourg* Saint Denis.

Y, durante las horas siguientes, revolví junto a mis ayudantes mortales en un paraíso de riquezas materiales, escogiendo todo cuanto quería. Sillas y sofás, porcelana y cubertería de plata, cortinajes y esculturas..., todo a mi gusto. Y, mentalmente, transformé el castillo donde había crecido mientras más y más objetos iban siendo apartados para embalarlos y enviarlos al sur a la mayor brevedad. A mis sobrinos les mandé juguetes que nunca habrían soñado: barquitos con velas de verdad, casas de muñecas de increíble perfección y realismo, etcétera.

Aprendí de cada cosa que toqué. Y hubo momentos en los que todos los colores y las texturas se hicieron demasiado brillantes, demasiado sobrecogedores. Lloré para mis adentros.

Y habría conseguido pasar por un ser humano hasta la médula durante todo aquel rato, de no ser por un desafortunadísimo incidente.

En un momento dado, mientras dábamos vueltas por el almacén, apareció una rata con la osadía propia de los roedores de ciudad, corriendo junto a la pared muy cerca de nosotros. La contemplé. No tenía nada de especial, como es lógico, pero allí, entre el yeso y la madera y los lienzos, la rata parecía extraordinariamente inusual. Y los hombres, equivocándose, como es lógico, se pusieron a murmurar frenéticas disculpas por su presencia y a batir los pies para ahuyentarla.

Sus voces formaron en mis oídos una mezcla de sonidos como un cocido hirviendo al fuego. Mi único pensamiento fue que la rata tenía los pies muy pequeños y que todavía no había examinado una rata ni ningún otro animal pequeño de sangre caliente. Me agaché y capturé al roedor, con bastante facilidad, me parece, y le miré las patas. Quise ver qué clase de uñas tenía y cómo era la carne que había entre sus minúsculos dedos, y me olvidé por completo de los hombres.

Fue su repentino silencio lo que me devolvió a la realidad. Los dos me miraban fijamente, estupefactos.

Les sonreí con toda la inocencia que pude, solté la rata y continué con las compras.

Ninguno de los dos hizo la menor mención a lo sucedido, pero extrajeron una lección de ello. Realmente, les había asustado de veras.

Esa noche, más tarde, le hice un último encargo al abogado. Debía enviar un regalo de cien coronas a un empresario teatral llamado Renaud, con una nota mía de agradecimiento por su amabilidad.

—Investigue la situación de ese pequeño local —le indiqué— Descubra si tiene deudas.

Naturalmente, no pensaba acercarme nunca al teatro. Ellos no debían saber nunca lo sucedido, no debían ser contaminados nunca por ello. Y, de momento, ya había terminado de hacer todo lo que podía por mis seres queridos, ¿no?

Y cuando todo esto hubo terminado, cuando las campanas de las iglesias dieron las tres sobre los blancos tejados y me sentí de nuevo lo bastante hambriento para oler a sangre dondequiera que volvía el rostro, me descubrí frente al vacío boulevard du Temple.

La nieve sucia se había convertido en lodo helado bajo las ruedas de los carruajes y me encontré contemplando la Casa de Tespis con sus muros deslustrados y sus carteles arrancados y el nombre del joven actor mortal, Lestat de Valois, anunciado todavía en letras rojas.

Las noches que siguieron fueron una orgía. Empecé a beber París como si la ciudad fuera de sangre. Al caer la noche, batía los peores barrios a la caza de ladrones y asesinos, ofreciéndoles en ocasiones una burlona posibilidad de defenderse, para luego caer sobre ellos en un abrazo fatal y cebarme en sus cuerpos hasta el punto de la gula.

Saboreé diferentes tipos de muerte: de criaturas grandes y pesadas, de pequeñas y nervudas, de hirsutos y de gentes de piel oscura, pero mis preferidos fueron los granujas jovencísimos, capaces de matar a cualquiera por las monedas que llevara en el bolsillo.

Me deleitaban sus gruñidos y maldiciones. A veces les sujetaba con una mano y me reía de ellos hasta verles realmente furiosos, y arrojaba sus navajas por encima de los tejados y hacía pedazos sus pistolas contra las paredes. Pero, cuando hacía todo aquello, empleaba mis fuerzas como un gato a quien no se le permitiera nunca saltar. Lo único que me desagradaba en mis víctimas era el miedo. Si mi presa se mostraba realmente aterrada, solía perder mi interés por ella muy pronto.

Con el paso del tiempo, aprendí a retrasar la muerte. Bebía un poco de uno, otro poco de otro, y no tomaba el gran trago de la muerte misma hasta la tercera o cuarta presa. Era la caza y la lucha lo que repetía una y otra vez para mi placer. Y una noche, cuando ya había cazado y bebido de esta manera lo suficiente para saciar a media docena de vampiros sanos, volví los ojos al resto de París, a todos los placeres refinados que no me podía permitir antes.

Pero eso no fue hasta haber pasado por casa de Roget para tener noticias de Nicolás o de mi madre.

Las cartas de ésta irradiaban felicidad ante mi buena fortuna, y prometía viajar a Italia en primavera si le quedaban fuerzas para intentarlo. De momento quería libros de París, naturalmente, y periódicos y partituras para el clavicordio que le había enviado. Y tenía necesidad de preguntarme si era realmente feliz, si había cumplido mis sueños. Desconfiaba de las riquezas y me había notado tan feliz con Renaud... Era preciso que confiara en ella.

Escuchar la lectura de aquellas palabras fue una agonía para mí. Había llegado la hora de convertirme en un redomado mentiroso, cosa que nunca había sido. Pero lo haría por ella.

En cuanto a Nicolás, debería haber sabido que no se conformaría con regalos y palabras vagas, que exigiría verme y no dejaría de pedirlo. Tenía a Roget un poco asustado.

Pero de nada le sirvió. El abogado no podía decirle más de lo que yo le había explicado, y yo era tan reacio a ver a Nicolás que ni tan sólo pregunté la dirección de la casa donde se había mudado. Indiqué al abogado que comprobara si estudiaba con su maestro italiano y que tuviera todo cuanto pudiera desear.

Pero, de algún modo, conseguí enterarme de que, muy en contra de mis deseos, Nicolás no había abandonado el teatro y aún seguía actuando en la Casa de Tespis de Renaud.

Aquello me enfureció. ¿Por qué diablos, me dije, tenía que hacer algo así?

Porque era feliz allí, igual que lo había sido yo. Ésa era la razón. ¿Era preciso que alguien me lo dijera? En aquella pequeña ratonera de teatro, todos éramos de la misma raza: pensar en el momento en que se alza el telón, en que el público empieza a batir palmas y a gritar...

No. Mandaría cajas de vino y champán al teatro. Mandaría flores a Jeannette y a Luchina, las chicas con las que más me había peleado y a las que más había querido, y más regalos en oro a Renaud. Pagaría las deudas que tuviera.

Mas cuando pasaron unas noches y esos regalos fueron despachados, Renaud se sintió incómodo con el asunto. Quince días más tarde, Roget me dijo que Renaud le había hecho una propuesta.

Quería que yo comprara la Casa de Tespis y le mantuviera en ella como director, con capital suficiente para representar espectáculos mayores y de más calidad de los que había intentado nunca. Con mi dinero y sus conocimientos, podría ser el lugar más famoso de París.

No respondí enseguida. Tardé en asimilar que podía hacerme dueño del teatro de aquella manera. A poseerlo como las piedras preciosas del baúl, o las ropas que vestía, o la casa de muñecas que les había mandado a mis sobrinas. Respondí que no y salí dando un portazo.

Volví a entrar inmediatamente.

—Muy bien, compre el teatro —dije—. Y déle diez mil coronas para hacer lo que quiera.

Era una fortuna, y ni siquiera supe por qué lo había hecho.

Aquel dolor pasaría, me dije. Tenía que pasar. Y yo debía conseguir cierto control sobre mis pensamientos, comprender que tales cosas no podían afectarme.

Al fin y al cabo, ¿dónde pasaba ahora el tiempo? En los mejores teatros de París. Tenía localidades preferentes en el ballet y en la ópera, y para las representaciones de Moliere y Racine. Desde los palcos, encima mismo de las luces del proscenio, contemplaba a los grandes actores y actrices. Vestía trajes de todos los colores del arco iris, joyas en los dedos, pelucas a la última moda, zapatos con hebillas de diamantes y tacones de oro.

Y tenía la eternidad para emborracharme de las poesías que escuchaba, para emborracharme de los cantos y del giro de los brazos de la bailarina, para emborracharme del órgano resonando en la gran caverna de Notre Dame y para emborracharme de las campanas que contaban las horas para mí, para emborracharme de la nieve que caía en silencio sobre los vacíos jardines de la Tullerías.

Y cada noche me sentía menos cauteloso ante los mortales, más cómodo en su compañía.

No transcurrió ni siquiera un mes hasta que reuní el valor suficiente para hacer acto de presencia en un baile multitudinario en el Palais Royal. Venía ardiente y vigoroso tras dar cuenta de una presa y me lancé de inmediato al baile. No desperté la menor sospecha. Al contrario, las mujeres parecían atraídas por mí y me encantó el contacto con sus cálidos dedos y la suave presión de sus brazos y sus pechos.

Tras esto, empecé a deambular por los bulevares entre las multitudes vespertinas. Pasando apresuradamente por delante del local de Renaud, entraba a apretujones en otras salas a contemplar los espectáculos de marionetas, de mimos y de acróbatas. Ya no huía de la luz de las farolas. Entraba en las cafeterías a tomar un café por el mero placer de notar el calor de los dedos, y hablaba con la gente cuando me apetecía.

Incluso discutía con los hombres sobre el estado de la monarquía, y me volqué en dominar el billar y los juegos de cartas; incluso me pareció que podría, si lo deseaba, presentarme en la Casa de Téspis, comprar una localidad y deslizarme hasta el anfiteatro para ver la representación. ¡Para ver a Nicolás!

Sin embargo, no lo hice. ¿Qué era aquel sueño de acercarme a Nicolás? Una cosa era engañar a desconocidos, a hombres y mujeres que no me habían conocido, pero, ¿qué vería Nicolás si me miraba a los ojos? ¿Qué vería cuando reparara en mi piel? Además, me quedaban muchas cosas por hacer, me dije.

Cada vez estaba aprendiendo más cosas sobre mi nueva naturaleza y sobre mis poderes.

Mis cabellos, por ejemplo, eran más escasos pero más gruesos, y no crecían en absoluto. Tampoco me crecían las uñas de manos y pies, que tenían un gran brillo, aunque, si las limaba o cortaba, se regeneraban durante el día hasta la longitud que habían tenido cuando mi muerte. Y, aunque la gente no podía advertir tales secretos al verme, percibían otros detalles, un brillo innatural en los ojos, un exceso de colores reflejados en ellos y una ligera luminiscencia en mi piel.

Cuando estaba hambriento, esta luminiscencia era muy marcada. Una razón más para saciarme.

También estaba aprendiendo que podía avasallar a cualquiera con una mirada penetrante y que mi voz requería una modulación muy estricta. Tanto podía hablar en tono demasiado grave para el sonido humano, como ponerme a reír o a gritar demasiado alto y romperle los oídos a mi interlocutor.

Tenía otra dificultad: mis movimientos. Por lo general caminaba, corría, bailaba, sonreía y gesticulaba como un ser humano, pero, cuando algo me sorprendía, horrorizaba o afligía, mi cuerpo podía doblarse y contorsionarse como el de un acróbata.

Incluso mis expresiones faciales podían resultar tremendamente exageradas. Una vez, me vino a la cabeza espontáneamente el recuerdo de Nicolás y, olvidándome de que caminaba por el boulevard du Temple, me senté bajo un árbol, encogí las rodillas y apoyé la cabeza entre las manos como un afligido duende de un cuento de hadas. Los caballeros del siglo XVIII, vestidos con levitas de brocado y medias de seda blancas no hacían cosas como aquella, al menos en la calle.

Y en otra ocasión, sumido en la contemplación de los cambios de la luz sobre las superficies, di un brinco hasta sentarme con las piernas cruzadas sobre el techo de un carruaje, con los codos en las rodillas.

Cosas así desconcertaban a la gente. La espantaban. Sin embargo, las más de las veces, incluso cuando se asustaban de la blancura de mi piel, sencillamente apartaban la vista. Pronto me di cuenta de que se engañaban diciéndose que todo era explicable. Era la mentalidad racionalista del siglo.

Al fin y al cabo, no había habido un caso de brujería en cien años; el último de que tenía noticia era el juicio de La Voisin, una adivinadora, quemada viva en tiempos de El Rey Sol.

Y, además, estaba en París. De modo que, si rompía accidentalmente algún vaso al levantarlo, o una puerta rebotaba en la pared al abrirla, la gente suponía que estaba borracho.

Pero, de vez en cuando, respondía a la pregunta de un mortal antes de que me formulara esa pregunta, o caía en estados de estupor mirando una vela o la rama de un árbol, y permanecía inmóvil tanto tiempo que la gente me preguntaba si me encontraba mal.

Y mi peor problema era la risa. Me entraban accesos de risa que no podía detener. Los podía provocar cualquier cosa. Hasta la absoluta locura de mi propia posición podía desencadenarlos.

Incluso hoy, estos ataques pueden sucederme con bastante facilidad. No los cambia ninguna pérdida, ningún dolor, ninguna profunda comprensión de mi difícil situación. De pronto, algo me resulta gracioso, empiezo a reír y no puedo parar.

Esto pone furiosos a los otros vampiros, por cierto. Pero eso es adelantarme en mi historia.

Probablemente, ya habréis advertido que no he hecho hasta ahora mención de otros vampiros. Lo cierto es que no encontré ninguno.

No pude encontrar ningún otro sobrenatural en todo París.

Rodeado de mortales por todas partes —justo cuando me convencía de que no era nada—, volvía a sentir de vez en cuando aquella vaga *presencia*, esquiva y enloquecedora.

Nunca llegó a ser más concreta que lo que lo fuera aquella primera noche en el camposanto junto al bosque. E, invariablemente, surgía en la vecindad de algún cementerio parisino.

En cada ocasión me detenía, me volvía e intentaba investigarla, pero nunca tenía éxito, y *aquello* desaparecía antes de que pudiera estar seguro de que existiera. Nunca la descubría por mí mismo, y el hedor de los cementerios de la ciudad eran tan nauseabundo que no podía, ni quería, entrar en ellos.

Esta sensación parecía deberse a algo más que al asco o al mal recuerdo de la mazmorra de la torre. La repulsión ante la visión o el olor de la muerte parecía formar parte de mi naturaleza.

Era tan incapaz de contemplar una ejecución como cuando era aquel muchacho tembloroso de la Auvernia, y los cadáveres me hacían cubrirme el rostro. Creo que me repugnaba la muerte a menos que fuera yo su causante. Y tenía que alejarme de mis víctimas casi inmediatamente.

Retomando el tema de la *presencia*, llegué a preguntarme si no sería alguna otra especie de ser espectral, algo que no pudiera comunicarse conmigo. Por otra parte, tuve la vivida impresión de que la *presencia* me estaba vigilando, tal vez incluso manifestándose deliberadamente a mi alrededor.

Sea como fuere, no vi más vampiros en París. Y empecé a preguntarme si acaso no podía haber más que uno de nuestra especie en cada momento. Tal vez Magnus destruyó al vampiro al que robó la sangre. Quizás había tenido que morir una vez trasmitidos sus poderes. Y también yo moriría si convertía a otro en vampiro.

Pero no, aquello no tenía sentido. Magnus había conservado una gran fortaleza incluso después de darme su sangre. Y había encadenado a su víctima vampiro tras robarle sus poderes.

Aquello era un misterio enorme y enloquecedor, pero, de momento, la ignorancia era una verdadera bendición. Y estaba haciendo buenos progresos en descubrir cosas sin la ayuda de Magnus. Tal vez era ésa la intención de Magnus. Tal vez había sido aquélla su manera de aprender, siglos atrás.

Recordé sus palabras de que en la cámara secreta de la torre encontraría todo lo necesario para progresar.

Las horas volaban mientras recorría la ciudad. Y sólo abandonaba deliberadamente la compañía de los seres humanos para refugiarme en la torre durante el día.

No obstante, empezaba a preguntarme: «Si puedes bailar con ellos, jugar al billar con ellos y hablar con ellos, ¿por qué no vas a poder vivir también entre ellos, como hacías cuando estabas vivo? ¿Por qué no hacerte pasar por uno de ellos y entrar otra vez en el tejido mismo de la vida donde está... el qué? ¡Dilo!».

Y en esto llegó casi la primavera. Las noches se hicieron más cálidas y la Casa de Tespis puso en escena una nueva función con nuevos acróbatas entre los actos. Los árboles echaban hojas de nuevo y, todos los momentos que pasaba despierto, los pasaba pensando en Nicolás.

Una noche de marzo, mientras Roget me leía la carta de mi madre, me di cuenta de que yo podía leerla tan bien como él. Sin proponérmelo siquiera, había aprendido a partir de mil fuentes distintas. Me llevé la carta a la torre.

Ni siquiera la cámara interior estaba ya tan fría y, por primera vez, pude leer las palabras de mi madre en privado, sentado junto a la ventana. Casi pude oír su voz hablándome:

«Nicolás me escribe que has comprado el local de Renaud. Así que ahora eres el propietario de ese teatrillo del bulevar donde eras tan feliz. Pero, ¿posees todavía esa felicidad? ¿Cuándo me responderás?»

Doblé la carta y la guardé en el bolsillo. Los ojos se me llenaron de lágrimas de sangre. ¿Por qué tenía mi madre que entender tanto y, al mismo tiempo, tan poco?

El viento había perdido su helada fuerza y todos los olores de la ciudad volvían a la vida. Y los mercados estaban llenos de flores. Sin pensar en lo que hacía, corrí a casa de Roget a exigirle que me dijera dónde vivía Nicolás.

Sólo le echaría un vistazo para asegurarme de que estaba bien de salud, para cerciorarme de que la casa era suficientemente buena.

Estaba en la He Saint Louis y resultaba muy impresionante, como era mi deseo, pero todas las ventanas que daban al *quai* tenían cerradas las persianas.

Me quedé mirando la casa un largo rato mientras por el puente cercano pasaba un carruaje tras otro. Y supe que tenía que ver a Nicolás.

Empecé a escalar la pared como había subido las del pueblo y me resultó asombrosamente fácil. Escalé un piso tras otro, mucho más arriba de lo que me había atrevido hasta entonces, y luego corrí por el tejado y bajé por la fachada interior hasta la altura del piso de Nicolás.

Pasé ante un puñado de ventanas abiertas antes de llegar a la que buscaba. Y allí vi a Nicolás a la luz de la mesa donde cenaba con Jeannette y Luchina. Estaban tomando el bocado de madrugada que solíamos hacer juntos los cuatro cuando cerraba el teatro.

Lo primero que hice al verle fue retirarme del bastidor y cerrar los ojos. Habría caído al vacío si mi mano derecha no se hubiera agarrado rápidamente a la pared, como dotada de voluntad propia. Sólo había visto la habitación por un instante, pero todos los detalles estaban fijos en mi mente.

Nicolás iba vestido con sus viejas ropas de terciopelo verde, el elegante atavío que había llevado con tanto desparpajo por las tortuosas callejas de nuestro pueblo natal. Sin embargo, en torno a él abundaban los signos de riqueza que yo le había enviado, los libros encuadernados en piel de los estantes y un escritorio con incrustaciones, presidido por un cuadro ovalado. Y el violín italiano brillando sobre el nuevo pianoforte.

Lucía un anillo con piedras preciosas que le había hecho mandar y llevaba el cabello castaño atado en la nuca con un lazo de seda negra. Estaba sentado, meditabundo, con los codos sobre la mesa y sin probar bocado del plato de exquisita porcelana que tenía ante sí.

Poco a poco, abrí los ojos y volví a mirarle. Allí bajo el resplandor de la luz, quedaban de relieve sus gracias naturales: los brazos delicados pero fuertes, los ojos grandes y sobrios y la boca que, pese a toda la ironía y todo el sarcasmo que pudieran salir de ella, era infantil y dispuesta a ser besada.

Me pareció descubrir en él una fragilidad que jamás había percibido o entendido. No obstante, mi Nicolás parecía inmensamente inteligente, lleno de pensamientos confusos e intransigentes, mientras escuchaba el rápido parloteo de Jeannette.

—Lestat se ha casado —decía la muchacha, mientras Luchina, su compañera, asentía con la cabeza—. Su esposa es una mujer rica y él no puede revelarles que ha sido un vulgar actor. El asunto es así de simple.

—Yo digo que le dejemos en paz —intervino Luchina—. Ha salvado del cierre nuestro teatro y nos colma de regalos...

—No creo que sea cierto lo que dices —replicó Nicolás a Jeannette con voz amarga—. Lestat no se avergonzaría de nosotros. —En sus palabras había una rabia contenida y una profunda aflicción—. ¿Por qué se marchó como lo hizo? Yo le oí llamarme a gritos y descubrí la ventana rota en pedazos. Os aseguro que estaba medio despierto y que escuché su voz...

Un incómodo silencio cayó sobre los tres comensales. Las muchachas no daban crédito al relato de Nicolás, a su explicación de cómo me había esfumado de la buhardilla, y volver a contarlo sólo había servido para dejarle todavía más aislado y amargado. Todo esto lo pude captar escuchando los pensamientos de los reunidos.

—Vosotras no conocisteis bien a Lestat —añadió entonces Nicolás con aire desabrido, retomando la conversación con sus dos acompañantes mortales—. ¡Lestat le escupiría en la cara a cualquiera que se avergonzara de nosotros! Me envía dinero, pero, ¿qué se supone que debo hacer con él? ¡Mi viejo amigo está jugando con nosotros!

No obtuvo respuesta de las muchachas, personas prácticas y sensatas que no estaban dispuestas a hablar en contra de su misterioso benefactor. Las cosas iban demasiado bien.

Y, al prolongarse el silencio, advertí la profundidad de la angustia de Nicolás. La percibí como si estuviera asomándome a su mente. Y no pude soportarlo.

No pude soportar el hecho de sondear su mente sin que él lo supiera. Sin embargo, no podía dejar de percibir en el interior de mi amigo un inmenso territorio secreto, más tétrico de lo que nunca había soñado, y sus palabras me revelaron que esa oscuridad interior era como la que ya había percibido en él en la posada del pueblo, pero que me había tratado de ocultar entonces.

Ahora, casi podía ver ese territorio secreto. Y aprecié que existía realmente más allá de su mente, como si ésta no fuera más que el pórtico de un caos que se extendía desde los límites de todo lo que conocemos.

Aquello era demasiado aterrador. No quise verlo. ¡No quería sentir lo que sentía!

¿Qué podía hacer por él? Eso era lo importante. ¿Qué podía hacer para poner fin a aquel tormento de una vez por todas?

Sí, ardía en deseos de tocarle, de rozar sus manos, sus brazos, su rostro. Quería tocar su carne con aquellos nuevos dedos inmortales. Y me descubrí susurrando la palabra «vivo». «Sí, estás vivo y eso significa que puedes morir. Y todo lo que veo cuando te miro es absolutamente insustancial, es una mezcla de pequeños movimientos y de colores indefinibles como si carecieras de cuerpo y sólo fueras una acumulación de calor y de luz. Tú eres la luz misma; y yo, ¿qué soy ahora?»

Aunque eterno, me retuerzo como una pavesa en ese resplandor.

Pero la atmósfera de la habitación había cambiado. Luchina y Jeannette se despedían con unas frases corteses. Nicolás no les hacía caso. Se había vuelto hacia la ventana y se estaba incorporando como si le llamara una voz secreta. La expresión de su rostro era indescriptible.

¡Sabía que yo estaba allí!

En un abrir y cerrar de ojos, salté por la resbaladiza pared hasta el tejado.

Pero todavía podía *oírle* allá abajo. Volví la cabeza y observé sus manos desnudas en el alféizar. Y, a través del silencio, pude oír su pánico. ¡Había notado que yo estaba allí! Era mi presencia lo que había percibido, igual que yo percibía aquella *presencia* en los cementerios. ¿Pero cómo, se decía, podía estar allí Lestat?

Me sentía demasiado conmocionado para hacer nada. Me sujeté del canal del tejado, me tendí sobre éste, y advertí cuando se marchaban las muchachas y Nicolás se quedaba a solas. Y mi único pensamiento fue: ¿qué era, por todos los demonios, esta presencia que Nicolás había percibido?

Me refiero a que yo no era ya Lestat, sino un demonio, un poderoso y voraz vampiro. Y, pese a ello, Nicolás notaba mi presencia, la presencia de Lestat, el hombre al que había conocido.

Era algo muy distinto a cuando un mortal veía mi rostro y balbuceaba mi nombre, lleno de confusión. Nicolás había reconocido en mi naturaleza monstruosa algo que él conocía y amaba.

Dejé de escuchar sus pensamientos y, sencillamente, permanecí tendido en el tejado.

Pero supe que, abajo, Nicolás se estaba moviendo. Supe cuándo cogía el violín colocado sobre el piano y cuándo se asomaba de nuevo a la ventana.

Y me cubrí los oídos con las manos.

Pese a ello, me llegó el sonido. Surgió del instrumento y desgarró la noche como si fuera un elemento reluciente, distinto al aire, la luz y la materia, que pudiera ascender hasta las propias estrellas.

Atacó las cuerdas y casi pude verle con los párpados cerrados, meciéndose a un lado y a otro con la cabeza inclinada sobre el violín como si quisiera fundirse con la música, hasta que se borró de mí toda sensación de su presencia y sólo quedó el sonido, las notas largas y vibrantes, los escalofriantes *glissandos* y el violín cantando en su propio idioma hasta hacer que pareciera falsa cualquier otra forma de hablar.

Sin embargo, conforme avanzaba, la canción se convirtió en la esencia misma de la desesperación, como si su belleza fuera una horrible coincidencia, una extravagancia sin un ápice de verdad.

¿Expresaba esto lo que Nicolás creía, lo que siempre había creído cuando yo le hablaba largo y tendido sobre la bondad? ¿Era él quien se lo hacía decir al violín? ¿Estaba, tal vez, creando deliberadamente aquellas notas largas, puras y líquidas, para decir que la belleza no significaba nada porque surgía de su desesperación, y que tampoco tenía nada que ver, en el fondo, con tal desesperación, pues ésta no era hermosa y la belleza era, por tanto, una terrible ironía?

No supe qué responder, pero el sonido se extendió más allá de Nicolás, como siempre había sucedido. Se hizo mayor que la desesperación. Se transformó sin esfuerzo en una lenta melodía, como el agua que busca su camino en la ladera de la montaña. Se hizo aún más rica y oscura y pareció haber en

ella algo indisciplinado y rebelde, enorme y sobrecogedor. Permanecí tendido de espaldas en el tejado, con la mirada puesta en las estrellas.

Puntos de luz que los mortales no habrían podido ver. Nubes fantasmales. Y el sonido penetrante y desgarrador del violín finalizando la pieza lentamente, con una exquisita tensión.

No me moví.

En silencio, entendí el idioma que hablaba el violín. ¡Ah, Nicolás, si pudiéramos volver a hablar...! Si pudiéramos continuar «nuestra conversación»...

La belleza no era la perfidia que él imaginaba, sino más bien una tierra inexplorada donde uno podía cometer mil errores fatales, un paraíso salvaje e indiferente sin postes indicadores que señalaran lo bueno y lo malo.

Pese a todos los refinamientos de la civilización que conspiraban para producir arte —la mareante perfección de un cuarteto de cuerda o la irregular grandeza de los lienzos de Fragonard—, la belleza era algo salvaje. Era tan peligrosa y anárquica como había sido la Tierra eones antes de que el hombre tuviera el primer pensamiento coherente en la cabeza o escribiera el primer código de comportamiento en tablillas de arcilla. La belleza era un Jardín Salvaje.

Entonces, ¿por qué tenía que dolerle que la música más desesperada estuviera llena de belleza? ¿Por qué tenía que hacerle mostrarse cínico, triste y desconfiado?

El bien y el mal eran meros conceptos elaborados por el hombre. Y el hombre era mejor, realmente, que aquel Jardín Salvaje.

Pero tal vez, en lo más profundo de su ser, Nicolás siempre había soñado con una armonía de todas las cosas que yo había considerado imposible desde el primer momento. El sueño de Nicolás no era la bondad, sino la justicia.

De todos modos, ya no volveríamos a discutir tales cosas frente a frente. Nunca volveríamos a estar en la posada. Perdóname, Nicolás. El bien y el mal existen todavía, y seguirán existiendo. En cambio, «nuestra conversación» ha terminado para siempre.

Sin embargo, en el mismo instante en que me retiraba del tejado y me alejaba en silencio de la He de Saint Louis, ya sabía lo que me proponía hacer.

No quise reconocerlo, pero ya lo sabía.

La noche siguiente, ya era tarde cuando llegué al boulevard du Temple. Venía de saciarme a gusto en la Ile de la Cité y el primer acto de la representación en la Casa de Tespis ya estaba avanzado.

Me había vestido como para presentarme en la Corte, con brocados de plata y, sobre los hombros, una capa de terciopelo color espliego hasta la rodilla. Llevaba una espada nueva con empuñadura de plata bellamente tallada, las habituales hebillas grandes y adornadas en los zapatos, y el lazo, los guantes y el tricornio de costumbre.

Llegué al teatro en un carruaje alquilado pero, no bien hube pagado al cochero, tomé el callejón trasero hasta la puerta de artistas, como siempre había hecho.

Al instante, me envolvió la familiar atmósfera del teatro, el olor de la espesa base de maquillaje y de los trajes baratos, llenos de sudor y perfumes, y el polvo. Alcancé a ver un fragmento del escenario iluminado, refulgente tras la confusión de enormes decorados, y escuché un estallido de carcajadas en la sala. Una troupe de acróbatas —vestidos de bufones con mallas rojas, gorras puntiagudas y cuellos colgantes con cascabeles en los extremos— esperaba al intermedio para salir a actuar.

Me sentí aturdido y, por un instante, tuve miedo. El recinto me producía la sensación de lugar cerrado y peligroso, pero resultaba maravilloso volver a estar en él. Y también crecía dentro de mí una sensación de tristeza. No; de pánico, en realidad.

Luchina me vio y soltó un chillido. Por todas partes se abrieron las puertas de los pequeños y atestados camerinos. Renaud corrió a mi encuentro y me estrechó la mano con fuerza. Donde momentos antes no había más que madera y tela, apareció un pequeño universo de excitados rostros humanos, caras llenas de sudor y rubor, y me descubrí apartándome de un candelabro humeante mientras decía apresuradamente:

—Mis ojos... Apagad eso.

—Apagad las velas. Le duelen los ojos, ¿no lo veis? —repitió Jeannette con voz urgente. Noté sus labios húmedos entreabiertos contra mi mejilla. Me rodeaba todo el mundo, incluso los acróbatas, que no me conocían, y los viejos pintores y carpinteros del teatro, que tantas cosas me habían enseñado.

—Llamad a Nicolás —dijo Luchina, y estuve a punto de gritar «¡No!».

Los aplausos sacudían el viejo local. El telón fue bajado desde ambos lados del escenario y, al instante, mis viejos compañeros actores corrieron a mi encuentro mientras Renaud llamaba a brindar con champán.

Mantuve las manos sobre los ojos como si, cual basilisco, fuera a matar a cualquiera con sólo mirarle. Noté que se me llenaban los ojos de lágrimas y comprendí que debía enjugarlas antes de que nadie viera caer las gotas sanguinolentas. Sin embargo, estaban tan cerca de mí que no podía alcanzar el pañuelo y, presa de una súbita y terrible debilidad, pasé los brazos en torno a Jeannette y Luchina y apreté el rostro contra el de ésta última. Eran como dos aves, de huesos llenos de aire y corazones como alas batientes; por un segundo, mi oído de vampiro escuchó correr la sangre por ellas, pero tal cosa me pareció una

obscenidad. Me limité a rendirme a los besos y caricias, olvidando el latir de sus corazones, y a asirme a ellas, a oler su piel empolvada, a notar de nuevo la presión de sus labios.

—¡No sabe lo preocupados que nos tenía! —retumbó la voz de Renaud—. ¡Y, luego, todas esas historias sobre su buena fortuna!

Batió palmas y anunció:

—¡Atentos todos! ¡Todo el mundo! Éste es monsieur de Valois, propietario de este gran establecimiento teatral...

Continuó con un montón de frases pomposas y festivas, arrastrando a actores y actrices para que me besaran la mano, supongo, o el pie. Yo seguí sujeto con fuerza a las muchachas, como si, de soltarlas, fuera a estallar en pedazos. Entonces oí a Nicolás y supe que estaba apenas a un palmo de mí, mirándome, y que se alegraba demasiado de verme para seguir mostrándose dolido.

No abrí los ojos pero noté en el rostro el contacto de su mano, que luego me sujetó por la nuca con fuerza. Debían haberle abierto paso y, cuando al fin llegó a mis brazos, me recorrió una ligera convulsión de terror, pero la luz era allí mortecina y yo me había saciado a conciencia para estar cálido y tener un aspecto humano. Pensé desesperadamente que no sabía a quién rezar para que el engaño funcionase. Y, entonces, sólo quedó Nicolás y nada más me importó.

Levanté la vista a su rostro.

¡Cómo describir el aspecto que tienen los humanos a nuestros ojos! Ya he intentado hacerlo un poco, al explicar la belleza de Nicolás la noche anterior como una mezcla de movimientos y colores. Pero no podéis imaginar qué significa para nosotros la visión de la carne viva. Por una parte están esos millones de colores y pequeñas configuraciones de movimientos que dan forma a las criaturas vivas en las que nos concentramos. Pero este resplandor se confunde totalmente con el olor de la carne. Hermosura: ésa es la impresión que nos produce cualquier ser humano, si nos detenemos a pensarlo. Incluso los viejos y los enfermos, los mendigos a los que nadie vuelve la mirada en la calle. Todos son bellos como flores en el momento de abrirse, como mariposas surgiendo eternamente del capullo.

Pues bien, todo esto vi cuando miré a Nicolás, cuando olí la sangre que latía dentro de él y, por un embriagador instante, sólo sentí amor; un amor que borró todo recuerdo de los horrores que me habían deformado. Todos mis perversos éxtasis, todos mis nuevos poderes con sus gratificaciones, me parecieron irreales. Tal vez sentí también una profunda alegría al advertir que aún podía amar, si alguna vez había dudado de ello, y que se quedaba confirmada una trágica victoria.

Me embriagó todo el viejo consuelo mortal, y había podido cerrar los ojos y perderme en la inconsciencia llevándole conmigo, o así me pareció.

Pero algo más se agitó en mi interior, y cobró fuerzas tan deprisa que mi mente discurrió aceleradamente para ponerse a su paso y negarlo cuando ya casi amenazaba con salirse de control. Y supe muy bien de qué se trataba: era algo monstruoso y enorme y tan natural para mí como ajeno me era el sol. Quería a Nicolás. Le quería tanto como a cualquier presa con la que hubiera pugnado *en* la Ile de la Cité. Quería su sangre fluyendo en mis venas, quería su sabor y su aroma y su calor.

El teatro se estremeció de gritos y risas, mientras Renaud ordenaba a los acróbatas que continuaran con el intermedio y a Luchina que abriera el champán. Pero nosotros estábamos lejos de todo en nuestro abrazo.

El fuerte calor de su cuerpo me hizo entrar en tensión y retirarme, aunque no parecí moverme en absoluto. Y de pronto me enloqueció la idea de aquel al que amaba tanto como a mi madre y mis hermanos, aquel que me había inspirado la única ternura que había sentido nunca, era una ciudadela inconquistable, asido firmemente a la ignorancia frente a mi sed de sangre cuando tantos cientos de víctimas se me habían entregado.

Era para esto para lo que yo servía ahora. Era aquél el camino que debía recorrer. ¿Qué representaban aquellos otros, los ladrones y asesinos que había abatido en la selva de París? Era esto lo que deseaba. Y la grande, pasmosa posibilidad de la muerte de Nicolás estalló en mi cerebro. Tras los párpados cerrados, la oscuridad se había vuelto rojo sangre. La mente de Nicolás vaciándose en aquel último instante, rindiendo su complejidad junto con su vida.

No podía moverme. Notaba su sangre como si la estuviera absorbiendo y dejé descansar los labios contra su cuello. Cada partícula de mi ser decía: «Tómale, llévatelo lejos de este lugar, lejos de todo, y sáciate de él, sáciate de él hasta..., hasta...». ¿Hasta cuándo? ¡Hasta que esté muerto!

Me aparté y le separé de mí. A nuestro alrededor, todos vociferaban y alborotaban. Renaud gritaba algo a los acróbatas, que seguían pendientes de lo que pasaba. Fuera, el público exigía el número del intermedio con unas palmadas acompasadas. La orquesta ensayaba el animado sonsonete que acompañaría la actuación de los acróbatas. Músculos y huesos me empujaban y se me clavaban. El lugar se había convertido en un degolladero, maloliente por los efluvios de todos aquellos seres destinados al sacrificio. Noté unas náuseas demasiado humanas.

Nicolás parecía haber perdido el dominio sobre sí mismo, y, cuando nuestros ojos se encontraron, percibí las acusaciones que emanaban de él. Noté su pesadumbre y, peor aún, su casi desesperación.

Me abrí paso entre todos ellos, dejé atrás a los acróbatas con sus cascabeles y no sé por qué me encaminé hacia las bambalinas en lugar de hacia la puerta de artistas. Quería ver el escenario. Quería ver al público. Quería penetrar más profundamente en algo para lo cual no tenía nombre ni palabra.

Pero en esos instantes estaba loco. Decir que «quería» o que «pensaba» carece de sentido.

El pecho se me alzaba y volvía a descender agitadamente y la sed era como un gato arañando para salir. Y, mientras me apoyaba en el poste de madera junto al telón, Nicolás, dolido y sin entender nada, se me acercó otra vez.

Dejé que hirviera en mí la sed. Dejé que desgarrara mis entrañas. Seguí agarrado al poste y, en un gran recuerdo, vi a todas mis víctimas, la escoria de París, eliminadas del arroyo; y comprendí la locura del plan de acción que me había propuesto, la falsedad que encerraba, y cuál era mi verdadera naturaleza. Qué sublime estupidez era haber llevado conmigo aquella miserable moralidad, haber decidido dar cuenta solamente de los condenados. ¿Qué buscaba? ¿Tal vez salvarme a pesar de todo? ¿Por quién me había tomado, por un probo colega de los jueces y verdugos de París, que ejecutan a los pobres por delitos que los ricos cometen cada día?

Había probado un vino fuerte, en jarras desportilladas y agrietadas, y ahora el sacerdote estaba ante mí al pie del altar con el cáliz de oro en las manos, y el vino de éste era la Sangre del Cordero.

Nicolás estaba hablando rápidamente:

—¿Qué sucede, Lestat? ¡Dímelo! —exclamó, como si los demás no pudieran oírnos—. ¿Dónde has estado? ¿Qué ha sido de ti? ¡Lestat!

—¡Salid al escenario! —gritó Renaud a los boquiabiertos acróbatas. La troupe pasó al trote junto a nosotros y penetró en el humeante resplandor de las luces del proscenio, iniciando una serie de saltos mortales.

La orquesta convirtió los instrumentos en trinos de pájaros. Un destello de rojo, unas mangas de arlequín, el tintineo de los cascabeles, gritos de la multitud: «¡Dadnos espectáculo! ¡Vamos, enseñadnos algo de verdad!».

Luchina me besó y contemplé su blanco cuello, sus manos como la leche. Vi las venas del rostro de Jeannette y el suave cojín de su labio inferior cada vez más cerca. El champán, servido en decenas de copas, corría por las gargantas. Renaud improvisaba una especie de discurso acerca de nuestra «sociedad» y de que la pequeña farsa de aquella noche no era sino el principio y que pronto seríamos el mejor teatro de los bulevares. Me vi a mí mismo representando el papel de Lelio y oí de nuevo la tonadilla que le había cantado a Flaminia, hincado de rodillas.

Ante mí, unos pequeños mortales daban volteretas pesadamente y el público rugía cuando el jefe de la troupe hizo un gesto procaz con sus posaderas.

Sin darme tiempo a pensar en lo que hacía, me encontré en pleno escenario.

Estaba en el mismo centro, notando el calor de las luces y el escozor del humo en los ojos. Contemplé las abarrotadas galerías, los palcos separados por mamparas, las filas y filas de espectadores hasta la pared del fondo. Y escuché mi voz mascullando a los acróbatas la orden de que se marcharan.

Las risas me resultaron ensordecedoras: los comentarios jocosos y los gritos que acogieron mi presencia eran espasmos y erupciones y detrás del rostro de cada espectador distinguí con toda claridad una calavera sonriente. Mis labios tarareaban la cancioncilla que había interpretado en mi papel de Lelio, sólo un fragmento de la tonada, el mismo que había repetido luego en mis expediciones por las calles, «hermosa, hermosa Flaminia». Lo repetí una y otra vez, hasta que las palabras formaron un sonido ininteligible.

Por encima del tumulto se oían insultos a voz en grito.

—¡Que siga la función! —dijo una voz—. ¡Veamos qué haces, además de enseñarnos tu linda cara!

Desde la galería, alguien arrojó una manzana mordisqueada que golpeó la tarima a poca distancia de mis pies.

Me desabroché la capa violeta y la dejé caer. Hice lo mismo con la espada de plata.

La canción se había convertido en un murmullo incoherente tras mis labios cerrados, pero el frenético verso seguía martilleándome en la cabeza. Vi las tierras vírgenes de la belleza con toda su rudeza brutal, como las había percibido la noche anterior mientras Nicolás tocaba el violín, y el mundo moral me pareció un desesperado sueño de racionalidad que no tenía la menor posibilidad en aquella jungla fétida y

exuberante. Fue una visión y, más que *entender*, me limité a *ver*. Sólo pensé que yo formaba parte de ello, tan natural como la gata con su expresión exquisita e impávida en el momento de clavar las uñas en el lomo de la rata chillona.

—«Mi linda cara» es la de una Parca —medio murmuré— que puede apagar todas las «breves velas», todas las almas palpitantes que llenan esta sala.

Pero las palabras ya quedaban, en realidad, fuera de mi alcance. Flotaban quizás en algún estrato donde existía un dios que entendía los colores de los dibujos de la piel de una cobra y las siete gloriosas notas que formaban la música que surgía del violín de Nicolás, pero nunca el principio más allá de la fealdad o la belleza: «No matarás».

Cientos de rostros grasientos me miraban desde la penumbra. Pelucas andrajosas y falsas joyas y sucios aderezos, pieles como el agua fluyendo sobre huesos torcidos. Una multitud de mendigos harapientos, mancos y jorobados, lanzaba silbidos y abucheos desde la galería, con sus apestosas muletas bajo el brazo y los dientes del mismo color que las piezas de las calaveras que uno encuentra entre el polvo de las tumbas.

Extendí los brazos, doblé la rodilla y empecé a dar vueltas como saben hacer los acróbatas y los bailarines, girando y girando sin esfuerzo sobre los dedos de un pie, cada vez más deprisa, hasta detenerme en seco; entonces me doblé hacia atrás e inicié una serie de volteretas en círculo, seguidas de varios saltos mortales, imitando todo lo que había visto hacer a los volatineros en las ferias.

De inmediato surgieron los aplausos. Me sentía tan ágil como lo había estado en el pueblo, y el escenario me resultaba pequeño y engorroso. El techo parecía venírseme encima y el humo de las luces del proscenio me cercaba. La tonadilla a Flaminia volvió a mis labios y empecé a cantarla en voz alta mientras daba vueltas y saltos y giros de nuevo. Después, mirando al techo, ordené a mi cuerpo que se levantara al tiempo que flexionaba las rodillas para saltar.

En un instante, rocé las vigas y volví a caer sobre las tablas grácilmente y sin hacer ruido.

Unos jadeos se alzaron entre el público. La pequeña muchedumbre que se apretaba en las alas del teatro estaba asombrada. Los músicos del foso, que habían permanecido en silencio todo el tiempo, se miraban entre ellos. Desde su posición, podían comprobar que no había cable alguno.

Pero yo volvía a elevarme otra vez para delicia del público, esta vez dando saltos mortales durante todo el ascenso, de nuevo hasta más allá del arco pintado, para descender luego en giros todavía más lentos y gráciles.

Gritos y vítores se alzaban sobre los aplausos, pero, tras los decorados, todo el mundo se había quedado mudo. Nicolás estaba al borde mismo del escenario y sus labios pronunciaban en silencio mi nombre.

«Tiene que ser un truco, una ilusión.» De todas partes me llegaban comentarios parecidos. Los espectadores pedían a sus vecinos que mostraran su asentimiento. El rostro de Renaud brilló delante de mí por un instante con la boca abierta y los ojos entrecerrados.

Pero yo me había puesto a bailar de nuevo y, esta vez, la gracia de la danza ya no interesaba al público. Lo advertí porque el baile se convirtió en una parodia, con cada gesto más amplio, más largo y más lento de lo que podría haber ejecutado un bailarín humano.

Alguien lanzó un grito desde las bambalinas y una voz le mandó callar. Y entre los músicos y los ocupantes de las primeras filas de butacas se alzaron unos gritos. Los espectadores se estaban poniendo nerviosos y cuchicheaban entre ellos, pero la chusma de las galerías continuó batiendo palmas.

De pronto, corrí hacia el público como si fuera a recriminarle su falta de sensibilidad. Algunos espectadores se sobresaltaron tanto que se incorporaron y trataron de escapar por los pasillos. Uno de los cornos de la orquesta dejó caer el instrumento y salió gateando del foso.

Capté la agitación, la ira incluso, en sus rostros. ¿Qué eran todos aquellos trucos? De repente, habían dejado de divertirles; no podían comprender cómo los hacía, y en mis ademanes serios había algo que les daba miedo. Por un terrible instante, noté su desamparo.

Y percibí su destino.

Una gran horda de esqueletos rechinantes envueltos en carne y harapos, sólo eso eran; y, pese a ello, hacían derroche de atrevimiento y me lanzaban gritos con irreprimible orgullo.

Levanté las manos lentamente para exigir su atención y me puse a cantar en voz muy alta y firme la tonadilla de Flaminia, mi hermosa Flaminia, entonando un mal pareado tras otro y dejando que la voz se hiciera más y más sonora, hasta que, de pronto, la gente empezó a ponerse en pie frente a mí, gritando, pero seguí cantando todavía más alto hasta enmudecer cualquier otro sonido con un insoportable rugido y verles a todos, a los cientos de espectadores, derribando los bancos de butacas y llevándose las manos a los costados de la cabeza.

Sus bocas eran muecas, gritos mudos.

Se produjo un tumulto de gritos y maldiciones mientras todos Pugnaban por abrirse paso hacia las puertas. Las cortinas fueron arrancadas de sus barras y algunos hombres se dejaron caer desde las galerías para ganar la calle.

Detuve la terrible cantinela.

En un resonante silencio, me quedé contemplando los cuerpos débiles y sudorosos que escapaban torpemente en todas direcciones. El viento soplaba por las puertas abiertas y noté una extraña frialdad en las extremidades, junto a la impresión de tener los ojos de cristal.

Sin mirar, cogí la espada y me la coloqué al cinto otra vez; después, con un dedo, levanté la capa, arrugada y llena de polvo, por el cuello de terciopelo. Estos gestos parecieron tan grotescos como todo lo demás que había hecho y no le di ninguna importancia a que Nicolás estuviera luchando por desasirse de dos de los actores, que le sujetaban temiendo por su vida mientras él pronunciaba una y otra vez mi nombre.

Sin embargo, algo entre todo aquel caos captó mi atención. Me pareció importante —terriblemente importante, en realidad— que en uno de los palcos abiertos hubiera una figura puesta en pie que no hacía el menor intento por escapar, o ni siquiera por moverse.

Me volví lentamente y le miré frente a frente, retándole, me pareció, a quedarse allí. Era un anciano, y sus empañados ojos grises me taladraban con terca indignación; mientras le miraba fijamente, me oí a mí mismo emitiendo un poderoso rugido con la boca muy abierta. El sonido parecía surgir del fondo de mi alma y se hizo más y más potente hasta que los pocos espectadores que aún quedaban abajo volvieron a cubrirse los oídos, paralizados; incluso Nicolás, que corría hacia mí, se encogió ante el doloroso sonido, asiéndose la cabeza entre las manos.

Y, pese a todo, el anciano continuó inmóvil en el palco, terco e indignado y con una mirada colérica, frunciendo el entrecejo bajo la peluca gris.

Di un paso atrás, crucé de un salto el vacío local y fui a aterrizar en el mismo palco, frente al hombre. A pesar de sus esfuerzos, se quedó boquiabierto y con los ojos horriblemente desorbitados.

Parecía desfigurado por la edad, con los hombros hundidos y las manos deformes, pero la viveza de sus ojos no reflejaba vanidad ni concesión alguna. Cerró la boca con fuerza, echando hacia adelante la barbilla. Y sacó de debajo de la levita una pistola con la que me apuntó, sosteniéndola con ambas manos.

—¡Lestat! —gritó Nicolás.

Pero el disparo sonó y la bala me dio de pleno. No me moví. Permanecí de pie, tan firme como antes lo había estado el viejo, y el dolor me atravesó y cesó, dejando tras su estela una terrible tensión en todas mis venas.

De la herida manó sangre. Manó como nunca la había visto hacerlo. Me empapó la camisa y noté que también se derramaba por mi espalda. La tensión se hizo cada vez más fuerte y una especie de escozor empezó a extenderse por la superficie de mi espalda y de mi tórax.

El anciano me observó, desconcertado. Le cayó la pistola de la mano, inclinó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y el cuerpo encogido como si le hubieran extraído el aire, y se derrumbó en el suelo.

Nicolás había subido corriendo las escaleras y entraba en aquel instante en el palco. De su boca surgía un murmullo histérico, convencido de haber sido testigo de mi muerte.

Y permanecí callado, escuchando mi cuerpo en esa terrible soledad que me había acompañado desde que Magnus me hiciera un vampiro. Y supe que las heridas ya habían desaparecido.

La sangre estaba secándose en mi chaleco de seda y en la espalda de mis ropas desgarradas. El cuerpo me latía donde me había atravesado la bala y mis venas seguían vivas con la misma tensión, pero la herida ya se había cerrado.

Y Nicolás, volviendo a sus cabales al verme, advirtió que estaba ileso aunque la razón le decía que tal cosa era imposible.

Le aparté a un lado y me dirigí a las escaleras. Nicolás se lanzó contra mí y le repelí de un empujón. No podía soportar su olor ni su presencia.

—¡Aléjate de mí! —exclamé.

Pero él se acercó de nuevo y me pasó el brazo por el cuello. Tenía el rostro congestionado y un horrible sonido surgía de su garganta.

—¡Suéltame, Nicolás! —le amenacé. Si le sacudía con excesiva fuerza le desencajaría los brazos o le rompería el espinazo.

Romperle el espinazo...

Nicolás soltó un gemido, tartamudeó y, durante una atormentadora fracción de segundo, los sonidos que emitía fueron tan terribles como los de mi yegua en la montaña, mientras agonizaba aplastada en la nieve como un insecto.

Apenas supe lo que hacía cuando me desasí de sus manos.

Cuando salí al bulevar, la multitud se dispersó gritando. Renaud se adelantó corriendo hacia mí, a pesar de las manos que intentaban disuadirle.

—¡Monsieur! —Me tomó la mano para besarla y se detuvo al ver la sangre.

—No es nada, mi querido Renaud —le dije, muy sorprendido de la firmeza de mi voz y de su suavidad. Sin embargo, cuando me disponía a hablar de nuevo, algo me distrajo. Algo a lo que, me dije vagamente, debía prestar atención. Pese a ello, continué diciendo—: No le dé importancia, mi querido Renaud. Es sangre falsa, nada más que una ilusión. Todo ha sido una ilusión, un truco teatral. El drama de lo grotesco: sí, de lo grotesco.

Y de nuevo surgió aquella distracción, algo que podía percibir entre todo aquel tumulto de gente apretándose para acercarse, pero no demasiado. Nicolás, desconcertado, me miraba con intensidad.

—Siga con sus obras —decía yo al empresario, casi incapaz de concentrarme en mis palabras—. Siga con los acróbatas, las tragedias y sus representaciones más civilizadas, si lo prefiere.

Saqué del bolsillo un fajo de billetes y lo deposité en su mano vacilante. Arrojé unas monedas de oro al pavimento. Los actores se lanzaron a recogerlas con cierto temor. Pasé la mirada por la multitud para descubrir el origen de aquella extraña distracción, para saber qué era aquello. No se trataba de Nicolás, que me contemplaba con el ánimo abatido desde la puerta del teatro desierto.

No, era algo a la vez familiar y desconocido, que tenía que ver con las tinieblas.

—Contrate los mejores actores —hablaba casi balbuciendo—, los mejores músicos, los grandes pintores de decorados.

Más billetes. Mi voz recuperaba ya su firmeza, la voz de un vampiro; distinguí de nuevo las muecas y las manos en alto, pero todos temían que les viera taparse los oídos. «¡No existe límite, NINGÚN LÍMITE, a lo que puedes hacer aquí!»

Me alejé, arrastrando la capa y acompañado del desagradable sonido de la espada, mal envainada. Algo surgido de las tinieblas.

Y, cuando me adentré apresuradamente en la primera calleja y empecé a correr, supe que lo que había oído, lo que me había distraído, había sido sin la menor duda la familiar *presencia*, esta vez entre la multitud.

Lo supe por una sencilla razón: Ahora estaba corriendo por las callejuelas poco concurridas más deprisa de lo que podía hacerlo cualquier mortal, y la *presencia* mantenía las distancias. ¡Y la *presencia* era más de una!

Hice un alto cuando estuve seguro de ello.

Sólo estaba a una milla del bulevar, y la sinuosa calleja en la que me encontraba era más estrecha y oscura que ninguna de las que había recorrido nunca. Entonces *los* escuché hasta que, brusca y conscientemente, parecieron enmudecer.

Yo estaba demasiado nervioso y me sentía demasiado mal como para ponerme a jugar con ellos. Estaba demasiado desconcertado y grité la vieja pregunta:

—¿Quién va? ¡Hablad! —En las ventanas próximas, los cristales vibraron. Los mortales se agitaron en sus pequeñas alcobas. Allí no había ningún comentario—. Responedme, hatajo de cobardes. ¡Hablad, si tenéis voz, o apartaos de mí de una vez por todas!

Y entonces supe, aunque no sabría explicar cómo, que ellos podían oírme y responderme, si querían. Y supe que aquello que había percibido repetidamente era la irreprimible evidencia de su proximidad y de su intensidad, que no podían ocultar. En cambio, sí podían poner un velo sobre sus pensamientos, y así lo habían hecho. Quiero decir con ello que poseían inteligencia, y también palabras.

Exhalé un largo y profundo suspiro.

Su silencio me atormentó, pero mil veces me afligía lo que acababa de suceder y, como tantas veces había hecho en el pasado, les volví la espalda.

Las presencias me siguieron. Esta vez me siguieron y, por muy deprisa que yo avanzara, se mantuvieron siempre a la misma prudente distancia.

Y no dejé de percibir su extraña, trémula y átona presencia hasta que llegué a la place de Gréve y entré en la catedral de Notre Dame.

Pasé el resto de la noche en la catedral, acurrucado en un rincón en sombras junto al muro de la derecha. Estaba hambriento debido a la sangre perdida, y cada vez que se acercaba un mortal sentía una fuerte tensión y un intenso escozor donde había recibido la herida.

Sin embargo, esperé.

Y cuando se acercó una joven mendiga con su hijito, supe que había llegado el momento. La mujer vio la sangre seca e insistió, casi frenética, en acompañarme al hospital cercano, el Hotel Dieu. Tenía el rostro demacrado por el hambre, pero trató de incorporarme con sus débiles brazos.

La miré a los ojos hasta que vi helarse su mirada. Noté el calor de sus pechos sobresaliendo bajo los harapos. Su cuerpo suave y apetitoso se apoyó contra el mío, ofreciéndoseme, y la envolví en mis brocados manchados de sangre. La besé, aspirando su calor mientras apartaba las sucias ropas de su garganta, y me incliné a beber con tal habilidad que el niño dormido no llegó a darse cuenta. Después abrí con dedos temblorosos la sucia camisa del chiquillo. Aquel tierno cuellecito también fue mío.

El éxtasis fue imposible de describir. Hasta entonces había gozado todo el placer que podía proporcionarme la fuerza. En cambio, aquellas víctimas habían sido mías en el acto más parecido a la entrega amorosa. La misma sangre parecía más cálida en su inocencia, más rica en su bondad.

Después contemplé a mis víctimas, durmiendo juntas el sueño de la muerte. Aquella noche, la catedral no había sido un santuario para ellas.

Y supe que mi visión del jardín de belleza había sido una visión real. En el mundo había propósito, sí, y leyes, e inevitabilidad, pero todo ello sólo tenía que ver con la estética. Y en aquel Jardín Salvaje, los seres inocentes como mis víctimas estaban destinados a los brazos de un vampiro. Mil cosas más pueden decirse del mundo, pero únicamente los principios estéticos pueden ser verificados, y sólo ellos permanecen iguales.

Ahora ya estaba preparado para volver a casa. Y, cuando salí al aire de la madrugada, supe que había caído la última barrera entre el mundo y mi apetito.

Ahora, ya nadie estaba a salvo de mí, por inocente que fuera. Y eso incluía a mis apreciados amigos del teatro de Renaud. E incluía a mi querido Nicolás.

Quise que se marcharan de París. Quise que desaparecieran los carteles y que las puertas cerraran; quise que se hicieran el silencio y la oscuridad en el teatrillo donde había conocido la mayor y más sostenida felicidad de mi vida mortal.

Ni siquiera una docena de víctimas inocentes en una noche podía hacerme dejar de pensar en ellos, ni eliminar el dolor que sentía dentro. Todas las calles de París me conducían a su puerta.

Y me invadía una terrible vergüenza cuando pensaba en mi actuación ante ellos. ¿Cómo podía haberles asustado de aquel modo? ¿Por qué necesitaba probarme a mí mismo con tal violencia que jamás podría volver a ser parte de ellos?

No. Yo había comprado el local de Renaud. Y lo había convertido en el lugar de más éxito del bulevar. Ahora, lo cerraría.

Con todo, no se trataba de que nadie sospechara nada. Ellos habían creído las excusas simples y estúpidas que les había dado Roget, que si acababa de regresar de las calurosas colonias del trópico y que si el buen vino de París se me había subido a la cabeza. De nuevo, mucho dinero para compensar los perjuicios.

Sólo Dios sabe qué pensaron realmente, pero el hecho fue que la noche siguiente continuaron con el espectáculo de costumbre. Y las hastiadas multitudes del boulevard du Temple encontraron, sin duda, una docena de explicaciones lógicas a la confusión producida. Bajo los castaños había cola.

Únicamente Nicolás se negaba a aceptar todo aquello. Se había lanzado a beber y se negaba a volver al teatro y a seguir estudiando música. Cuando Roget se presentaba de visita, le recibía con insultos. Frecuentaba los peores cafés y tabernas y deambulaba solitario por las calles nocturnas más peligrosas.

Bueno, eso tenemos en común, me dije.

Roget me puso al corriente de todo esto mientras yo paseaba por la habitación a conveniente distancia de la vela de su mesa. Mi rostro era una máscara que ocultaba mis auténticos pensamientos.

—El dinero no significa mucho para ese joven, monsieur —me dijo el abogado—. Él mismo me ha recordado que ha tenido mucho en su vida. Dice cosas que me inquietan, monsieur. No me gustan sus palabras.

Roget parecía un personaje de un cuento infantil con su gorro y su camisa de dormir, descalzo y con las piernas al aire; porque, una vez más, le había despertado en plena noche y no le había dado tiempo de peinarse o tan siquiera de ponerse las zapatillas.

—¿Qué palabras son ésas? —pregunté.

—Habla de brujería, monsieur. Dice que usted posee poderes extraordinarios. Habla de La Voisin y de la *Chambre Ardente*, un viejo proceso de brujería de tiempos de El Rey Sol. Era una bruja que preparaba hechizos y pócimas para miembros de la Corte.

—¿Quién creería ahora semejante basura? —repliqué, aparentando absoluta incredulidad, aunque, a decir verdad, se me había erizado el vello de la nuca.

—Murmura cosas amargas, monsieur —continuó Roget—. Que la especie de usted, como él dice, siempre ha tenido acceso a grandes secretos. Habla repetidamente de un lugar de su pueblo, llamado el lugar de las brujas.

—¡Mi especie!

—Dice que usted es un aristócrata, monsieur —añadió Roget con cierta incomodidad—. Cuando un hombre está enfadado como lo está monsieur de Lenfent, estas cosas llegan a ser importantes. Sin embargo, no comenta sus sospechas con otros. Sólo me las cuenta a mí. Dice que usted comprenderá por qué le desprecia. ¡Por negarse a compartir con él sus descubrimientos! Sí, monsieur, sus descubrimientos. No deja de hablar de La Voisin, de cosas entre el cielo y la tierra para las cuales no hay explicaciones racionales. Y afirma saber ahora por qué gritaba y lloraba usted en ese lugar de las brujas.

Por un instante, no fui capaz de mirar a Roget. ¡Era una deliciosa perversión de todo el asunto! Y, sin embargo, daba justo en la diana. Qué soberbio, y qué absolutamente irrelevante. A su modo, Nicolás tenía razón.

—Monsieur, es usted el más amable de los hombres... —empezó a decir Roget.

—Ahórrese, por favor...

—Verá, monsieur de Lenfent dice cosas fantásticas, cosas que no debería mencionar ni siquiera en estos tiempos. Dice que vio cómo una bala le atravesaba el cuerpo y que debería estar muerto.

—La bala no me alcanzó —repliqué—. Roget, no continúe con esto. Haga que se vayan de París todos esos cómicos.

—¿Que se vayan? —preguntó el abogado—. ¡Pero si ha invertido muchísimo dinero en esa pequeña empresa...!

—¿Y qué? ¿A quién le importa eso? Envíelos a Londres, a Drury Lane. Ofrezca a Renaud la cantidad suficiente para comprar un teatro en Londres. Desde allí podrán viajar a América, actuar en Santo Domingo, Nueva Orleans y Nueva York. Hágalo, monsieur. No me importa cuánto cueste. ¡Cierre de una vez mi teatro y consiga que la compañía se marche de la ciudad!

Así desaparecería el dolor, ¿no era eso? Dejaría de verles a todos apiñados a mi alrededor tras las bambalinas, dejaría de pensar en Lelio, el chico de provincias que se encargaba de vaciar los orinales y disfrutaba con ello.

Roget parecía profundamente tímido. «¿Qué debería parecerle», me dije, «trabajar para un lunático bien vestido que le pagaba el triple de lo que cualquiera le daría, para luego hacer caso omiso de sus consejos y opiniones profesionales?».

«Nunca lo sabré» me respondí a mí mismo. «Jamás volveré a saber qué significa ser un humano mortal.»

—En cuanto a Nicolás —añadí—, le convencerá usted de que viaje a Italia, y ahora voy a explicarle cómo.

—Monsieur, resulta difícil persuadir a su amigo incluso de que se cambie de ropas.

—Esto será más sencillo. Ya sabe usted que mi madre está muy enferma. Pues bien, convenga a Nicolás de que la lleve a Italia. Es una idea perfecta: él podría muy bien estudiar música en los conservatorios de Nápoles, y precisamente es allí donde debería ir mi madre.

—Es cierto que su amigo mantiene correspondencia con ella... Le tiene un gran afecto.

—Precisamente. Convéznale de que ella no podría hacer ese viaje sin su compañía. Ayúdele a efectuar todos los preparativos, monsieur. Nicolás debe abandonar París y le encargo a usted que se ocupe de ello. Le doy de plazo hasta final de semana y entonces volveré para tener noticias de su marcha.

Naturalmente, aquello era exigir mucho del abogado, pero no se me ocurría nada más. Los comentarios de Nicolás sobre actos de brujería no me preocupaban, desde luego, puesto que nadie los creería, pero yo estaba convencido de que, si no abandonaba París, Nicolás iría perdiendo la razón poco a poco.

Con el transcurso de las noches, tuve que luchar conmigo mismo todas las horas que pasaba en vela, para reprimir el impulso de ir a verle, de arriesgarme a un último contacto con él.

Me limité, pues, a aguardar a la fecha marcada; sabía muy bien que estaba perdiendo para siempre a Nicolás y que éste jamás averiguaría la causa de nada de cuanto había sucedido. Yo, que una vez había elevado mi voz contra la insensatez de nuestra existencia, le expulsaba ahora de la ciudad sin la menor explicación. Era una injusticia que tal vez le atormentaría hasta el final de sus días.

«Es mejor eso que la verdad» dije mentalmente a Nicolás. Quizás ahora comprendía un poco mejor todas nuestras ilusiones. Y si Nicolás podía convencer a mi madre de viajar a Italia, si ella estaba todavía a tiempo de emprender el camino...

Mientras, pude comprobar personalmente que la Casa de Tespis cerraba sus puertas. En un café cercano, oí comentar la partida de la compañía con rumbo a Inglaterra. Esta parte de mis planes quedaba, por tanto, cumplida.

Fue cerca ya del amanecer del octavo día cuando, finalmente, acudí de nuevo a la puerta de Roget y llamé a la campanilla.

El abogado me abrió más pronto de lo que yo esperaba, con un aire nervioso y aturdido bajo su acostumbrada camisa de dormir blanca de franela.

—Me empieza a gustar su indumentaria, monsieur —dije cansadamente—. Creo que no confiaría en usted ni la mitad de lo que confío si me recibiera con camisa, calzones y levita...

—Monsieur —me interrumpió Roget—, ha sucedido algo totalmente inesperado...

—Antes de nada, respóndame: ¿Han llegado sin novedad a Inglaterra Renaud y los demás?

—Sí, monsieur. Ya se encuentran en Londres, pero...

—¿Y Nicolás? ¿Ha acudido junto a mi madre en la Auvernia? Dígame que sí, que ya se ha marchado.

—¡Déjeme explicar, monsieur! —exclamó el abogado. Tras esto, guardó silencio. Y, de forma absolutamente inesperada, vi la imagen de mi madre en su mente.

De haber reparado en ello, habría sabido a qué se refería Roget. Que yo supiera, el hombrecillo no había puesto jamás sus ojos en mi madre. Entonces, ¿cómo podía tener su imagen en la cabeza? Sin embargo, en aquellos momentos, yo no razonaba. De hecho, la razón me había abandonado.

—¿No habrá...? No me estará usted diciendo que ya es demasiado tarde, ¿verdad? —murmuré.

—Monsieur, permítame ir a por el abrigo... —dijo Roget sin aclarar nada, al tiempo que hacía sonar la campanilla.

Y de nuevo capté en su mente la imagen de mi madre, su rostro enjuto y pálido, tan vividamente que no pude soportarlo.

Agarré a Roget por los hombros.

—¿Usted la ha visto! ¡Está aquí!

—Sí, monsieur. Está en París. Lo llevaré hasta ella inmediatamente. El joven de Lenfent me informó que venía, pero no he podido dar con usted, monsieur. Nunca sé cómo ponerme en contacto con ^{usted}. Su madre llegó ayer.

Yo estaba demasiado abrumado para responder. Me hundí en el sillón y las imágenes que guardaba de mi madre resplandecieron en mi cabeza con un fuego tal que eclipsó todo cuanto emanaba del hombrecillo. ¡Está viva y en París! ¡Y Nicolás aún seguía en la ciudad, y estaba con ella!

El abogado se acercó a mí y alargó el brazo como si fuera a tocarme:

—Adelántese usted mientras me visto, monsieur. Su madre está en la He de Saint Louis, tres puertas a la derecha de monsieur Nicolás. Tiene que acudir enseguida.

Le dirigí una mirada estúpida. En realidad, ni siquiera le veía. Estaba viendo a mi madre. Quedaba menos de una hora para el amanecer y el regreso a la torre me llevaría tres cuartos, por lo menos.

—Mañana..., mañana por la noche... —creo que murmuré. Me vino a la memoria un verso de *Macbeth*, de Shakespeare—: «... Mañana y mañana y mañana...».

—¡Monsieur!, ¿no lo entiende? Su madre no hará ningún viaje a Italia. Ella ha hecho su último viaje viniendo aquí a verle.

Al comprobar que no respondía, me asió con sus manos y probó a sacudirme. Nunca había visto al abogado de aquella manera. En aquel instante, a sus ojos, yo era un muchacho y él era un adulto que tenía que devolverme a mis cabales.

—Le he buscado alojamiento, enfermeras, médicos, todo lo que pudiera necesitar —explicó—. Pero no consiguen que su estado mejore. Es usted quien la mantiene viva, monsieur. Quiere verle antes de cerrar los ojos por última vez. Olvídese de la hora y acuda a su lado. Ni siquiera una voluntad tan fuerte como la de su madre puede obrar milagros.

No le pude responder. Era incapaz de coordinar un pensamiento coherente.

Me puse en pie y fui hasta la puerta, arrastrando al hombrecillo conmigo.

—Vaya a verla ahora mismo —le ordené—. Dígale que estaré con ella esta próxima noche.

El abogado sacudió la cabeza, enojado y disgustado, y trató de volverme la espalda.

No dejé que se soltara.

—Vaya inmediatamente, Roget —insistí—. Permanezca con ella todo el día, ¿entiende bien?, y ocúpese de que espere..., ¡de que espere mi llegada! Esté atento a si se duerme. Si empieza a agonizar, despiértela y háblele. ¡Pero no permita que muera antes de que yo me presente!

Tercera parte

Viático para la marquesa



n la jerga propia de los vampiros, yo soy un madrugador. Me levanto cuando el sol apenas se ha hundido tras el horizonte y el cielo todavía está envuelto en el resplandor rojizo del crepúsculo. Muchos vampiros no se levantan hasta que la oscuridad es total y, por tanto, tengo una ventaja tremenda en este aspecto, y en que deben volver a sus tumbas una hora, o más, antes que yo. No lo he mencionado hasta aquí porque entonces no lo sabía, ni sería un detalle de importancia hasta mucho después.

Pero, la noche siguiente, yo cabalgaba ya camino de París cuando el cielo aún parecía arder.

Antes de introducirme en el sarcófago me había ataviado con las mejores galas que poseía, y, a lomos de mi montura, perseguía ahora el sol poniente en dirección a París.

La ciudad parecía arder, tan aterradora y brillante era la luz para mí, hasta que por fin crucé al galope el puente detrás de Notre Dame, entrando en la He de Saint Louis.

No había pensado qué haría o diría a mi madre, ni cómo le ocultaría mi secreto. Sólo sabía que tenía que verla y estar con ella mientras aún tuviera tiempo. No me atrevía a pensar abiertamente en su muerte. El hecho tenía la rotundidad de una catástrofe y pertenecía al cielo encendido. Y tal vez me dominaba un impulso propio de un común mortal: la creencia de que, si podía satisfacer su último deseo, de algún modo tendría el horror bajo mi control.

La noche absorbía ya las últimas gotas de sangre de la luz cuando encontré la casa en el *quai*.

Era una mansión bastante elegante. Roget había escogido bien. Un criado me esperaba a la puerta para acompañarme al piso superior. En el rellano de éste salieron a mi encuentro dos doncellas y una enfermera.

—Monsieur de Lenfent está con ella, monsieur —dijo ésta—. Su madre ha insistido en vestirse para verle. Y ha querido sentarse junto a la ventana para contemplar las torres de la catedral. Le ha visto llegar a caballo por el puente, monsieur.

—Apague todas las velas de la estancia, menos una —le ordené—. Y dígales a monsieur de Lenfent y a mi abogado que salgan.

Roget salió al instante; luego, apareció Nicolás.

También él se había vestido especialmente para ella, con un brillante traje de terciopelo rojo, su habitual camisa fina de lino y guantes blancos. Su reciente caída en la bebida le había dejado más delgado, casi macilento, pero eso hacía más vivida su hermosura. Cuando nuestras miradas se encontraron, la suya reflejaba un rencor que me destrozó el corazón.

—La marquesa se encuentra un poco más fuerte hoy, monsieur —me informó Roget—, pero tiene fuertes hemorragias. El doctor dice que no...

Se detuvo y volvió el rostro a la alcoba de la enferma. Capté con claridad sus pensamientos. Mi madre no pasaría de aquella noche.

—Hágala volver a la cama, monsieur. Lo antes posible.

—¿Por qué tengo que hacerlo? —repliqué con voz mortecina, casi en un murmullo—. Quizás ella prefiera morir junto a la maldita ventana. ¿Por qué diablos no?

—¡Monsieur! —me imploró Roget en un cuchicheo.

Quise decirle que se marchara con Nicolás.

Pero algo me estaba sucediendo. Penetré en el pasillo y miré hacia la alcoba. Ella estaba allí dentro. Noté un profundo cambio físico en mi interior y me vi incapaz de moverme o decir algo. Ella estaba allí dentro y se estaba muriendo de verdad.

Todos los pequeños sonidos del piso se convirtieron en un zumbido. Vi, a través de la puerta de doble hoja, una hermosa alcoba, una cama pintada de blanco con dosel dorado y unas cortinas del mismo dorado en las ventanas y, en los cristales superiores de éstas, el firmamento con las últimas y levísimas hebras rosadas de las nubes. Pero todo resultaba confuso y ligeramente horrible: tanto el lujo que yo había querido proporcionarle como el hecho de que ella estuviera a punto de sentir que su cuerpo se colapsaba. Me pregunté si tal cosa la enloquecía o si la hacía reír.

Apareció el doctor, y la enfermera se acercó a decirme que sólo quedaba una vela encendida, como había dispuesto. El olor de las medicinas llegó hasta mí mezclado con un perfume a rosas y *me di cuenta de que estaba oyendo los pensamientos de mi madre*.

Sentía yo como el sordo palpito de su mente mientras esperaba, de sus huesos doloridos y sus músculos flacos. Para ella, estar allí sentada con las máximas comodidades en el mullido sillón tapizado de terciopelo significaba un dolor insoportable.

¿Pero qué era lo que pensaba, bajo aquella desesperada expectación? «Lestat, Lestat, Lestat...»: eso fue lo que escuché. Y, más profunda todavía, una súplica:

«Que el dolor sea aún más intenso, porque sólo cuando sea realmente insoportable desearé morir. Ojalá el dolor se haga tan terrible que me alegre de morir y no sienta tanto miedo. Ojalá sea tan insoportable que no sienta miedo.»

—Monsieur —el doctor me tocó en el brazo—, dice que no quiere recibir al sacerdote.

—No..., no lo recibiré.

Ella había vuelto el rostro hacia la puerta. Si no entraba inmediatamente, ella se levantaría para venir hacia mí, por mucho que le doliera.

Me pareció estar paralizado, pero, pese a todo, me abrí paso entre el doctor y las enfermeras, penetré en la estancia y cerré las puertas.

El olor de la sangre.

Estaba sentada a la pálida luz violácea de la ventana, bellamente vestida de tafetán azul marino, con una mano en el regazo y la otra en el brazo del sillón, y con su espesa cabellera amarilla recogida detrás de las orejas, con dos cintas rosas de modo que los rizos se desparramaban sobre sus hombros. En sus mejillas había un levísimo toque de colorete.

Durante un espantoso momento, me pareció que la estaba viendo cuando yo era un chiquillo. Era muy hermosa. Ni el tiempo ni la enfermedad habían alterado la simetría de su rostro ni la belleza de su cabello. Una sobrecogedora sensación de felicidad se adueñó de mí en ese instante, la cálida ilusión de que era mortal otra vez, de que había recuperado la inocencia y de que estaba de nuevo con ella, y de que todo estaba bien, de que todo estaba real y verdaderamente bien.

La muerte y el miedo no existían, y sólo estábamos ella y yo en su alcoba, y ella me tomaría en sus brazos. Me detuve.

Había llegado muy cerca de ella y la vi llorar cuando levantó la cabeza. El vestido parisino le apretaba demasiado en la cintura y tenía una piel tan fina e incolora en el cuello y las manos que no pude soportar su visión, mientras sus ojos se alzaban hacia mí desde una cara que parecía casi amoratada. Olí en ella la muerte. Olí la putrefacción.

Pero estaba radiante, y era mía; era la misma de siempre, y así se lo dije en silencio con todas mi fuerzas: que era tan hermosa como en mi primer recuerdo de ella, cuando todavía llevaba sus viejas ropas finas y se vestía con sumo detalle y me llevaba encima de su regazo a la iglesia en el coche.

Y en aquel extraño momento en que le daba a conocer todo aquello, lo mucho que la quería, me di cuenta de que ella *me oía*, y me respondía que ella me amaba y siempre me había amado.

Era la respuesta a una pregunta que no había llegado a hacer. Y ella se dio cuenta de la importancia del hecho: sus ojos eran serenos, inalterados.

Si llegó a advertir lo extraño de la situación, de aquel poder hablarnos sin palabras, no lo exteriorizó en absoluto. Seguramente no lo llegaba a comprender del todo. Debía haber notado únicamente una efusión de amor.

—Ven aquí para que pueda verte como eres ahora —me dijo.

La vela estaba junto a su brazo, en el alféizar. Con gesto parsimonioso, la apagué con los dedos. Vi que fruncía el entrecejo bajando sus rubias cejas, y sus ojos azules se abrieron un poco mas mientras observaba mi figura, el brillante brocado de seda y el encaje que había escogido para lucir ante ella, y la espada que llevaba al cinto con su empuñadura enjoyada, bastante imponente.

—¿Por qué no querías verme? —preguntó—. He venido a París para eso. Vuelve a encender la vela.

Pero en sus palabras no había ánimo de reprimenda. Yo estaba allí, a su lado, y eso le bastaba.

Me arrodillé a sus pies. Tenía pensada una vulgar conversación mortal sobre si debía viajar a Italia con Nicolás, pero, antes de que pudiera hablar, con toda claridad, se adelantó a decir:

—Demasiado tarde, querido mío. No completaría jamás el viaje. Ya he hecho suficiente camino.

Una punzada de dolor la hizo detenerse, ciñéndola por el talle donde le apretaba el vestido y, para ocultarme su sufrimiento, puso una cara muy inexpresiva. Cuando lo hizo, parecía una muchacha, y, de nuevo, olí en ella la enfermedad, el deterioro de sus pulmones y los coágulos de sangre.

Su mente fue presa de un pánico desbocado. Quería decirme a gritos que tenía miedo. Quería rogarme que la cogiera en mis brazos y me quedara con ella hasta que todo hubiera pasado, pero no pudo hacerlo, y, para asombro mío, advertí que ella pensaba que la rechazaría. Que era demasiado joven y atolondrado para comprender nada.

Aquello era la agonía.

Ni siquiera fui consciente de que me apartaba de ella, pero me había retirado al otro lado de la estancia. Pequeños detalles estúpidos se me incrustaron en la conciencia: las ninfas jugando en la pintura del techo, los elevados tiradores dorados de las puertas y la cera fundida de las blancas velas, en forma de frágiles estalactitas que deseé desprender y estrujar en mis manos. El lugar me pareció horrible, adornado con exceso. ¿Le desagradaría a ella? ¿Preferiría estar de nuevo en aquellas desiertas estancias de piedra?

En todo momento pensaba en ella como si hubiera «mañana y mañana y mañana...». Volví la vista a ella, a su majestuosa figura sujeta al alféizar. El cielo había oscurecido tras ella, y una nueva luminosidad, la de las lámparas de la casa, de los carruajes que transitaban y de las ventanas cercanas, rozó suavemente el pequeño triángulo invertido de su fino rostro.

—¿No puedes contármelo? —dijo en voz baja—. ¿No puedes decirme cómo ha sucedido? Nos has proporcionado a todos una gran felicidad, pero, ¿qué tal te va a ti? ¡A ti!

Incluso el mero hecho de hablar le causaba dolores.

Creo que estuve a punto de engañarla, de crear alguna potente emanación de contento y satisfacción gracias a los poderes que había adquirido. Estaba dispuesto a contar mentiras mortales con una habilidad inmortal, a hablar y hablar y a tratar de que cada palabra fuera la más perfecta. Sin embargo, algo sucedió en el silencio.

No creo que permaneciera callado más de un instante, pero algo cambió dentro de mí. Se produjo un cambio asombroso. En un instante, vi una vasta y aterradora posibilidad, y, en ese mismo momento, sin titubeos, tomé una decisión.

Una decisión que carecía de palabras, planes o preparativos. Si alguien me hubiera preguntado en aquel momento, habría negado tenerlos. Habría dicho: «No, nunca, nada más lejos de mis pensamientos. ¿Por quién me habéis tomado, qué clase de monstruo creéis que soy...?». Y, sin embargo, la elección estaba hecha.

Entendí algo absoluto.

Las palabras de mi madre se habían desvanecido por completo; volvía a ser presa del miedo y de los dolores, y, a pesar de éstos, se incorporó del sillón.

Vi cómo resbalaba de sus piernas el cobertor y me di cuenta de que venía hacia mí y que yo debía evitarlo. Vi sus manos cerca de mí, extendidas adelante para tocarme, y lo siguiente que supe fue que ella había saltado hacia atrás como si la arrastrara un viento impetuoso.

Tras retroceder unos pasos arrastrando los pies por la alfombra, chocó contra la pared más allá del sillón. Sin embargo, rápidamente recobró la compostura como obligándose a ello, y en su rostro no hubo ningún temor, aunque el corazón le latía aceleradamente. Su reacción fue más bien de asombro, y, después, de desconcertada calma.

Si algo pensé en ese instante, no sé qué sería. Me acerqué a ella con la misma decisión que ella había mostrado al avanzar hacia mí. Midiendo todas sus reacciones, me aproximé hasta quedar a la

misma distancia que nos separaba cuando ella había dado el salto hacia atrás. Mi madre me miraba la piel y los ojos; de pronto, alargó la mano y me tocó el rostro.

«¡No estás vivo!» Tal fue la aterradora exclamación que surgió silenciosamente en su mente. «Estás cambiado en otra cosa, pero NO ESTÁS VIVO.»

Sin palabras, respondí que no. No era como ella pensaba, y le envié un frío torrente de imágenes, una sucesión de instantáneas de lo que había pasado a ser mi existencia. Escenas, cortes del tejido de la noche parisina, la sensación de una cuchilla rajando el mundo sin el menor sonido.

Ella exhaló el aliento con un ligero siseo. El dolor descargó el puño en sus entrañas y abrió las garras. Mi madre tragó saliva y apretó los labios para ocultar su agonía, mirándome con ojos verdaderamente ardientes. Por fin había comprendido que aquella comunicación no eran meras sensaciones, sino auténticos pensamientos.

—¿Cómo, entonces? —quiso saber.

Y, sin pensar muy bien lo que estaba haciendo, le expliqué la historia paso a paso: la ventana rota por la que había sido arrebatado por la figura fantasmal que me había acechado en el teatro, los sucesos de la torre y el intercambio de sangre. Le hablé de la cripta donde dormía, del tesoro, de mis andanzas, de mis poderes y, sobre todo, de la naturaleza de mi sed. El sabor de la sangre, la sensación que producía, lo que significaba que todas las pasiones y toda la voracidad se concentraran en aquel único deseo, y que éste sólo obtuviera satisfacción, una y otra vez, bebiendo y matando.

La enfermedad la devoraba por dentro, pero mi madre ya no notaba el dolor. Me miraba fijamente, y los ojos eran lo único que quedaba de ella. Y aunque yo no había tenido intención de revelar tales cosas, descubrí que había tomado su frágil figura entre mis manos y que me estaba dando la vuelta de modo que la luz de los carruajes que circulaban con estruendo por el *quai* me diera de pleno en el rostro.

Sin apartar los ojos de ella, extendí una mano para agarrar el candelabro de plata del alféizar, y, levantándolo lentamente, doblé el metal con los dedos hasta dejarlo retorcido y lleno de bucles.

La vela cayó al suelo.

Mi madre puso los ojos en blanco un instante, se deslizó hacia atrás apartándose de mí, y, al tiempo que se agarraba de las cortinas de la cama con la mano izquierda, escapó de sus labios, en un gran acceso silencioso, un borbotón de sangre procedente de sus pulmones. Vi cómo sus fuerzas cedían hasta quedar de rodillas mientras la sangre manchaba todo el costado del lecho adoselado.

Contemplé el objeto de plata retorcido que tenía yo en las manos, aquel metal retorcido que no significaba nada. Lo dejé caer y observé a mi madre, la vi luchar contra la inconsciencia y el dolor, limpiarse de pronto la boca con gestos torpes en las sábanas, como un borracho vomitando, mientras iba derrumbándose hasta el suelo, incapaz de sostenerse.

Yo estaba de pie ante ella, contemplándola, y su pasajera angustia dejó de tener importancia frente a la propuesta que le hice en aquel preciso instante. Una vez más, no hubo palabras sino sólo mudos pensamientos, y una pregunta, más inmensa de lo que podría formularse nunca en voz alta: *¿Quieres venir conmigo ahora? ¿QUIERES INTRODUCIRTE EN ESTO CONMIGO?*

No te oculto nada, ni mi ignorancia ni mi miedo ni el simple pánico a fallar si lo intento. Y ni siquiera sé si puedo transmitir mi naturaleza más de una vez o cuál es el precio a pagar por hacerlo, pero correré el riesgo por ti, y los dos lo descubriremos juntos, sean cuales sean el misterio y el terror que pueda guardar, como he descubierto solo todo lo demás.

Y ella, con todo su ser, respondió que sí.

— ¡Sí! —exclamó de pronto en un grito casi ebrio, con una voz que quizás había sido siempre la suya, pero que yo no había escuchado nunca. Sus párpados se cerraron con fuerza mientras volvía la cabeza a derecha e izquierda—. ¡Sí!

Me incliné hacia adelante y besé la sangre que surgía de sus labios abiertos. El contacto me provocó un hormigueo en las extremidades y la sed estalló impetuosa. Mis brazos se cerraron en torno a su cuerpo liviano y la levantaron más y más, hasta que los dos estuvimos en pie, abrazados junto a la ventana, y el cabello le caía por la espalda; un nuevo acceso de sangre brotó de sus pulmones, pero ahora ya no tenía importancia.

Nos envolvieron todos los recuerdos de mi vida con ella, formando en torno a nosotros un velo que nos aislaba del mundo: los tiernos poemas y canciones de la infancia, la sensación de su presencia sin palabras cuando sólo había un parpadeo de luz en el techo sobre sus almohadas, y el aroma de su piel embriagándome y su voz acallando mis sollozos, y luego el odio que había sentido por ella y la necesidad de su presencia, y su alejamiento tras un millar de puertas cerradas, y sus crueles respuestas, y el terror que me había producido y su complejidad y su indiferencia y su energía indefinible.

Y en todo instante, surgiendo con fuerza en el flujo de pensamientos, la sed. Una sed no abrasadora, pero que daba calor a cada imagen de mi madre hasta convertirla en sangre, en madre, en amante, en todas las cosas, en todo cuanto yo había deseado jamás, bajo la cruel presión de mis labios y mis dedos. Hundí mis colmillos en ella, noté cómo jadeaba y se ponía tensa y advertí que mi boca se abría, glotona, para recoger toda la sangre caliente cuando ésta manó de su cuello.

Su corazón y su alma se abrieron de par en par. En su interior no tenía edad alguna, no había un solo instante. Mi razón se nubló Y parpadeó y dejaron de existir mi madre, mis triviales necesidades Y mis despreciables temores; ella era, simplemente, quien era. Era Gabrielle.

Y toda su vida acudió en su defensa: los años y años de sufrimiento y soledad, la consunción en aquellas cámaras húmedas y vacías a las que había sido condenada, los libros que eran su solaz, los hijos que la habían devorado y abandonado, y el dolor y la enfermedad, sus últimos enemigos, que simulaban ser sus amigos con la promesa de liberarla. Y más allá de palabras e imágenes surgían el latido secreto de su pasión, su asomo de locura, su negativa a la desesperación.

Yo seguía sosteniéndola, manteniéndola en pie, con los brazos cruzados detrás de su fino cuello y acunando su cabeza entregada en mi mano. Cada vez que la sangre brotaba de su garganta, yo emitía un gemido estentóreo que formaba una canción al compás de los latidos de su corazón. No obstante, éste estaba perdiendo fuerzas demasiado deprisa. La muerte se acercaba y la mujer se resistió a ella con todas sus fuerzas, hasta que yo, en un último esfuerzo por contenerme, la aparté de mí sin soltarla y la sostuve, inmóvil, frente a mí.

Me sentí desfallecer. La sed deseaba el corazón de mi presa. Aquella sed no era ningún invento de algún alquimista. Y me quedé allí inmóvil, con los labios abiertos y los ojos borrosos mientras la sostenía lejos de mí, como si en mi interior hubiera dos seres, uno que quisiera estrujarla y otro que deseara cuidarla y protegerla.

Sus ojos, muy abiertos, parecían ciegos. Por un instante, se hallaba en algún lugar más allá de todo sufrimiento, donde no existía más que dulzura e incluso algo que podía ser comprensión. Sin embargo, a continuación, la oí llamarme por mi nombre.

Me llevé la muñeca derecha a los labios, me reventé una vena a mordiscos y apreté la herida contra sus labios. Ella no se movió mientras la sangre se derramaba en su lengua.

—Bebe, madre —dije frenéticamente mientras apretaba el brazo con más fuerza todavía. Y noté como si ya hubiera empezado a producirse algún cambio.

Sus labios vibraban, su boca se adhirió a mí y el dolor me sacudió de pronto, envolviendo mi corazón.

Su cuerpo se estiró, se puso en tensión, y su mano izquierda me asió la muñeca mientras tragaba el primer sorbo. Y el dolor se hizo más y más intenso hasta casi hacerme soltar un alarido. Lo noté como un chorro de metal fundido que corriera por mis vasos, extendiéndose por todas las fibras de mi cuerpo. Pero sólo era ella que tiraba de mí, que me chupaba, que me quitaba la sangre que yo acababa de sacarle. Ya volvía a mantenerse en pie por sí misma y su cabeza apenas se apoyaba en mi pecho. Me invadió un profundo entumecimiento mientras ella seguía chupando con gran vehemencia y noté que el corazón se me desbocaba ante esa sensación de aturdimiento, potenciando mi dolor al tiempo que aumentaba su sed con cada nuevo latido.

Chupó y chupó cada vez con más ímpetu, cada vez más deprisa, y noté que me asía muy fuerte, con un renovado vigor en su cuerpo. Pensé en obligarla a apartarse, pero no lo hice, y, cuando las piernas me fallaron, fue ella quien tuvo que sostenerme. Me sentía mareado y la habitación me daba vueltas, pero ella continuó con lo suyo, y un vasto silencio se extendió en todas direcciones a partir de mí hasta que, sin ninguna voluntad ni convicción, la aparté de un empujón.

Dio unos pasos inseguros y se detuvo ante la ventana con sus largos dedos extendidos sobre la boca abierta. Y antes de volverme y derrumbarme sobre un sillón cercano, contemplé con detalle por unos instantes su cara pálida y me pareció ver cómo su cuerpo se hinchaba bajo la ligera tela de tafetán azul marino. Sus ojos eran dos globos de cristal que captaban la luz.

Creo que en aquel instante murmuré «Madre», como un vulgar mortal, antes de cerrar los ojos.

2

Estaba sentado en el sillón. Me pareció que llevaba dormido toda una eternidad, pero no había dormido un solo instante. Estaba en el castillo, en el hogar de mi padre.

Busqué a mi alrededor el atizador del fuego y mis perros, y si quedaba un poco de vino, y entonces advertí las cortinas doradas a los lados de las ventanas y la parte de atrás de Notre Dame recortada contra el cielo estrellado. Y la vi a ella.

Estábamos en París. E íbamos a vivir para siempre.

Ella tenía algo entre las manos. Otro candelabro. Un mechero de yesca. Estaba de pie, muy erguida, y sus movimientos eran rápidos. Prendió una chispa y la aplicó a las velas una a una. Las llamas se avivaron y las flores de papel pintado de las paredes se alzaron hasta el techo y las bailarinas de éste se movieron por un instante para, rápidamente, quedar paralizadas de nuevo formando un círculo.

Me volví hacia ella. Estaba frente a mí con un candelabro a su derecha y la cara blanca y perfectamente tersa. Las bolsas oscuras bajo sus ojos habían desaparecido, y, de hecho, todos sus pequeños defectos e imperfecciones se habían borrado, aunque no sabría decirlos de qué defectos podría tratarse. A mis ojos, ahora era perfecta.

Las arrugas que le había dado la edad se habían reducido, y, al mismo tiempo, curiosamente, se habían hecho más profundas, de modo que tenía pequeñas arrugas gestuales en el rabllo de ambos ojos y otra muy fina a cada lado de la boca. En los párpados conservaba sólo unas pequeñísimas bolsas —lo cual realzaba su simetría, la sensación de que su rostro se componía de triángulos—, y sus labios mostraban el tono rosa más pálido que se pueda imaginar. Tenía el aspecto delicado de un diamante cuando atrapa un rayo de luz. Cerré los ojos y volví a abrirlos, y comprobé que todo aquello no era una ilusión, igual que tampoco lo era el silencio de ella. Y advertí que su cuerpo había experimentado cambios aún más profundos. Volvía a tener la plenitud de su juventud. Los pechos que la enfermedad había marchitado, ahora abultaban sobre el tafetán azul marino del corsé, con una piel de un rosa tan pálido y sutil que habría podido reflejar la luz. Pero su cabello resultaba aún más asombroso, porque parecía tener vida propia. Eran tantos los colores que se movían en él, que casi parecía retorcerse; millones de finísimas hebras agitándose en torno a su rostro y su garganta, de un blanco impoluto.

Las marcas de la garganta habían desaparecido.

Ya no quedaba nada por hacer, salvo el acto final de valor. Mirarla a los ojos.

Mirar con aquellos ojos de vampiro a otro ser como yo, por primera vez, desde que Magnus saltara a la hoguera.

Debí hacer algún ruido, porque ella reaccionó ligeramente. Gabrielle. Desde ese instante, aquél era el único nombre con que podría llamarla.

—Gabrielle —le dije. Jamás la había llamado así, salvo en alguno de mis pensamientos más íntimos, y vi que me sonreía.

Me miré la muñeca. La herida había desaparecido, pero la sed gritaba en mi interior. Las venas me respondían como si les hubiera hablado. Miré a Gabrielle y vi que movía los labios en una ligera mueca de hambre. Y ella me dirigió una extraña expresión cargada de intención como si dijera «¿no me entiendes?».

Pero no escuché nada. Silencio. Sólo la belleza de sus ojos mirándome de frente, y acaso el amor con el que nos contemplábamos, pero acompañados de un silencio que se extendía en todas direcciones, que no ratificaba nada. No podía entenderlo. ¿Estaba cerrándome su mente? La interrogué en silencio, pero no pareció captar mi pregunta.

—¡Ahora! —exclamó, y su voz me sobresaltó. Era más suave y sonora que antes. Por un instante volvimos a estar en la Auvernia, caía la nieve y ella me cantaba, y el eco repetía la nana como en una gran cueva. Pero esto había muerto.

—Vamos... —dijo—. Acabemos con todo esto, deprisa... ¡Ahora! —Asintió con la cabeza para persuadirme, se acercó y me tiró de la mano—. Mírate en el espejo —susurró por fin.

Pero yo sabía bien lo que vería. Le había dado más sangre de la que le había extraído a ella. Estaba debilitado. Ni siquiera me había saciado antes de acudir a verla.

Con todo, estaba tan sorprendido por el sonido de sus palabras, la breve visión de la nieve cayendo y el recuerdo de la canción infantil, que, por un instante, no respondí. Observé sus dedos que tocaban los míos. Vi que nuestra carne era idéntica. Me incorporé del sillón y tomé sus dos manos, y luego toqué sus brazos y su rostro. ¡Lo había hecho y seguía vivo! Y ella estaba *conmigo* ahora. Había llegado a aquella terrible soledad y estaba allí, junto a mí. De pronto, no tuve otro pensamiento que abrazarla, estrecharla contra mí y no permitir que nunca se fuera.

La levanté del suelo, la mecí en mis brazos y juntos dimos vueltas y vueltas.

Ella echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír incontinentemente, cada vez más alto, hasta que le cubrí la boca con la mano.

—Con esa voz puedes hacer añicos todos los cristales de la estancia —le susurré, con la vista vuelta hacia la puerta, tras la cual estaban Nicolás y Roget.

—¡Pues que se hagan añicos! —replicó, y en su expresión no había nada de humorístico. La deposité de pie en el suelo. Creo que nos abrazamos una y otra vez, casi como dos tontos. No pude contenerme de hacerlo.

Pero había otros mortales en el piso. El doctor y las enfermeras se hallaban también tras la puerta, cavilando sobre si debían entrar o no.

Vi que Gabrielle miraba a la puerta. Ella también los oía. Entonces, ¿por qué no podía escucharme a mí?

Se apartó de mi lado mientras pasaba su mirada de un objeto a otro. Asió de nuevo el candelabro y lo acercó al espejo, donde se contempló a su luz.

Comprendí lo que le estaba sucediendo. Necesitaba tiempo para ver y calcular con su nueva visión. Pero teníamos que salir del piso.

Escuché la voz de Nicolás a través de la pared, urgiendo al médico a que llamara a la puerta.

¿Cómo iba a hacer para salir de allí y librarme de ellos?

—No, por ahí no —dijo ella al ver que miraba hacia la puerta.

Sus ojos repasaban la cama, los objetos colocados sobre la mesa. Se acercó a la cama y sacó sus joyas de debajo de la almohada. Las examinó y volvió a guardarlas en una gastada bolsa de terciopelo. Después, ató la bolsa a la falda de modo que se perdiera entre los pliegues de la ropa.

Había un aire de importancia en aquellos pequeños gestos. Comprendí que aquello era lo único que le importaba de la estancia, aunque su mente no me lo reveló ni por un instante. Estaba despidiéndose de sus cosas, de los vestidos que había traído consigo, de su querido cepillo de plata y su peine, de los libros manoseados de la mesilla junto a la cama.

Llamaban a la puerta.

—¿Por qué no por ahí? —me preguntó—, y, volviéndose hacia la ventana, abrió los cristales con gesto enérgico. La brisa movió las cortinas doradas y le levantó el cabello junto a la nuca, y, cuando se dio la vuelta, me estremecí al contemplar la cabellera enmarañada en torno al rostro, los ojos muy abiertos y llenos de mil y un fragmentos de color y una luz casi trágica. Vi que no le tenía miedo a nada.

La tomé en mis brazos y, por un instante, no la dejé desasirse. Hundí el rostro en sus cabellos, y, de nuevo, lo único que me pasó por la cabeza fue que estábamos juntos y que ya nada nos separaría jamás. No entendía su silencio, la razón de que no la *oyera*, pero tuve la certeza de que no era cosa suya, y creí que tal vez pasaría. Ella estaba conmigo. Y aquél era el mundo. La muerte era mi comandante y podía entregarle mil víctimas, pero a ella se la había arrebatado de las manos. Lo dije en voz alta. Dije otras cosas desesperadas y sin sentido. Los dos éramos idénticos seres terribles y mortíferos que vagábamos por el Jardín Salvaje y traté de inculcarle con imágenes el sentido de aquel Jardín Salvaje, pero no importaba que no lo entendiera.

—El Jardín Salvaje —repetió las palabras en tono reverencial, con una suave sonrisa en los labios.

Me retumbaba en la cabeza. Noté que me besaba y me murmuraba no sé qué cuchicheo como acompañamiento de sus pensamientos.

—Pero ahora ayúdame —me dijo—. Quiero verte *hacerlo*. Ahora. Después nos queda la eternidad para abrazarnos. Vamos.

La sed. Debía estar ardiendo. Yo necesitaba sangre imperiosamente y ella ansiaba probarla, de eso estaba seguro. Porque recordé que yo lo había deseado desde la primera noche. En aquel instante, me sorprendió que el dolor de su muerte física..., los fluidos evacuando su cuerpo..., pudiera aminorarse si primero bebía.

Hubo nuevas llamadas a la puerta, que no estaba cerrada.

Trepé al alféizar de la ventana, le tendí la mano y, de inmediato, la tuve en mis brazos. No pesaba nada, pero noté la firmeza, la tenacidad de su abrazo. Con todo, cuando vio la calleja a sus pies, la altura de la pared y el *quai* al fondo, pareció titubear por un segundo.

—Échame los brazos al cuello —le dije— y agárrate fuerte.

Escalé las piedras llevándola colgada sobre el vacío, con su rostro levantado hacia el mío, hasta que alcanzamos las resbaladizas pizarras del tejado.

Después la tomé de la mano y tiré de ella, corriendo más y más deprisa sobre los canalones y las chimeneas, cruzando a saltos las estrechas callejas, hasta que alcanzamos el otro extremo de la isla. Había esperado escuchar en cualquier momento un grito, o notar que me agarraba con más fuerza, pero ella no tenía el menor miedo.

Al detenernos, permaneció erguida y silenciosa contemplando los tejados de la Rive Gauche y el río salpicado de miles de oscuras barcas llenas de seres andrajosos; por un instante, pareció que gozaba simplemente del viento que alborotaba sus cabellos. Habría podido caer extasiado contemplándola, estudiando cada uno de los aspectos de su transformación, pero me dominaba una inmensa urgencia por llevarla a recorrer la ciudad, por enseñarle todas las cosas que yo había aprendido. Ahora, ni ella ni yo sabíamos qué era el agotamiento físico, y Gabrielle no estaba sobrecogida por ningún horror como había sido mi caso cuando Magnus se había arrojado a la hoguera.

Un carruaje se acercaba a buena velocidad por el *quai*, muy escorado hacia el río y con el cochero agachado hacia adelante, tratando de mantener el equilibrio sobre el elevado pescante. Tomé de nuevo la mano de Gabrielle y le indiqué el vehículo cuando lo tuvimos cerca.

Saltamos cuando pasó por debajo y aterrizamos sin hacer ruido en la capota de cuero. El cochero, atareado, ni siquiera se volvió. Sujeté a mi compañera, ofreciéndole apoyo, hasta que los dos estuvimos bien colocados, dispuestos para saltar del vehículo cuando lo decidiéramos.

Hacer aquello con ella resultaba indescriptiblemente apasionante.

Atravesamos al galope el puente y dejamos atrás la catedral, abriéndonos paso entre la multitud en el Pont Neuf. Escuché de nuevo la risa de Gabrielle y me pregunté qué pensaría la gente de los pisos superiores si nos veía, dos figuras vistosamente ataviadas que se sostenían en el techo inestable del carruaje como un par de chiquillos traviosos encima de una balsa.

El carruaje cambió de dirección y continuó su marcha apresurada hacia Saint Germain-des-Prés, dispersando a la muchedumbre a nuestro paso y bordeando el cementerio de les Innocents, con su insoportable hedor, hasta adentrarse por unas calles estrechas de elevados edificios de viviendas.

Por un instante, percibí el fulgor mortecino de *la presencia*, pero desapareció tan deprisa que dudé de mí mismo. Volví la cabeza y no pude captar de nuevo el tenue resplandor. Entonces me di cuenta con extraordinaria claridad de que Gabrielle y yo podríamos hablar juntos sobre aquella *presencia*, que podríamos conversar juntos sobre cualquier cosa y que podríamos hacerlo todo juntos. Aquella noche era, a su modo, tan cataclísmica como la noche en que Magnus me había transformado. Y apenas acababa de empezar.

El barrio que cruzábamos ahora era perfecto. Volví a asir la mano de Gabrielle, tiré de ella para saltar juntos del carruaje y aterrizamos en la calzada.

Mi compañera contempló desconcertada las ruedas del vehículo, que desaparecieron de la vista casi al instante. La apariencia de Gabrielle, más allá de sus cabellos revueltos, resultaba imposible: una mujer

arrancada de su tiempo y de su lugar, vestida solamente con unas chinelas y un vestido, libre de cadenas, libre para ir y venir a su antojo.

Penetramos en un angosto callejón y corrimos juntos, cogidos por el talle. De vez en cuando, la observaba, y veía que sus ojos recorrían las paredes que se alzaban sobre nosotros, la multitud de ventanas cerradas por entre cuyas persianas se filtraban pequeños rayos de luz.

Yo sabía qué era lo que ella veía, qué eran los sonidos que captaban sus oídos. En cambio, seguí sin oír nada procedente de ella y me asustó un poco la idea de que quizás estuviera cerrándose deliberadamente a mis tanteos.

Gabrielle se detuvo. Por la expresión de su rostro comprendí que estaba sufriendo el primer espasmo de su muerte.

La animé y le recordé en breves palabras la visión que le había mencionado antes.

—Será un dolor poco duradero, nada en comparación con el que has soportado hasta hoy. Desaparecerá en cuestión de horas; tal vez menos, si podemos beber enseguida.

Ella asintió, más impaciente que asustada ante tal posibilidad.

Fuimos a salir a una plazoleta. En la verja de una vieja casa vi a un joven que parecía esperar a alguien, con el cuello de su abrigo gris levantado para protegerse el rostro.

¿Sería Gabrielle lo bastante fuerte para reducirle? ¿Tendría ella tanta fuerza como yo? Era el momento de comprobarlo.

—Si la sed no te empuja a hacerlo, es aún demasiado pronto para ti —le indiqué.

La miré de nuevo y me recorrió un escalofrío. Su mirada de concentración era tan fija, tan resuelta, que resultaba casi puramente humana; y sus ojos estaban ensombrecidos por la misma sensación de tragedia que ya había percibido antes. Gabrielle no se perdía un solo detalle. Sin embargo, cuando avanzó hacia el hombre, no hubo en ella nada de humano. Se convirtió en un puro depredador, como sólo puede serlo una fiera, aunque siguiera ofreciendo el aspecto de una simple mujer caminando lentamente hacia un hombre; mejor aún, de una dama abandonada en plena calle, sin capa ni sombrero, ni acompañantes, que se acercaba a un caballero como si se dispusiera a pedirle ayuda. Todo esto era Gabrielle.

Me sobrecogió de espanto verla avanzar por los adoquines de la calle como si ni siquiera los rozara, comprobar cómo todas las cosas, incluso los mechones de su cabello mecidos por la brisa en una dirección y otra, parecían de algún modo sometidas a su dominio. Me dio la impresión de que, con aquel paso inexorable, mi nueva congénere podría hasta haber atravesado las paredes.

Me retiré a un rincón en sombras.

El hombre se fijó en la mujer que se le aproximaba, se volvió hacia ella con un ligero crujido del tacón de la bota sobre los adoquines, y la mujer se puso de puntillas como para cuchichearle algo al oído. Me pareció verla vacilar por un instante. Tal vez se sentía ligeramente horrorizada. De ser así, ello indicaba que la sed no había llegado a su punto culminante. Pero, si realmente tuvo alguna duda, ésta no duró más de un segundo. Muy pronto, vi que tenía apresado al hombre que éste era impotente para resistirse. También yo estaba demasiado fascinado como para hacer otra cosa que observar.

Sin embargo, de pronto me vino a la cabeza que no había avisado a Gabrielle acerca de lo del corazón, que no debía llegar hasta el extremo de dejar de latir. ¿Cómo podía haber olvidado algo así? Corrí hacia ella, pero ya había soltado a su presa, y el joven se había derrumbado junto a la tapia con la cabeza ladeada y el sombrero caído a sus pies. Estaba muerto.

Gabrielle se quedó mirándole y apreció el efecto de la sangre en su interior, calentándola e intensificando el rosado de su piel y el rojo de sus labios. Cuando me miró, sus ojos eran un destello violeta, reflejo casi exacto del color que tenía el cielo cuando yo había entrado en su alcoba aquella noche. Continué contemplándola en silencio mientras ella observaba con un aire de curiosidad y asombro a su víctima, como si no terminara de aceptar lo que veía. Volvía a tener el cabello enredado, y lo aparté de su rostro.

Se deslizó entre mis brazos y la conduje lejos de su víctima. Ella volvió la cabeza un par de veces y, por fin, miró resueltamente hacia adelante.

—Por esta noche, es suficiente. Tenemos que regresar a la torre —le dije. Deseaba enseñarle el tesoro y estar a solas con ella en aquel reducto seguro; deseaba estrecharla en mis brazos y consolarla si empezaba a perder el dominio de sí misma. De nuevo, los espasmos agónicos la asaltaban. Allí, en la torre, podría descansar a mi lado junto al fuego.

—No, no quiero ir todavía —replicó—. El dolor no durará mucho, tú me lo has prometido. Quiero que pase pronto y luego seguir aquí. —Alzó la vista hacia mí y sonrió—. Vine a París para morir, ¿recuerdas? —añadió en un susurro.

Todo a nuestro alrededor distraía su atención: el muerto envuelto en su abrigo gris y desplomado junto a la tapia, el reflejo del cielo en la superficie de un charco, el paso de un gato por la parte superior de una pared cercana. La sangre seguía moviéndose en el interior de Gabrielle, llenándola de una sensación de calor.

Así su mano y la insté a seguirme.

—Tengo que beber —le expliqué.

—Sí, claro —susurró ella—. Esa presa debería haber sido para ti. Debería haberme dado cuenta... Además, incluso en estas circunstancias, tú eres el hombre...

—El hombre famélico —añadí con una sonrisa—. No caigamos en el desatino de inventar unas normas de urbanidad para monstruos.

Solté una carcajada. La habría besado, pero algo me distrajo de pronto y le apreté la mano con demasiada fuerza.

A lo lejos, en la dirección de les Innocents, escuché *la presencia* con más nitidez que nunca.

Gabrielle permaneció tan muda como yo, y, ladeando lentamente la cabeza, se apartó el cabello del oído.

—¿Oyes eso? —le pregunté. Ella levantó la vista hacia mí al instante.

—¡Es *otro!* —exclamó. Entrecerró los ojos y volvió a mirar en la dirección de la que procedía el efluvio—. ¡Proscritos! —añadió en voz alta.

—¿Qué?

Proscritos, proscritos, proscritos. Sentí una oleada de aturdimiento, como si recordara algo salido de un sueño. Un fragmento de un sueño. Pero era incapaz de pensar con claridad, pues me había desgastado mucho transformando a la mujer en uno de mi especie. Era *necesario* saciar mi sed.

—Eso nos ha llamado proscritos —dijo ella—. ¿No lo has oído?

Tras esto, volvió a prestar atención a las lejanas palabras, pero la *presencia* había desaparecido ya, y ninguno de los dos volvimos a captarla; incluso dudé de si sería cierto que había captado aquel nítido pensamiento, *proscritos*, ¡pero había parecido muy real!

—Sea lo que sea, no importa —afirmé—. Jamás se acerca a más de esta distancia. No obstante, mientras pronunciaba estas palabras, me di cuenta de que en esta ocasión la *presencia* había resultado más virulenta que nunca y deseé alejarme enseguida de les Innocents—. Sea lo que sea, *eso* vive en los cementerios —murmuré—. Tal vez no pueda vivir en otro lugar... por mucho tiempo.

Antes de que pudiera terminar la frase, no obstante, volví a sentir de nuevo la *presencia* y me pareció que se expandía y rezumaba más malevolencia de la que nunca antes había apreciado en ella.

—¡Está burlándose! —susurró Gabrielle.

Estudí su expresión y comprendí, sin la menor duda, que ella captaba la *presencia* con mucha más claridad que yo.

—¡Desafíale! ¡Llámale cobarde! —indiqué a mi compañera—. ¡Exígele que salga!

Gabrielle me dirigió una mirada de sorpresa.

—¿De veras es eso lo que quieres? —me preguntó en un leve susurro. Vi que era presa de un ligero temblor y la ayudé a sostenerse mientras se llevaba una mano al vientre como si sufriera un nuevo espasmo.

—Dejémoslo entonces —respondí—. No es el momento adecuado. Ya volveremos a oír esa voz más adelante, cuando casi nos hayamos olvidado de que existe.

—Ahora ha desaparecido —añadió ella—. Pero ese ser nos odia...

—Alejémonos de aquí —insistí en tono despectivo. Después, pasando el brazo en torno a su cintura, la obligué a acelerar el paso.

Guardé para mí lo que estaba pensando, lo que me preocupaba mucho más que la *presencia* y sus trucos de costumbre. Si Gabrielle podía escucharla igual que yo, o con más nitidez todavía, era que poseía todos mis poderes, incluida la capacidad para emitir y recibir imágenes y pensamientos. ¡Y, sin embargo, no podíamos *oírnos* entre nosotros!

3

Encontré una víctima no bien cruzamos el río y, tan pronto como la hube escogido, me di entera cuenta de que todo cuanto había hecho a solas hasta entonces, lo seguiría haciendo en adelante con Gabrielle. En esta ocasión, ella podría observar mi actuación y sacar enseñanzas de ella. Creo que la intimidad de la experiencia hizo que me subiera la sangre al rostro.

Mientras atraía a mi presa a la salida de la taberna, mientras jugaba con el desgraciado hasta volverle loco y luego daba cuenta de él, fui consciente de que estaba haciendo ostentación delante de mi madre, añadiendo a la cacería un poco más de crueldad, un toque casi travieso. Y cuando saboreé la muerte, ésta tuvo tal intensidad que me dejó exhausto durante un rato.

A ella le encantó la escena. Lo observó todo como si pudiera absorber la visión del mismo modo en que absorbía la sangre. Nos abrazamos de nuevo y la tomé en mis brazos y noté su calor igual que ella notó el mío. La sangre invadía mi cerebro y los dos nos quedamos apretados el uno contra el otro, como dos estatuas ardientes en la oscuridad. Incluso la fina envoltura de nuestras ropas nos parecía extraña.

Tras esto, la noche perdió toda dimensión normal. De hecho, sigo recordándola como una de las noches más largas que he pasado en toda mi vida inmortal.

Fue una noche interminable, vertiginosa e insoldable, y hubo momentos en los que deseé tener alguna defensa contra sus placeres y sus sorpresas, pero no encontré ninguna.

Y, aunque repetí su nombre una y otra vez para acostumbrarme, ella ya no era realmente Gabrielle para mí. Era, simplemente *ella*, la que había necesitado toda mi vida con todo mi ser. Era la única mujer a la que había amado siempre.

Su muerte real no se prolongó mucho.

Buscamos un sótano vacío y nos quedamos en él hasta que todo hubo terminado. Y allí la sostuve entre mis brazos y le hablé mientras sucedía. Volví a contarle, esta vez con palabras, todo lo que me había sucedido.

Le hablé con detalle de la torre y repetí todo cuanto Magnus me había dicho. Le expliqué todas las manifestaciones de la *presencia* y cómo casi me había acostumbrado a ella y el desprecio que me inspiraba y mi decisión de no perseguirla. Probé una y otra vez a enviarle imágenes mentales, pero resultó inútil. No hice ningún comentario al respecto. Ella tampoco, pero siguió mis explicaciones con mucha atención.

Le comenté las sospechas de Nicolás, quien, por supuesto, no le había mencionado nada al respecto. Añadí que ahora aún temía más por él. Otra ventana abierta, otra habitación vacía, y, esta vez, varios testigos para corroborar lo extraño que resultaba todo el asunto.

Pero no importaba: ya me ocuparía de contarle a Roget algún cuento que resultara convincente. Ya encontraría algún medio de engatusar a Nicolás, de romper la cadena de sospechas que le vinculaba a mí.

Ella pareció ligeramente fascinada por todo aquello, pero, en realidad, no le importaba. Lo único que le interesaba era lo que se abría ante ella desde aquel momento.

Y, cuando el proceso de su muerte hubo concluido, no hubo modo de detenerla. No había muro que no pudiera escalar, ni puerta que no quisiera abrir, ni tejados demasiado inclinados.

Era como si no creyese de veras que viviría eternamente, sino que pensara que se le había concedido únicamente aquella noche de vitalidad sobrenatural y que debía conocer y llevar a cabo todas las cosas antes de que la muerte viniera a reclamarla al amanecer.

Traté en múltiples ocasiones de convencerla para que volviéramos al refugio de la torre, y, con el transcurso de las horas, se adueñó de mí un agotamiento espiritual. Necesitaba reposar allí, meditar sobre lo sucedido aquella noche. Abriría los ojos y, por un instante, lo único que vería sería oscuridad.

Ella, en cambio, sólo deseaba experimentar, vivir aventuras.

Me propuso entrar en las viviendas privadas de los mortales a buscar la ropa que le hacía falta, y se echó a reír cuando le confié que siempre había adquirido mi indumentaria como era debido.

—Podemos oír si una casa está vacía —replicó ella. Avanzaba con rapidez por las calles con la vista puesta en las ventanas de las mansiones a oscuras—. Y también podemos oír si los criados están despiertos.

Aunque nunca había probado una cosa semejante, me pareció muy coherente, y pronto me encontré siguiéndola por las estrechas escaleras de servicio y los pasillos enmoquetados, sorprendido de lo fácil que resultaba y fascinado por los detalles de las estancias informales en las que vivían los mortales. Descubrí que me gustaba tocar los objetos personales: abanicos, cajitas de rapé, el periódico que había estado leyendo el amo de la casa, sus botas junto al fuego. Era tan divertido como asomarse a las ventanas.

Pero su propuesta tenía un fin concreto. En el vestidor de la señora de una gran casona de Saint Germain, encontró una fortuna en ropas elegantes a la medida de sus renovadas y abundantes formas. Le ayudé a despojarse del viejo vestido de tafetán y a ponerse otro de terciopelo rosa, tras lo cual procedió a recogerse los rizos de su cabellera bajo un sombrero de plumas de avestruz. De nuevo, me sorprendió su aspecto y la sensación extraña, fantasmal, de vagar junto a ella por la casa amueblada *en* exceso y llena de aroma a mortales. La vi recoger unos objetos de la mesa del vestidor. Un frasco de perfume y unas tijeritas de oro. Después, la vi mirarse en el espejo.

Le acerqué mis labios de nuevo y no me rechazó. Éramos unos amantes besándose. Y ésa era la imagen que ofrecíamos juntos, dos pálidos amantes, mientras descendíamos a toda prisa la escalera de servicio y nos perdíamos por las calles nocturnas.

Vagamos por la Opera y la Comedie antes de que cerraran, y luego acudimos al baile del Palais Royal. A ella le encantó la manera como los mortales nos veían sin vernos, cómo se sentían atraídos por nosotros y, a la vez, se engañaban por completo.

Más tarde, mientras explorábamos las iglesias, oímos la *presencia* con gran claridad; pero enseguida la perdimos otra vez. Escalamos campanarios para contemplar nuestro reino, y, más tarde pasamos un rato apretujados en abarrotadas cafeterías por el mero gusto de sentir y oler a los mortales que nos

rodeaban, de intercambiar miradas secretas, de reírnos en voz baja, *tete a tete*, Gabrielle cayó en un estado de ensoñación contemplando la columna de vapor que se alzaba del tazón de café y las capas de humo de cigarrillo que flotaban alrededor de las lámparas.

Más que ninguna otra cosa, le gustaban las calles oscuras y vacías y el aire fresco. Quiso encaramarse a las ramas de los árboles y subirse de nuevo a los tejados. Se maravilló que yo no recorriera siempre la ciudad utilizando los tejados o cabalgando sobre las capotas de los carruajes, como habíamos hecho un rato antes.

Poco después de medianoche, estábamos en el desierto mercado caminando cogidos de la mano.

Acabábamos de escuchar otra vez la *presencia*, pero ninguno de los dos pudo distinguir en ella un estado de ánimo como la vez anterior. Aquello me tenía desconcertado.

No obstante, todo cuanto nos rodeaba resultaba asombroso todavía para mi compañera: la basura, los gatos que cazaban ratas, la extraña quietud, el hecho de que los rincones más oscuros de la metrópoli no representaran peligro alguno para nosotros. Sobre todo, esto último. Tal vez era eso lo que más le agradaba, que pudiéramos pasar por delante de las guaridas de ladrones sin que nuestra presencia fuera advertida, que pudiéramos derrotar fácilmente a cualquiera lo bastante estúpido como para molestarnos, que fuéramos a la vez visibles e invisibles, palpables y absolutamente intangibles.

Yo no le daba prisas ni le hacía preguntas. Simplemente, me dejaba llevar por ella, me sentía satisfecho, y, a veces, me descubría sumido en mis pensamientos acerca de aquel bienestar tan poco familiar para mí.

Y cuando un joven agraciado, de constitución delgada, surgió a caballo entre los tenderetes cerrados del mercado, lo contemplé como si fuera una aparición, alguien llegado de la tierra de los vivos a la tierra de los muertos. El muchacho me recordó a Nicolás por su cabello oscuro y sus ojos pardos, y por la expresión entre inocente y meditabunda de su rostro. No alcanzaba la edad de Nicolás y era un joven muy estúpido, me dije, por andar a solas por el mercado a aquellas horas.

Sin embargo, no me di perfecta cuenta de lo estúpido que era hasta que Gabrielle se movió hacia adelante como un gran felino de piel rosada y sin hacer ningún ruido, le derribó de la montura.

Me estremecí. La inocencia de las víctimas no le preocupaba en absoluto. Ella no padecía mis batallas morales. Pero tampoco yo las libraba ya, de modo que, ¿cómo podía juzgarla? Con todo, la facilidad con la que mató al joven, rompiéndole el cuello con gesto grácil cuando el pequeño sorbo de sangre que tomó de él no le habría causado la muerte, me enfureció a pesar de la extrema excitación que me produjo contemplar la escena.

Era más fría que yo. Era mejor en todo, me dije. «No muestres piedad», había dicho Magnus. ¿Significaba eso que matáramos aunque no tuviéramos necesidad de hacerlo?

Un instante después, quedó desvelado por qué había actuado de aquel modo. Allí mismo, se arrancó el ceñidor de terciopelo rosa y los faldones para ponerse las ropas del joven. Lo había escogido por su talla de ropa.

Y, para describirlo con precisión, diré que, al ponerse las prendas de su víctima, Gabrielle se convirtió en el muchacho.

Se puso sus medias de seda color crema y sus calzones escarlata, la camisa de encaje y el chaleco amarillo y, por encima, la levita escarlata. Incluso cogió la cinta escarlata del cabello del joven.

Dentro de mí, algo se rebeló ante aquella transformación mágica al verla de pie, tan gallarda con su nueva indumentaria y con su larga cabellera cayéndole todavía sobre los hombros, más parecida ahora a la melena de un león que a los deliciosos y femeninos rizos que lucía momento antes. En aquel instante, deseé destruirla. Cerré los ojos.

Cuando volví a mirarla, la cabeza me daba vueltas al pensar en todo lo que habíamos visto y hecho juntos. No pude soportar por más tiempo estar tan cerca del cuerpo sin vida.

Ella se recogió toda su rubia melena con la cinta escarlata y dejó que sus largos bucles le colgaran a la espalda. Extendió su vestido rosa sobre el cuerpo del joven para cubrirlo, y se puso al cinto su espada, desenvainándola y volviéndola a guardar. Finalmente, se puso encima la capa de color crema de su víctima.

—Vámonos ya, querido —me dijo, dándome un beso.

No pude moverme. Sólo quería volver a la torre y estar junto a ella. Me miró, me apretó la mano para animarme y, casi al instante, la vi echar a correr.

Tenía que probar la libertad de sus nuevas piernas y me encontré corriendo tras ella a toda velocidad para darle alcance.

Era algo que no me había sucedido, por supuesto, persiguiendo a ningún mortal. Parecía volar, y la visión de su figura pasando como una centella entre los tenderetes cerrados y los montones de basura me hizo casi perder el equilibrio. Me detuve de nuevo.

Ella volvió sobre sus pasos y me besó.

—No hay ninguna auténtica razón para que siga vistiéndome como antes, ¿no crees? —me preguntó, como si estuviera dirigiéndose a un chiquillo.

—No, claro que no —respondí. Tal vez era una bendición que no pudiera leer mis pensamientos. Yo no podía dejar de admirar sus piernas, tan perfectas bajo las medias de color crema. Ni el modo en que la levita ceñía su cintura de avispa. Su rostro era una llama.

Recordad que en esa época nunca se le veían así las piernas a una mujer. Ni se le marcaban el vientre y los muslos bajo los calzones de seda.

Pero ahora ya no era en realidad una mujer, como yo tampoco era un hombre. Por un mudo instante, el horror de la situación me invadió de nuevo.

—Vamos, quiero subir otra vez a los tejados —me propuso—. Quiero ir al boulevard du Temple. Me gustaría ver el teatro, ése que compraste y luego hiciste cerrar. ¿Me lo enseñarás? —Mientras lo preguntaba, sus ojos me estudiaban.

—Claro que sí —respondí—. ¿Por qué no?

Nos quedaban un par de horas de aquella noche interminable cuando al fin volvimos a la He Saint Louis y llegamos al *quai* bañado por el claro de luna. Al fondo de la calle empedrada vi a mi yegua, atada donde la había dejado.

Escuchamos con cuidado por si había algún rastro de Nicolás o de Roget, pero la casa parecía desierta y a oscuras.

—Sin embargo, están cerca —cuchicheó ella—. Creo que un poco más allá...

—En casa de Nicolás —dije—. Y desde allí podría haber alguien atento a la yegua. Algún criado, apostado para vigilar por si volvemos.

—Será mejor dejar esa montura y robar otra.

—No, ésa es mi yegua —repliqué, pero noté que su mano apretaba la mía con más fuerza.

Percibimos de nuevo a nuestra vieja amiga, la *presencia*, y esta vez se movía por el Sena, al otro lado de la isla y en dirección a la Rive Gauche.

—Ya se ha ido —murmuró ella—. Vámonos. Robaremos otro caballo.

—Espera. Voy a intentar que la yegua me obedezca y venga aquí. Que rompa las bridas.

—¿Puedes hacerlo?

—Ya veremos.

Concentré toda mi voluntad en la yegua, ordenándole en silencio que se encabritara y se soltara de sus ataduras y acudiera donde yo estaba.

En un segundo, la yegua corveteaba y tiraba de las bridas. Después, se incorporó sobre las patas traseras, y la tirilla de cuero se rompió.

El animal se acercó a nosotros pateando los adoquines con estrépito y saltamos a su lomo inmediatamente. Gabrielle fue la primera en montar y yo me coloqué detrás de ella, asiendo lo que quedaba de las riendas al tiempo que azuzaba a la yegua, lanzándola a galope tendido.

Al cruzar el puente, percibí algo detrás de nosotros, una conmoción, un tumulto de mentes humanas.

Sin embargo, nosotros ya nos habíamos perdido en la oscura cámara de resonancia de la Ile de la Cité.

Cuando llegamos a la torre, encendí la antorcha de resina y llevé a Gabrielle a las mazmorras. No quedaba tiempo para mostrarle la cámara superior en aquel momento.

Mientras descendíamos por la escalera de caracol, sus ojos se pusieron vidriosos y miraron a su alrededor con aire indolente. Sus ropas escarlata brillaban contra las piedras oscuras. Advertí un ligerísimo gesto de desagrado cuando notó la humedad.

El hedor de las mazmorras inferiores la trastornó, pero le indiqué con suavidad que aquello no tenía nada que ver con nosotros. Una vez estuvimos en la enorme cripta, el olor quedó aislado por la sólida puerta claveteada de hierro.

La luz de la antorcha llenó la estancia y descubrió las arcadas bajas del techo y los tres grandes sarcófagos con sus imágenes perfectamente talladas.

Ella no dio muestras de miedo. Le dije que debía comprobar si podía alzar la tapa del que escogiera para ella. Tal vez necesitara mi ayuda.

Estudió las tres figuras esculpidas y, tras unos instantes de reflexión, se decidió no por el sarcófago de la mujer, sino por el que tenía el caballero de armadura grabado en la tapa de piedra. Poco a poco, corrió ésta hasta poder asomarse a su interior.

No poseía la misma fuerza que yo, pero sí la suficiente.

—No tengas miedo —le dije.

—No, de eso no tienes que preocuparte —respondió ella con suavidad. En su voz había un delicioso tonillo de irritación, junto a un matiz de tristeza. Mientras pasaba los dedos sobre la piedra, pareció perdida en ensoñaciones.

—A estas horas —musitó—, tu madre ya habría muerto y la habitación estaría llena de malos olores y del humo de cientos de velas. Piensa lo humillante que es la muerte. Unos extraños le habrían quitado la ropa, la habrían bañado y vuelto a vestir...; unos extraños la habrían visto, demacrada e indefensa, en su último sueño. Otros, en los pasillos, cuchichearían por lo bajo comentarios sobre su buena salud, sobre si nunca había habido la más leve enfermedad en sus familias, no, ninguna tisis entre los suyos. «La pobre marquesa», estarían diciendo. Y se preguntarían si había dejado algún dinero, para sus hijos tal vez. Y cuando la vieja entrara a recoger las sábanas sucias, seguro que robaría una de las sortijas de la mano de la muerta.

Asentí. «Y ahora» quise decirle, «estamos en cambio en esta cripta junto a las mazmorras y nos disponemos a acostarnos en lechos de piedra sin otra compañía que las ratas. Pero esto es infinitamente mejor que lo otro, ¿verdad? Vagar eternamente por el territorio de las pesadillas tiene su oscuro esplendor».

La vi pálida y aterida. Con aire soñoliento, sacó algo del bolsillo.

Eran las tijeritas de oro que había cogido de la casa en la que habíamos entrado en el barrio de Saint Germain. El objeto centelleó como una pequeña joya a la luz de la antorcha.

—No, madre —dije, y me sobresalté al oír mi propia voz, que rebotó con el eco en los arcos del techo, demasiado aguda. Las figuras de los otros sarcófagos tomaron el aspecto de testigos implacables. El dolor que sentí en el corazón me dejó aturdido.

Un sonido malsano, un chasquido de metal, un corte, y sus cabellos cayeron al suelo en grandes mechones.

—¡Oh, madre!

Ella contempló su melena en el suelo, la esparció en silencio con la punta de la bota; luego alzó la mirada hacia mí y me encontré ahora con un hombre joven cuyo cabello corto se rizaba contra su mejilla. Sin embargo, los ojos se le estaban cerrando. Extendió la mano hacia mí, y las tijeras le cayeron de los dedos.

—Ahora, a descansar —susurró.

—Sólo es el sol naciente —respondí para animarla. Advertí que perdía fuerzas antes que yo. Me dio la espalda y se dirigió al sarcófago. La tomé en brazos y cerró los ojos. Empujando un poco más hacia un lado la tapa del sarcófago, la deposité en su interior dejando que sus flácidos miembros adoptaran una postura natural y grácil.

Sus facciones ya dormidas se habían dulcificado, y los cabellos enmarcaban su rostro con los rizos de un muchacho.

Muerta parecía; muerta, roto el hechizo.

Continué mirándola.

Hiné los dientes en la punta de la lengua hasta sentir el dolor y probar la sangre caliente de la herida. Después, inclinado sobre ella, dejé que la sangre cayera hasta sus labios en pequeñas gotas brillantes. Sus ojos se abrieron. Añiles y brillantes, se alzaron hacia mí. La sangre fluyó a su boca entreabierta y, muy despacio, levantó la cabeza al encuentro de mi beso. Mi lengua penetró en su boca. Sus labios eran fríos. Los míos, también. La sangre, en cambio, era cálida y fluyó entre nosotros.

—Buenas noches, querida mía —dije—. Mi oscuro ángel Gabrielle.

Cuando me separé de ella, volvió a caer en el silencio y la inmovilidad. Corrí la piedra sobre ella.

4

No me gustó despertar en la negra cripta. No me gustó el frío del ambiente, aquel ligero hedor procedente de las celdas inferiores, la sensación de que allí era donde yacía todo lo muerto.

Me embargó un temor. ¿Y si no despertaba? ¿Y si sus ojos no se volvían a abrir? ¿Qué sabía yo lo que había hecho?

No obstante, me pareció un acto de soberbia, una obscenidad, mover otra vez la tapa del ataúd y contemplarla mientras dormía como había hecho la noche anterior. Una sensación de vergüenza propia de mortales se adueñó de mí. En nuestra vieja casa, jamás habría osado abrir su puerta sin llamar, o apartar las cortinas de su lecho.

Despertaría. Era preciso que lo hiciera. Y era mejor que levantara la losa por sí misma, que supiera despenarse sola y que la sed la empujara a hacerlo en el momento adecuado, como me había empujado a mí.

Dejé para ella encendida la antorcha en la pared y salí un momento a respirar aire fresco. Después, sin cuidarme de cerrar puertas y verjas que abría a mi paso, subí a la cámara de Magnus a contemplar cómo se difuminaba el crepúsculo en el cielo.

La oíría al despertarse, me dije.

Debió transcurrir una hora. La luz azulada se desvaneció, aparecieron las estrellas, y la distante ciudad de París encendió sus miles de pequeños reclamos luminosos. Dejé el alféizar donde había estado sentado tras los barrotes de hierro, fui hasta el baúl y empecé a escoger joyas para ella.

Las joyas le seguían gustando. Al dejar su habitación mortuoria, se había llevado sus viejas joyas de familia. Prendí las velas para rebuscar entre las piezas, aunque en realidad no necesitaba la luz. La iluminación me resultaba hermosa. Era hermosa en las joyas. Y encontré algunas piezas muy delicadas para ella: alfileres tachonados de perlas que podría lucir en las solapas de su levita masculina, y anillos que parecerían varoniles en sus manos pequeñas, si era eso lo que deseaba.

De vez en cuando, me detenía a escuchar por si ella venía. Y luego me recorrió aquel escalofrío. ¿Y si no despertaba? ¿Y si para ella todo se había reducido a aquella noche? El terror se desbocó dentro de mí; y el mar de joyas del baúl, la luz de la vela danzando sobre las gemas talladas en facetas, los engastes de oro, no significaron nada.

Pero seguí sin oírla. Escuché el viento en el exterior, el grave y suave rumor de los árboles, el silbido débil y distante del mozo de cuadra, el piafar de los caballos.

A lo lejos sonó la campana de una iglesia.

Entonces, de improviso, me asaltó la sensación de que alguien me observaba. Era una sensación tan extraña para mí que estuve a punto de ser presa del pánico. Me volví, casi tropezando con el baúl, y miré hacia la boca del túnel secreto. Allí no había nadie.

Nadie en el pequeño cuarto privado a la luz de la vela, que hacía juegos de sombras en las piedras y en la torva expresión de Magnus en la tapa del sarcófago.

Por fin, miré directamente delante de mí hacia la ventana cerrada por los barrotes.

Y la descubrí mirándome.

Parecía flotar en el aire, sujeta con ambas manos a los barrotes, y sonreía.

Estuve a punto de soltar un grito. Retrocedí unos pasos, al tiempo que todo mi cuerpo quedaba bañado en sudor. De pronto, me avergoncé de que me hubiera pillado tan desprevenido, de haber reaccionado con aquel sobresalto.

Ella permaneció inmóvil, sin dejar de sonreír, y su expresión fue pasando gradualmente de la serenidad a la malevolencia. La luz de las velas hacía sus ojos demasiado brillantes.

—No está bien que andes asustando a otros inmortales de esta manera —le dije.

Ella respondió con una risa más franca y fácil de la que había tenido en vida.

Me recorrió una sensación de alivio al verla moverse y articular sonidos. Me di cuenta de que estaba ruborizándome.

—¿Cómo has llegado ahí? —le pregunté. Me acerqué a la ventana, pasé las manos entre los barrotes y la sujeté por las muñecas.

Su boquita era todo risa y dulzura. Su cabello, una gran melena resplandeciente en torno al rostro.

—Escalando la pared, naturalmente —respondió—. ¿Cómo pensabas?

—Bueno, vuelve a bajar. No puedes pasar entre los barrotes. Iré a tu encuentro.

—En eso tienes mucha razón —murmuró ella—. Me he asomado a todas las ventanas. Reunámonos en las almenas de arriba. Será más rápido.

Se puso a escalar otra vez, colocando con agilidad las botas en los barrotes, y pronto desapareció.

Era toda exuberancia, como lo había sido la noche anterior mientras bajábamos juntos las escaleras.

—¿Por qué estamos aquí todavía? —me preguntó—. ¿Por qué no nos vamos ya a París?

En su deliciosa figura había algo extraño, algo que no encajaba... ¿Qué podía ser?

En aquel momento ella no quería besos, ni siquiera conversación, en realidad. Y aquello tenía algo de doloroso para mí.

—Quiero enseñarte la cámara interior —le dije—. Y las joyas.

—¿Las joyas? —repitió ella.

Desde la ventana no las había visto, porque la tapa del baúl le había ocultado su contenido. Penetró delante de mí en la sala donde se había inmolado Magnus y pronto gateaba por el túnel.

Cuando vio el baúl, quedó paralizada de asombro.

Se echó el cabello hacia atrás con gesto algo impaciente y se inclinó para estudiar los broches, los anillos, los pequeños adornos tan parecidos a sus piezas heredadas, de las cuales se había ido desprendiendo una a una mucho tiempo atrás.

—Vaya, debió estar siglos para acumularlas —comentó—. Y qué obras tan delicadas. Sabía escoger lo que quería, ¿verdad? Vaya criatura debió ser.

De nuevo, con gesto casi de furia, apartó a un lado su melena. Sus cabellos parecían ahora más pálidos, más luminosos, más vigorosos. Era una visión gloriosa.

—Las perlas, míralas —le dije—. Y esas sortijas.

Le mostré las que había escogido para ella. Cogí su mano y le puse los anillos en los dedos. Éstos se movieron como si tuvieran vida propia, como si sintieran placer, y estalló de nuevo en risas.

—¡Ah!, qué magníficos demonios somos, ¿verdad?

—Cazadores del Jardín Salvaje —respondí.

—Entonces, vamos a París —propuso ella con una leve mueca de dolor en el rostro. La sed. Se pasó la lengua por los labios. ¿Sería yo para ella la mitad de fascinante que lo que ella lo era para mí?

Se apartó el cabello de la frente una vez más, y sus ojos se hicieron más oscuros con la intensidad de sus palabras.

—Esta noche querría saciarme rápidamente y luego salir de la ciudad, internarme en los bosques. Salir donde no hubiera hombres ni mujeres cerca. Perderme donde sólo estuviera el viento y los árboles en sombras y las estrellas en el cielo. Bendito silencio.

Acudió de nuevo a la ventana. Su espalda era erguida y estrecha, y sus manos, a los costados, parecían vivas con las sortijas de piedras preciosas. Y, al surgir de los gruesos puños de una prenda de hombre, aquellas delicadas manos suyas parecían aún más finas y exquisitas. Debía estar contemplando las altas nubes envueltas en sombras y las estrellas que titilaban a través de la capa púrpura de niebla vespertina.

—Tengo que ir a ver a Roget —dije con un suspiro—. Tengo que ocuparme de Nicolás, contarles alguna mentira sobre lo sucedido ayer.

Ella se volvió y, de pronto, su rostro pareció pequeño y frío, con la expresión que a veces ponía en casa cuando desaprobaba algo. Aunque, en realidad, nunca volvió a mirar de aquella manera.

—¿Para qué contarles nada de mí? —preguntó—. ¿Por qué molestarse en pensar en ellos un solo instante más?

Aquello me dejó asombrado, aunque no fuera una completa sorpresa para mí. Quizá lo venía esperando. Quizá lo había percibido en ella desde el primer momento, en sus preguntas no formuladas.

Quise preguntarle si no significaba nada para ella que Nicolás hubiera estado junto a su lecho mientras agonizaba. Sin embargo, qué sentimental, que mortal sonaría aquello. Qué absolutamente estúpido.

Pero no era estúpido.

—No pretendo juzgarte —continuó. Cruzó los brazos y se apoyó en la ventana—: Sencillamente, no lo entiendo. ¿Por qué nos escribías? ¿Por qué nos mandabas regalos? ¿Por qué no cogías ese fuego blanco de la luna y te ibas con él donde te apeteciera?

—¿Y dónde querría yo ir? —repliqué—. ¿Lejos de todos los que he conocido y amado? No quería dejar de pensar en ti, en Nicolás, incluso en mi padre y mis hermanos. He hecho lo que quería —afirmé.

—Entonces, ¿la conciencia no tuvo nada que ver con ello?

—Si sigues tu conciencia, haces lo que quieres —sentenció—. Pero era algo más sencillo todavía. Quería que tuvieras la riqueza que te entregaba. Quería... que fueras feliz.

Permaneció meditabunda un largo instante.

—¿Habrías preferido que me olvidara de *ti*? —exclamé. La pregunta sonó dolida, irritada.

Ella no respondió inmediatamente.

—No, claro que no —dijo al fin—. Y, de haber estado en tu lugar, yo tampoco te habría olvidado. Estoy segura de ello. Pero, ¿y los demás? A mí no me importan absolutamente nada. Jamás volveré a cambiar una palabra con ellos. Jamás volveré a ponerles los ojos encima.

Asentí con la cabeza, pero me repugnó lo que decía. Me daba miedo.

—No puedo superar la idea de que he muerto —añadió ella—. De que estoy absolutamente desligada de todas las criaturas vivientes. Puedo ver, tocar, oler... Puedo beber sangre. Pero es como si fuera algo que no se puede ver, que no puede afectar a las cosas.

—Pues no es así —repliqué—. ¿Y cuánto tiempo crees que te sostendrá ese ver, ese tocar, ese oler y ese beber, si no hay amor, si no hay nadie contigo?

La misma mueca de incompreensión.

—¡Oh!, ¿por qué me molestó en decirte todo esto? —continué—. Estoy contigo. Estamos juntos. No sabes lo que era esto cuando estaba solo. ¡No te lo puedes imaginar!

—Te perturbo y no es mi intención —dijo ella entonces—. Cuéntales lo que quieras. Tal vez seas capaz de inventar una historia creíble. No sé. Si quieres que vaya contigo, iré. Haré lo que me pidas. Pero tengo una pregunta más que hacerte. —Bajó la voz y añadió—: Supongo que no tendrás intención de compartir el poder con ellos...

—No, jamás.

Moví la cabeza como para expresar que la idea era increíble. Mis ojos recorrían las joyas y pensé en todos los regalos que había mandado, en la casa de muñecas. Les había enviado una casa de muñecas. Pensé en los actores de Renaud, a salvo al otro lado del Canal.

—¿Ni siquiera con Nicolás?

—¡No! ¡Dios, no!

La miré. Ella asintió ligeramente, como aprobando mi respuesta. Y se apartó los cabellos de la frente una vez más con gesto distraído.

—¿Por qué no con Nicolás?

Quise que aquello terminara de una vez.

—Porque es joven —contesté— y tiene una vida ante él. No está al borde de la muerte. —Ahora me sentía más que inquieto. Me sentía desgraciado—. Con el tiempo, se olvidará de nosotros...

Quise decir: «... de nuestra conversación».

—Podría morir mañana —protestó ella—. Un carruaje podría arrollarle en cualquier calle...

—¿Acaso quieres que lo haga? —exclamé, lanzándole una mirada de rabia.

—No, no quiero que lo hagas. Pero, ¿quién soy yo para decirte qué hacer? Estoy tratando de comprenderte.

Los cabellos largos y vigorosos le habían resbalado nuevamente de los hombros y, exasperada, los asió con ambas manos.

Entonces, de pronto, lanzó un profundo sonido siseante y su cuerpo se quedó rígido. Tenía el cabello recogido en dos largas colas y las contemplaba fijamente.

—Dios mío —susurró. Y luego, en un espasmo, soltó los cabellos y lanzó un grito.

El sonido me paralizó. Envió un destello de dolor blanco que me atravesó la cabeza. Jamás había oído un grito igual. Y volvió a emitirlo como si estuviera ardiendo. Se había derrumbado contra la ventana y seguía gritando aún más fuerte mientras se miraba el cabello. Hizo ademán de tocárselo, pero rápidamente retiró los dedos, como si el contacto la quemara. Y se debatió contra la ventana, gritando y retorciéndose a un lado y otro como si tratara de escapar de su propia cabellera.

—¡Basta! —grité. La así por los hombros y le di una sacudida. Ella jadeaba. Al instante, descubrí de qué se trataba. *¡El cabello le había vuelto a crecer!* Le había crecido de nuevo mientras dormía y lo tenía tan largo como antes. Y hasta más tupido, y más lustroso. ¡Era aquello lo que no encajaba y que yo había notado sin saber concretarlo! Y lo que ella acababa de advertir.

—¡Basta, basta ya! —volví a gritar en voz más alta. Su cuerpo se agitaba con tal violencia que yo apenas podía sujetarla entre mis brazos—. ¡Te ha vuelto a crecer, eso es todo! —insistí—. Es una cosa natural en tu nuevo estado, ¿no lo ves? ¡No sucede nada!

Ella jadeaba, tratando de calmarse; se llevó los dedos a los cabellos y emitió un nuevo grito como si tuviera llagadas las yemas de los dedos. Intentó separarse de mí y luego se tiró de la melena con expresión de puro terror.

Le di una nueva sacudida, esta vez más enérgica.

—¡Gabrielle! —exclamé—. ¿No lo entiendes? ¡Te ha vuelto a crecer y así sucederá cada vez que te lo cortes. No hay nada de horrible en ello. ¡Detente ya, por el amor de Dios!

Me dije que, si no se calmaba pronto, yo también empezaría a desvariar. De hecho, ya casi estaba temblando tanto como ella.

Sus gritos cesaron y se convirtieron en pequeños jadeos. Nunca la había visto de aquella manera en todos los años que había vivido con ella en la Auvernia. Me dejó que la condujera hacia el banco junto a la chimenea, donde la obligué a sentarse. Se llevó las manos a las sienes e intentó recuperar la respiración normal mientras mecía el cuerpo lentamente hacia adelante y hacia atrás.

Eché un vistazo a mi alrededor en busca de unas tijeras, pero no encontré ninguna. Las tijerillas de oro habían caído al suelo de la cripta subterránea. Saqué mi navaja.

Gabrielle sollozaba ahora en voz baja, con el rostro entre las manos.

—¿Quieres que te lo corte otra vez? —le pregunté.

No respondió.

—Escúchame, Gabrielle. —Le aparté las manos del rostro y añadí—: Si quieres, te lo volveré a cortar. Te lo cortaré cada noche y lo quemaremos. Eso es todo.

De pronto, me dirigió una mirada tan perfectamente serena y controlada que no supe qué hacer. Gabrielle tenía el rostro bañado en la sangre de sus lágrimas, que también le había salpicado las ropas. Todas sus ropas estaban manchadas de sangre.

—¿Lo corto? —volví a preguntar.

Su aspecto era exactamente el de alguien a quien hubieran golpeado hasta hacerle sangrar. Tenía los ojos muy abiertos y asombrados, y de ellos manaban lágrimas de sangre que corrían por sus tersas mejillas. Y, mientras la miraba, las lágrimas cesaron de fluir y tomaron un color oscuro al secarse y formar una costra sobre su piel blanquísima.

Le limpié el rostro meticulosamente con mi pañuelo de encaje. Luego fui por la ropa que guardaba en la torre, las prendas que me había hecho confeccionar en París y que había llevado a la torre para tenerlas a mano.

Le quité la chaqueta. Ella no hizo ningún movimiento para ayudarme o detenerme y le desabroché la blusa de lino que llevaba.

Vi sus pechos, absolutamente blancos salvo los delicados pezones, de un levísimo tono rosado. Tratando de no mirarlos, le puse una camisa limpia, y la abroché rápidamente. Después le cepillé el cabello, lo cepillé largo rato, y, renunciando a cortarlo con la navaja, le hice una larga trenza y volví a ponerle la levita.

Noté cómo iba recuperando las fuerzas y la compostura. No parecía avergonzada de lo sucedido, ni yo quería que lo estuviera. Ella estaba sólo meditando sobre lo ocurrido, pero no dijo nada. Ni hizo ningún movimiento.

Decidí entretenerla.

—Cuando era pequeño, solías hablarme de los lugares donde habías estado y me enseñabas grabados y vistas de Nápoles y de Venecia. ¿Te acuerdas de aquellos libros de imágenes? Y también tenías diversos objetos, pequeños recuerdos de Londres y San Petersburgo, de todos los lugares que habías visitado.

Ella no respondió.

—Quiero que vayamos a todos esos sitios. Quiero verlos ahora.

Deseo verlos y vivir en ellos. Y quiero ir más lejos todavía, a lugares que, cuando era un vulgar mortal, jamás había soñado visitar.

En su rostro hubo un pequeño cambio de expresión.

—¿Sabías que me volvería a crecer? —preguntó con un hilillo de voz.

—No. Quiero decir, sí. Quiero decir, no lo sé. Debería haber caído en la cuenta de lo que sucedería.

Tras esto, permaneció un largo instante mirándome con la misma expresión inmóvil y apática.

—¿No te.., no te da miedo nunca... nada de todo esto? —inquirió por fin. Su voz sonaba gutural, extraña—. ¿No hay nunca... algo que te detenga?

Tenía la boca abierta, perfecta, con todo el aspecto de una boca humana.

—No lo sé —respondí en un suspiro, impotente—. No veo por qué.

Sin embargo, pese a mis palabras, me sentía confuso. Volví a proponerle que se cortara el cabello cada noche y lo quemara. Así de sencillo.

—Sí, quemarlo —suspiró—. De lo contrario, llegaría un momento en que llenaría todas las estancias de la torre, ¿no es eso? Sería como el cabello de Rapunzel del cuento infantil. Sería como el oro que la hija del molinero tenía que hilar de entre la paja en el cuento de Rumpelstiltskin, el enano malvado.

—Escribiremos nuestros propios cuentos, amor mío —respondí—. La lección que debes aprender de esto es que nada puede destruir lo que eres ahora. Todas las heridas que recibas sanarán. Eres una diosa.

—Y la diosa tiene sed —añadió ella.

Horas más tarde, mientras caminábamos del brazo como dos estudiantes entre la muchedumbre de los bulevares, el asunto ya había caído en el olvido. Nuestros rostros estaban sonrosados, y nuestra piel, caliente.

Pero no la dejé para ir a ver al abogado, ni ella insistió en su deseo de salir a la tranquilidad y el silencio del campo abierto, sino que permanecimos juntos en todo momento. De vez en cuando, un ligerísimo indicio de la proximidad de la *presencia* nos hacía volver la cabeza.

5

Alrededor de las tres, cuando llegamos a las caballerizas, advertimos que nos acechaba la *presencia*.

Durante media hora o tres cuartos de hora, dejamos de sentirla otra vez. Después, el apagado murmullo volvió de nuevo. Aquel juego me estaba poniendo furioso.

Y, aunque tratamos de captar algún pensamiento inteligible en aquella *presencia*, lo único que logramos distinguir fue una sensación de malevolencia y algún esporádico tumulto como el espectáculo de las hojas secas desintegrándose en el rugido de las llamas.

Gabrielle se alegraba de estar camino de la torre otra vez. No era que la extraña *presencia* la inquietara, sino que se alegraba de poder disfrutar, como antes había dicho, de la quietud y el vacío de los campos.

Cuando tuvimos ante nosotros el campo abierto, cabalgamos tan deprisa que el único sonido que nos acompañó fue el del viento. Creí oírle reír, pero no estuve del todo seguro. A Gabrielle le gustaba la caricia del viento tanto como a mí, le encantaba el nuevo brillo de las estrellas sobre las sombrías colinas.

A pesar de todo, me pregunté si durante la noche habría habido momentos en que llorara interiormente sin que yo lo advirtiera. En ciertos momentos de nuestras correrías, se había mostrado silenciosa y lúgubre, y sus ojos habían vibrado como si estuviera llorando, aunque no asomó a ellos la más mínima lágrima.

Creo que estaba profundamente sumido en estos pensamientos cuando nos acercamos a un espeso bosque que se extendía a lo largo de las orillas de un riachuelo poco profundo y, en el momento más inesperado, la yegua se encabritó y se desvió hacia un lado.

Lo hizo tan de improviso que casi me arrojó de la silla. Gabrielle se sujetó con fuerza de mi brazo derecho.

Yo atravesaba cada noche aquella arboleda, salvando el estrecho puente de madera que cruzaba la corriente. Me encantaba el sonido de las herraduras de mi montura sobre la madera y la subida por la inclinada ribera. Y la yegua conocía perfectamente el camino. Esta vez, sin embargo, el animal no quería seguirlo de ninguna manera.

Relinchando y amenazando con encabritarse de nuevo, la yegua dio media vuelta por su propia iniciativa y emprendió el galope en la dirección contraria a la que llevábamos, volviendo hacia París hasta que, haciendo uso de toda la fuerza de mi voluntad, logré dominarla y obligarla a detenerse por fin.

Gabrielle tenía la cabeza vuelta hacia el pequeño bosque, hacia la masa de ramas oscuras mecidas por el viento que ocultaba a la vista el riachuelo. Y en ese instante, tras el leve aullido del viento y el suave rumor de las hojas susurrantes, se dejó sentir una vez más el nítido latir de la *presencia* entre los árboles.

Los dos la captamos a la vez, sin duda, pues mis brazos rodearon a Gabrielle con más fuerza y ella asintió, asiéndome la mano.

—¡No sigas avanzando hacia eso! —me gritó.

—¡Cómo que no! —respondí, tratando de dominar nuestra montura—. Quedan menos de dos horas para el amanecer. ¡Desenvaina la espada!

Ella intentó volverse para decirme algo, pero yo espoleaba ya al animal para que siguiera avanzando y Gabrielle sacó la espada como acababa de decirle, con su delicada mano cerrada en torno a la empuñadura con la misma firmeza que un hombre.

Naturalmente, la *presencia* huiría tan pronto como alcanzáramos la arboleda, de eso estaba seguro.

Me refiero a que aquel ser infernal no había hecho jamás otra cosa que volver la espalda y escapar. Y a mí me enfureció que hubiera espantado a mi yegua y que estuviera asustando a Gabrielle.

Con un seco picar de espuelas y toda mi fuerza de convicción mental, azucé a la montura a todo galope hacia el puente.

Apreté el arma en mi mano. Me incliné hacia adelante cubriendo a Gabrielle. Vomitaba rabia como si fuera un dragón y, cuando las pezuñas de la yegua golpearon la madera hueca sobre el agua, ¡vi por primera vez aquellos demonios!

Unos rostros blancos y unos brazos lechosos encima de nosotros, entrevistados apenas un segundo, de cuyas bocas surgían los chillidos más espantosos mientras sacudían las ramas mandándonos una lluvia de hojas.

—¡Malditas seáis, jauría de arpías! —grité cuando alcanzamos la inclinada ladera del otro lado. Gabrielle, sin embargo, lanzó un alarido.

Algo había caído sobre la yegua detrás de mí, y el animal estaba resbalando en la tierra húmeda, y el ser me había cogido del hombro y del brazo con el que pretendía utilizar la espada.

Volteando ésta por encima de la cabeza de Gabrielle y descargándola por mi costado izquierdo, herí con furia a la criatura y la vi salir volando, una confusa mancha blanquecina en la oscuridad, mientras otro de aquellos seres saltaba hacia nosotros con manos como garras. La hoja de Gabrielle cortó de un tajo el brazo extendido y vi cómo éste saltaba en el aire. La sangre manaba de él como de una fuente. Los gritos se convirtieron en un gemido lacerante. Deseé hacerlos pedazos a todos con mi espada y obligué a la yegua a dar la vuelta con demasiada brusquedad. El animal se encabritó y estuvo a punto de caer, pero Gabrielle se había sujetado de su crin y la condujo de nuevo hacia el camino despejado.

Mientras galopábamos a toda prisa hacia la torre, pudimos oír los gritos de las criaturas aproximándose y, cuando la yegua quedó exhausta, la abandonamos y continuamos corriendo, cogidos de la mano, hacia las verjas.

Me di cuenta de que debíamos cruzar el pasadizo secreto hasta la cámara interior antes de que las criaturas pudieran escalar el muro exterior. Era preciso que no nos vieran sacar la piedra de su sitio.

Cerrando las verjas y las puertas a nuestro paso lo más deprisa que pude, conduje a Gabrielle escaleras arriba.

Cuando llegamos a la estancia secreta y hubimos colocado la losa de nuevo en su sitio, escuché sus aullidos y chillidos y los primeros sonidos de sus zarpas al pie de la torre.

Tomé un haz de leña y lo coloqué bajo la ventana.

—Deprisa, la leña menuda —dije.

Pero ya había media docena de rostros blancos en los barrotes. Sus chillidos resonaban con un eco monstruoso en la pequeña estancia. Por un instante sólo pude contemplarlos mientras retrocedía.

Se agarraban de la reja de hierro como murciélagos, pero no lo eran. Eran vampiros, y vampiros como nosotros, con forma humana.

Unos ojos oscuros que nos miraban bajo unas greñas de cabello hirsuto. Unos aullidos cada vez más potentes y feroces. Unos dedos con costras de suciedad adhiriéndose a la reja. Las ropas, hasta donde podía ver, no eran más que harapos descoloridos. Y el hedor que despedían era el de las tumbas.

Gabrielle arrojó la leña menuda junto a la pared y se apartó de un salto mientras las manos intentaban agarrarla. Las criaturas descubrieron sus colmillos y emitieron terribles chillidos. Las manos pugnaron por asir la leña y lanzarla contra nosotros. Todas juntas tiraron de los barrotes como si pudieran arrancarlos de la piedra.

—¡El mechero! —grité. Agarré uno de los pedazos de madera más recios y lancé con él una estocada al rostro más cercano, arrancando a la criatura de la pared con facilidad. Eran seres débiles. Oí su grito mientras caía, pero las demás habían cerrado sus manos en la madera y luchaban conmigo ahora mientras yo desalojaba a otro de aquellos pequeños y sucios demonios. Para entonces, sin embargo, Gabrielle había encendido ya la leña.

Las llamas se alzaron y los aullidos cesaron en un frenesí de lenguaje inteligible:

—¡Es fuego! ¡Atrás, abajo, alejaos, idiotas! Abajo, abajo. ¡Los barrotes están calientes! ¡Apartaos enseguida!

¡Era francés, correcto y normal! En realidad, era una sarta cada vez mayor de maldiciones peculiares de alguna región.

Estallé en carcajadas, adelantando el pie y señalando a las criaturas mientras miraba a Gabrielle.

—¡Caiga sobre ti una maldición, blasfemo! —gritó una de ellas. El fuego lamió sus manos en ese instante y el ser aulló, cayendo hacia atrás.

—¡Caiga una maldición sobre los profanadores, sobre los proscritos! —escuché gritar desde abajo. Los aullidos aumentaron rápidamente de intensidad hasta convertirse en un verdadero coro—. ¡Malditos sean los proscritos que osan entrar en la Casa de Dios!

Pero todos aquellos seres se retiraban de la ventana, descendiendo hacia el suelo. Los troncos más gruesos estaban ya encendidos y las llamas, con un rugido, se alzaban hasta el techo.

—¡Volved a la tumba de donde habéis salido, fantasmas de pacotilla! —exclamé, dispuesto a arrojarles encima la leña encendida si volvían a acercarse a la ventana.

Gabrielle permaneció inmóvil con los ojos entrecerrados, visiblemente concentrada.

Los gritos y aullidos continuaron elevándose desde el pie de la torre, en un renovado coro de maldiciones contra quienes quebrantaban las leyes sagradas y, con sus blasfemias, provocaban la ira de Dios y de Satán. Las criaturas trataban de forzar las puertas y ventanas de la planta inferior, o malgastaban inútilmente sus fuerzas arrojando piedras contra el muro.

—No pueden entrar —comentó Gabrielle con voz grave y monocorde y con la cabeza ladeada en gesto de atención—. No pueden forzar la verja.

Yo no estaba tan seguro de ello. La verja estaba oxidada y era muy vieja. No quedaba otro remedio que esperar.

Me dejé caer al suelo, apoyado en el costado del sarcófago con los brazos en torno al pecho y la espalda doblada hacia adelante. Ya no me sentía con tantas ganas de reír.

Ella también se sentó con la espalda contra la pared y las piernas extendidas hacia adelante. Tenía la respiración algo acelerada y se le estaba soltando la trenza. Era como el capuchón de una cobra en torno a su rostro, con unos mechones sueltos que le caían en las blancas mejillas. Sus ropas estaban llenándose de hollín.

El calor del fuego era insoportable. El humo despedía un leve resplandor en la estancia sin ventilación y las llamas se alzaban hasta hacer desaparecer la noche. No obstante, Gabrielle y yo no teníamos dificultades para respirar el escaso aire disponible y nuestros únicos padecimientos fueron el miedo y el agotamiento.

Y entonces, poco a poco, me di cuenta de que ella tenía razón acerca de la verja. Las criaturas no habían conseguido derribarla y las oí retirándose.

—¡Que la cólera de Dios castigue a los profanadores!

Cerca de los establos se produjo una leve conmoción, y vi mentalmente cómo mi pobre caballero, aquel muchachito mortal de cortas luces, era arrancado de su escondite presa del terror. La rabia que sentía se redobló. Las criaturas me enviaron imágenes de sus propios pensamientos mientras daban muerte al desgraciado. ¡Malditos fueran!

—Quédate quieto —me dijo Gabrielle—. Es demasiado tarde.

Sus ojos se abrieron primero mucho, y volvieron a entrecerrarse. Enseguida, recuperó su aire pensativo. El muchacho, aquel pobre mortal miserable, estaba muerto.

Percibí su muerte como si, de pronto, hubiera visto elevarse de los establos un pajarillo oscuro. Gabrielle irguió la cabeza como si también ella lo estuviera viendo y volvió a dejarla caer como si hubiera perdido la conciencia, aunque no era así. Escapó de su boca un murmullo que me sonó a algo así como «terciopelo rojo», pero pronunció las palabras entre dientes y no capté bien las palabras.

—¡Os daré vuestro merecido por esto, pandilla de rufianes! —exclamé en voz alta, dirigiendo la amenaza a las criaturas—. Estáis perturbando mi casa y pagaréis por ello.

Pero sentía mis brazos cada vez más pesados. El calor del fuego era casi narcotizante. Los numerosos y extraños sucesos de la larga noche estaban cobrándose su tributo.

Entre el agotamiento y el resplandor del fuego, me fue imposible calcular la hora. Creo que caí dormido por un instante y me desperté con un escalofrío, sin saber cuánto tiempo había transcurrido.

Alcé la vista y distinguí la figura de un joven no terrenal, de un muchacho exquisito, dando pasos por la cámara.

Naturalmente, sólo se trataba de Gabrielle.

6

Mientras deambulaba arriba y abajo por la estancia, Gabrielle daba la impresión de una energía casi desenfrenada. Sin embargo, toda esta energía quedaba contenida en una hermosura inalterada. Se dedicó a pisotear los maderos y a contemplar los restos ennegrecidos de la pequeña pira durante unos momentos, antes de recuperar el control de sí misma. Eché un vistazo al cielo. Nos quedaba una hora tal vez.

—Pero, ¿quiénes son? —preguntó, plantada ante mí con las piernas separadas y las manos en dos claros gestos de impaciencia—. ¿Por qué nos llaman proscritos y blasfemos? —exigió saber.

—Te he contado todo lo que sé —repliqué—. Hasta esta noche no creía que poseyeran caras, manos ni voces de verdad.

Me puse en pie y me sacudí el polvo de la ropa.

—¡Nos maldecían por entrar en las iglesias! —insistió ella—. ¿No lo has captado en las imágenes que surgían de ellos? Y no saben cómo es posible que entremos. Ninguna de esas criaturas se atrevería a hacerlo.

Por primera vez, observé que estaba temblando. Había en ella otros pequeños signos de alarma: los tics nerviosos de la piel en torno a sus ojos, el gesto con el que volvía a apartar de su frente los mechones sueltos de su cabellera.

—Gabrielle —le dije, tratando de poner una voz autoritaria y tranquilizadora—, lo importante ahora es salir de aquí enseguida. No sabemos cuándo se levantan esas criaturas, ni cuánto tiempo pasará desde el ocaso hasta que se presenten de nuevo. Tenemos que encontrar otro escondite.

—La cripta de la mazmorra —propuso ella.

—Es una trampa peor aún que ésta, si consiguen pasar la puerta. —Miré de nuevo al cielo y saqué la piedra que ocultaba el pasadizo—. Vamos —le dije.

—Pero, ¿adonde? —Era la primera vez que parecía casi frágil en toda la noche.

—A un pueblo al este de la torre. Es absolutamente obvio que el lugar más seguro para nosotros es la propia iglesia del pueblo.

—¿Serías capaz? ¿En la iglesia?

—Naturalmente. ¡Como bien has dicho, esas pequeñas bestias jamás se atreverían a entrar! Y las criptas bajo el altar serán profundas y oscuras como cualquier tumba.

—¡Pero, Lestat: descansar bajo el altar!

—Madre, me asombra —repliqué—. ¡Si hasta he dado cuenta de mis presas bajo el techo de la mismísima Notre Dame!

Pero me vino a la cabeza otra idea más. Fui al baúl de Magnus y rebusqué en el tesoro. Saqué dos rosarios, uno de perlas y otro de esmeraldas, ambos con el crucifijo de costumbre.

Gabrielle me observó con la cara pálida, contraída.

—Mira, tú coge éste —le dije entregándole el de esmeraldas—. Llévalo encima. Y, si volvemos a encontrarnos con esas criaturas, muéstrales el crucifijo. Si estoy en lo cierto, saldrán huyendo al verlo.

—Pero, ¿encontraremos un lugar seguro en la iglesia?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? ¡Volveremos aquí!

Noté que el miedo se concentraba en su interior e irradiaba de ella, mientras, titubeante, observaba las estrellas apagándose en el cielo. Había traspasado el velo que la conducía a la promesa de ser eterna y ya volvía a estar en peligro.

Rápidamente, le quité el rosario de la mano, la besé y deslicé el objeto en el bolsillo de su levita.

—Las esmeraldas representan la vida eterna, madre —murmuré.

Volvía a parecerme el muchacho de antes, allí plantada con el último resplandor del fuego dibujando apenas el perfil de la mejilla y de los labios.

—Tenía razón en lo que he dicho antes —susurró—. No le tienes miedo a nada, ¿verdad?

—¿Qué importa eso? —respondí, encogiéndome de hombros. La tomé del brazo y la llevé hacia el pasadizo—. Nosotros somos aquellos a quienes temen los demás, recuérdalo.

Cuando llegamos a los establos, vi que el muchacho había recibido una muerte horrible. Su cuerpo descoyuntado yacía retorcido en el suelo sucio de heno como si un titán lo hubiera arrojado allí. Tenía una fractura en la nuca, y, para burlarse de él, al parecer, o tal vez para burlarse de mí, le habían vestido con una elegante levita de terciopelo rojo propia de un caballero. *Terciopelo rojo*. Éstas eran las palabras que ella había murmurado mientras las criaturas cometían el crimen. Yo sólo había visto la muerte. Aparté la vista del muchacho. Todos los caballos habían desaparecido.

—Pagarán por esto —prometí.

Tomé de la mano a Gabrielle, pero ella contempló el cuerpo del desdichado muchacho como si le atrajera contra su voluntad. Después me miró a mí.

—Siento frío —musitó—. Estoy perdiendo fuerza en los brazos y las piernas. Debo llegar enseguida a un lugar oscuro, es preciso. Lo siento.

La conduje a toda prisa hacia el camino, subiendo la ladera de la colina cercana.

Por supuesto, en el cementerio del pueblo no había pequeños monstruos aulladores. Tampoco yo había esperado encontrarlos. La tierra de las viejas tumbas no se había removido desde hacía mucho tiempo.

Gabrielle no quiso seguir discutiendo el asunto conmigo.

La ayudé a llegar a la puerta lateral de la iglesia y rompí en silencio la cerradura.

—Estoy aterida y me escuecen los ojos —repitió en un susurro—. Un sitio oscuro...

Pero, cuando me dispuse a conducirla adentro, interrumpió la frase.

—¿Y si las criaturas tienen razón? —preguntó—. ¿Y si no debemos entrar en la Casa de Dios?

—Palabrerías y estupideces. Dios no está en la Casa de Dios.

—¡No...! —gimió ella.

Crucé la sacristía tirando de ella y la conduje ante el altar. Se cubrió el rostro con las manos y, cuando alzó la vista, lo hizo hacia el crucifijo que remataba el sagrario. Dejó escapar un profundo jadeo. Sin

embargo, no era de esa visión de lo que protegía sus ojos cuando volvía el rostro hacia mí, sino de las cristaleras de vidrios de colores. ¡El sol que yo aún no podía notar en absoluto estaba ya quemándola a ella!

La tomé en brazos como había hecho la noche anterior. Tenía que encontrar una antigua cripta que no hubiera sido utilizada en muchos años. Corrí hacia el altar de la Santísima Virgen, donde las inscripciones estaban casi borradas por el paso del tiempo, y, arrodillado, hundí las uñas en torno a una losa y la levanté rápidamente para descubrir un profundo sepulcro ocupado por un único ataúd carcomido.

La hice bajar al interior del sepulcro conmigo y coloqué de nuevo la losa en su lugar.

La oscuridad se hizo total, y el ataúd se hizo astillas bajo mi peso, de modo que mi mano derecha fue a posarse sobre una calavera. Noté también la dureza de otros huesos bajo mi pecho. Gabrielle habló como si estuviera en trance:

—Sí, lejos de la luz.

—Estamos a salvo —susurré yo.

Aparté los huesos e improvisé un nido con la madera podrida y el polvo, demasiado antiguo para conservar olor alguno a cuerpo humano putrefacto.

Pero tardé una hora o tal vez más en conciliar el sueño.

No dejaba de pensar una y otra vez en el mozo de cuadra, hecho un guiñapo y arrojado allí en el suelo con aquella elegante levita de terciopelo rojo. Yo había visto antes aquella levita, pero no lograba recordar dónde. ¿Era tal vez una de las mías? ¿Habrían conseguido penetrar en la torre? No, eso era imposible. Seguro que no habían entrado. ¿Se habrían procurado una prenda idéntica a una de las mías? ¿Hasta aquel punto habrían llegado para burlarse de mí? No, ¿cómo podrían hacer algo semejante criaturas como aquéllas? Y, sin embargo, aquella levita... Había algo en ella que...

7

Cuando abrí los ojos, escuché unos cantos dulcísimos y deliciosos. Como tantas veces sucede con la música, incluso con los fragmentos más preciados, el cántico me devolvió a la infancia, a cierta noche de invierno en que todos los miembros de la familia habíamos bajado a la iglesia del pueblo y habíamos estado durante horas entre las velas encendidas, respirando el humo penetrante y sensual del incienso mientras el sacerdote recorría el recinto con la custodia en alto.

Después de esa primera, un millar más de Bendiciones del Santísimo habían grabado en mi mente la letra del viejo himno;

*O Salutaris Hostia
Quae caeli pandis ostium
Bella premuní hostilia,
Da robur, fer auxilium...*

Y allí tendido en los restos del ataúd destrozado bajo la losa de mármol blanco del altar lateral de aquella gran iglesia de pueblo, con Gabrielle asida a mí, incluso en la quietud del sueño, me di cuenta poco a poco de que encima de mí había cientos y cientos de humanos que entonaban aquel mismo himno en aquel instante.

¡La iglesia estaba llena de gente! Y no podríamos salir de aquel maldito nido de huesos hasta que todos los mortales la hubieran abandonado.

Noté cómo se movían algunos bichos en la oscuridad que me envolvía. Aprecié el olor del esqueleto destrozado sobre el que yacía. Pude oler también la tierra, y notar la humedad y el rigor del frío.

Las manos de Gabrielle eran unas manos muertas que se agarraban a mí. Su rostro era inflexible como el hueso.

Traté de no darle vueltas a todo aquello y quedarme absolutamente inmóvil.

Encima de mí, cientos de humanos respiraban y jadeaban. Tal vez un millar de ellos. Y ahora entonaban el segundo himno.

«¿Qué viene ahora?» me dije desconsoladamente. «¿La letanía, las bendiciones?» Precisamente aquella noche, de todas las noches, no disponía de tiempo para quedarme allí recordando. Era preciso salir de allí. La imagen de la levita de terciopelo rojo volvió a mi mente con una irracional sensación de urgencia y con un destello de dolor igualmente inexplicable.

Y, de repente —o eso me pareció—, Gabrielle abrió los ojos. Por supuesto, no lo vi, pues la oscuridad era total. Lo noté. Aprecié que sus miembros volvían a la vida.

Pero apenas se había movido, cuando se quedó otra vez rígida de alarma. Le tapé la boca con la mano.

—Guarda silencio —le susurré. Noté cómo la dominaba el pánico.

Todos los horrores de la noche anterior debían estar volviendo a Gabrielle, y ahora se encontraba en un sepulcro junto a un esqueleto destrozado, debajo de una losa que apenas podría levantar.

—¡Estamos en la iglesia! —le informé en un nuevo susurro—. Estamos a salvo.

Llegó a mis oídos el cántico. *Tantum ergo Sacramentum, Veneremur cernui.*

—¡No, es una Bendición del Santísimo! —dijo Gabrielle con un jadeo. Intentaba dominarse y seguir quieta, pero, de pronto, perdió el control y tuve que asirla con fuerza por ambas muñecas.

—Es preciso que salgamos de aquí —suplicó—. ¡Lestat, por el amor de Dios, el Santísimo Sacramento está expuesto en el altar!

Los restos del ataúd de madera crujieron y se quebraron sobre la losa del fondo haciéndome caer encima de mi compañera y aplastándola bajo mi peso.

—Quédate quieta y callada, ¿me oyes? No tenemos más remedio que esperar.

Sin embargo, su pánico estaba contagiándome. Noté los fragmentos de hueso crujiendo bajo mis rodillas y percibí el olor de la tela putrefacta. Parecía que el hedor a muerte penetraba por los muros del sepulcro, y me di cuenta de que no soportaría seguir encerrado entre aquel olor.

—No podemos quedarnos aquí —jadeó—. No podemos. ¡Tengo que salir! —Me lo pedía casi gimoteando—. ¡Lestat, no puedo!

Empezó a palpar las paredes, y luego la losa que nos cubría. Escuché un sonido puro, átono, que escapaba de sus labios.

Encima de nosotros, el cántico había cesado. El sacerdote habría vuelto a subir los peldaños hasta el altar y estaría elevando la custodia con ambas manos. Se volvería hacia los feligreses y alzaría la Sagrada Hostia para bendecirlos. Gabrielle, por supuesto, lo sabía. Y, de pronto, Gabrielle se volvió como loca, agitándose debajo de mí hasta casi arrojarme a un lado.

—¡Esta bien, escúchame! —susurré, incapaz de controlar aquello por más tiempo—. Vamos a salir, pero lo haremos como verdaderos vampiros, ¿me oyes? En la iglesia hay un millar de personas y vamos a darles un susto de padre y señor mío. Yo levantaré la piedra y apareceremos los dos a la vez. Cuando lo hagamos, levanta los brazos y pon la mueca más horrible que se te ocurra y lanza alaridos si puedes. Eso les hará retroceder en lugar de lanzarse sobre nosotros y conducirnos a la cárcel. Después, echaremos a correr hacia la puerta.

A Gabrielle le faltó tiempo hasta para responder, pues ya estaba debatiéndose y golpeando con los talones la madera podrida.

Me incorporé, di un fuerte empujón con ambas manos a la losa de mármol y salté del sepulcro como acababa de decir que haría, levantando la capa en un enorme arco.

Fui a caer en el piso del coro, envuelto en el resplandor de las velas, y emití el grito más potente de que fui capaz.

Cientos de mortales se pusieron en pie delante de mí. Cientos de bocas se abrieron para gritar.

Emitiendo un nuevo alarido, así de la mano a Gabrielle y me lancé hacia ellos saltando la barandilla del comulgatorio. Ella me acompañó con un delicioso gemido muy agudo, levantando la mano izquierda como una zarpa mientras yo tiraba de ella por el pasillo central. El pánico se generalizó: hombres y mujeres sujetaban a sus niños y lanzaban chillidos sin dejar de retroceder.

Las pesadas puertas cedieron al instante, abriéndose al cielo oscuro y al viento racheado. Empujé a Gabrielle delante de mí y, volviéndome, lancé el aullido más agudo de que fui capaz. Puse al descubierto mis colmillos ante la grey espantada y angustiada. Incapaz de determinar si parte de la feligresía se lanzaba en nuestra persecución o si caía hacia mí debido al pánico, me llevé la mano al bolsillo y sembré de monedas de oro el suelo de mármol.

—¡El demonio arroja monedas! —chilló alguien.

Gabrielle y yo huimos a toda velocidad, atravesando el cementerio y los campos. En cuestión de segundos, ganamos el bosque y capté el olor de los establos de un caserón que se alzaba ante nosotros más allá de los árboles.

Me quedé quieto y concentrado, casi doblado por la cintura, y llamé a los caballos. Después corrimos hacia ellos y escuchamos el sordo golpeteo de sus herraduras contra los pesebres.

Salvando de un salto el seto bajo, con Gabrielle a mi lado, arranqué la puerta de sus goznes, al tiempo que un caballo castrado de fina estampa salía al galope de su caballeriza destrozada. Saltamos a su lomo. Gabrielle se acomodó delante de mí y le pasé el brazo en torno a su cintura.

Clavé los talones en el animal y nos perdimos en el bosque en dirección sur, hacia París.

8

Intenté elaborar un plan mientras nos acercábamos a la ciudad, pero, para ser sinceros, no estaba nada seguro de cómo proceder.

No había modo de evitar a aquellos pequeños monstruos repulsivos. Cabalgábamos hacia una batalla y la situación no era muy distinta a la mañana en que saliera a matar los lobos, confiado en que mi rabia y mi voluntad me ayudarían a vencerlos.

Apenas habíamos entrado entre las casas de campo que salpicaban Montmartre cuando escuchamos durante una fracción de segundo su leve murmullo, nocivo como un vapor tóxico.

Gabrielle y yo nos dimos cuenta de que debíamos beber enseguida para estar preparados cuando se produjera el encuentro.

Nos detuvimos en una de las pequeñas alquerías, cruzamos con sigilo el huerto hasta la puerta trasera y encontramos en el interior al hombre y a su esposa, dormitando ante una chimenea.

Cuando hubimos terminado de beberlos, salimos de la casa al pequeño huerto, donde nos detuvimos un instante a contemplar el cielo gris perla. No se oía la presencia de nadie más. Sólo la quietud, la claridad de la sangre fresca y la amenaza de la lluvia en las nubes que se congregaban sobre nosotros.

Me volví y ordené en silencio al caballo que acudiera a mí. Mientras sujetaba las riendas, miré a Gabrielle.

—No veo más solución que entrar en París —le dije— e ir directamente al encuentro de esas bestias. Y hasta que aparezcan y estalle de nuevo la guerra, hay otras cosas que debo hacer. Tengo que pensar en Nicolás y debo hablar con Roget.

—No es momento para esas tonterías de mortales —replicó ella.

Aún llevaba el polvo del sepulcro de la iglesia adherido a la tela de la capa y a sus rubios cabellos: le daban el aspecto de un ángel arrastrado por la tierra, un ángel caído.

—No dejaré que se interpongan entre mí y lo que deseo hacer —declaré.

Ella exhaló un profundo suspiro.

—¿Quieres conducir a estas criaturas a tu querido monsieur Roget? —preguntó.

Era una posibilidad demasiado horrible para correr el riesgo.

Empezaban a caer las primeras gotas de lluvia y sentí frío a pesar de la sangre recién bebida. En un momento empezaría a llover con fuerza.

—Está bien —reconocí—. No se puede hacer nada hasta que terminemos esto de una vez.

Monté de nuevo y tendí la mano a Gabrielle.

—Las heridas no hacen más que espolearte, ¿verdad? —comentó, estudiándome—. Intenten lo que intenten esas criaturas, no conseguirán otra cosa que darte fuerzas.

—¡Vaya, esto sí que me parece una tontería propia de mortales! ¡Vamos allá! —repliqué.

—Lestat —dijo ella entonces con voz seria—, al muchacho de la cuadra le pusieron aquella levita de caballero después de matarle. ¿Te fijaste en la prenda? ¿No la habías visto antes?

Aquella maldita ropa de terciopelo rojo...

—Yo sí la había visto —continuó—. La vi durante horas en mi lecho de muerte en París. Era la levita de Nicolás de Lenfent.

Me quedé mirándola un largo instante, pero creo que no la percibí en absoluto. La rabia que crecía dentro de mí era absolutamente muda. Sería rabia hasta que tuviera pruebas de que debía ser pena, pensé. Después, dejé de pensar.

Me di cuenta, difusamente, de que Gabrielle aún no tenía idea de lo fuertes que podían ser nuestras emociones, del efecto paralizante que podían tener. Creo que moví los labios, pero no salió de ellos sonido alguno.

—No creo que le hayan matado, Lestat —me dijo.

Intenté de nuevo decir algo. Quería preguntarle por qué lo pensaba así, pero no pude y seguí con la vista fija en el huerto.

—Creo que está vivo y le tienen prisionero —continuó—. De lo contrario, habrían dejado ahí su cuerpo, y no se habrían molestado con el mozo de cuadra.

—Es posible. Tal vez no... —Tuve que obligar a mis labios a formar las palabras.

—La ropa era un mensaje.

No pude soportarlo por más tiempo y estallé:

—Voy tras ellos. ¿Quieres regresar a la torre? Si fracaso en esto...

—No tengo ninguna intención de dejarte —contestó ella.

La lluvia caía con intensidad cuando llegamos al boulevard du Temple, cuyos adoquines mojados reflejaban la luz de un millar de farolas.

Mis pensamientos se habían solidificado en estrategias que eran más producto del instinto que de la razón. Me sentía más dispuesto que nunca para una lucha, pero era preciso conocer bien nuestra situación. ¿Cuántas criaturas de aquéllas había? ¿Qué querían, en realidad? ¿Capturarnos y destruirnos, o sólo asustarnos y ahuyentarnos? Era preciso que contuviera mi rabia; debía recordar que eran seres infantiles, supersticiosos, y que fácilmente se dispersarían asustados ante mi presencia.

Cuando llegamos a los elevados edificios de viviendas próximos a Notre Dame, sentí y oí su presencia en las cercanías. Sus vibraciones me llegaban como un destello plateado que se desvanecía casi con la misma singular rapidez.

Gabrielle irguió el cuerpo, sentada sobre el caballo, y noté su mano zurda en torno a mi muñeca. Vi la derecha en la empuñadura de su espada.

Habíamos entrado en una callejuela serpenteante que formaba un recodo ante nosotros antes de perderse en las sombras. El martilleo de las herraduras hendía el silencio y traté de que no me pusiera nervioso el reiterado sonido.

Los dos las vimos, al parecer, en el mismo instante.

Gabrielle se apretó contra mí y reprimí un jadeo para que las criaturas no pudieran interpretarlo como una demostración de miedo.

Encima de nosotros, a ambos lados del angosto callejón, aparecían sus rostros lechosos justo sobre los aleros de los edificios, como un leve resplandor contra las nubes del cielo y el inaudible caer de la lluvia plateada.

Azucé la montura hacia adelante en un estruendo de pezuñas arañando y golpeando los adoquines. Arriba, las criaturas correteaban como ratas por los tejados. Sus voces se alzaban en un leve aullido que los mortales no podían escuchar.

Gabrielle dejó escapar un grito cuando vio sus pálidos brazos y piernas descendiendo los muros delante de nosotros; detrás, escuché el sordo rumor de sus pies sobre el empedrado.

—¡Adelante! —grité. Saqué la espada y la descargué sobre dos de las figuras harapientas, que habían saltado a interceptarnos el paso—

¡Apartaos de mi camino, condenadas criaturas! —exclamé, escuchando sus gritos a mis pies.

Por un instante, observé unos rostros angustiados. Los que nos acechaban arriba desaparecieron y los que llevábamos detrás parecieron cejar en su empeño. Continuamos adelante rápidamente, poniendo metros entre nosotros y nuestros perseguidores, hasta que llegamos a la desierta place de Gréve.

Sin embargo, las criaturas se estaban reagrupando en los alrededores de la plaza, y esta vez pude captar sus pensamientos inteligibles. Una de ellas preguntaba qué poder era aquél que poseíamos y por qué debían tener miedo: otra insistía en seguir acercándose a nosotros.

En aquel instante, una especie de fuerza surgió de Gabrielle; no me cupo ninguna duda de ello, pues vi claramente cómo retrocedían cuando ella les lanzó su mirada mientras cerraba la mano en la empuñadura de su espada.

—¡Detente, mámenles a distancia! —me masculló en un susurro—. Esas criaturas están aterrorizadas.

De inmediato, la oí soltar una maldición, pues, volando hacia nosotros desde las sombras del Hôtel-Dieu, venían por lo menos seis más de aquellos pequeños demonios, con sus delgadas extremidades blancas apenas cubiertas por harapos, el cabello al viento y unos horribles gemidos surgiendo de sus bocas. Los recién aparecidos instigaron a los demás, y la malevolencia que nos rodeaba se hizo más y más intensa.

El caballo se encabritó y casi nos arrojó al suelo. Las criaturas le estaban ordenando detenerse, igual que yo le mandaba seguir adelante.

Tomé a Gabrielle por la cintura, salté del caballo y corrí a toda velocidad hasta la puerta de Notre Dame.

Un horrible barboteo irónico se alzó silencioso en mis oídos, lleno de gemidos y de gritos y de amenazas:

—¡No te atreverás! ¡No lo harás!

Una malevolencia como el calor de un alto horno se abrió sobre nosotros mientras sus pies nos cercaban, arrastrándose y chapoteando. Noté cómo sus manos luchaban por asir mi espada y mi capa.

Sin embargo, yo estaba seguro de lo que sucedería cuando alcanzáramos la iglesia. Con un último esfuerzo, empujé a Gabrielle delante de mí y juntos cruzamos las puertas del pórtico de la catedral para ir a caer en sus losas cuan largos éramos.

Gritos. Unos gritos secos y horribles alzándose en el aire y luego un gran tumulto, como si la turba entera hubiera sido dispersada por un cañonazo.

Me incorporé trabajosamente, riéndome de las criaturas. No obstante, no me quedé a oír más tan cerca de la puerta. Gabrielle estaba también ya en pie y tiraba de mí; juntos, nos internamos corriendo en la nave en sombras, pasando un arco tras otro hasta llegar cerca de las mortecinas velas del santuario. Allí buscamos un rincón oscuro y vacío junto al altar lateral y nos arrodillamos codo con codo.

—¡Igual que los condenados lobos! —exclamé—. ¡Una maldita emboscada!

—Chist, cállate un momento —dijo Gabrielle, asiéndome a mí—. O mi corazón inmortal estallará.

Después de un largo rato, noté que se ponía tensa, con el rostro vuelto hacia la plaza.

—No pienses en Nicolás —me dijo—. Están esperando ahí fuera y nos oyen. Escuchan todo lo que pasa por nuestras mentes.

—¿Pero qué están pensando? —susurré—. ¿Qué está pasando por las suyas?

Pude darme cuenta de su concentración.

La estreché contra mí y miré resueltamente hacia la luz plateada que entraba de las lejanas puertas abiertas. Ahora, también yo podía oír a las criaturas, aunque sólo captaba un apagado murmullo que procedía de toda la jauría reunida allí fuera.

Sin embargo, mientras contemplaba la lluvia, se adueñó de mí la sensación de paz más absoluta. Resultaba casi sensual. Me pareció que podíamos rendirnos a aquellos seres, que era estúpido seguir resistiéndose a ellos. Todo se resolvería si, simplemente, salíamos y nos entregábamos a ellos. No torturarían a Nicolás, a quien tenían en su poder; no le arrancarían los miembros uno a uno.

Vi a Nicolás en sus manos. Sólo llevaba los calzones y la camisa, pues le habían quitado la levita. Y escuché sus gritos mientras le descoyuntaban los brazos. Grité «¡No!», y me llevé la mano a la boca, para no llamar la atención de los mortales que ocupaban la iglesia.

Gabrielle alzó la mano y me rozó los labios con los dedos.

—No sé lo que están haciendo —dijo en un susurro—. Sólo es una amenaza. No pienses en él.

—Entonces, todavía está vivo —cuchicheé.

—Eso quieren hacernos creer. ¡Escucha!

Surgió de nuevo la sensación de paz, la invitación —sí, eso era— de unirnos a ellos, la voz diciendo: «*Salid de la iglesia. Rendíos a nosotros, os acogeremos y no os haremos ningún daño si salís*».

Me volví hacia la puerta y me puse en pie. Gabrielle me imitó con gesto nervioso, haciéndome una nueva advertencia con la mano. Su cautela era tal que parecía no querer ni siquiera dirigirme la palabra mientras mirábamos el gran arco de luz plateada.

«*Estás mintiéndonos*» dije mentalmente. «*¡No tienes ningún poder sobre nosotros!*» Era una arrasadora corriente de desafío que se agitaba a través de la lejana puerta. «*¿Rendirnos a vosotros? Si lo hacemos, ¿qué os impedirá retenernos a los tres? ¿Por qué habríamos de salir? Dentro de la iglesia estamos a salvo: podemos escondernos en sus sepulcros más profundos. Podríamos cazar entre los fieles, beber su sangre en capillas y nichos tan habilidosamente que jamás nos descubrirían, mandando a nuestras víctimas a morir un rato después en la calle, confundidas y sin saber qué les había sucedido. ¿Qué haríais entonces, vosotros que ni siquiera podéis cruzar la puerta? Además, no creemos que tengáis a Nicolás. ¡Mostrádnoslo! Traedlo a la puerta para que hablemos.*»

Gabrielle estaba inmersa en un torbellino de confusión. Me miraba, desesperada por saber qué les estaba diciendo. Ella, en cambio, captaba claramente los pensamientos de las criaturas, cosa que a mí me resultaba imposible mientras les enviaba aquellos impulsos mentales.

Parecía que la intensidad de la voz se había reducido, pero no había cesado.

Y continuó como antes, como si yo no hubiera contestado y sólo fuera una salmodia que volvía a prometernos una tregua. Y ahora parecía hablar también de una sensación de éxtasis, de que todos los conflictos quedarían resueltos y desaparecerían en el inmenso placer de unirnos a ella y a las criaturas. La voz volvía a ser sensual y hermosa.

—¡Sois todos unos miserables cobardes! —exclamé. Esta vez pronuncié las palabras en voz alta para que Gabrielle pudiera oírlas también—. Traed a Nicolás a la iglesia.

El murmullo de las voces decreció en intensidad. Continué hablando, pero al otro lado de la puerta se hizo un silencio hueco como si muchas de las voces se hubieran retirado y sólo quedara ahora un par de ellas. A continuación, escuché unos leves y caóticos fragmentos de discusiones, unos indicios de rebelión.

Gabrielle entrecerró los ojos.

Se hizo un silencio total. Ahora sólo quedaban en el exterior de la iglesia algunos mortales que cruzaban la place de Gréve avanzando contra el viento. No me había pasado por la cabeza que las criaturas pudieran retirarse. ¿Qué podíamos hacer ahora para salvar a Nicolás?

Parpadeé. De pronto me sentía muy cansado, casi abrumado de desesperación, y me dije confusamente: «¡Esto es ridículo, yo nunca me desespero! Eso les sucede a los otros, no a mí. Yo sigo luchando no importa lo que suceda. Siempre».

Y, en mi agotamiento y mi cólera, vi a Magnus saltando a la pira, y la mueca de su rostro antes de que las llamas le consumieran, reduciéndole a cenizas. ¿Era aquello producto de la desesperación?

La idea me paralizó. Me causó el mismo horror que cuando el hecho se había producido en la realidad. Y tuve la extrañísima sensación de que alguien más me estaba hablando de Magnus. ¡Por eso me había venido a la mente su recuerdo!

—Muy listo... —susurró Gabrielle.

—No hagas caso. Está jugando con nuestros propios pensamientos —le advertí.

Pero cuando dejé de mirarla para observar la puerta abierta que tenía detrás, vi aparecer una pequeña figura, perfectamente material. Pertenecía a un joven, no a un hombre maduro.

Deseé profundamente que fuera Nicolás, pero enseguida me di cuenta de que no era así. La figura era más baja que Nicolás, aunque de constitución más robusta. Y no era humana.

Gabrielle emitió un leve murmullo de asombro que, en aquel lugar, sonó casi como una oración.

La criatura no vestía como los hombres de la época, sino que llevaba una túnica con cinto, muy elegante, y medias en sus piernas bien torneadas. Las mangas, muy holgadas, le colgaban a los costados. En realidad, iba vestido como Magnus, y, por un instante, tuve la loca impresión de que éste había vuelto por algún arte de magia.

Una idea estúpida. La criatura era, como ya he dicho, un muchacho que llevaba el cabello largo y rizado. Le vi penetrar con paso resuelto y nada afectado en la catedral, a través de la luz plateada. Titubeó un instante, y, por la inclinación de la cabeza, me pareció que miraba hacia arriba. Después, se acercó a nosotros cruzando la nave sin que sus pies hicieran el menor ruido sobre las piedras.

Entró en el círculo de luz de los cirios del altar lateral en que nos hallábamos. Sus ropas de raso negro, hermosas en otra época, estaban desgastadas por el paso del tiempo y salpicadas de suciedad. Su rostro, en cambio, era radiante, pálido y perfecto, la imagen misma de un dios, de un Cupido pintado por Caravaggio, seductor y etéreo, con el cabello castaño rojizo y los ojos de color pardo oscuro.

Abracé a Gabrielle con más fuerza, al tiempo que miraba al joven. Nada me desconcertó tanto de aquella criatura inhumana como el modo como nos miraba. Estaba inspeccionando hasta el menor detalle de nuestras personas. Después extendió el brazo con mucha delicadeza y tocó la piedra del altar que tenía al lado. Contempló el altar, su crucifijo y sus santos, y volvió a concentrar la mirada en nosotros.

A sólo unos metros de nosotros, nos contempló tiernamente, con una expresión que era casi sublime. Y surgió de los labios de aquella criatura la misma voz que había oído antes, invitándonos, incitándonos a entregarnos, insistiendo con indescriptible dulzura en que debíamos amarnos todos, él y Gabrielle, a quien no llamó por su nombre, y yo.

Había algo de infantil en su modo de enviarnos la invitación, allí plantado delante de nosotros.

Me mantuve firme ante él. Por puro instinto. Noté que mis ojos se volvían opacos como si se hubiera levantado un muro que cegara las ventanas de mis pensamientos. Y, pese a todo, sentí tales deseos de aquel ser, tales deseos de entregarme a él y de seguirle y de dejarme conducir por él, que todos mis anhelos del pasado parecían reducidos a la nada. La criatura era un absoluto misterio para mí, como lo había sido Magnus. Pero aquel ser, aquel joven, era indescriptiblemente hermoso y parecía guardar en su interior una profundidad y una complejidad infinitas, de las que Magnus había carecido.

La angustia de mi vida inmortal me atenazó. «*Ven a mí*» dijo la voz. «*Ven a mí porque sólo yo y ¿os que son como yo pueden poner fin a la soledad que sientes.*» La voz tocó un pozo de inexpresable tristeza, sondeó las profundidades de la melancolía, y la garganta se me secó con un rígido nudo donde debía tener la voz. Y, pese a todo, me mantuve firme.

«*Nosotros dos estamos juntos*» repliqué, cerrando mi abrazo en torno a Gabrielle. Luego pregunté al ser: «*¿Dónde está Nicolás?*». Hice la pregunta y me concentré en ella, sin hacer caso a nada de cuanto oía o veía.

El joven se humedeció los labios; un gesto muy humano. Y, en silencio, se acercó aún más a nosotros hasta quedar a no más de dos palmos, sin dejar de mirarnos alternativamente. Entonces, nos habló con una voz muy diferente a una voz humana.

—Magnus —dijo. El tono era moderado, halagador—. ¿Se arrojó al fuego como dices?

—Nunca he dicho tal cosa —respondí. El sonido humano de mi propia voz me sobresaltó, pero me di cuenta de que se refería a mis pensamientos de unos minutos antes—. Es cierto, se arrojó a la hoguera —añadí. ¿Para qué engañar a nadie en ese detalle?

Traté de penetrar en su mente. Él se dio cuenta de que lo hacía y lanzó contra mí unas imágenes tan extrañas que solté un jadeo.

¿Qué era lo que había visto por un instante? No supe reconocerlo. El infierno y el paraíso, o ambos en uno, vampiros bebiendo sangre de las propias flores que colgaban de los árboles, pendulantes y palpitantes.

Sentí una oleada de disgusto. Era como si el ser hubiera penetrado en mis sueños más íntimos como un súcubo.

Pero se había detenido. Cerró ligeramente los ojos y bajó la mirada con una vaga expresión de respeto. Mi disgusto le dejaba atónito y abrumado. No había previsto tal respuesta, no había esperado tal... ¿tal qué? ¿Tal fuerza?

Eso era, y me lo estaba haciendo saber de un modo casi cortés.

Le devolví la cortesía: dejé que me viera en la estancia de la torre junto a Magnus y recordé las palabras de éste antes de arrojarle al fuego. Le permití conocer cuanto había sucedido allí.

Él asintió, y, cuando dije las palabras que Magnus había pronunciado, apreció un ligero cambio en su rostro, como si su frente se alisara o toda su piel se estirase. Pero no me ofreció un conocimiento similar de sí mismo, en correspondencia.

Al contrario, para gran sorpresa mía, apartó la mirada de nosotros y la dirigió al altar mayor de la catedral. Pasó por delante de nuestra posición, ofreciéndonos la espalda como si no tuviera nada que temer de nosotros y nos hubiera olvidado por el momento.

Avanzó hacia el gran pasillo central y lo recorrió lentamente. No obstante, su modo de andar no parecía humano; se movía de una sombra a la siguiente con tal rapidez que parecía desvanecerse y reaparecer. En ningún momento quedaba visible a la luz. Y aquella multitud de almas congregada en la iglesia sólo tenía que verle fugazmente para que, al instante, se esfumara de nuevo.

Me maravilló su habilidad, pues de eso se trataba. Sentí curiosidad por comprobar si podía moverme como él y le seguí al coro. Gabrielle avanzó detrás de mí sin hacer el menor ruido.

Creo que a ambos nos resultó más sencillo de lo que habíamos imaginado. El joven, en cambio, quedó visiblemente sobresaltado cuando nos vio a su lado.

Y su propio desconcierto me permitió entrever por un momento su gran debilidad: su orgullo. Se sentía humillado por el hecho de que nos hubiéramos acercado a él con aquella rapidez y de que fuéramos capaces, al propio tiempo, de ocultarle nuestros pensamientos.

Pero lo peor estaba aún por llegar. Cuando se dio cuenta de que yo había captado aquello..., cuando vio que lo había revelado durante una fracción de segundo..., se sintió doblemente furioso. Un calor fulminante, que no era en absoluto calor, emanó de él.

Gabrielle emitió un pequeño chasquido de desdén. Sus ojos centellearon en los de él por un instante, en un destello de comunicación entre ellos que me excluía. El inhumano joven pareció de nuevo desconcertado.

Sin embargo, por dentro estaba librando una batalla aún mayor, que yo trataba de entender. Contempló a los fieles que le rodeaban, el altar y los símbolos del Todopoderoso y de la Virgen María que

encontraba donde ponía la vista. Era un perfecto dios pagano sacado de Caravaggio. La luz jugaba en la dura palidez de sus facciones inocentes.

Luego me pasó el brazo por la cintura, deslizándolo bajo mi capa. Su contacto era muy extraño, muy dulce y seductor, y la belleza de su rostro era tan hipnotizadora que no me moví. Con el otro brazo, tornó por el talle a Gabrielle, y la visión de los dos juntos, ángel con ángel, me distrajo.

«*Debéis venir*» dijo.

—¿Por qué? ¿Adonde? —quiso saber Gabrielle. Noté una inmensa presión. El joven trataba de obligarme a caminar contra mi voluntad, pero no podía. Me planté en el suelo de losas y vi cómo se endurecía la expresión de Gabrielle al volverse hacia él. De nuevo, se hizo patente el asombro del extraño desconocido. Se puso hecho una furia y no pudo ocultárnoslo.

Así que había subestimado nuestra fuerza física igual que nuestra fuerza mental... Muy interesante.

—Debéis venir ahora —insistió, dirigiéndome toda la gran fuerza de su voluntad, que identifiqué con demasiada claridad como para dejarme engañar por ella—. Salid y mis seguidores no os harán daño.

—Nos estás mintiendo —repliqué—. Has enviado lejos a tus seguidores con la intención de hacernos salir antes de que vuelvan, porque no quieres que te vean abandonando la iglesia. ¡No quieres que sepan que puedes entrar en ella!

Gabrielle volvió a lanzar una de sus risas burlonas y despectivas.

Planté la mano en el pecho del extraño joven e intenté apartarle a un lado, pero descubrí que era tan fuerte como Magnus. Sin embargo, me negué a sentir temor.

—¿Por qué no quieres que te vean? —susurré, mirándole fijamente.

El cambio que experimentó resultó tan inesperado y espantoso que me descubrí conteniendo la respiración. Su rostro angelical pareció marchitarse, sus ojos se abrieron y en sus labios se formó una mueca de consternación. Todo su cuerpo se puso totalmente deformado como si intentara no rechinar los dientes ni apretar los puños.

Gabrielle se apartó de él y me eché a reír. No era mi intención hacerlo, pero no pude evitarlo. El aspecto del joven era aterrador, pero también resultaba muy divertido.

Con asombrosa rapidez, aquel horroroso espejismo —si de tal cosa se trataba— se desvaneció, y nuestro interlocutor recuperó su plácido aspecto anterior. Incluso volvió a mostrar la misma expresión sublime. Mediante un sostenido flujo de pensamientos, me hizo saber que me consideraba infinitamente más fuerte de lo que había supuesto en un principio, pero que las demás criaturas se asustarían al verle salir de la iglesia y que, por tanto, debíamos abandonar ésta enseguida.

—Mientes otra vez —susurró Gabrielle.

Y me di cuenta de que aquel ser tan orgulloso no nos perdonaría nada. ¡Qué Dios amparara a Nicolás si no conseguíamos engañarle!

Di media vuelta, así de la mano a Gabrielle y echamos a andar por el pasillo hacia las puertas principales. Gabrielle miró al extraño ser y luego volvió los ojos hacia mí con aire inquisitivo y el rostro tenso y pálido.

—Paciencia —susurré. Al mirar atrás vi al joven lejos de nosotros, de espaldas al altar principal, contemplándonos con unos ojos tan enormes que su aspecto me pareció horrible, repulsivo y fantasmal.

Cuando llegué al vestíbulo de la catedral, empecé a las otras criaturas con toda la fuerza de mi mente y, al tiempo que lo hacía, murmuré las palabras entre dientes para que Gabrielle supiera qué estaba haciendo yo. Invité a las criaturas a regresar y entrar en el recinto sagrado si lo deseaban, les dije que nadie ni nada les haría daño y que su líder estaba ya en el interior, junto al altar mayor, absolutamente ileso.

Repetí las palabras en voz más alta, insistiendo en la invitación con mis pensamientos, y Gabrielle se sumó a mis esfuerzos repitiendo las frases al unísono conmigo.

Noté que el joven se acercaba a nosotros desde el altar mayor, hasta que, de pronto, le perdí la pista. No me di cuenta del momento en que reaparecía detrás de nosotros.

De improviso, se materializó a mi lado y, al tiempo que arrojaba al suelo a Gabrielle, me agarró e intentó levantarme del suelo para lanzarme fuera de la iglesia.

Me resistí a ello, y, repasando desesperadamente cuanto podía recordar de Magnus —su rara manera de andar y los extraños movimientos de la fantasmal figura—, logré lanzarle, no al suelo como sucedería con un sólido y pesado mortal, sino directamente por los aires.

Como ya sospechaba, el extraño ser salió despedido en un salto mortal, estrellándose contra la pared.

Los humanos mortales se agitaron en los bancos. Vieron un movimiento y escucharon unos ruidos, pero el causante ya había desaparecido una vez más. En cuanto a Gabrielle y a mí, en la penumbra no nos distinguíamos de otros jóvenes caballeros.

Hice un gesto a Gabrielle para que se apartara de donde estaba. El joven reapareció entonces, embistiendo directamente hacia mí, pero me di cuenta de lo que iba a suceder y salté a un lado.

A unos cinco metros de mí, caído en el suelo, le vi mirarme con auténtico temor reverencial, como si yo fuera un dios. Sus largos cabellos castaños rojizos estaban revueltos y me contemplaba con sus enormes ojos pardos abiertos como platos. Y, pese a la dulce inocencia de sus facciones, sus pensamientos volvían a volcar sobre mí un ardiente chorro de órdenes, diciéndome que yo era débil, imperfecto y estúpido, y que sus seguidores me arrancarían los miembros uno a uno tan pronto reapareciera. Capté imágenes de Nicolás y amenazas de que asarían a mi joven amante a fuego lento hasta la muerte.

Solté una carcajada en silencio. Aquello era tan ridículo como las peleas en la vieja *Commedia dell'arte*.

Gabrielle pasaba la mirada alternativamente de uno a otro.

Envié nuevas invitaciones a los demás, y esta vez, cuando lo hice, les oí responder, curiosos e inquisitivos.

—Entrad en la iglesia —repetí una y otra vez, incluso cuando su líder se levantó y volvió a cargar contra mí con una rabia ciega y torpe. Gabrielle le sujetó al mismo tiempo que yo, y, entre los dos, le redujimos hasta inmovilizarle.

En un momento de absoluto terror para mí, trató de clavarme los colmillos en el cuello. Vi sus ojos redondos y vacíos mientras los afilados colmillos quedaban al descubierto al retirar los labios. Le repelí de un empujón y volvió a desvanecerse.

Advertí que las demás criaturas se estaban acercando.

—¡Vuestro líder está aquí dentro! ¡Comprobadlo! —les grité—. Y cualquiera de vosotros puede penetrar también en la iglesia. No sufriréis daño alguno.

Oí un grito de advertencia de Gabrielle. Demasiado tarde. Se alzó ante mí como si surgiera del propio suelo y me golpeó en la mandíbula, llevando mi cabeza hacia atrás de modo que mis ojos miraron el techo de la iglesia. Y, antes de que pudiera recuperarme, descargó un golpe preciso en mitad de mi espalda que me envió por los aires a través de la puerta abierta hasta las piedras de la plaza.

Cuarta parte

Los Hijos de las Tinieblas



o pude ver otra cosa que la lluvia, pero capté las voces de las criaturas a mi alrededor. Y a su líder dando la orden. —Esos dos no tienen ningún gran poder —les decía con unos pensamientos que resultaban de una curiosa simplicidad, como si fueran dirigidos a niños vagabundos—. Cogedles prisioneros.

—Lestat —dijo Gabrielle—, no te resistas. Es inútil tratar de prolongar esto.

Comprendí que tenía razón, pero yo jamás me había rendido a nadie y, arrastrándola conmigo frente al Hôtel-Dieu, me dirigí al puente.

Nos abrimos paso entre la multitud de capas húmedas y carruajes salpicados de barro, pero las criaturas ganaban terreno detrás de nosotros. Corrían tan deprisa que resultaban casi invisibles para los mortales y apenas mostraban ahora el menor temor a nuestra presencia.

La cacería terminó en las calles oscuras de la Rive Gauche.

Los blancos rostros aparecieron delante y detrás de nosotros como diabólicos querubines, y, cuando traté de desenvainar la espada, noté sus manos en mis brazos.

—Acabemos ya —escuché decir a Gabrielle.

Conseguí agarrar con fuerza la espada, pero no pude impedir que las criaturas me levantaran del suelo. Lo mismo hicieron con Gabrielle.

Y, en un torbellino ardiente de imágenes espantosas, supe adonde nos conducían. A les Innocents, distante muy poco de allí. Ya podía distinguir el resplandor de las hogueras que ardían cada noche entre las hediondas fosas comunes, de las llamas de las que se creía que dispersaban los efluvios.

Cerré el brazo en torno al cuello de Gabrielle y grité que no podía soportar aquel hedor, pero las criaturas nos condujeron rápidamente a través de la oscuridad, cruzando las verjas y pasando ante las blancas criptas de mármol.

—Seguro que vosotros tampoco podéis soportarlo —dije, pugnando por desasirme—. ¿Por qué, pues, vivís entre los muertos cuando estáis hechos para alimentaros de los vivos?

Me entró tal repulsión, que no pude continuar mis esfuerzos por hablar ni por liberarme. A nuestro alrededor había cuerpos en diversos estados de putrefacción, e incluso de los sepulcros más ricos surgía aquel hedor.

Y, al internarnos en la parte más oscura del cementerio y penetrar en un enorme sepulcro, me di cuenta de que también a las criaturas les repugnaba el olor tanto como a mí. Percibí su desagrado, y, pese a ello, vi que abrían la boca y ensanchaban los pulmones como si lo quisieran devorar. Gabrielle, a mi lado, estaba temblando con los dedos hundidos en mi cuello.

Atravesamos otra puerta, y luego, a la mortecina luz de una antorcha, descendimos por unos peldaños de tierra.

El hedor creció en intensidad, Parecía rezumar de las paredes de barro. Incliné la cabeza hacia adelante y vomité un hilillo de sangre reluciente en los escalones excavados a mis pies. La sangre desapareció mientras continuábamos adelante con rapidez.

—¡Vivís entre las tumbas! —exclamé, furioso—. Decidme, ¿por qué sufrís ya el infierno por propia voluntad?

—¡Silencio! —cuchicheó muy cerca de mí una de las criaturas, una hembra de ojos oscuros con pelos de bruja—. ¡Blasfemo! ¡Profanador maldito!

—No muestres tanto aprecio por el demonio, querida —repliqué en tono burlón. Estábamos frente a frente—. ¡A menos que te ofrezca una visión más digna de contemplar que la del Altísimo!

La criatura se echó a reír. O más bien empezó a hacerlo, pero se detuvo como si la risa no le estuviera permitida. ¡Qué reunión más alegre e interesante iba a ser aquélla!

Continuamos bajando y bajando a las entrañas de la tierra.

La luz vacilante, el ruido de los pies desnudos sobre el suelo, los sucios harapos rozándome la cara. Por un instante vi una calavera sonriente, luego otra, y, tras ésta, un montón de cráneos que llenaban un nicho en la pared.

Intenté desasirme y mi pie golpeó otro montón de huesos, que cayeron con estruendo escaleras abajo. Los vampiros me sujetaron con más fuerza y trataron de sostenernos a los dos más en alto. Pasamos ante el repugnante espectáculo de unos cadáveres putrefactos sujetos a las paredes como estatuas, con los huesos cubiertos de telas también podridas.

—¡Esto es demasiado repulsivo! —mascullé con los dientes apretados.

Habíamos llegado al pie de las escaleras y nos conducían por una gran catacumba. Llegó a mis oídos el grave y rápido batir de unos timbales.

Delante de nosotros ardían unas teas, y, por encima del coro de lastimeros gemidos, me llegaron otros gritos, lejanos pero llenos de dolor. Y entonces, algo ajeno a aquellos lamentos misteriosos atrajo mi atención.

Entre toda aquella fetidez, aprecié la proximidad de un mortal. Era Nicolás y estaba vivo, y pude percibir la vulnerable corriente de sus pensamientos mezclada con su olor. Y en sus pensamientos había algo terriblemente extraño. Era un caos.

No tuve modo de saber si Gabrielle lo había captado.

De pronto, las criaturas nos arrojaron juntos al suelo y se apartaron de nosotros.

Me puse en pie y ayudé a Gabrielle a incorporarse. Vi que estábamos en una gran cámara abovedada, apenas iluminada por tres antorchas que sostenían otros tantos vampiros, dispuestas en un triángulo cuyo centro ocupábamos.

Había algo grande y oscuro al fondo de la cámara: olía a madera y brea, a humedad, a ropa enmohecida, a mortal vivo. Nicolás estaba allí.

A Gabrielle se le había soltado por completo el lazo del cabello y éste le caía sobre los hombros mientras seguía clavando sus dedos en mí y miraba a nuestro alrededor con ojos que parecían tranquilos y cautos.

De todas partes se alzaban lamentos, pero las súplicas más desgarradoras procedían de los otros seres que habíamos oído antes, de unas criaturas enterradas en lo más profundo de la tierra.

Y comprendí entonces que eran vampiros sepultados que gritaban, que lanzaban alaridos suplicando sangre, suplicando perdón y la libertad, suplicando incluso el fuego del infierno. El griterío era tan insoportable como el olor.

No me llegaron verdaderos pensamientos de Nicolás, sólo el tenue brillo informe de su mente. ¿Estaría soñando? ¿Se habría vuelto loco?

El retumbar de los timbales sonaba muy fuerte y muy próximo; pese a ello, los gritos superaban a veces su estruendo, una y otra vez, sin ritmo ni aviso. Los gemidos de los más próximos a nosotros cesaron, pero los timbales continuaron batiendo y su sonido surgió de pronto del interior de mi cabeza.

Tratando desesperadamente de no llevarme las manos a los oídos, miré a mi alrededor.

Se había formado un gran círculo y ante nosotros estaba una decena, al menos, de aquellas criaturas. Vi jóvenes, viejos, hombres y mujeres, un muchacho..., y todos ellos vestían restos de ropas humanas.

Estaba la mujer a la que había hablado en la escalera, con su cuerpo bien formado cubierto por una túnica asquerosa y sus vivaces ojos negros brillando como gemas en el fango mientras nos estudiaban. Y detrás de ellos, de aquella avanzada, había un par en las sombras golpeando los timbales.

Elevé una muda súplica pidiendo fuerzas. Traté de oír a Nicolás sin pensar realmente en él. Hice un voto solemne: *«Os sacaré a todos de aquí, aunque de momento no sé exactamente cómo»*.

El ritmo de los timbales se hizo más lento hasta convertirse en una desagradable cadencia que convirtió mi extraña sensación de miedo en una garra que me atenazaba la garganta. Uno de los que portaban antorchas se acercó a nosotros.

Aprecié la expectación de los demás, una patente excitación mientras las llamas se acercaban a mi rostro.

Arranqué la tea de manos de la criatura, retorciéndole la derecha hasta que hincó las rodillas. Con una seca patada, le envié rodando por el suelo y, cuando los demás se lanzaron contra mí, moví la antorcha en un amplio arco obligándoles a retroceder.

Luego, desafiante, arrojé la antorcha al suelo.

Aquello les pilló por sorpresa y noté un súbito silencio. La expectación había desaparecido, o más bien se había transformado en algo más paciente y menos volátil.

Los timbales sonaron insistentemente, pero parecía como si aquellos seres no hicieran caso de su retumbar. Tenían la vista puesta en las hebillas de nuestros zapatos, en nuestro cabello y en nuestros rostros, con tal expresión de inquietud que parecían amenazadores y feroces. Y el muchacho, con una mueca atormentada, extendió la mano para tocar a Gabrielle.

—¡Vuelve atrás! —dije con un siseo. Y el muchacho obedeció, recogiendo la antorcha del suelo mientras lo hacía.

Sin embargo, yo estaba seguro ya de una cosa: estábamos rodeados por la envidia y la curiosidad, y ésa era la mejor ventaja que poseíamos.

Miré uno tras otro a aquellos seres, y, con gestos muy pausados, empecé a limpiarme el polvo y la suciedad de la levita y de los calzones. Alisé la capa y enderecé los hombros. Luego me pasé una mano por el pelo y crucé los brazos sobre el pecho, la imagen misma de la dignidad y la rectitud; y paseé la mirada a mi alrededor.

Gabrielle me dirigió una ligera sonrisa. No había perdido la compostura y tenía la mano en la empuñadura de la espada.

El efecto de todo esto en aquellos seres fue de general asombro. La mujer de ojos oscuros estaba embelesada. Le hice un guiño. Habría quedado encantadora si alguien la hubiese metido bajo una cascada durante media hora y así se lo dije sin palabras. Dio dos pasos atrás y se apretó los harapos sobre los pechos. Interesante. Muy interesante; sí, señor.

—¿Qué explicación tiene todo esto? —inquirí, mirando a aquellos seres uno por uno como si fueran el único. Gabrielle lanzó de nuevo su leve sonrisa.

—¿Qué representa que sois? —exigí saber—. ¿La imagen de unos fantasmas que arrastran las cadenas por cementerios y antiguos castillos?

Las criaturas se miraron entre ellas con creciente inquietud. Los timbales habían dejado de sonar.

—La niñera que tuve me asustaba muchas veces con cuentos de seres así —dije—. Me decía que podían saltar en cualquier instante de las armaduras del castillo para llevarme con ellos gritando. —Pisé el suelo con energía y avancé hacia las criaturas—. ¿Es ESO LO QUE SOIS?

Todos se encogieron y retrocedieron.

Todos, menos la mujer de ojos negros, que no se movió.

Lancé una risa por lo bajo.

—Y vuestros cuerpos son como los nuestros, ¿no es eso? —pregunté pausadamente—. Finos, sin defectos. Y en vuestros ojos percibo muestras de mis propios poderes. Muy extraño...

Surgía de ellos una gran confusión, y los aullidos procedentes de la tierra parecían más amortiguados, como si los sepultados estuvieran escuchando a pesar de su dolor.

—¿Os divierte mucho vivir entre un hedor y una suciedad como éstos? —pregunté—. ¿Es por eso por lo que lo hacéis?

Temor. De nuevo, envidia. ¿Cómo habíamos podido escapar a su destino?

—Nuestro amo es Satán —dijo la mujer de ojos oscuros con brusquedad. Su voz era cultivada. Seguramente había sido una mujer de buena posición cuando era mortal—. Y servimos a Satán como es nuestro deber.

—¿Por qué? —repliqué con cortesía.

A nuestro alrededor hubo muestras de consternación.

Una ligera imagen de Nicolás. Agitación sin orden ni concierto. ¿Habría oído mi voz?

—Traerás la cólera de Dios sobre todos nosotros con tu actitud desafiante —dijo el muchacho, el más joven de todos, que no debía tener más de dieciséis años cuando fue convertido en lo que era—. En tu

vanidad y tu perversidad, haces caso omiso de las Leyes Oscuras. ¡Vives entre mortales y vas a lugares iluminados!

—¿Y por qué no lo hacéis vosotros? —pregunté—. ¿Acaso vais a subir al cielo con vuestras alitas blancas cuando terminéis este período de penitencia? ¿Es eso lo que os promete Satán? ¿La salvación? Yo, en lugar de vosotros, no confiaría en ello.

—¡Serás arrojado al fondo del infierno por tus pecados! —dijo otro miembro del grupo, una mujeruca menuda con aspecto de bruja—. Perderás el poder para seguir haciendo el mal en la Tierra.

—¿Y cuándo se supone que ha de suceder eso? —repliqué—, ¡Llevo medio año siendo lo que soy y ni Dios ni Satanás me han molestado! ¡Eres tú quien me importuna!

Se quedaron paralizados por un instante. ¿Cómo era posible que no hubiéramos caído fulminados al entrar en las iglesias? ¿Cómo podíamos ser lo que éramos?

Era muy probable que pudiéramos dispersarles y derrotarles en aquel mismo instante, pero, ¿qué sería de Nicolás? Si al menos sus pensamientos hubieran sido coherentes, habría podido hacerme una imagen de qué había exactamente bajo el gran lienzo negro enmohecido del fondo.

Clavé la mirada en los vampiros.

Madera, brea...; una hoguera, sin duda. Y aquellas malditas antorchas...

La mujer de ojos oscuros se adelantó hacia nosotros. No había malevolencia en ella, sólo fascinación. Pero el muchacho la empujó a un lado, enfureciéndola, y se aproximó tanto que noté su aliento en el rostro.

—¡Bastardo! —exclamó—. Tú eres obra de Magnus, el proscrito, en desafío del pacto y de las Leyes Oscuras. Y, llevado por la precipitación y la vanidad, le has dado el Don Oscuro a esta mujer, igual que te fue dado a ti.

—Si no te castiga Satán —murmuró la mujer—, lo haremos nosotros, como es nuestro deber y nuestro derecho.

El muchacho señaló la hoguera cubierta por el lienzo negro e hizo un gesto a los demás para que se retiraran.

Los timbales volvieron a sonar, rápidos y potentes. El círculo se amplió y los portadores de las antorchas se acercaron al lienzo.

Dos de entre los demás desgarraron la tela casi descompuesta, el gran lienzo de sarga negra del cual se levantó una nube de polvo sofocante.

La pira era tan grande como la que había consumido a Magnus.

Y encima de ella, encerrado en una tosca jaula de madera, estaba Nicolás, arrodillado y caído contra los barrotes. Nos miró sin vernos y no aprecié en su rostro ni en sus pensamientos señal alguna de que nos reconociera.

Los vampiros sostuvieron en alto las teas para que le viéramos bien y noté que la expectación aumentaba de nuevo a nuestro alrededor, como cuando nos habían llevado a aquella cámara.

Gabrielle me advertía con la presión de la mano que mantuviera la calma. Su expresión no había cambiado un ápice.

Noté unas marcas azuladas en el cuello de Nicolás. La pechera de encaje de su camisa estaba tan sucia como los harapos de las criaturas, y en sus calzones podían verse diversos sietes y rozaduras. De hecho, Nicolás estaba cubierto de magulladuras y consumido hasta el borde de la muerte.

El miedo estalló silencioso en mi corazón, pero me di cuenta de que era eso lo que querían ver aquellos seres y sellé las emociones dentro de mí.

La jaula no era nada, me dije. Podía romperla. Y sólo había tres antorchas. La cuestión era saber en qué momento moverse y cómo. No pereceríamos de aquella manera, desde luego que no.

Me descubrí, observé fríamente a Nicolás y estudié con la misma frialdad los haces de leña menuda y los troncos grandes toscamente partidos. Surgió dentro de mí una gran cólera. El rostro de Gabrielle era una perfecta máscara de odio.

El grupo pareció darse cuenta de ello y se apartó ligerísimamente de nosotros, para volver a acercarse luego, lleno de confusión e incertidumbre.

No obstante, algo más estaba sucediendo. El círculo de las criaturas se estrechó aún más a nuestro alrededor.

Gabrielle me tomó el brazo.

—Viene el amo —murmuró.

En algún lugar de la cámara se había abierto una puerta. El sonido de los timbales creció en intensidad; dio la impresión de que los sepultados en la tierra entraban en un paroxismo de súplicas, rogando el perdón y la liberación. Los vampiros que nos rodeaban reanudaron su frenético griterío y tuve que hacer un gran esfuerzo para no llevarme las manos a los oídos.

Un poderoso instinto me dijo que no debía mirar al recién llegado, pero no pude resistirme y, lentamente, volví la cabeza hacia él para medir sus poderes.

2

El amo de las criaturas avanzaba hacia el centro del gran círculo, de espaldas a la hoguera, acompañado de una extraña mujer vampiro.

Y cuando lo miré a la luz de las antorchas, sentí la misma conmoción que había experimentado al verle entrar en Notre Dame.

No era sólo su belleza, sino la sorprendente inocencia que reflejaba su rostro juvenil. Se movía con tal rapidez y tal ligereza que era imposible determinar el momento en que sus pies daban un paso. Sus ojos enormes nos miraron sin odio, mientras su pelo, pese a la suciedad, despedía unos leves destellos rojizos.

Traté de leer su mente, de saber qué era aquel ser, por qué una criatura tan sublime mandaba sobre aquellos tristes fantasmas cuando tenía todo el mundo a su disposición. Intenté de nuevo descubrir algo que ya casi había averiguado cuando aquella criatura y yo habíamos estado cara a cara en el altar de la catedral. Si lo descubría, tal vez podría derrotarle, y ésa era mi intención.

Creí verle responder, dirigirme una silenciosa contestación, un destello del paraíso en la misma boca del infierno en su expresión inocente, como si el diablo aún conservase el rostro y la forma del ángel que era antes de la caída.

Pero allí sucedía algo muy raro. El amo no pronunció una sola palabra. Los timbales retumbaron ansiosamente, pero no se produjo una reacción unitaria entre las criaturas. La mujer de ojos oscuros no se unió a los demás en el coro de lamentos, y otros de aquellos seres vampíricos habían enmudecido también.

En ese instante, la mujer que había entrado con el amo, una extraña criatura ataviada como una reina de la antigüedad con una túnica harapienta y un ceñidor bordado en la cintura, se echó a reír.

El aquelarre, o como quiera que llamaran a la reunión, quedó comprensiblemente desconcertado. Uno de los timbales dejó de sonar.

La criatura de aspecto de reina se rió cada vez más fuerte. Su blanca dentadura brillaba tras el sucio velo de sus cabellos enredados.

Había sido una mujer hermosa en su tiempo. Y no era su edad de mortal lo que la había ajado. Más bien tenía el aspecto de una loca: su boca en una mueca horrible mientras sus ojos miraban frenéticamente lo que tenía delante; su cuerpo arqueado súbitamente con las carcajadas, como había hecho Magnus al danzar en torno a su pira funeraria.

—Os lo advertí, ¿verdad? —gritó—. ¿Sí o no?

Al fondo de la cámara, detrás de la mujer, Nicolás se agitó en su jaula. Noté que la risa se escarneció en él, y noté también que mi camarada me miraba fijamente y que en sus facciones asomaba un destello de razón pese a su mueca distorsionada. El miedo pugnaba con la malevolencia dentro de él, y a esa lucha se unía una maraña de asombro y de casi desesperación.

El joven de cabellos castaños rojizos miró a su acompañante, la reina vampiro, con expresión inescrutable. El muchacho de la antorcha dio un paso adelante y gritó a la mujer que callara de una vez. A pesar de sus andrajos, el porte del muchacho era ahora muy distinguido.

La mujer le volvió la espalda y nos miró cara a cara. Pronunció sus palabras en una especie de cántico, con una voz ronca y asexuada que dio paso a otra risa restallante.

—Mil veces lo he dicho y no habéis querido escucharme —declaró. La túnica vibraba a su alrededor como si estuviera temblando—. Y me habéis llamado loca, víctima de mi tiempo, Casandra errante corrompida por una vigilia demasiado larga en esta Tierra. Pues bien, ya veis que mis predicciones se han cumplido una por una.

El amo no hizo ademán alguno de responder.

—Y ha tenido que llegar esta criatura —prosiguió, acercándose a mí con una horrible mueca cómica en el rostro, igual a la que había visto en Magnus—, este alocado caballero, para demostrároslo de una vez por todas.

Emitió un siseo, hizo una profunda respiración y se quedó inmóvil, muy erguida. Y en aquel momento de absoluta quietud, se transfiguró en una hermosa mujer. Deseé peinarle el cabello, lavárselo con mis manos, vestirla con ropas modernas y verla en el espejo de mi época. De hecho, mi mente enloqueció por un momento ante la idea de restituírle su belleza y de borrar todo rastro de su nefasto disfraz.

Creo que, por un instante, la noción de eternidad ardió dentro de mí, y supe qué era la inmortalidad. Todo era posible en la eternidad, o, al menos, así me lo pareció en aquel momento.

Ella me observó y captó mis visiones y el encanto de su rostro se hizo aún más intenso, pero el frenesí volvió a crecer y oí gritar al muchacho:

—¡Castiguémosles! ¡Apliquémosles el juicio de Satán! ¡Encendamos la hoguera!

Sin embargo, nadie se movió en la inmensa cámara.

La mujer emitió, con los labios cerrados, una salmodia misteriosa con la cadencia de unos versos. El amo continuó impassible. El muchacho harapiento, en cambio, avanzó hacia nosotros, dejó los colmillos al descubierto y alzó la mano como una zarpa.

Le quité la antorcha de la mano y, con gesto de indiferencia, le di un empujón en el pecho que le envió más allá del círculo de andrajosos, resbalando hasta la leña menuda apilada junto a la hoguera. Apagué la antorcha pisándola contra el suelo.

La reina vampiro soltó una carcajada estridente que pareció llenar de terror a los demás, pero la expresión del amo no varió un ápice.

—¡No pienso quedarme a esperar ningún juicio de Satán! —declaré, pasando la mirada por el círculo de criaturas—. ¡A menos que me traigáis aquí al propio Satán!

—¡Sí, hijo, díselo! ¡Oblígales a responder! —intervino la mujer con voz triunfal.

El muchacho se había incorporado nuevamente.

—Ya conocéis sus faltas —rugió mientras se adelantaba otra vez al círculo. Se le veía furioso y rezumaba poder, y me di cuenta de que era imposible juzgar a ninguno de aquellos andrajosos por la

forma mortal que conservaban. El muchacho, bien podía ser un anciano; la mujeruca, una joven inexperta; y el aniñado líder, el más viejo de todos ellos.

—¡Ved aquí! —continuó, acercándose aún más con un intenso brillo en los ojos al notar la atención de los demás—. Este maldito no ha sido novicio aquí ni en ninguna parte; no ha suplicado ser acogido ni ha hecho votos a Satán. No ha entregado su alma en el lecho de muerte. ¡En realidad, no ha muerto nunca! —Su voz se hizo más sonora y aguda—. ¡No ha sido enterrado ni se ha levantado de la tumba como un Hijo de la Oscuridad! ¡Al contrario, se atreve a deambular por el mundo bajo la apariencia de un ser viviente! ¡Y hace negocios en el propio centro de París como un mortal más!

Unos chillidos respondieron desde las paredes. Los vampiros del círculo, en cambio, permanecieron callados mientras el muchacho les miraba; su mandíbula temblaba.

Alzó los brazos y emitió un alarido. Un par de criaturas le secundó. El rostro se le desfiguró de rabia.

La vieja reina vampiro estalló en otra carcajada, y me miró, mientras su sonrisa aparecía aún más desquiciada.

El muchacho, no obstante, no se dio por vencido. Me señaló y dijo:

—Busca el calor del fuego: ¡rigurosamente prohibido! —me acusó a gritos, pateando el suelo y tirándose de la ropa—. ¡Acude a los mismísimos emporios del placer carnal y se relaciona allí con mortales al ritmo de la música! ¡Incluso baila con ellos!

—¡Basta ya de desvaríos! —le interrumpí. Aunque, en realidad, deseaba seguir escuchándole.

El muchacho se precipitó hacia mí, apuntándome con el dedo muy cerca de mi rostro.

—¡Ningún ritual puede purificarle! Ya es demasiado tarde para los Juramentos Oscuros, para las Bendiciones Oscuras...

—¿Juramentos Oscuros? ¿Bendiciones Oscuras? —Me volví hacia la vieja reina—. ¿Qué dices tú a todo esto? Tú eres tan vieja como Magnus cuando se arrojó a la hoguera... ¿Por qué padeces y toleras que esto continúe?

Los ojos se movieron de pronto en su cabeza como si únicamente ellos tuvieran vida, y, de nuevo, empezó a surgir de su garganta aquella risa loca.

—Nunca te causaré daño, joven mío —respondió al fin—. A ninguno de los dos —añadió, a la vez que lanzaba una dulce mirada a Gabrielle—. Has tomado la Senda del Diablo hacia una gran aventura. ¿Qué derecho tengo yo a intervenir en lo que te tienen reservado los siglos futuros?

La Senda del Diablo. Era la primera frase de alguno de aquellos seres que sonaba como un clarín en lo más profundo de mi ser. Se adueñó de mí una rara euforia con sólo contemplar a la mujer. A su modo, parecía la hermana melliza de Magnus.

—¡Oh, sí, soy de la misma edad que tu progenitor! —Al sonreír, sus blancos colmillos rozaron apenas el labio inferior para desaparecer a continuación. Dirigió una mirada al amo, que la observó sin el menor interés ni emoción—. Ya estaba aquí —prosiguió—, en este aquelarre, cuando Magnus, el alquimista, el astuto Magnus, nos robó nuestros secretos..., cuando bebió la sangre que le daría la vida eterna de un modo como el Mundo de las Tinieblas no había conocido jamás. Y ahora han transcurrido tres siglos, y Magnus te ha concedido a ti, bello joven, su Don Oscuro, puro y concentrado.

Su rostro se convirtió de nuevo en aquella máscara cómica, sonriente y burlona, tan parecida a la de Magnus.

—Muéstramelo, hijo —añadió—, muéstrame la fuerza que él te dio. ¿Sabes qué significa ser convertido en vampiro por alguien tan poderoso y que nunca había otorgado a nadie el Don Oscuro hasta ese instante? ¡Aquí está prohibido, hijo, que alguien de su edad transmita su poder! Pues, de hacerlo, el neófito nacido de él podría vencer fácilmente a este hermoso amo y a todo su grupo.

—¡Basta ya de desvaríos mal concebidos! —interrumpió el muchacho.

Sin embargo, todo el mundo estaba atento a las palabras de la vieja reina vampiro. La mujer de ojos oscuros se nos había aproximado para ver mejor a la anciana, olvidando por completo cualquier temor o resentimiento hacia nosotros.

—Hace cien años, ya habrías dicho suficiente —rugió el muchacho a la vieja reina, levantando la mano para exigirle silencio—. Estás loca como todos los viejos. Ésa es la muerte que sufres. Os repito que este proscrito debe ser castigado. Cuando él y la mujer que ha creado sean destruidos delante de todos nosotros, el orden quedará restaurado.

Con furia renovada, se volvió hacia las otras criaturas.

—Yo os digo que vagáis por esta Tierra como todos los engendros malignos, por la voluntad de Dios, para hacer sufrir a los mortales por su Divina Gloria. Y la voluntad de Dios puede destruirnos si blasfemáis, y puede arrojaros a las calderas del infierno en este mismo instante, pues sois almas condenadas y vuestra inmortalidad sólo os es concedida al precio del sufrimiento y el tormento.

Un coro de gemidos se alzó entre el grupo, sin mucha convicción.

—Aquí está por fin —intervine entonces—. Aquí tenemos toda vuestra filosofía... ¡y toda ella está fundada en una mentira! ¿Así que os acobardáis como campesinos, sumidos ya en el infierno por vuestra propia voluntad, atados con cadenas más fuertes que las de cualquier mortal, y ahora queréis castigarnos porque no obramos igual? ¡Precisamente por eso, seguid nuestro ejemplo!

Parte de los vampiros nos contemplaba en silencio, mientras otros se volcaban en nerviosas conversaciones que surgían a nuestro alrededor. Una y otra vez, miraban a su amo y a la vieja reina.

Pero su amo no decía nada.

El muchacho pidió orden a gritos:

—Y no le basta con profanar lugares sagrados o con vivir como un mortal. Esta misma noche, en un pueblo de las afueras, ha aterrorizado a todos los fieles de una iglesia. París entero comenta este horror, habla de fantasmas que salen de las tumbas de debajo del altar. ¡Son él y esa mujer vampiro en la que ha obrado el Rito Oscuro sin consentimiento ni ceremonia, del mismo modo en que él fue creado!

Se oyeron jadeos y nuevos murmullos, pero la vieja reina lanzó un grito de placer.

—¡Son faltas muy graves! —continuó el muchacho—. Insisto en que no pueden quedar sin castigo. ¿Y quién de vosotros no ha oído hablar de sus burlas en el escenario de ese teatro del bulevar, del cual es propietario como lo sería un mortal? ¡Allí mismo ha hecho ostentación de sus poderes como Hijo de las

Tinieblas ante un millar de parisinos! ¡Así es como el secreto que hemos protegido durante siglos ha sido violado para diversión suya y de una masa de gente vulgar!

La vieja reina se frotó las manos y ladeó la cabeza mientras me miraba.

—¿Es verdad todo eso, hijo? ¿Has ocupado un palco de la Opera? ¿Has estado ante las luces del proscenio del Théâtre Francaise? ¿Has bailado con los reyes en el palacio de las Tullerías, llevando por pareja a esta hermosura que has creado con tanta perfección? ¿Es cierto que has recorrido los bulevares en una carroza dorada?

Continuó riéndose sin cesar mientras sus ojos observaban de vez en cuando a las otras criaturas, dominándolas y subyugándolas como si emitiera un rayo de luz cálida.

—¡Ah, qué clase y qué dignidad! —continuó—. ¿Qué sucedió en la gran catedral cuando entraste? ¡Cuéntamelo!

—¡Absolutamente nada, señora! —declaré.

—¡Faltas gravísimas! —rugió el muchacho vampiro, ultrajado—. Alarmas como éstas bastan para levantar contra nosotros a toda una ciudad, e incluso un reino. Durante siglos hemos cazado víctimas con todo sigilo en esta metrópolis, sin dar lugar más que a vaguísimos rumores sobre nuestro gran poder. ¡Somos fantasmas, criaturas de la noche destinadas a alimentar los temores de los hombres, y no demonios delirantes!

—¡Ah, esto es realmente sublime! —entonó la vieja reina mientras alzaba los ojos al techo abovedado—. Desde mi lecho de piedra, he tenido sueños sobre el mundo mortal de ahí arriba. He oído sus voces, sus nuevas músicas como canciones de cuna acompañándome en mi tumba. He imaginado sus fantásticos descubrimientos y he conocido su valentía en lo más recóndito de mi mente. Y, aunque ese mundo me excluye con sus formas deslumbrantes, añoro la existencia de alguien con la fuerza suficiente como para deambular por él sin miedo, para recorrer la Senda del Diablo en su propio seno.

El muchacho de ojos grises estaba ya a mi lado.

—Prescindamos del juicio —propuso, lanzando una agria mirada a su amo—. Encendamos la hoguera ahora.

La reina se apartó de mi camino con un gesto exagerado, al tiempo que el muchacho alargaba el brazo para tomar la antorcha más próxima; salté sobre él, le arranqué la tea de la mano y le levanté del suelo como un guiñapo, mandándole de un empujón hasta una de las paredes de la cámara. Luego, apagué la antorcha a pisotones.

Sólo quedaba, pues, una tea encendida. La asamblea fue presa de un absoluto desorden: varias criaturas corrieron a ayudar al muchacho, mientras otros hacían comentarios en voz baja, pero su amo permaneció absolutamente inmóvil, como sumido en un sueño.

Y, mientras duraba la confusión, me lancé hacia adelante, escalé la pira y abrí la puerta de la jaula de madera.

Nicolás tenía el aspecto de un cadáver viviente, con los ojos soñolientos y la boca retorcida como si me sonriera, lleno de odio, desde el otro lado de la tumba. Le saqué a rastras de la jaula y le bajé al suelo

de tierra. Se hallaba en un estado febril y, aunque no lo tuve en cuenta y lo habría ocultado de haber podido, me apartó de un empujón mientras mascullaba unas maldiciones por lo bajo.

La vieja reina presencié con fascinación la escena. Miré a Gabrielle, que lo observaba todo sin un ápice de temor. Saqué el rosario de perlas del chaleco y, dejando colgar el crucifijo, coloqué el rosario en torno al cuello de Nicolás. Este miró con estupor la crucecita y luego rompió a reír. En su carcajada, grave y metálica, eran patentes el desprecio y la malevolencia. Era un sonido totalmente opuesto al que emitían los vampiros. Se apreciaba en él la sangre humana, la consistencia humana, rebotando con el eco en las paredes. De pronto, Nicolás, el único mortal entre los presentes, parecía rubicundo, caliente y extrañamente impoluto, como un niño arrojado entre muñecas de porcelana.

La asamblea estaba más revuelta que nunca. Las dos antorchas, apagadas, seguían en el suelo.

—Ahora, según vuestras leyes, no le podéis hacer daño —proclamé—. Y, sin embargo, ha sido un vampiro quien le ha colocado esa protección sobrenatural. Decidme, ¿cómo se entiende eso?

Ayudé a Nicolás a avanzar y Gabrielle extendió enseguida los brazos para sostenerle entre ellos.

Nicolás aceptó el gesto, aunque miró a Gabrielle como si no la reconociera. Incluso alzó los dedos para tocarle el rostro. Ella le apartó la mano como habría hecho con la manita de un bebé, y mantuvo la vista fija en el líder y en mí.

—Si vuestro amo no tiene nada que deciros, yo sí —continué entonces—. Id a lavaros en las aguas del Sena y a vestiros como humanos si aún recordáis cómo se hace, y haced presas entre los hombres como es vuestro evidente destino.

El derrotado muchacho vampiro volvió al círculo dando trompicones y apartando con aspereza a los que le habían ayudado a incorporarse.

—¡Armand! —imploró al silencioso amo de cabellos castaño rojizos—. ¡Pon orden en la asamblea! ¡Armand, sálvanos!

Mi exclamación silenció las suyas:

—¿Para qué, por todos los infiernos, os concedió el diablo belleza, agilidad, ojos que ven visiones, mentes que pueden hacer hechizos?

Los ojos de las criaturas, de todas ellas, estaban fijos en mí. El muchacho gritó de nuevo el nombre de Armand, pero fue en vano.

—¡Desperdiciáis vuestros dones! —insistí—. ¡Pero aún, desperdiciáis vuestra inmortalidad! No existe en el mundo nada más contradictorio y carente de sentido, salvo los propios mortales que viven dominados por las supersticiones del pasado.

Se hizo un absoluto silencio. Pude oír la lenta respiración de Nicolás. Noté su calor. Aprecié su aturdida fascinación, luchando con la propia muerte.

—¿No tenéis astucia? —pregunté a los presentes, con voz atronadora en el silencio—. ¿No tenéis habilidad? ¿Cómo he podido yo, un huérfano, tropezar con tantas posibilidades cuando vosotros, nutridos como estáis por esos maléficos padres —hice una breve pausa para mirar al amo y al furioso muchacho—, vais a tientes como seres ciegos, reclusos bajo tierra?

—¡El poder de Satán te arrastrará al infierno! —gritó el muchacho con todas las fuerzas que le quedaban.

—¡No haces más que repetir eso! —repliqué—. ¡Y, como todos pueden ver, sigue sin suceder!

¡Audibles murmullos de asentimiento!

—Si realmente pensaras que pudiera suceder —añadí—, no os habrías molestado en traerme aquí.

Voces más altas mostrando su acuerdo.

Eché una mirada a la pequeña figura solitaria del joven a quien llamaban amo. Todos los ojos se volvieron de mí a él. Incluso la desquiciada reina vampiro le miró.

Y, en el silencio, le oí susurrar:

—La asamblea ha terminado.

Hasta los atormentados seres encerrados tras las paredes callaron.

Y el amo habló de nuevo.

—Idos todos. Id ahora. La reunión ha terminado.

—¡Armand, no! —suplicó el muchacho.

Pero los demás retrocedían ya, oculto el rostro tras las manos y murmurando. Los timbales fueron dejados a un lado, y la única antorcha encendida fue colgada en la pared.

Observé al líder de las criaturas, convencido de que sus órdenes no estaban destinadas a dejarnos en libertad.

Y después de obligar en silencio al muchacho a marcharse con los demás, cuando sólo quedó a su lado la vieja reina, volvió una vez más la mirada hacia mí.

3

Vacía e iluminada por el débil y lóbrego resplandor de la única antorcha, la gran cámara bajo la inmensa cúpula parecía aún más sobrenatural, ocupada sólo por los dos vampiros que nos miraban.

En silencio, estudié la situación: ¿Abandonarían el cementerio aquellas criaturas, o aguardarían en lo alto de las escaleras? ¿Me permitirían sacar con vida a Nicolás de aquel lugar? El muchacho no se alejaría, pero era un ser débil. La vieja reina no nos haría nada. El único obstáculo real era, pues, el llamado «amo». Sin embargo, ahora tenía que contenerme y no ser impulsivo.

Mi oponente seguía mirándome sin decir nada.

—¿Armand? —dije en tono respetuoso—. ¿Puedo dirigirme a ti por ese nombre? —Me acerqué un poco más, buscando el menor cambio en su expresión—. Evidentemente, tú eres el líder de estas gentes y quien puede explicarnos todo esto.

No obstante, las palabras no lograron enmascarar mis sentimientos. Estaba apelando a él, le estaba pidiendo que me explicara cómo había conducido a las pobres criaturas a todo aquello. Precisamente él, que parecía tan anciano como la vieja reina y dotado de una profundidad que las criaturas no alcanzaban a entender. Le recordé plantado ante el altar de Notre Dame con aquella expresión etérea en el rostro. Y me descubrí perfectamente reflejado en él, en la posibilidad que representaba, en aquel anciano que había permanecido en silencio durante toda la escena.

Creo que en ese instante busqué en él, por un segundo, un hálito de sentimientos humanos. Era aquello lo que pensaba que el conocimiento me revelaría; y el mortal que había en mí, el ser vulnerable que había gritado en la posada ante la visión del caos, preguntó:

—Armand, ¿qué significa todo esto?

Pareció que sus ojos pardos vacilaban, pero, a continuación, su rostro se transformó sutilmente en una expresión de rabia y retrocedí unos pasos.

No podía aceptar lo que me decían mis sentidos. Los súbitos cambios que el ser había sufrido en Notre Dame no eran nada en comparación con éstos. Y yo jamás había conocido una encarnación tan absoluta de la malevolencia. Incluso Gabrielle se apartó de él y levantó un brazo para proteger a Nicolás. Volví atrás hasta que estuve a su lado, y nuestros brazos se rozaron.

Pero, de modo igualmente milagroso, la expresión de odio se borró de su rostro, y éste volvió a ser el de un tierno y lozano joven mortal.

La vieja reina vampiro lanzó una sonrisa casi lánguida y se mesó los cabellos con sus blancas zarpas.

—¿Recurres a mí en busca de explicaciones? —preguntó.

Dirigió una mirada a Gabrielle y a la ofuscada figura de Nicolás, apoyado en su hombro, y volvió a concentrarse en mí.

—Podría hablar hasta el fin de los tiempos —murmuró— y no me bastaría para explicarte lo que acabas de destruir aquí.

Me pareció que la vieja reina emitía alguna risita burlona, pero estaba demasiado concentrado en él, en su suavidad al hablar y en la gran rabia que se agitaba tras las palabras.

—Estos misterios han existido desde que el mundo es mundo. —Armand parecía empequeñecido en la inmensa cámara; la voz surgía de su boca sin esfuerzo y los brazos le colgaban a los costados—. Desde los tiempos más remotos, nuestra especie ha vivido rondando las ciudades de los hombres, haciendo nuestras víctimas entre ellos durante la noche, como Dios y el diablo nos ordenaron hacer. Somos elegidos de Satán, y los admitidos en nuestras filas han de someterse a prueba primero, a través de un centenar de crímenes, para que se les conceda el Don Oscuro de la inmortalidad.

Se acercó un poco más a mí y vi brillar la luz de la antorcha en sus pupilas.

—Todos ellos han aparentado morir delante de sus seres queridos —continuó—, y sólo gracias a una pequeña infusión de nuestra sangre han podido soportar el terror del ataúd mientras aguardaban nuestra llegada. Entonces, y sólo entonces, han recibido el Don Oscuro, para volver a ser sellados en la tumba inmediatamente, hasta que la sed les da la fuerza necesaria para escapar de su angosta caja mortuoria y revivir.

Su voz se hizo un poco más potente, más resonante.

—Lo que conocían esas criaturas en sus cámaras tenebrosas era la muerte. La muerte y el poder del mal; eso es lo que más claro tenían en la cabeza cuando se alzaban, cuando rompían el ataúd y las puertas de hierro que mantenían cerradas sus cámaras. Y ay del débil, del que no podía salir de su tumba, de esos cuyos lamentos atraían mortales al día siguiente..., pues nadie respondía por la noche. Con ellos no mostrábamos piedad.

»Pero los que se alzaban... ¡Ah!, éstos eran los vampiros que recorrían la Tierra, sometidos a prueba y purificados, Hijos de las Tinieblas nacidos de la sangre de un novicio, nunca del gran poder de un anciano maestro, con el objeto de que el tiempo proporcionara a cada uno la sabiduría necesaria para utilizar los Dones Oscuros antes de que éstos se desarrollen por completo. Y sobre estos Hijos de las Tinieblas se establecieron las Leyes de la Oscuridad: vivir entre los muertos, pues somos cosas muertas, regresar cada noche a la propia tumba o a una muy próxima, huir de los lugares iluminados, atraer a las víctimas lejos de la compañía de otros para darles muerte en lugares hechizados y profanos. Y honrar siempre el poder de Dios, el crucifijo en el cuello y los sacramentos. Y nunca jamás entrar en la Casa de Dios, so pena de que Él le prive a uno de sus poderes y le envíe al infierno y ponga fin entre ardientes tormentos a su reinado en la Tierra.

Hizo una pausa. Miró por primera vez a la vieja reina y dio la impresión, aunque no pude cerciorarme por completo, de que la visión de su rostro le ponía furioso:

—Tú te burlas de estas cosas —le dijo—. ¡Magnus también se burlaba ! —Se puso a temblar y continuó—: ¡Una actitud propia de su locura, como lo es de la tuya, pero te aseguro que no entiendes estos misterios! ¡Los haces añicos como si fueran de cristal, pero no tienes ninguna fuerza, ningún poder, salvo la ignorancia! ¡Los quebrantas, y eso es todo!

Apartó los ojos de ella, vacilando como si quisiera añadir algo, y paseando la mirada por la inmensa cripta.

Escuché una levísima cantinela en los labios de la vieja reina.

Estaba canturreando algo para sí y empezó a mecerse adelante y atrás con la cabeza ladeada y los ojos soñadores. Una vez más, parecía hermosa.

—Para mis hijos, es el final —susurró el amo—. Todo está hecho y terminado, pues ahora saben que pueden desobedecer cualquier mandato; acabó todo lo que nos unía, todo lo que nos daba fuerzas para soportar la existencia como seres malditos, terminaron todos los misterios que nos protegían aquí.

Me miró una vez más.

—¡Y tú me pides explicaciones como si fuera algo inexplicable! ¡Tú, para quien la ejecución del Rito Oscuro es un acto de insolente codicia! ¡Tú, que lo has efectuado con el mismo vientre que te llevó! ¿Por qué no también a éste, al violinista del diablo, a quien adoras de lejos cada noche?

—¿No te lo había dicho? —cantó la reina vampiro—. ¿No lo habíamos sabido siempre? No hay nada que temer de la señal de la Cruz, ni del agua bendita, ni de la mismísima Hostia... —Repetió las palabras cambiando la melodía que susurraba, y añadió a continuación—: Y los viejos ritos, y el incienso, el fuego, los juramentos pronunciados, cuando creíamos ver al Maligno en la oscuridad, susurrando...

—¡Silencio! —la interrumpió el amo, bajando la voz y llevándose casi las manos a los oídos en un gesto extrañamente humano. Tenía el aspecto de un chiquillo, casi perdido. ¡Oh, Señor, que nuestros cuerpos inmortales pudieran ser prisiones tan diversas para nosotros, que nuestros rostros inmortales fueran tales máscaras de nuestras verdaderas almas...!

Cuando volvió a fijar sus ojos en mí, pensé por un instante en que iba a producirse otra de aquellas espantosas transformaciones o en que estallaría en otro incontrolable episodio de violencia, y me preparé.

Pero advertí que estaba implorándome en silencio.

¿Por qué se había producido aquello? Se esforzaba en que su voz saliera de su garganta al repetirlo en voz alta, mientras intentaba dominar la ira.

—¡Explícamelo tú! ¿Por qué tú, con la fuerza de diez vampiros y la osadía de un infierno lleno de diablos, abriéndote paso por el mundo con tu camisa de brocado y tus botas de cuero? ¡Lelio, el actor de la Casa de Tespis, representándose sobre el escenario en el bulevar! ¡Dímelo tú! ¡Dime por qué!

—Fue la fuerza de Magnus, su genio —cantó la vieja mujer vampiro con la sonrisa más melancólica.

—¡No! —replicó su compañero sacudiendo la cabeza—. Te dijo que va más allá de cuanto se pueda decir. No conoce límites y, por tanto, carece de ellos. Pero, ¿por qué?

Se acercó un poco más a mí. No pareció andar, sino que aparentó quedar enfocado con más claridad, como sucedería con una aparición.

—¿Por qué tú —preguntó—, con tu osadía al recorrer sus calles, al forzar sus cerraduras, al llamarles por el nombre? ¡Vistes como ellos, te peinas como ellos! ¡Hasta juegas en sus mesas! Vives engañándoles, abrazándoles, bebiéndoles la sangre apenas unos metros de donde otros mortales ríen y

bailan. ¡Tú, que rehuyes los cementerios y apareces en las criptas de las iglesias! ¿Por qué tú? Irreflexivo, arrogante, ignorante y desdeñoso... ¡Dame tú la explicación! ¡Respóndeme!

El corazón me latía a toda prisa. Tenía el rostro ardiendo, latiéndome con la sangre. Ahora no le tenía ningún miedo, pero sentía una rabia incomparable con la de cualquier mortal y no entendí muy bien la razón.

Su mente...; había deseado romperle en pedazos la mente..., y ahora oía, surgiendo de él, aquella superstición, aquel absurdo. El amo no era ningún espíritu sublime que comprendiera lo que sus seguidores eran incapaces de entender. No se trataba de creer, sino de algo mil veces peor: ¡Él había *confiado* en que las cosas fueran así!

Y entonces me di perfecta cuenta de qué era aquel ser: no era un ángel ni un demonio, sino una entidad forjada en una época oscura, cuando los primigenios planetas del Sol recorrían la bóveda celeste, y las estrellas no eran más que pequeñas linternas que representaban dioses y diosas en la noche cerrada. Una época en que el hombre era el centro de este gran mundo en el que deambulamos, un tiempo en que para cada pregunta había habido una respuesta. Eso era aquel ser, un hijo de tiempos antiguos en que las brujas bailaban a la luz de la Luna y los caballeros combatían contra los dragones.

Ah, pobre niño perdido, merodeando en las catacumbas bajo la gran ciudad en un siglo incomprensible. Tal vez su forma mortal era más adecuada de lo que había supuesto.

Pero no había tiempo de lamentarse por él, por hermoso que fuera. Los enclaustrados tras las paredes sufrían por orden suya. Y en cualquier momento podía hacer volver a los que había ordenado abandonar la cámara.

Yo tenía que pensar una respuesta que él pudiera aceptar. No bastaba con la verdad. Tenía que presentar ésta poéticamente, como lo habrían hecho los pensadores de la antigüedad, de una época anterior al advenimiento de la era de la razón.

—¿Quieres una respuesta? —dije en un susurro. Mientras ponía orden en mis pensamientos, casi pude percibir una advertencia de Gabrielle y el temor de Nicolás—. No soy experto en misterios ni dado a filosofías, pero es bastante evidente qué ha sucedido aquí.

Me estudió con franca extrañeza.

—Si tanto temes el poder de Dios —continué—, no te serán desconocidas las enseñanzas de la Iglesia. Debes saber que las formas de la bondad cambian con las eras y que en el cielo hay santos de todas las épocas.

Vi que prestaba manifiesta atención a mis palabras, animado por los términos que yo estaba usando.

—En la antigüedad —proseguí—, había mártires que apagaban las llamas que pretendían quemarles, místicos que levitaban por los aires mientras escuchaban la voz de Dios. Pero el mundo ha cambiado, igual que cambian los santos. ¿Qué santos hay ahora, salvo obedientes curas y monjas? Construyen hospitales y orfanatos, pero no invocan a los ángeles para que arrasen al enemigo o domen a la bestia feroz.

No advertí el menor cambio en él, pero continué mi argumentación.

—Lo mismo sucede con el mal, evidentemente. Cambia de forma. ¿Cuántos hombres de esta época creen en la Cruz que tanto asusta a tus seguidores? ¿Crees que los mortales de la superficie hablan entre ellos del cielo y del infierno? ¡Sus conversaciones son sobre filosofía y sobre ciencia! ¿Qué les importa a ellos si los fantasmas rondan un cementerio cuando cae la oscuridad? ¿Qué importa un puñado más de muertes en una retahíla de asesinatos? ¿Qué interés puede tener eso para Dios, para el demonio o para el propio hombre?

Escuché de nuevo la risa de la reina vampiro.

Armand, en cambio, permaneció callado e inmóvil.

—Incluso vuestro territorio está a punto de seros arrebatado —proseguí—. El cementerio en el que os ocultáis va a ser eliminado de las calles de París. Ni siquiera los huesos de vuestros ancestros han perdido su carácter sagrado de esta época secularizada.

De pronto, el rostro de Armand perdió su hieratismo, incapaz de ocultar su desconcierto...

—¿Les Innocents destruido? —susurró—. ¡Estás mintiendo...!

—Jamás miento —respondí sin pensarlo mucho—. Al menos, no le miento a la gente que no quiero. Los parisinos no desean seguir soportando el hedor de los camposantos en sus proximidades. Los símbolos de los muertos no les importan tanto como a vosotros. En unos cuantos años, mercados, calles y viviendas ocuparán este terreno. Comercio. Sentido práctico. Así es el mundo del siglo XVIII.

—¡Basta! —susurró él—. ¡Les Innocents lleva existiendo tanto tiempo como yo!

En sus facciones juveniles se reflejaba la tensión. La vieja reina parecía inalterada.

—¿No te das cuenta? —dije con voz tranquila—. Estamos en una nueva era que requiere una nueva maldad. Y yo soy esa nueva maldad. —Hice una pausa observándole—. Yo soy el vampiro adecuado a esta época.

Armand no había previsto un argumento semejante y, por primera vez, vi en él un destello de terrible comprensión. Era el primer asomo de verdadero miedo.

Efectué un leve gesto de aceptación y continué mi exposición, midiendo muy bien las palabras.

—Comparto tu opinión de que el incidente de anoche en la iglesia del pueblo fue más bien vulgar. Y peores aun fueron mis acciones en el escenario. Pero todo eso fueron desatinos causados por la ignorancia, y sabes muy bien que no son el origen de tu rencor. Olvídalos por un momento y trata de hacerte una idea de mi belleza y de mi poder. Intenta verme como el ser maléfico que soy. Recorro el mundo al acecho con mi disfraz de mortal y soy el peor de los enemigos, el monstruo que tiene el mismo aspecto que cualquier hombre corriente.

La mujer emitió una larga risotada y percibí una cálida emanación de amor procedente de ella. De Armand sólo me llegó una sensación de dolor.

—Piensa en eso, Armand —insistí con cautela—. ¿Por qué debería la Muerte acechar siempre en las sombras? ¿Por qué debería la Muerte aguardar al otro lado de la verja? No existe alcoba o salón de baile en los que no pueda entrar. Soy la Muerte junto al fuego del hogar, la Muerte de puntillas por el corredor, eso es lo que soy. Háblame de los Dones Oscuros, pues los estoy utilizando. Soy el Caballero de la Muerte vestido con sedas y encajes, llegado para apagar las velas. Soy el cancro en el seno de la rosa.

Nicolás emitió un leve gemido.

Creo que oí suspirar a Armand.

—No hay rincón donde puedan ocultarse de mí —afirmé— esos hombres descreídos e ineptos que se proponen destruir les Innocents. No existe ninguna cerradura que pueda impedirme el paso.

Armand me miró en silencio, con aspecto triste y calmado. Sus ojos se habían oscurecido un poco, pero no estaban nublados por la rabia o la malevolencia. Permaneció un instante sin hablar, y al fin murmuró:

—Una espléndida misión, esa de acosarles sin piedad mientras vives entre ellos. Pero sigues siendo tú quien no lo entiende.

—¿A qué te refieres? —quise saber.

—No podrás soportar el mundo, la vida entre los hombres mortales. No conseguirás sobrevivir mucho tiempo.

—Claro que sí —repliqué—. Los viejos misterios han dado paso a un nuevo *estilo*. ¿Quién sabe qué vendrá a continuación? No existe ningún romanticismo en lo que tú eres. ¡En cambio, cuánto hay de romántico en mi modo de vida!

—Es imposible que seas tan fuerte —dijo él—. No sabes lo que estás diciendo. Acabas de nacer a esta nueva existencia y eres aún muy joven.

—A pesar de ello —terció la vieja reina—, este hijo nuestro es muy fuerte, como también lo es su hermosa acompañante recién renacida. Son dos seres diabólicos con grandes aspiraciones y posibilidades.

—¡Pero no pueden vivir entre los mortales! —insistió Armand.

Su rostro enrojeció por un instante. Sin embargo, ahora no era mi oponente, sino más bien un anciano dubitativo y curioso que pugnaba por comunicarme alguna verdad fundamental. Y, al mismo tiempo, parecía un niño que me implorara. Y en esa lucha radicaba su esencia, padre e hijo, suplicándome que atendiera a lo que tenía que decirme.

—¿Por qué no? Repito que mi lugar está entre los hombres. Es su sangre lo que me hace inmortal.

—¡Ah, sí, inmortal! Lo eres, pero todavía no has empezado a comprender qué significa eso —comentó—. No es más que una palabra. Estudia el destino de tu creador. ¿Por qué se arrojó Magnus a las llamas? Se trata de una verdad ancestral entre nosotros, y tú ni siquiera la has intuido. Vive entre los hombres, y el transcurso de los años te conducirá a la locura. Ver a los demás envejecer y morir, ver el ascenso y la decadencia de los reinos, perder todo lo que uno entiende y aprecia..., ¿quién puede soportar todo eso? El tiempo te conducirá a una desquiciada desesperación, a una furia sin sentido. ¿No lo entiendes? Tu protección, tu *salvación*, está entre tu propia raza inmortal, en el comportamiento de siempre, que permanece *inmutable*.

Hizo un alto, sorprendido de haber utilizado aquella palabra, «salvación», que reverberó en la estancia, modulada de nuevo por sus labios.

—Armand —intervino la vieja reina con su suave cantinela—, la locura puede afectar a los ancianos que conocemos, tanto si siguen las viejas costumbres como si las abandonan. —Hizo un gesto como si

fuera a atacarle con sus blancas zarpas y emitió una risotada chillona mientras él la contemplaba fríamente—. Yo me he regido por las viejas costumbres el mismo tiempo que tú y estoy loca, ¿no es así? ¡Tal vez sea por eso por lo que las he observado tan escrupulosamente!

Armand sacudió la cabeza en un airado gesto de protesta. ¿No era él la prueba viviente de que las cosas no tenían que terminar necesariamente como ella decía?

Pero la vieja reina se acercó a mí y me asió por el brazo, haciéndome volver el rostro para mirarla.

—¿Magnus no te contó nada, hijo? —me preguntó. Noté que surgía de ella un inmenso poder.

—Mientras los demás merodeaban por este lugar sagrado —continuó—, yo crucé sola los campos nevados en busca de Magnus. Ahora poseo una fuerza tan extraordinaria que es como si tuviera alas. Subí hasta su ventana para encontrarle en su cámara y paseamos juntos por las almenas, invisibles a todos salvo a las lejanas estrellas.

Se acercó aún más a mí y aumentó la presión de su mano.

—Magnus conocía muchas cosas. Y eso de que la locura es tu enemiga no es cierto, si eres realmente fuerte. El vampiro que abandona su grupo para habitar entre humanos, tiene que hacer frente a un infierno horrible mucho antes de que llegue la locura: ¡Poco a poco, inevitablemente, desarrolla un irresistible amor por los seres humanos! ¡Llega a comprenderlo todo por el amor!

—Suéltame —repliqué en un susurro. Su mirada me sujetaba con la misma firmeza que su mano.

—Con el paso del tiempo, llega a conocer a los mortales más de lo que éstos puedan conocerse entre ellos —prosiguió ella, impávida, levantando las cejas—, hasta que al fin llega el momento en que no puede soportar seguir quitando vidas, seguir causando sufrimientos, y únicamente la locura o la muerte pueden calmar su dolor. Éste fue el destino de los antiguos de quienes me habló Magnus. ¡Magnus, que padeció todas las aflicciones imaginables en sus últimos tiempos!

Me soltó por fin y se apartó, retrocediendo como si fuera una imagen vista por un catalejo invertido.

—No puedo creer lo que dices —susurré, pero el sonido se pareció más a un siseo—. ¿Magma? ¿Amor por los mortales?

—Claro que no lo entiendes —dijo ella con su sonrisa esculpida de bufón.

También Armand la observaba como si no la comprendiera.

—Mis palabras no tienen senado para ti en este momento —añadió—, ¡pero tienes *todo el tiempo del mundo* para descubrirselo!

La risa, una risa aulladora, arañó el techo de la cripta. Del interior de los muros surgieron nuevos gritos. La vieja reina echó la cabeza hacia atrás sin detener sus risotadas.

Armand la miraba con expresión horrorizada. Era como si viera surgir de ella aquellas risas como un chorro de luz deslumbradora.

—¡No! ¡Todo eso es mentira, es una repugnante simplificación! —repliqué. De pronto, la cabeza había empezado a latirme—. ¡Quiero decir que esa idea de amar es una noción nacida de una moralidad idiota!

Me llevé las manos a las sienes. Dentro de mí estaba creciendo un dolor letal que nublabla mi visión y aguzaba mis recuerdos de la mazmorra de Magnus, de los prisioneros mortales que habían muerto entre los cuerpos putrefactos de los condenados que les habían precedido en la hedionda cripta.

Me dio la impresión de estar torturando a Armand igual que lo hacía la vieja reina con su risa. Una risa que continuó sin pausas, alzándose y descendiendo de volumen. Armand levantó las manos hacia mí, como si quisiera tocarme pero no se atreviera.

Todo el éxtasis y todo el dolor que había conocido en los últimos meses se juntaron dentro de mí. De pronto me sentí a punto de estallar en rugidos como hiciera aquella noche en el escenario del teatro de Renaud. Aquellas sensaciones me llenaron de espanto y me encontré de nuevo murmurando en voz alta balbuceos sin sentido.

—¡Lestat! —me susurró Gabrielle.

—¿Amar a los mortales? —repetí. Miré fijamente el rostro inhumano de la vieja reina, lleno de súbito horror al observar sus negras pestañas, como púas en torno a sus ojos brillantes, y su carne como mármol animado—. ¿Amar a los mortales? ¿Y tú has tardado trescientos años en llegar a ello? —Dirigí una mirada iracunda a Gabrielle y añadí—: Yo les he amado desde la primera noche que pasé cerca de ellos. Mientras bebo su vida, su muerte, siento amor por ellos. Dios santo, ¿no es ésta la esencia misma del Don Oscuro?

Mi voz iba aumentando de volumen como la noche de mi actuación en el teatro.

—¡Ah!, ¿qué sois vosotros para no sentir lo mismo? ¿Qué seres abominables sois para que el compendio de vuestro saber sea la mera capacidad de sentir?

Retrocedí unos pasos apartándome de ellos y contemplé la tumba gigante en que nos hallábamos, la tierra húmeda que formaba la bóveda sobre nuestras cabezas. La cámara estaba transformándose de un lugar material en una alucinación.

—¡Dios! —añadí—, ¿perdéis la razón con el Rito Oscuro, con vuestras ceremonias y con la manía de encerrar a los novicios en sus tumbas, o ya erais monstruos cuando estabais vivos? ¿Cómo es posible que uno sólo de nosotros no quiera a los mortales cada vez que respira?

No hubo respuesta, salvo los gritos inconexos de los hambrientos seres enterrados. Ninguna respuesta. Salvo el mortecino latido del corazón de Nicolás.

—Bien, sea lo que sea, escuchadme —dije, señalando con el dedo a Armand primero, y luego a la vieja reina.

—¡Yo no le he prometido mi alma al diablo para que me hiciera lo que soy! Y cuando creé a ésta, fue para salvarla de los gusanos que devoran los cadáveres en lugares como éste. Si amar a los mortales es el infierno de que hablas, ya estoy en él. He encontrado mi destino. Me he abandonado a él y todas las cuentas están saldadas.

La voz se me había quebrado. Estaba jadeando. Me pasé las manos por los cabellos. Armand pareció brillar tenuemente al acercarse a mí. Su rostro era un milagro de aparente pureza y asombro.

—Seres muertos, cosas muertas... —dije—. No os acerquéis más. ¡Hablar de locura y de amor en este lugar hediondo! Y ese viejo monstruo, Magnus, encerrándoles en la mazmorra. ¿Cómo podía amar a sus cautivos? ¡Igual que quiere un niño a las mariposas mientras les arranca las alas!

—No, hijo, crees que lo entiendes, pero no es así —dijo la vieja reina con su imperturbable cantinela—. Apenas acabas de iniciar ese amor. Sientes lástima por ellos, eso es todo —añadió con una leve risa cadenciosa—. Y también por ti, por no poder ser a la vez humano e inhumano, ¿no es eso?

—¡Es mentira! —repliqué. Me acerqué más a Gabrielle y le pasé el brazo por la cintura.

—Ya lo entenderás todo del amor —continuó la vieja reina— cuando seas un ser depravado y repulsivo. Esto es tu inmortalidad, hijo. Una comprensión cada vez más profunda de su naturaleza.

Y, alzando los brazos hacia el techo, emitió un nuevo aullido.

—¡Malditos seáis! —exclamé. Agarré a Gabrielle y a Nicolás y les conduje hacia la puerta del fondo—. Los dos estáis ya en el infierno y ahora me propongo dejaros en él.

Tomé a Nicolás de brazos de Gabrielle y corrimos por las catacumbas hacia las escaleras.

La vieja reina lanzaba agudas y frenéticas carcajadas a nuestra espalda.

Y, humano como Orfeo tal vez, me detuve y volví la cabeza.

—¡Apresúrate, Lestat! —me cuchicheó Nicolás al oído, mientras Gabrielle gesticulaba desesperadamente para que la siguiera.

Armand no se había movido y la vieja seguía a su lado, sin dejar de reír.

—¡Adiós, hijo valiente! —exclamó—. ¡Recorre con audacia la Senda del Mal! ¡Cabalga por ella todo el tiempo que puedas!

El aquelarre de pálidas criaturas se dispersó como fantasmas asustados bajo la lluvia fría cuando aparecimos de improviso, surgiendo del sepulcro. Y, desconcertados, nos vieron pasar a toda prisa hasta dejar atrás les Innocents y perdernos por las calles de París.

Al cabo de unos minutos, en un carruaje robado, abandonábamos la ciudad y nos internábamos en el campo.

Conduje el carruaje sin dar un respiro a los caballos, pero me sentía tan mortalmente agotado que mis fuerzas sobrenaturales parecían una mera entelequia. Tras cada arboleda y cada recodo del nuevo camino esperaba encontrar a los repulsivos demonios rodeándonos de nuevo.

De algún modo, conseguí en una posada la comida y la bebida que Nicolás necesitaría, y unas mantas para que no se enfriara.

Nicolás cayó inconsciente mucho antes de que llegáramos a la torre y le conduje escaleras arriba a la celda de alto techo donde Magnus me había tenido primero.

Vi su garganta hinchada y amoratada todavía tras el festín que se habían dado con él. Y, aunque dormía profundamente cuando le dejé en el lecho de paja, noté en él la sed, la terrible ansia que me había embargado después de que Magnus bebiera de mí.

En fin, tenía vino en abundancia para él cuando despertara, y comida en abundancia. Y supe, aunque no podría explicar cómo, que Nicolás no moriría.

Apenas pude imaginar cómo pasaría las horas diurnas, pero estaría a salvo una vez mi mano diera la vuelta a la llave en la cerradura. Y, pese a lo mucho que Nicolás había representado para mí en el pasado o lo que pudiera significar en el futuro, no podía permitir que ningún mortal deambulara libremente en mi guarida mientras dormía.

Estos fueron los únicos pensamientos que pude ordenar en mi cabeza. Me sentía como un mortal caminando en sueños.

Estaba contemplando todavía a Nicolás, escuchando sus vagos y confusos sueños —sueños sobre los horrores de les Innocents—, cuando entró Gabrielle. Había terminado de enterrar al desgraciado mozo de cuadra y parecía otra vez un ángel lleno de polvo, con el cabello tieso y enredado y lleno de una delicada luz irisada.

Tras contemplar a Nicolás un instante, me arrastró fuera de la estancia. Cuando hube cerrado la puerta, me condujo a la cripta junto a las mazmorras. Una vez allí, me estrechó entre sus brazos y se apoyó en mí, como si también estuviera al borde del colapso.

—Escúchame —dijo por fin, apartándose y levantando las manos para acariciarme el rostro—. Le sacaremos de Francia tan pronto como despertemos. Nadie dará crédito a sus desquiciadas historias.

No respondí. Apenas podía entender sus razonamientos ni sus intenciones. La cabeza me daba vueltas.

—Juega al titiritero con él —insistió Gabrielle—. Mueve los hilos como hiciste con los actores de Renaud. Puedes enviarle al Nuevo Mundo.

—Duerme —musité. Besé su boca abierta. La sostuve con los ojos cerrados. Vi la cripta de nuevo, escuché las voces extrañas, inhumanas. Y aquello no tendría fin.

—Cuando se haya ido, podremos hablar de esos otros desgraciados —añadió ella con calma—. O si abandonamos inmediatamente París por un tiempo...

Dejé de sostenerla, me alejé de ella hasta topar con el sarcófago y descansé un instante apoyado en su tapa. Por primera vez en mi vida inmortal, añoré el silencio de la tumba, la sensación de que todas las cosas estaban fuera de mi control.

En ese instante, me pareció que Gabrielle añadía algo más: «¡No *hagas eso!*».

4

Cuando desperté, escuché sus gritos. Estaba golpeando la puerta de roble, maldiciéndome por tenerle prisionero. El estruendo llenó la torre, y su olor me llegó a través de los muros de piedra: un aroma apetitoso, muy apetitoso, un olor a carne y sangre vivas, a su carne y a su sangre.

Gabrielle dormía, inmóvil.

«A/o *hagas eso.*»

Una sinfonía de malevolencia, una sinfonía de locura atravesando las paredes, una filosofía esforzándose por abarcar las imágenes horribles, las torturas, por envolverlas de lenguaje...

Cuando salí a la escalera, fue como quedar prendido en el torbellino de sus gritos, de su olor humano.

Y, confundidos con él, todos los olores que recordaba: el sol de la tarde en una mesa de madera, el vino tinto, el humo del pequeño hogar.

—¡Lestat! ¿Me oyes? ¡Lestat!

Un tronar de puños contra la puerta.

El recuerdo de un cuento de hadas de la infancia: el gigante dice que huele a sangre humana en su guarida. Horror. Yo sabía que el gigante iba a encontrar al humano. Podía oírle avanzar tras el humano, paso a paso. Yo era el humano.

Pero ya no.

Humo y sal y carne y sangre bombeada.

—¡Esto es el lugar de las brujas! ¿Me oyes, Lestat? ¡Esto es el lugar de las brujas!

El mortecino temblor de los viejos secretos entre los dos, el amor, las cosas que sólo nosotros habíamos conocido y sentido. Bailamos en el lugar de las brujas, ¿puedes negarlo? ¿Puedes negar algo de lo que ocurrió entre nosotros?

Sacarle de Francia, enviarle al Nuevo Mundo... Y luego, ¿qué? ¿A pasar el resto de su vida como uno de esos mortales ligeramente interesantes, pero en general aburridos, que han visto algún espíritu y hablan incesantemente de ello, sin que nadie les crea? ¿A sumirse progresivamente en la locura? ¿A terminar siendo uno de esos chiflados que resultan cómicos, de esos que dan lástima incluso a rufianes y matones, cubierto con un sucio gabán y tocando el violín para la gente de las calles de Puerto Príncipe?

«Vuelve a jugar al titiritero con él», recordé que había dicho Gabrielle. ¿Eso era yo, un titiritero? «*Nadie dará crédito a sus desquiciadas historias.*»

Pero él conoce el lugar donde reposamos, madre. Conoce nuestros nombres, el nombre de nuestra raza...; sabe demasiado de nosotros. Y jamás aceptará por las buenas viajar a otro país. Y *ellos* le perseguirán; *ellos* jamás permitirán que siga con vida.

¿Dónde estarían ahora?

Subí las escaleras envuelto en el torbellino de los atronadores gritos de Nicolás y, desde una de las ventanas aseguradas con barrotes, eché un vistazo a la tierra que se abría a mis pies. *Ellos* vendrían otra

vez. Tenían que hacerlo. Al principio yo estaba solo, luego la tuve a ella a mi lado... ¡y ahora les tenía a ellos!

Pero, ¿cuál era el quid del asunto? ¿Que él lo quería? ¿Que había gritado una y otra vez sobre que yo le había negado el poder?

¿O era, más bien, que ahora tenía en mis manos la excusa que necesitaba para traerle a mí como había deseado desde el primer momento? Nicolás mío, mi amor. La eternidad espera. Todos los grandes y espléndidos tesoros de estar muerto esperan.

Continué subiendo las escaleras hacia él y la sed empezó a cantar dentro de mí. Al infierno con sus gritos. La sed cantaba y yo era un instrumento de su canto.

Y los gritos de Nicolás se habían vuelto inarticulados, reducidos a la pura esencia de sus maldiciones, a un sordo insistir en el sufrimiento que llegaba hasta mí sin necesidad de sonido alguno. Las sílabas inconexas que surgían de sus labios tenían algo de divinamente carnal, como el lento paso de la sangre por su corazón.

Levanté la llave, la introduje en la cerradura y Nicolás calló. Sus pensamientos retrocedieron y se recogieron en su interior como si un océano fuera aspirado y concentrado en las delicadas y misteriosas espirales de una única concha.

Mi amor por él, los meses dolientes y torturadores de añoranza de él, la terrible e inmovible necesidad humana de su presencia, la lujuria... Entre las sombras de la estancia traté de verle a él, y no al ser enloquecido que era ahora. Traté de ver al mortal que no sabía lo que se decía mientras él me lanzaba una mirada de odio.

—¡Tanto hablar de la bondad! —decía con voz ronca y agitada—. ¡Tanto hablar del bien y del mal, de lo que era correcto y lo que era equivocado! ¡Tanto hablar de la muerte, oh, sí, de la muerte, del horror, de la tragedia...!

Palabras. Transportadas por la corriente cada vez más crecida de su odio. Palabras como flores abriéndose en la corriente, con los pétalos cada vez más separados, hasta desprenderse.

—... y lo has compartido con ella. El hijo del noble concedió a la esposa del noble su gran regalo, el Don Oscuro. Quienes viven en el castillo comparten el Don Oscuro; ellos nunca fueron arrastrados al lugar de las brujas donde se ven los charcos de sebo humano en el suelo, al pie de la estaca quemada. No, mata al anciano que ya no puede ver y al muchacho idiota incapaz de arar un campo. ¿Y qué nos da a nosotros ese hijo del noble, ese matalobos, ese que se echó a gritar en el lugar de las brujas? ¡Una moneda del reino! ¡Con eso nos debemos contentar!

Estaba tembloroso, con la camisa empapada en sudor. Entre el desgarrado encaje de la pechera, un destello de carne firme. Una visión tentadora la de su torso, menudo pero lleno de fuertes músculos como los que tanto gustan de representar los escultores, con las tetillas sonrosadas destacando en la piel oscura.

—Ese poder... —Farfullaba como si se hubiera pasado el día entero repitiendo aquellas palabras con la misma intensidad, como si no tuviera importancia, en realidad, que yo estuviera presente en aquel

momento—. Ese poder que hacía inútil cualquier mentira, ese poder oscuro que se cernía sobre todas las cosas, esa verdad que arrasaba...

No. Ninguna verdad. Palabras.

Las botellas de vino estaban vacías; los platos de comida, también. Me fijé en sus brazos enjutos, tensos y preparados para la lucha —pero, ¿qué lucha?—, en los mechones de cabello castaño escapados *de su coleta*, en sus ojos enormes y nublados.

De repente, le vi aplastarse contra la pared como si quisiera atravesarla para apartarse de mí, llevado por un vago recuerdo de las criaturas bebiendo de él, de la parálisis y el éxtasis que había experimentado; sin embargo, inmediatamente, volvió a adelantarse, tambaleándose y extendiendo las manos para sostenerse, asido a objetos que no estaban allí realmente.

Pero su voz había callado.

Y algo se quebró en su rostro.

—¿Cómo pudiste ocultármelo! —susurró.

Percibí pensamientos de viejas leyendas mágicas y luminosas, de un gran estrato sobrenatural en el que vivían todos los seres oscuros e incorpóreos, de una borrachera de conocimientos prohibidos en la que las cosas naturales habían perdido toda importancia. Ya no había milagro alguno en la caída otoñal de las hojas de los árboles, en el sol iluminando el huerto.

No.

El aroma surgía de él como un incienso, como el humo y el calor de los cirios de una iglesia. El corazón latía bajo la piel de su pecho desnudo. El vientre duro y plano brillaba de sudor, de un sudor que impregnaba el grueso cinto de cuero. La sangre salada. Apenas podía controlar mi respiración.

Pero los dos respirábamos. Respirábamos y percibíamos sabores y olores y éramos presa de la sed.

—No has entendido nada. —¿Era Lestat quien hablaba? Parecía el susurro de otro demonio, de otro ser repulsivo para el cual la voz era una imitación de la voz humana—. No has comprendido nada de lo que has visto y oído.

—¡Yo habría compartido contigo todo cuanto tuviera! —Con un nuevo acceso de rabia, alargó el brazo hacia mí y susurró—: ¡Fuiste tú quien no entendió nunca nada!

—Toma tu vida y huye con ella. Vete.

—¿No ves que ésta es la confirmación de todas las cosas? ¡Esa maldad pura, sublime...! ¡Su existencia es la confirmación!

En sus ojos había una expresión de triunfo. De pronto, adelantó aún más el brazo y cerró la mano sobre mi rostro.

—¡No te burles de mí! —respondí. Le golpeé con tal fuerza que retrocedió unos pasos, ofendido y silencioso—. Cuando me fue ofrecida, la rechacé. Te aseguro que la rechacé. Hasta mi último aliento, la rechacé.

—Siempre has sido un estúpido —replicó—. Ya te lo decía.

Pero advertí que estaba desmoronándose. Estaba temblando, y su rabia se trasmutaba rápidamente en desesperación. Levantó los brazos una vez más y luego se detuvo.

—Creías en cosas que no eran importantes —dijo en tono casi calmado—. Entonces había algo que no supiste ver. ¡Es imposible que ahora sigas sin darte cuenta de lo que posees!

La nube que cubría sus ojos se condensó en lágrimas al instante. Bajo su expresión ceñuda, surgían de él unas mudas palabras de amor.

Y se adueñó de mí una terrible timidez. Me sentí embargado por el poder, silencioso y letal, que tenía sobre él, y por la certeza de que él reconocía tal poder. Y el amor que sentía por él aumentó aún más esa sensación de poder, convirtiéndola en turbación y bochorno, que súbitamente se transformaron en otra cosa.

Estábamos otra vez tras las bambalinas del teatro; estábamos en el pueblo de la Auvernia, en la pequeña posada. Olí en él no sólo la sangre, sino su repentino terror. Nicolás había retrocedido un paso, y aquel simple movimiento avivó en mí las llamas en igual medida que la visión de su rostro contraído.

Se hizo más pequeño, más frágil. Y, pese a ello, jamás había parecido más fuerte, más atractivo, que en aquel instante.

Cuando acorté la distancia que nos separaba, desapareció de su rostro toda expresión. Sus ojos adquirieron una prodigiosa claridad y su mente empezó a abrirse como lo había hecho la de Gabrielle; por un instante, como una llamarada, surgió un recuerdo de los dos juntos en la buhardilla, hablando y hablando a la claridad del reflejo de la luna en los tejados cubiertos de nieve, o deambulando por las calles de París, pasándonos el vino con la cabeza agachada contra las primeras ráfagas de viento invernal, siempre tan alegres, incluso en la miseria, incluso en el misterio —la verdadera eternidad, el auténtico infinito—, en aquel misterio mortal.

No obstante, el momento se desvaneció en la expresión trémula de su rostro.

—Ven a mí, Nicolás —susurré. Adelanté ambas manos para atraerlo—. Si lo quieres, tienes que venir...

Vi a un ave planeando frente a una ensenada, sobre el mar abierto. Y había algo aterrador en el ave y en las olas interminables que sobrevolaba. La vi remontar el vuelo más y más arriba, y el cielo se volvió de plata, y luego, gradualmente, la plata se desvaneció y el firmamento quedó oscuro. La oscuridad de la tarde, ya nada que temer, nada en absoluto. Bendita oscuridad. Pero ésta sólo caía, gradual e inexorablemente, sobre aquella única y pequeña criatura que graznaba al viento sobre el gran páramo que era el mundo. Ensenadas vacías, arenas vacías, mares vacíos.

Todo cuanto alguna vez había contemplado, escuchado o sostenido con placer en mis manos, había desaparecido o no había existido jamás, y el ave, planeando en círculos, continuó su vuelo alzándose lejos de mí, o, para ser más exactos, lejos de nadie, abarcando todo el paisaje, sin historia ni sentido, en la lisa negrura de uno de sus ojillos.

Lancé un grito sin articular vocablos. Noté la boca llena de sangre y aprecié cada trago deslizándose por mi garganta y calmando aquella sed insondable. Y quise decir «sí, ahora lo entiendo, ahora comprendo lo terrible, lo insoportable, de esta oscuridad». No lo sabía. No podía saberlo. El ave volando sin reposo a través de la oscuridad sobre la costa desierta, sobre el mar sin límites. Dios santo, basta.

Era peor que los horrores entrevistados en la posada. Peor que el desesperado relincho de la yegua caída en la nieve. Pero la sangre era sangre, al fin y al cabo, y el corazón —aquel corazón delicioso que era todos los corazones— estaba allí, de puntillas contra mis labios.

Ahora, amor mío, ahora es el momento. Puedo engullir la vida que late en tu corazón y mandarte al olvido en el que nada puede ser nunca comprendido o perdonado, o puedo traerte a mí.

Le aparté de mí. Le estreché contra mí como un amante apasionado. Pero la visión no cesó.

Sus brazos me rodearon el cuello. Vi su rostro mojado, sus ojos en blanco. Entonces sacó la lengua y lamió con ansia el corte que había preparado para él en mi garganta. Sí, con ansia, con avidez.

Pero basta, por favor, que cese esta visión. Que se detenga ese remontar el vuelo, esa gran panorámica de la tierra descolorida, ese graznido que no significa nada frente al aullido del viento. El dolor no es nada comparado con esta oscuridad. No quiero..., no quiero...

Pero se iba disolviendo. Desaparecía lentamente.

Y, por último, todo quedó consumado. El velo de silencio había caído sobre él, como sucediera con Gabrielle. Silencio. Se separó de mí, pero tuve que sostenerle, pues casi no se mantenía en pie, con las manos en la boca y la sangre derramándose por la barbilla. Tenía la boca abierta, y de ella surgió un sonido seco; a pesar de la sangre, un sonido seco.

Entonces, detrás de él y más allá de la visión del mar metálico y del ave solitaria que era su único espectador, vi a Gabrielle en el umbral de la estancia, su cabello era el velo de oro en torno a los hombros de una Virgen María, cuando, con la expresión de más infinita tristeza en el rostro, musitó:

—El desastre, hijo mío.

A medianoche, quedó evidenciado que Nicolás no hablaba ni respondía a voz alguna, ni hacía el menor movimiento por sí mismo. Permanecía inmóvil e inexpresivo allí donde le dejábamos. Si la muerte le causaba daño, no dio ninguna muestra de ello. Si su nueva visión le complacía, se lo guardó para él. Ni siquiera la sed le impulsó a actuar.

Y fue Gabrielle quien, después de observarle en silencio durante horas, le tomó de la mano, le aseó y le puso ropas limpias. Escogió un gabán negro de lana, una de las pocas prendas oscuras de mi vestuario, y una camisa blanca de lino que le daba el extraño aspecto de un joven clérigo, un poco demasiado serio, algo ingenuo.

Y, al contemplarles en el silencio de la cripta, tuve la absoluta certeza de que los dos podían escuchar sus mutuos pensamientos. Sin una palabra, ella le guió en el trance. Sin una palabra, le mandó a sentarse en el banco junto al fuego.

Finalmente, Gabrielle anunció:

—Ahora debe salir de caza.

Y, cuando volvió los ojos hacia él, Nicolás se levantó sin mirarla, como tirado de una cuerda.

Aturdido, los vi alejarse y escuché sus pasos en los peldaños de la escalera. Luego salí tras ellos furtivamente y, asido a los barrotes de la verja principal, los vi alejarse a campo traviesa como dos espíritus felinos.

El vacío de la noche era un frío permanente que se adueñaba de mí, que me atenazaba. Ni siquiera el fuego del hogar logró calentarme cuando regresé a él.

Allí tenía el vacío y la quietud que me había dicho a mí mismo que deseaba: sí, estar solo después de la espantosa lucha que había sostenido en París. Y, con la quietud, llegó la comprensión de algo que me estaba dando zarpazos en las entrañas como un animal furioso: *me di cuenta de que ahora no podía soportar la presencia de Nicolás.*

5

La noche siguiente, cuando abrí los ojos, supe lo que debía hacer. No importaba si podía soportar su presencia o no. Yo le había convertido en lo que ahora era, y tenía que encontrar el modo de despertarlo de su estupor.

La cacería no le había cambiado, aunque, aparentemente, había bebido y matado bastante bien. Ahora dependía de mí protegerle de la repulsión que sentía por él: era preciso que fuera a París y le trajera la única cosa que podía hacerle reaccionar.

Lo único que Nicolás había amado mientras estaba vivo era su violín. Tal vez el instrumento sirviera para despertarle. Se lo colocaría en las manos y él querría tocarlo de nuevo, querría tocarlo con su nueva habilidad, y todo cambiaría y el hielo de mi corazón se derretiría de algún modo.

Tan pronto como Gabrielle despertó, le conté lo que me proponía hacer.

—Pero, ¿y los demás? No puedes volver a París tú solo.

—Claro que puedo —respondí—. Tú eres necesaria aquí, a su lado. Si esas molestas criaturas aparecieran por aquí, podrían atraerle a campo abierto, en el estado en que se encuentra. Y además, quiero saber qué sucede bajo les Innocents. Quiero asegurarme de si realmente gozamos de una tregua.

—No me gusta que vayas —dijo ella sacudiendo la cabeza—. Te aseguro que si no creyera que debemos hablar otra vez con Armand, que tenemos cosas que aprender de él y de la vieja dama, me inclinaría por abandonar París esta noche.

—¿Y qué es lo que nos pueden enseñar? —repliqué con frialdad—. ¿Que es cierto que el Sol gira en torno a la Tierra? ¿Que la Tierra es plana?

Con todo, la amargura de mis palabras me hizo sentir avergonzado. Una de las cosas que podían revelarme era por qué los vampiros que yo creaba podían escuchar sus mutuos pensamientos y a mí me resultaba imposible. Sin embargo, me sentía demasiado abrumado por mi aversión hacia Nicolás para pensar en todo aquello.

Me limité a contemplar a Gabrielle y pensar en lo espléndido que había resultado ver cómo se obraba en ella el Rito Oscuro, verla recuperar su belleza juvenil, convertirse de nuevo en la diosa que había sido para mí cuando era un niño. Ver cambiar a Nicolás había sido también verle morir.

Quizá sin leer las palabras en mi mente, ella comprendió perfectamente mis pensamientos.

Nos abrazamos dulcemente.

—Ten cuidado —musitó.

Debería haber acudido directamente al piso a buscar el violín, y aún me quedaba ir a ver a mi pobre Roget y contarle una sarta de mentiras. Y aquello de abandonar París..., cada vez parecía el plan más adecuado para nosotros.

Pero, durante horas, lo único que hice fue vagar. Cacé por las Tullerías y los bulevares, comportándome como si la asamblea bajo les Innocents no existiera, como si Nicolás estuviera todavía vivo y a salvo en alguna parte, como si París entero fuera mío de nuevo.

Con todo, ni un solo instante dejé de estar atento a la presencia de las criaturas. Pensaba en la vieja reina. Y, por fin, les oí donde menos lo esperaba, en el boulevard du Temple, cuando me acercaba al teatro de Renaud.

Me extrañó que estuvieran en los lugares de luz, como ellos los denominaban. Sin embargo, en cuestión de segundos, identifiqué a varios de ellos ocultos detrás del teatro. Y en esta ocasión no había en ellos malevolencia, sino sólo una desesperada animación al percibir mi proximidad.

Entonces vi el rostro lechoso de la mujer vampiro, la mujer hermosa de ojos oscuros y cabellos de bruja. Estaba en el callejón junto a la puerta de artistas y se asomó por un instante, llamándome por señas.

A lomos de mi montura, titubeé por unos instantes. El bulevar mostraba su habitual actividad en una noche de primavera: cientos de paseantes entre el tráfico de carruajes, grupos de músicos callejeros, prestidigitadores y saltimbanquis, los teatros iluminados con sus puertas abiertas para invitar a la multitud. ¿Por qué habría de dejarlo todo para hablar con aquellas criaturas? Presté atención. En realidad eran cuatro y estaban aguardando desesperadamente mi aparición. Eran presa de un miedo terrible.

Muy bien, pues. Tiré de las riendas de la yegua y penetré en el callejón hasta llegar al fondo, donde encontré a los cuatro acurrucados juntos contra la pared de piedra.

El muchacho de ojos grises estaba allí, cosa que me sorprendió, y mostraba una expresión de desconcierto. Detrás de él distinguí a un hombre vampiro alto y rubio junto a una mujer hermosa, ambos cubiertos de harapos como dos leprosos.

Fue la mujer de ojos oscuros, la que se había reído de mi pequeña broma en la escalera de la cripta de les Innocents, quien rompió el silencio:

—¡Tienes que ayudarnos! —susurró.

—¿Yo? —Intenté dominar a la yegua, que mostraba su disgusto por la compañía—. ¿Por qué habría de ayudaros?

—El amo está destruyendo la asamblea —dijo ella.

—Está destruyéndonos... —añadió el muchacho, sin mirarme. Tenía los ojos fijos en las piedras del muro y capté de su mente imágenes de lo que estaba sucediendo, de la hoguera encendida y de Armand arrojando al fuego a sus seguidores.

Traté de quitarme aquello de la cabeza, pero las imágenes me llegaban ahora de todos aquellos seres. La mujer de ojos oscuros clavó éstos en los míos en un intento de hacer más detalladas las imágenes: Armand enarbolando un gran madero chamuscado y conduciendo a los demás hacia las llamas, para luego empujarles a la pira con el propio madero mientras sus víctimas pugnaban por huir.

—¡Dios santo, si vosotros erais doce! ¿No podíais defenderos?

—Lo hemos hecho y aquí estamos —expuso la mujer—. Armand echó al fuego a seis de nosotros y los demás pudimos huir. Aterrorizados, buscamos lugares de descanso extraños para pasar el día. Es

algo que no habíamos hecho nunca, esto de dormir lejos de nuestras tumbas sagradas. No sabíamos qué nos sucedería. Y, cuando hemos despertado, le hemos encontrado allí. Ha conseguido destruir a dos más, de modo que sólo quedamos nosotros. Incluso ha abierto las cámaras profundas y ha quemado a los hambrientos. Después ha provocado derrumbamientos para cegar los túneles que conducen a nuestro lugar de reunión.

El muchacho alzó los ojos lentamente.

—Tú nos has hecho todo esto —susurró—. Tú nos has destruido a todos.

La mujer se colocó delante de él.

—Tienes que ayudarnos —suplicó—. Forma una nueva asamblea con nosotros. Ayúdanos a existir como lo haces tú —añadió, mientras dirigía una mirada impaciente al muchacho.

—¿Pero y la anciana, la gran dama? —inquirí.

—Fue ella quien lo empezó todo —respondió el muchacho con voz amarga—. Se arrojó a la hoguera voluntariamente. Dijo que iba a reunirse con Magnus. No dejaba de reírse, y fue entonces cuando el amo echó a los otros a las llamas mientras los demás huíamos.

Incliné la cabeza. De modo que la vieja reina ya no estaba. Y todo lo que había conocido y presenciado se había ido con ella, y lo único que había dejado era aquel joven perverso, vengativo y necio que creía a pies juntillas en lo que ella había sabido falso.

—Tienes que ayudarnos —repitió la mujer de ojos oscuros—. Armand está en su derecho, como amo de la asamblea, de destruir a los débiles, a los que no pueden sobrevivir.

—No podía permitir que la asamblea cayera en el caos —añadió la otra mujer vampiro, que permanecía detrás del muchacho—. Sin la fe en las Leyes Oscuras, los otros habrían vagado por el mundo sin saber qué hacer, despertando la alarma entre el populacho mortal. Pero si tú nos ayudas a formar una nueva asamblea, a perfeccionarnos de nuevas maneras...

—El amo nos destruirá —murmuró el muchacho—. Nunca nos dejará en paz. Esperará el momento en que nos separemos y...

—No es invencible —intervino el otro vampiro—. Y ha perdido toda convicción, recordad eso.

—Y tú tienes la torre de Magnus, un lugar seguro... —añadió el muchacho con voz desesperada, al tiempo que alzaba los ojos hacia mí.

—No, no puedo compartirla con vosotros —respondí—. Tenéis que ganar esta batalla vosotros solos.

—Pero seguramente podrás guiarnos... —propuso su compañero.

—No me necesitáis —insistí—. ¿Qué habéis aprendido ya de mi ejemplo? ¿Qué habéis aprendido de las cosas que dije anoche?

—Aprendimos más de lo que hablaste después con él —replicó la mujer de ojos oscuros—. Te oímos hablarle de una nueva maldad, de una maldad para estos tiempos, destinada a moverse por el mundo bajo un perfecto disfraz mortal.

—Entonces, adoptad el disfraz —dije—. Tomad las ropas de vuestras víctimas y quedaos el dinero que lleven en los bolsillos. Entonces podréis moveros entre los humanos como yo. Con el tiempo, podéis

acumular suficiente riqueza como para adquirir vuestra propia pequeña fortaleza, vuestro santuario secreto. Entonces dejaréis de ser mendigos o fantasmas.

Pude observar la desesperación en sus rostros. Sin embargo, seguían mis palabras con atención.

—Pero nuestra piel, nuestro timbre de voz... —protestó la mujer.

—Podéis engañar a los mortales. Es muy fácil. Sólo es preciso un poco de habilidad.

—¿Y cómo empezamos? —preguntó el muchacho, cabizbajo, como si sólo tomara en consideración todo aquello a regañadientes—. ¿Qué clase de mortales podemos fingir ser?

—¡Escoge tú mismo! Mirad a vuestro alrededor. Disfrazaos de gitanos, si queréis; eso no debería costaros demasiado... O, mejor aún, de mimos —añadí, volviendo los ojos hacia las luces del bulevar.

—¡Mimos! —repitió la mujer de ojos oscuros con una pequeña chispa de excitación.

—Sí, actores. Artistas callejeros. Acróbatas. Hacedos acróbatas. Seguro que los habéis visto alguna vez. Podéis pintaros la cara con maquillaje para artistas y así pasarán desapercibidos vuestros gestos y expresiones faciales extravagantes. No podríais escoger otro disfraz más perfecto que ése. En el bulevar encontraréis todo tipo de mortales que habitan en la ciudad. Aprenderéis todo cuanto necesitáis saber.

La mujer se echó a reír y miró a los otros. El hombre estaba sumido en profundos pensamientos, la otra mujer meditaba y el muchacho parecía inseguro.

—Con vuestros poderes, podéis haceros prestidigitadores y saltimbanquis con facilidad —insistí—. Para vosotros, no sería nada. Podríais tener miles de espectadores sin que nadie adivinara nunca lo que sois.

—No fue eso lo que sucedió contigo en el escenario de este pequeño teatro —replicó con frialdad el muchacho—. Tú llenaste de terror sus corazones.

—Porque así lo decidí —expliqué con una punzada de dolor—. Ésta es mi tragedia. Pero puedo engañar a cualquiera cuando me lo proponga, y vosotros también.

Me llevé una mano al bolsillo y saqué un puñado de coronas de oro, que entregué a la mujer de ojos oscuros. Ella tomó las monedas entre ambas manos y las contempló como si le quemaran. Después levantó la vista y vi en sus ojos la imagen de mí mismo en el escenario del teatro de Renaud, realizando aquellas descomunales proezas que habían hecho escapar al público del local.

Pero la mujer tenía otra idea en la cabeza, pues sabía que el teatro estaba abandonado y que me había ocupado de enviar lejos a la compañía.

Y, por un instante, estudié su muda petición. Dejé que mi dolor se redoblara y me atravesara, al tiempo que me preguntaba si mis interlocutores lo advertirían. Aunque, en fin de cuentas, ¿qué importaba eso en realidad?

—Sí, por favor —dijo la mujer. Levantó su mano y tocó la mía con sus dedos blancos y helados—. ¡Déjanos entrar en el teatro! ¡Por favor! —Volvió la cabeza y miró en dirección a la entrada de artistas del local.

Dejarles entrar. Dejarles bailar sobre mi tumba.

Sin embargo, allí debían quedar todavía viejos trajes y disfraces, restos del vestuario de una troupe que había pasado a disponer de todo el dinero del mundo para renovar su indumentaria escénica. Aún

debía haber viejos cubos de pintura blanca, y agua en los barreños. Mil y un tesoros abandonados con las prisas de la partida.

Me sentí aturdido, incapaz de pensar en todo aquello. Me resistía a recordar todo lo que había sucedido en aquel teatro.

—Está bien —asentí, y aparté la vista como si algo me hubiera distraído—. Podéis entrar en el teatro si queréis. Podéis utilizar todo lo que hay dentro.

La mujer se me acercó aún más y, de pronto, apretó sus labios sobre el revés de mi mano.

—No olvidaremos esto —musitó—. Me llamo Eleni, este muchacho es Laurent, el hombre de ahí es Félix y la mujer que está junto a él, Eugénie. Si Armand intenta algo contra ti, será como si nos lo hiciera a nosotros.

—Espero que os vaya bien y prosperéis —respondí y, cosa extraña, mis palabras eran sinceras. Me pregunté si alguno de ellos, con todas sus Leyes Oscuras y sus Ritos Oscuros, había deseado realmente aquella pesadilla que todos compartíamos. En realidad, habían sido arrastrados a ella igual que me había sucedido a mí. Y ahora, para bien o para mal, todos éramos Hijos de las Tinieblas.

—Pero sed cautos en vuestro comportamiento —les advertí—. No traigáis nunca aquí a vuestras víctimas, ni cacéis en las inmediaciones del teatro. Actuad con cautela y proteged la seguridad de vuestro refugio.

Eran las tres pasadas cuando crucé el puente de la *Ile* de Saint Louis. Ya había perdido demasiado tiempo. Ahora debía encontrar el violín.

Pero, no bien me acerqué a la casa de Nicolás en el *quai*, vi que algo iba mal. Las ventanas estaban desnudas. Todas las cortinas habían sido arrancadas y, sin embargo, el lugar estaba lleno de luz, como si en el interior ardieran cientos de velas. Era muy extraño. Roget no podía todavía haber tomado posesión del piso, pues no había transcurrido el tiempo suficiente para dar por hecho que Nicolás había tenido algún mal encuentro.

Me encaramé rápidamente al techo y descendí por la pared hasta la ventana del patio; comprobé que allí también habían quitado las cortinas.

Y vi encendidas todas las velas de los candelabros y de los brazos de luz de las paredes. Incluso las había sujetas con su propia cera sobre el piano y escritorio. La sala estaba completamente revuelta.

Todos los libros habían sido sacados de los estantes, y algunos volúmenes estaban hechos pedazos; sus páginas rotas. Incluso los libros de música habían sido esparcidos hoja por hoja sobre la alfombra, y todos los cuadros estaban colocados sobre las mesas junto con otros pequeños objetos: monedas, billetes, llaves...

Tal vez las criaturas diabólicas habían arrasado la casa al llevarse a Nicolás. Pero entonces, ¿quién había encendido las velas? Aquello no encajaba.

Presté atención. No había nadie en el piso, o eso parecía. Pero en ese instante escuché algo; no pensamientos, sino un leve sonido. Fruncí el entrecejo, concentrándome, y me di cuenta de que estaba oyendo pasar unas páginas. Luego oí caer algo al suelo y nuevos ruidos de pasar páginas; un ruido áspero, de hojas apergaminadas. Después, el estruendo del presunto volumen arrojado al suelo.

Entreabrí con todo sigilo la ventana. Los ruidos continuaron, pero no capté ningún olor a humano, ni asomo alguno de pensamientos.

Sin embargo, allí había sin duda un olor extraño. Un olor más penetrante que el del tabaco y el de la cera de las velas. Era el mismo hedor de la tierra del cementerio que impregnaba a los vampiros.

Más velas en el pasillo. Velas en la alcoba, y el mismo desorden: libros abiertos y arrojados al suelo en descuidados montones, ropa de cama hecha un revoltijo, cuadros apilados sin ningún orden, armarios vaciados, cajones arrancados de las cómodas...

Pero no logré dar con el violín por ninguna parte.

De otra de las habitaciones seguía surgiendo el sonido de unas manos que pasaban hojas a toda prisa.

Fuera quien fuese —y, por supuesto, supe enseguida de quién tenía que tratarse—, no le importaba un comino mi presencia. No se había detenido ni para tomar un aliento.

Avancé por el pasillo, me detuve a la puerta de la biblioteca y me encontré mirándole mientras él seguía su trabajo.

Era Armand, por supuesto, pero yo no estaba preparado para la imagen que presentaba allí.

La cera de las velas caía por el busto de mármol de César y se derramaba sobre los brillantes colores de los diferentes países en el globo terráqueo. Y los libros formaban montañas sobre la alfombra, salvo los del último estante del rincón, donde ahora se encontraba Armand vestido todavía con sus viejos harapos y con el cabello lleno de polvo, sin hacerme el menor caso mientras su mano pasaba página tras página, sus ojos fijos en las palabras que tenía delante, sus labios entreabiertos; su expresión, la de un insecto concentrado en masticar la hoja en la que se ha posado.

Un aspecto absolutamente horrible el suyo. ¡Estaba absorbiendo todo cuanto contenían los volúmenes!

Finalmente, dejó caer el que tenía en las manos y tomó otro, lo abrió y empezó a devorarlo de la misma manera, moviendo los dedos de una frase a otra con sobrenatural celeridad.

Advertí que Armand había examinado todo cuanto contenía el piso con aquella misma voracidad, incluidas la ropa de cama y las cortinas, los cuadros descolgados de sus ganchos, el contenido de armarios y cómodas, pero que era en los libros donde estaba adquiriendo más conocimientos. Por el suelo había obras de todo tipo, desde *La guerra de las Gaitas* de Julio César a novelas inglesas contemporáneas.

Con todo, no era su aspecto el único horror. Estaba también el caos que estaba dejando a su paso, el absoluto desprecio por las cosas que tocaba.

Y su absoluto desprecio hacia mí.

Terminó de revisar el último libro, o dejó de prestarle atención, y empezó a revolver los viejos periódicos apilados en un estante bajo.

Me descubrí retrocediendo, retirándome de la estancia y apartándome de él con la vista fija en su pequeña y sucia figura. Su cabellera castaña rojiza despedía tenues reflejos a pesar del polvo, y sus ojos brillaban como dos llamas.

Aquel ser extraviado del inframundo tenía un aspecto grotesco entre las velas y el vertiginoso colorido de la vivienda, pero, aun así, su hermosura era patente. No necesitaba las sombras de Notre Dame ni la luz de las teas de la cripta para que resaltara su belleza y, bajo aquella brillante luminosidad, había en él un aire de ferocidad que no le había observado nunca.

Me sentí presa de una abrumadora confusión. Armand era a la vez peligroso y apremiante. Podría haberme quedado mirándolo eternamente, pero un instinto imperioso me dijo: «Vete, déjale este sitio si lo quiere. ¿Qué importa ya eso?».

El violín. Traté desesperadamente de pensar en el violín para dejar de contemplar el movimiento de sus dedos sobre las palabras, la incansable concentración de sus ojos.

Le volví la espalda y fui al salón. Me temblaban las manos. Apenas podía soportar la idea de saberle allí. Busqué por todas partes, pero no logré encontrar el violín. ¿Qué podía haber hecho Nicolás con él? No se me ocurrió nada.

El paso de las páginas, el crujido del papel, el leve ruido del periódico al caer a suelo.

Decidí volver de inmediato a la torre.

Me disponía a pasar rápidamente ante la biblioteca, cuando, sin previo aviso, su mensaje sin sonido habló en mi mente. Me detuve. Era como si una mano me asiera del cuello. Me volví y le encontré mirándome.

«¿Qué hay de esos silenciosos hijos tuyos? ¿Les amas? ¿Te aman ellos?»

Ésa fue su pregunta, y su significado fue desentrañándose trabajosamente en mi cabeza entre ecos interminables.

Hasta el último libro de los estantes se hallaba ahora por el suelo. Armand era un espectro entre las ruinas, un visitante del diablo en quien él creía. Y, con todo, su rostro seguía siendo muy tierno, muy juvenil.

«*El Rito Oscuro nunca trae amor, ¿entiendes?, sólo trae silencio.*» Sus conceptos parecían más suaves en su insonoridad, más claros; el eco terminó de disiparse. «*Nosotros decíamos que era la voluntad de Satán que el maestro y el novicio no buscaran consuelo el uno en el otro. Al fin y al cabo, era a Satán a quien servíamos.*»

Cada una de sus palabras penetró en mí. Cada una de sus palabras fue acogida por un secreto y humillante sentimiento de curiosidad y de vulnerabilidad. Pero me negué a permitir que se diera cuenta de ello y, furioso, exclamé:

—¿Qué quieres de mí?

Al hablar, fue como si se rompiera algo. Sentí más miedo de Armand en aquel momento que en ningún instante de nuestras anteriores discusiones y enfrentamientos, y siempre he odiado a aquellos que me hacen sentir miedo, a aquellos que conocen cosas que yo preciso saber, a aquellos que tienen tal poder sobre mí.

—Es como no saber leer, ¿verdad? —dijo en voz alta—. Y a tu creador, a ese proscrito de Magnus, ¿le importó para algo tu ignorancia? No te explicó ni siquiera las cosas más simples, ¿verdad?

No hubo el menor cambio en su expresión al hablar.

—¿No han sido siempre así las cosas? ¿Alguna vez has tenido a alguien que te enseñara algo?

—Estás sacando esos argumentos de mis recuerdos... —repliqué. Estaba pasmado. Vi el monasterio donde había estado de chiquillo, las filas y filas de volúmenes que no sabía leer, la figura de Gabrielle inclinada sobre sus libros, de espaldas a todos nosotros—. ¡Basta!

Me pareció como si hubiese transcurrido muchísimo tiempo. Me sentía desorientado. Y Armand continuó lanzando mensajes, esta vez en silencio.

«Esos que has creado nunca te dan satisfacción. En el silencio sólo crecen la desavenencia y el resentimiento.»

Quise moverme, pero permanecí inmóvil. No podía hacer otra cosa que mirarle mientras continuaba.

«Tú me deseas, y yo a ti, y sólo nosotros dos en todo este mundo nos merecemos mutuamente. ¿No te das cuenta de ello?»

Sus mudos mensajes parecieron extenderse, ampliarse, como una nota de violín sostenida por toda la eternidad.

—Esto es una locura —susurré. Recordé todas las cosas que me había dicho, las acusaciones que había formulado contra mí, los horrores que las otras criaturas me habían descrito sobre los desgraciados a los que había arrojado a la hoguera.

—¿Lo es? ¿Es una locura? —inquirió él—. Ve entonces con tus silenciosos hijos. En este preciso instante se estarán diciendo lo que no pueden decirte a ti.

—Mientes... —murmuré.

—Y el paso del tiempo sólo acrecentará su independencia. Pero aprende por ti mismo. Cuando quieras venir a mí, me encontrarás fácilmente. Al fin y al cabo, ¿dónde podría ir? ¿Qué podría hacer? Tú me has vuelto a convertir en un huérfano.

—Yo no... —protesté.

—Sí, tú —insistió él—. Tú has sido el causante, tú diste con todo al traste. —Pese a las recriminaciones, no aprecié cólera alguna en su voz—. Pero puedo esperar a que vengas a mí, a que acudas a plantearme las preguntas que sólo yo puedo responder.

Le contemplé durante un instante. No sé cuánto tiempo estuve así. Era como si no pudiera moverme, como si no pudiera ver otra cosa que su figura, y comprendí que estaba envolviéndome de nuevo la profunda sensación de paz que había conocido en Notre Dame, el hechizo que ya había utilizado Armand contra mí. Sólo quedó una luz que le envolvía, y fue como si se acercara a mí y yo a él, aunque ninguno de los dos nos movimos. Armand estaba atrayéndome, arrastrándome hacia él.

Di media vuelta tambaleándome, perdiendo el equilibrio, pero logré salir de la sala. Corrí por el pasillo, y pronto me escabullí de nuevo por la ventana para escalar la pared hasta el techo.

Instantes después, cabalgaba al galope por la Ile de la Cité como si Armand me persiguiera. Mi corazón no moderó su frenético latir hasta que hube dejado atrás la ciudad.

El tañido de las campanas del infierno.

La torre se alzaba en la oscuridad contra las primeras luces del alba. Mi pequeño grupo ya se había retirado a descansar en su cripta de las mazmorras.

No abrí los sepulcros para mirarles aunque sentía unos desesperados deseos de hacerlo, de ver otra vez a Gabrielle y tocar su mano.

Subí solo hacia las almenas para contemplar el milagro ardiente del amanecer que se aproximaba, de aquel momento que jamás volvería a ver completo. El tañido de las campanas del infierno, mi música secreta...

Pero me llegaba también otro sonido. Lo advertí mientras subía la escalera y me maravilló su capacidad para alcanzarme. Era una especie de canción suave y dulce, que llegaba a mí como si salvara una distancia inmensa.

Una vez, hacía años, había escuchado a un joven campesino que venía cantando por la carretera que partía del pueblo hacia el norte. El muchacho no se había fijado en si alguien lo escuchaba, se había creído a solas en el campo abierto y su voz había poseído una fuerza interna y una pureza que le habían conferido una belleza sobrenatural. Las letras de la vieja tonada eran lo de menos.

Era ésta la voz que ahora me llamaba. Era la misma voz solitaria, alzándose sobre la distancia que nos separaba para recoger en sí misma todos los sonidos.

Volví a sentir miedo, pero aun así, abrí la puerta de lo alto de la escalera y salí al exterior. Percibí la brisa sedosa de la mañana y el parpadeo ensoñador de las últimas estrellas. El cielo no era ya un dosel, sino más bien una neblina que se alzaba interminable sobre mí, y las estrellas escapaban hacia arriba, haciéndose todavía más pequeñas entre la niebla.

Como una nota emitida en las altas montañas, la voz lejana se hizo más aguda, tocándome el pecho en el lugar donde había posado mi mano.

La voz me traspasó como un rayo de luz rasga la oscuridad, canturreando: *«Ven a mí. Todo quedará olvidado sólo con que vuelvas a mí. Estoy más sólo de lo que he estado nunca»*.

Y, acompañando a la voz, llegó hasta mí una sensación de posibilidades sin límite, de asombro y expectación, que traía consigo la visión de Armand plantado en solitario ante las puertas abiertas de Notre Dame. El tiempo y el espacio eran meras ilusiones. Le vi envuelto en una luz lechosa ante el altar principal, una figura ágil y veloz envuelta en regios harapos y sin otra expresión en sus ojos que la paciencia, hasta desvanecerse en un leve resplandor. En aquel instante no existía ninguna cripta secreta bajo les Innocents. No existía la visión espantosa de aquel fantasma andrajoso bajo la radiante luminosidad de la biblioteca de Nicolás, arrojando los libros al suelo como si fueran cáscaras vacías al terminar de hojearlos.

Creo que me arrodillé y apoyé la cabeza contra las melladas losas del suelo. Vi la Luna como un fantasma desvaneciéndose y el Sol debió tocarla, porque su brillo me hizo daño y me obligó a cerrar los ojos.

Sin embargo, sentí al mismo tiempo una gran exaltación, un éxtasis. Era como si mi espíritu pudiera saborear la gloria del Rito Oscuro, sin necesidad de derramar sangre, en la intimidad de aquella voz que me hendía y buscaba la parte más tierna y más secreta de mi alma.

«¿Qué deseas de mí?» quise decirle. «¿Cómo puedes ofrecerme el perdón y el olvido cuando hace tan poco sólo sentías por mí el rencor más profundo? Tu asamblea, destruida. Esos horrores que no quiero imaginar...»

Todo esto quise decirle, pero, como antes, me resultó imposible articular las palabras. Y esta vez me di cuenta de que, si me atrevía a intentarlo, la sensación de felicidad desaparecería y me abandonaría, y que la angustia sería peor aún que la sed de sangre.

Con todo, aunque permanecí callado, envuelto en el misterio de aquel sentimiento, reconocí imágenes y pensamientos extraños que no me pertenecían.

Me vi a mí mismo regresando a las mazmorras y tomando en mis brazos los cuerpos inanimados de los dos monstruos de mi propia raza a los que tanto amaba. Me vi transportándolos a la azotea de la torre y dejándolos allí, impotentes, a merced del sol naciente. Las campanas del infierno repicaban en vano por ellos: tocaban alarma. Y el sol les consumía y les reducía a cenizas con cabello humano.

Mi mente retrocedió ante todo aquello, se replegó en sí misma, presa del más desgarrador desengaño.

—Basta, Armand —susurré. ¡Ah, cuánto me dolía aquella decepción, aquella reducción de posibilidades...!—. Qué estúpido has sido al pensar que yo podría hacer tal cosa...

La voz se desvaneció, se apartó de mí y sentí la soledad en cada poro de mi piel. Era como si me hubieran privado para siempre de cualquier cobijo y, en adelante, fuera a sentirme siempre tan desnudo y desdichado como en aquel instante.

Y sentí en la lejanía una convulsión de energía, como si el espíritu que había creado la voz estuviera enroscándose sobre sí mismo con una gran lengua.

—¡Traición! —exclamé en voz más alta—. Pero, ¡ah!, qué tristeza, qué error de cálculo. ¡Cómo puedes decir que me deseas!

Pero se había ido. Había desaparecido por completo. Y, presa de la desesperación, deseé que volviera aunque fuera para luchar contra mí. Anhelé gozar de nuevo de aquella sensación de posibilidad, de aquella deliciosa llamada.

Y vi su rostro en Notre Dame, juvenil y casi dulce, como el de un santo pintado por Leonardo.

Me invadió una terrible sensación de fatalidad.

6

Tan pronto como Gabrielle despertó, la conduje lejos de Nicolás y le expliqué todo lo que había tenido lugar la noche anterior. Le conté todo cuanto Armand había sugerido y dicho. Con cierta incomodidad, mencioné el silencio que existía entre ella y yo, y le aseguré saber ahora que tal situación no iba a cambiar.

—Debemos dejar París lo antes posible —dije por fin—. Esa criatura es demasiado peligrosa. Y esas otras a las que he cedido el teatro...; ninguna de ellas sabe nada, salvo lo que él les ha enseñado. Propongo que les dejemos París y tomemos la Senda del Mal, por usar las palabras de la vieja reina.

Había esperado de ella una reacción de furia contra mí, y de malevolencia hacia Armand, pero permaneció serena durante toda mi exposición.

—Quedan demasiadas preguntas por responder, Lestat —dijo al fin—. Quiero saber cómo nació su asamblea. Y quiero conocer todo lo que Armand sabe de nosotros.

—Madre, estoy tentado de volver la espalda a todo eso. No me importa cómo se inició y dudo que él mismo lo sepa.

—Te entiendo, Lestat —respondió ella con calma—. Créeme, te entiendo. Cuando todo quede aclarado, estas criaturas me importarán menos que los árboles de este bosque o que las estrellas que lucen ahí arriba. Preferiría estudiar las corrientes del viento o los dibujos de las hojas al caer...

—Exacto.

—Pero no debemos precipitarnos. Ahora, lo importante es que los tres permanezcamos juntos. Debemos ir juntos a la ciudad y prepararnos con tranquilidad para marcharnos juntos más adelante. Y juntos también debemos trazar el plan para despertar a Nicolás con el violín.

Quise preguntarle por Nicolás, saber qué había tras su silencio, qué podía ella adivinar en su mente. Sin embargo, las palabras se me secaron en la garganta y recordé, como lo había hecho en todo instante, el comentario que Gabrielle había hecho en aquellos primeros instantes: «El desastre, hijo mío».

Me pasó el brazo por la cintura y me condujo de nuevo hacia la torre.

—No tengo que leer tus pensamientos —dijo— para saber lo que dice tu corazón. Llémosle a París y busquemos el Stradivarius. —Se puso de puntillas para darme un beso y añadió—: Ya estábamos juntos en la Senda del Mal antes de que sucediera todo esto, y pronto volveremos a tomarla.

Conducir a Nicolás a París resultó tan fácil como llevarle a cualquier otra parte. Como un fantasma, montó a caballo y cabalgó a nuestro lado; únicamente su oscura melena y su capa, batidas por el viento, parecían tener vida.

Cuando cobramos nuestras víctimas en la Ile de la Cité, advertí que no verle cazar y matar me resultaba insoportable.

Y no me daba ninguna esperanza verle hacer aquellas cosas sencillas con la torpeza y lentitud de un sonámbulo. Tal cosa sólo demostraba que podía continuar en aquel estado para siempre, como nuestro silencioso cómplice, poco más que un cadáver resucitado.

Sin embargo, mientras recorríamos juntos las callejas, se adueñó de mí una sensación inesperada. Ahora éramos tres, no dos. Éramos un grupo, una asamblea. Y si conseguía reanimarle...

No obstante, lo primero era la visita a Roget. Tenía que presentarme solo ante el abogado, de modo que les dejé esperando a unas cuantas puertas de la casa y, mientras golpeaba el picaporte, tomé fuerzas para acometer la actuación más horrorosa de mi carrera teatral.

Pues bien, muy pronto iba a aprender una importante lección acerca de los humanos y de su disposición a convencerse de que el mundo es un lugar seguro. Roget se mostró encantado de verme. Estaba tan aliviado de encontrarme «vivo y en buen estado de salud» y de comprobar que seguía requiriendo sus servicios, que, con grandes aspavientos de cabeza, aceptó mis disparatadas explicaciones sin apenas darme tiempo a empezarlas.

(Y esta lección sobre la tranquilidad de los mortales no iba a olvidarla nunca. Aunque un espíritu esté haciendo pedazos una casa, aunque haga volar los platos y las ollas, derrame agua sobre los cojines o haga que los relojes suenen a todas horas, los mortales aceptarán prácticamente cualquier «explicación natural» que se les ofrezca, por absurda que sea, antes que la obvia explicación sobrenatural del suceso.)

También quedó claro casi desde el primer momento que el abogado creía que Gabrielle y yo habíamos abandonado la alcoba de la casa por la puerta de servicio, una posibilidad en la que yo no había caído hasta entonces. Así, pues, respecto a los candelabros retorcidos, lo único que hice fue murmurar unas frases sobre si me había vuelto loco de dolor al ver a mi madre en el lecho de muerte. Roget lo comprendió enseguida.

En cuanto a la razón de que me la llevara... En fin, Gabrielle había insistido en que la alejara de todos y la llevara a un convento, donde ahora se encontraba.

—¡Ah, señor abogado, su mejoría es un milagro! —exclamé—. Si pudiera verla... Pero no importa. Nos vamos de inmediato a Italia con Nicolás de Lenfent y necesitamos dinero en efectivo, letras de crédito, lo que sea. Y un carruaje, uno grande para viajes largos, y un buen tiro de seis caballos. Ocúpese de esto, que esté todo preparado para primera hora de la noche del viernes. Y escríbale a mi padre diciéndole que nos llevamos a mi madre a Italia. Supongo que mi padre se encuentra bien, ¿verdad?

—Sí, sí. Por supuesto, únicamente le he hecho llegar las noticias más tranquilizadoras...

—Muy prudente por su parte. Sabía que podía confiar en usted. ¿Qué haría yo sin su colaboración? ¿Y qué me dice ahora de estos rubíes? ¿Podría convertirlos en dinero inmediatamente? También tengo unas monedas españolas para vender. Bastante antiguas, creo.

Tomó nota de todo como un poseso, mientras todas sus dudas y sospechas se fundían bajo el calor de mis sonrisas. ¡Estaba tan contento de tener algo que hacer!

—Conserve vacío mi local del boulevard du Temple —le ordené—. Y, naturalmente, quiero que se encargue de todo.

El local del boulevard du Temple, el escondrijo de un grupo de vampiros harapientos y desesperados, a menos que Armand los hubiera descubierto y los hubiera quemado como viejos trajes de atrezo. Muy pronto encontraría la respuesta a aquel interrogante.

Bajé los peldaños hasta la calle silbando para mí de la manera más humana, satisfecho de haber cumplido con aquella desagradable obligación. Entonces advertí que Nicolás y Gabrielle no aparecían por ninguna parte.

Me detuve y observé con atención la calle.

Vi a Gabrielle en el preciso instante de escuchar su voz: una figura joven y varonil surgiendo impetuosa de una callejuela, como si se acabara de materializar allí mismo.

—¡Lestat, se ha ido..., ha desaparecido! —exclamó.

No supe qué responder. Dije alguna estupidez, algo así como «¿Qué quieres decir, desaparecido?», pero mis pensamientos casi ahogaban las palabras antes de que surgieran de mi cabeza. Si hasta aquel instante había dudado de mi amor por él, me había estado mintiendo a mí mismo.

—Le he dado la espalda y todo ha sido así de rápido, te lo aseguro —explicó ella, entre apenada y furiosa.

—¿Has oído a alguien más...?

—No. A nadie. Sencillamente, todo ha sido demasiado rápido.

—Sí, siempre que se haya movido por sí mismo, que no se lo haya llevado...

—¿Armand? Habría notado su miedo si él hubiera intervenido —insistió.

—Pero, ¿estás segura de que Nicolás tenga miedo, de que sienta algo?

Yo estaba absolutamente aterrado y exasperado. Nicolás se había desvanecido en una oscuridad que se extendía alrededor de nosotros como una rueda gigante en torno a su eje. Creo que apreté los puños y debí hacer algún vago gesto de pánico.

—Escúchame —dijo—. Sólo hay dos cosas que dan vueltas y vueltas en su mente...

—¡Dímelas!

—Una es la hoguera de la cripta bajo les Innocents donde estuvo a punto de ser quemado. La otra es un pequeño teatro..., unas luces, un proscenio, un escenario...

—El teatro de Renaud —murmuré.

Juntos, ella y yo éramos arcángeles. No tardamos un cuarto de hora en llegar al ruidoso bulevar y, entre la animada multitud, pasamos ante la abandonada fachada del local de Renaud para dirigirnos a la puerta de artistas.

Los tablones estaban astillados, y las cerraduras, rotas. Sin embargo, no capté sonido alguno de Eleni y de las demás criaturas mientras avanzábamos con sigilo por el pasillo que rodeaba los bastidores. Allí no había nadie.

Quizás Armand había devuelto al redil a sus hijos, después de todo, y la culpa era mía por no haberles acogido a mi lado.

No había nada, salvo la jungla de utilería, los grandes decorados pintados con el día y la noche y la montaña y el valle, y los camerinos abiertos, aquellos abigarrados cuartuchos donde, aquí y allá, un espejo reflejaba la luz que se filtraba por la puerta abierta que habíamos dejado atrás.

Entonces, la mano de Gabrielle se cerró en mi manga. Con un gesto, señaló el escenario y, por la expresión de su rostro, supe que no eran los otros. Quien estaba allí era Nicolás.

Me acerqué al lateral del escenario. El telón de terciopelo estaba corrido a ambos lados, y distinguí claramente su figura en el foso de la orquesta. Estaba sentado en su lugar habitual, con las manos cruzadas sobre los muslos. Tenía el rostro vuelto hacia mí, pero no advertía mi presencia. Seguía con la mirada perdida, como siempre.

Y evoqué las extrañas palabras de Gabrielle la noche después de que la creara, respecto a que no podía sobreponerse a la sensación de haber muerto y de no poder influir en nada en el mundo mortal.

Su aspecto era translúcido, carente de vida. Era el aspecto mudo e inexpresivo con que uno casi tropieza en las sombras de la casa encantada, casi fundido con el mobiliario polvoriento; era, tal vez, el espanto más horrible de todos cuantos existen.

Miré si tenía el violín en el suelo apoyado en la silla y, al ver que no era así, me dije que aún tenía una oportunidad.

—Quédate aquí y vigila —indiqué a Gabrielle. Sin embargo, el corazón se me desbocó cuando alcé la mirada al teatro a oscuras, cuando me dejé embriagar por los viejos olores. «¡Oh, Nicolás!» pensé. «¿Por qué has tenido que traernos aquí, a este lugar hechizado? Aunque, ¿quién soy yo para preguntarlo? También yo volví, ¿no es cierto?»

Encendí la única vela que encontré en el camerino de la primera actriz. Por todas partes había botes de pintura de teatro abiertos, y en las perchas colgaban aún numerosos trajes desechados. Todos los camerinos por los que pasé estaban llenos de vestuario abandonado, peines y cepillos olvidados, flores marchitas todavía en los jarrones y polvos de maquillaje derramados por el suelo.

Volví a pensar en Eleni y los demás, y advertí que se apreciaba allí un levísimo aroma a les Innocents. Distinguí unas huellas de pisadas de pies desnudos muy claras en el polvo. Sí, las criaturas habían entrado. Y habían encendido velas, sin duda, pues el olor a cera parecía muy reciente.

Fuera como fuese, no había entrado en mi antiguo camerino, la estancia que Nicolás y yo compartíamos antes de cada actuación. Todavía estaba cerrada y, cuando la abrí por la fuerza, me llevé una desagradable sorpresa. Todo seguía exactamente como lo había dejado.

Estaba limpia y ordenada, incluso el espejo estaba libre de polvo, y encontré todas mis pertenencias tal como las dejara la última noche que había pasado allí. Vi mi vieja capa colgada de la percha, las viejas ropas que había traído del campo y un par de botas arrugadas. Encontré también mis tarros de maquillaje para la escena en perfecto orden, y la peluca —que sólo había lucido en el teatro— en su cabeza de madera. Las cartas de Gabrielle formaban un pequeño montón; los ejemplares de periódicos ingleses y franceses en los que se mencionaba la obra y una botella de vino aún medio llena, con el tapón seco, completaban el inventario.

Y allí, en la oscuridad bajo el tocador de mármol, cubierta en parte por un gabán negro hecho un fardo, había una brillante caja de violín. No era la del instrumento que habíamos traído del pueblo. No. En su interior debía estar el preciado regalo que le había comprado después, con la «moneda del reino»: el violín Stradivarius.

Me agaché y abrí la tapa. Efectivamente, contenía el bello instrumento, delicado y dotado de un oscuro brillo, abandonado allí entre todas aquellas cosas sin valor.

Me pregunté si Eleni y los demás se lo habrían quedado en el caso de haber entrado en el camerino. ¿Habrían sabido reconocer su posible utilidad y su valor?

Dejé la vela por un instante, saqué con cuidado el violín y tensé las cerdas de crin del arco como le había visto hacer mil veces a Nicolás. Luego llevé el instrumento y la vela otra vez al escenario, me agaché y empecé a encender la larga serie de velas que formaba la batería de luces del proscenio.

Gabrielle me contempló, impasible. Luego acudió a ayudarme.

Fue encendiendo una vela tras otra y prendió a continuación los candelabros de las paredes.

Pareció que Nicolás se agitaba, pero tal vez *fue* sólo la creciente iluminación de su perfil, la suave luz que emanaba del escenario y se extendía por la sala vacía. Los profundos pliegues del terciopelo cobraron vida por doquier y los ornados espejuelos incrustados en el frontis del anfiteatro y de los palcos se convirtieron en otras tantas luces.

Qué bello era aquel rincón, nuestro rincón. Había sido la puerta al mundo, cuando éramos mortales. Y, finalmente, habría resultado la puerta del infierno.

Cuando terminé de encender las velas, me detuve un momento sobre el escenario y admiré los pasamanos dorados, la nueva araña de luces que colgaba del techo y, arriba de todo, las máscaras de la comedia y de la tragedia como dos caras surgiendo del mismo cuello.

El local parecía mucho más pequeño cuando estaba vacío. En cambio, ningún teatro de París parecía más grande cuando estaba lleno.

Llegaba del exterior el ronco rumor del tráfico en el bulevar, finas voces humanas alzándose de vez en cuando como chispas sobre el murmullo de fondo. Debía estar pasando un carruaje pesado, porque todo cuanto contenía el teatro vibró ligeramente: la llama de las velas en los reflectores, el enorme telón recogido a izquierda y derecha, el decorado con un jardín bellamente dibujado y unas nubes en el cielo.

Pasé delante de Nicolás, que no me había dirigido la mirada un solo instante, y descendí la escalerilla situada tras él hasta el foso de la orquesta. Me acerqué a su silla con el violín.

Gabrielle se quedó de nuevo tras las bambalinas con una expresión fría pero paciente en su rostro menudo. Se apoyó contra una columna próxima, con el gesto fácil de un extraño joven de largos cabellos.

Por detrás de él, bajé el violín sobre el hombro de Nicolás y lo deposité en su regazo. Noté que se movía, como si exhalara un suspiro, y apretaba la nuca contra mí. Luego, lentamente, alzó la mano izquierda para sujetar el puente del violín, al tiempo que, con la diestra, tomaba el arco.

Me arrodillé y apoyé las manos en sus hombros. Le besé la mejilla. No capté ningún olor humano, ningún calor de mortal. Era una escultura de mi Nicolás.

—Toca —susurré—. Toca ahora, para nosotros solos.

Se volvió lentamente hasta quedar frente a mí y, por primera vez desde el instante del Rito Oscuro, me miró a los ojos y emitió un leve sonido, tan forzado que me pareció como si hubiera perdido la capacidad de hablar. Como si se le hubieran atrofiado los órganos de fonación.

Finalmente, se pasó la lengua por los labios y, en una voz tan baja que apenas logré oírle, dijo:

—Es el instrumento del diablo.

—Sí —respondí. «Si es lo que tienes que creer» añadí para mí, «que así sea. Pero toca».

Sus dedos se posaron sobre las cuerdas. Tanteó la madera de la caja hueca con la yema de los dedos, y, por fin, tembloroso, pulsó las cuerdas para afinarlas y ajustó con gran parsimonia las clavijas, como si, sumamente concentrado, realizara por primera vez aquella maniobra.

En el bulevar, unos niños se reían. Unas ruedas de madera traqueteaban con estruendo en los adoquines. Las notas entrecortadas eran irritantes, discordantes, y agudizaban la tensión.

Nicolás apretó el instrumento contra su oído por un instante y me dio la impresión de que volvía a quedarse inmóvil durante una eternidad, hasta que se puso en pie con lentitud. Dejé el foso de la orquesta y salí a la platea, donde me quedé de pie contemplando su negra silueta recortada contra el fulgor del escenario.

Se volvió hacia el patio de butacas vacío como tantas veces había hecho en el intermedio de la representación, y se colocó el violín bajo el mentón. Y, con un movimiento veloz como el rayo ante mis ojos, bajó el arco sobre las cuerdas.

Los primeros arpeggios, graves y potentes, latieron en el silencio y se alargaron y profundizaron, arañando el fondo mismo del sonido. Luego, las notas se alzaron, ricas y oscuras y penetrantes, como si fueran extraídas del violín por obra de magia, hasta que un desbordado torrente de melodías inundó de pronto la sala.

La música pareció traspasar mi cuerpo, atravesar mis mismísimos huesos.

No podía ver el movimiento de sus dedos ni el ir y venir del arco; lo único que distinguía era la agitación de su cuerpo, su postura torturada mientras dejaba que la música le retorciera, le doblara hacia adelante y le arrojara hacia atrás.

Las notas se hicieron más agudas, más chillonas, más rápidas, pero seguían conservando el tono a la perfección. Era una ejecución sin esfuerzo, con un virtuosismo más allá de cualquier sueño mortal. Y el violín hablaba; no se limitaba a cantar, sino que era insistente en su tonada. El violín contaba una historia.

La música era un lamento, un futuro de terror enroscándose en hipnóticos ritmos de danza, sacudiendo a Nicolás de un lado a otro con más fuerza todavía. Su cabello era una greña reluciente ante las luces del proscenio. Su piel estaba perlada de sudor ensangrentado. Llegó hasta mí el olor de la sangre.

Pero yo también estaba doblándome, y retrocedía, agachado tras los asientos como si quisiera ocultarme de la música, igual que una multitud de aterrorizados mortales se había puesto a cubierto de mí en aquel mismo local.

Y supe, de alguna manera plena y simultánea, que el violín estaba contando todo cuanto le había sucedido a Nicolás. La música era el estallido de la oscuridad, era la oscuridad fundida, y su belleza era como el fulgor de las ascuas: daba la luz suficiente para mostrar cuánta oscuridad había en realidad.

También Gabrielle pugnaba por mantener quieto en cuerpo bajo aquel torbellino. Tenía el rostro contraído y las manos en la cabeza; la melena leonina se le había soltado en torno a la cara, y advertí que había cerrado los ojos.

Sin embargo, otro sonido se abrió paso entre la pura inundación de la música. Las criaturas estaban allí. El cuarteto había acudido al teatro y avanzaban hacia nosotros entre bastidores.

La música alcanzó cimas imposibles, el sonido tomaba fuerzas y siguió ascendiendo. La mezcla de sentimientos y de pura lógica traspasó los límites de lo tolerable y, sin embargo, continuó y continuó...

Y el cuarteto apareció lentamente detrás del telón: primero, la majestuosa figura de Eleni, seguida de Laurent, el muchacho, y de Félix y Eugénie. Se habían convertido en acróbatas, en artistas callejeros, y llevaban la ropa de los de su oficio, los hombres con medias blancas bajo los calzones de arlequín con colgantes, y las mujeres con grandes bombachos, vestidos de volantes y zapatillas de baile en los pies. El carmín brillaba en sus inmaculadas caras blancas y el *kohl* trazaba el contorno de sus deslumbrantes ojos de vampiro.

Se acercaron a Nicolás como atraídos por un imán, y su belleza destacó aún más al quedar a la luz de las velas del escenario; sus cabellos brillaban, sus movimientos eran ágiles y felinos, sus expresiones eran arrebatadas.

Nicolás se volvió lentamente hacia ellos mientras seguía agitándose, y la música se convirtió en una súplica frenética, bamboleándose y ascendiendo y lanzando rugidos en su carrera melódica.

Eleni contempló a Nicolás con los ojos muy abiertos, entre horrorizada y encantada. Después, levantó los brazos por encima de la cabeza con un gesto lento y teatral y puso el cuerpo en tensión; su cuello resultaba aún más largo y grácil. La otra mujer pivotó sobre un pie, y levantó la rodilla; los dedos del pie apuntaban hacia abajo en el primer paso de una danza. No obstante, fue el hombre alto quien cogió de pronto el ritmo de la música de Nicolás, sacudiendo la cabeza a un lado y moviendo brazos y piernas como si fuera una gran marioneta tirada de cuatro cuerdas colgadas de las vigas del techo.

Los demás lo vieron. Ya conocían las marionetas del bulevar y, de pronto, todos adoptaron aquella gesticulación mecánica, con bruscos movimientos como espasmos y con el rostro como máscaras de madera absolutamente en blanco.

Me atravesó una gran oleada fría de placer, como si de pronto pudiera aspirar el calor radiante de la música, y gemí de gozo viéndoles sacudirse y agitarse, lanzar las piernas a lo alto, con los dedos hacia el techo, y dar vueltas con sus cuerdas invisibles.

Pero la situación empezó a cambiar. Ahora, Nicolás tocaba para ellos, al tiempo que las criaturas bailaban para él.

Avanzó hacia el escenario, dio un salto por encima de la humeante batería de luces del proscenio y fue a caer en medio de los cuatro. La luz se reflejó en el instrumento y ocultó por un instante su rostro resplandeciente.

Un nuevo elemento burlón impregnó la interminable melopea, una melodía sincopada que hacía tambalear la tonada y le daba una carga aún más amarga y, al propio tiempo, aún más dulce.

Las marionetas de articulaciones rígidas lo rodearon, arrastrando los pies y meneando la cabeza sobre las tablas. Con los dedos abiertos y bamboleando la cabeza a un lado y a otro, se retorcieron y agitaron, hasta que, uno por uno, fueron perdiendo la rigidez a la vez que la melodía de Nicolás se fundía en una desgarradora tristeza. La danza se hizo de inmediato viscosa, acongojada y lenta.

Era como si una mente los controlara, como si danzaran al son de los pensamientos de Nicolás, además de al de su música. Y Nicolás se puso a bailar con ellos sin dejar de tocar, acelerando el ritmo hasta convertirse en el violinista rural de la hoguera de Carnaval, y las criaturas saltaron por parejas como amantes de aldea, las mujeres haciendo volar las faldas y los hombres doblando las piernas, al tiempo que alzaban a las mujeres, creando en todo momento posturas del más tierno amor.

Paralizado, contemplé la escena: los bailarines sobrenaturales, el violinista monstruoso, brazos y piernas moviéndose con inhumana lentitud, con gracia hechizadora. La música era como un fuego que nos consumía a todos.

Y de nuevo lanzó un grito de dolor, de horror, de pura rebelión del alma contra todas las cosas. Y, una vez más, las criaturas le dieron expresión visual con rostros retorcidos de tormento, como la máscara de la tragedia grabada en el techo.

Me di cuenta de que, si no volvía la espalda a aquello, terminaría llorando.

No quería oír ni ver nada más. Nicolás se estaba moviendo adelante y atrás como si el violín fuera una bestia a la que ya no dominara. Y descargaba sobre las cuerdas golpes breves y ásperos con el arco.

Los bailarines pasaron delante de él, por detrás, le abrazaron y se cogieron a él mientras Nicolás levantaba las manos y sostenía el violín por encima de la cabeza.

Una carcajada estridente surgió de la boca del músico. Se reía a mandíbula batiente, agitando brazos y piernas sin control. Al cabo de unos instantes, bajó la cabeza y clavó los ojos en mí. Por último, con su tono de voz más estentóreo, exclamó:

— ¡YO OS HE DADO EL TEATRO DE LOS VAMPIROS! ¡EL TEATRO DE LOS VAMPIROS! ¡EL MAYOR ESPECTÁCULO DEL BULEVAR!

Desconcertados, los demás le miraron. Sin embargo, una vez más, todos al unísono batieron palmas y lanzaron vítores. Dieron saltos en el aire y, con gritos de alegría, pasaron sus brazos en torno al cuello de Nicolás y le besaron. Después, danzando en torno a él en un círculo, le hicieron dar vueltas impulsándole con los brazos. Se alzaron las risas en todas las gargantas cuando él los estrechó a todos en sus brazos y respondió a sus besos mientras las criaturas lamían, con sus largas lenguas rosadas, el sudor ensangrentado de su rostro.

—¡El Teatro de los Vampiros!

Las criaturas se separaron de Nicolás y vocearon el nombre al público inexistente, al mundo entero. Hicieron una reverencia a las luces del proscenio y, retozando y lanzando alaridos, saltaron a las vigas y se dejaron caer desde ellas con un eco atronador de las tablas.

Desapareció la música, reemplazada por la cacofonía de gritos y golpes y risas, insistente como el tañido de las campanas.

No recuerdo que les diera la espalda ni que subiera los peldaños del escenario y cruzara éste dejándoles atrás, pero debí hacerlo, ya que, de pronto, me encontré sentado en la mesilla baja y estrecha de mi reducido camerino, con la espalda apoyada en el rincón, las rodillas encogidas y la cabeza contra el frío cristal del espejo. Gabrielle estaba allí.

Mi respiración era jadeante y su sonido me desgarró. Vi cosas —la peluca que había lucido en escena, el escudo de cartón piedra—, que me hicieron evocar emociones extraordinarias. Pero sentía que me ahogaba. Y era incapaz de pensar.

Entonces apareció Nicolás a la puerta y apartó a Gabrielle a un lado con una fuerza que nos sorprendió a ella y a mí.

—Y bien: ¿no te gusta, mi señor empresario? —me preguntó, a la vez que me apuntaba con el dedo y avanzaba hacia mí. Su voz era un torrente sin pausas que parecía una sola e inmensa palabra—. ¿No admiras su esplendor, su perfección? ¿No dotarás al Teatro de los Vampiros de esas monedas del reino que posees en tal abundancia? ¿Cómo era eso, «la nueva maldad, el centro en el capullo de la rosa, la muerte en el centro mismo de las cosas»...?

De la mudez había pasado al parloteo obsesivo e, incluso cuando cesó de hablar, los inaudibles sonidos frenéticos y carentes de sentido continuaron brotando de sus labios como el agua de una fuente. Tenía el rostro contraído, duro y brillante de las gotitas de sangre que bañaban su piel y manchaban el lino blanco de su cuello.

Y detrás de él se produjo la risa casi inocente de los demás, salvo de Eleni, que se quedó mirando por encima del hombro de Nicolás, esforzándose en tratar de entender qué estaba sucediendo realmente entre nosotros.

Nicolás se acercó aún más, sonriendo con una media risa, y me dio unos golpecitos en el pecho con el dedo muy rígido.

—Bien, habla. ¿No ves qué espléndida burla, qué genialidad? —Se golpeó a sí mismo en el pecho con el puño y continuó—: Ventrán a nuestras representaciones, llenarán de oro nuestras arcas y no adivinarán nunca qué acogen, qué florece justo en el rabillo del ojo parisiense. Nos alimentamos de ellos en las callejas y ellos vienen a aplaudirnos ante el escenario...

Oí la risa del muchacho a su espalda, el tintineo de la pandereta, el leve murmullo de la otra mujer cantando. Una larga risa del hombre como una cinta desenrollándose, trazando sus movimientos en rápidos círculos entre ruidosos juncos.

Nicolás se acercó tanto, que la luz desapareció detrás de él. Dejé de ver a Eleni.

—¡Una maldad espléndida! —exclamó. Su voz estaba llena de amenazas, y sus blancas manos parecían las zarpas de una criatura marina dispuesta a saltar en cualquier momento para despedazarme—. Servir al dios del bosque oscuro como no ha sido servido nunca, ¡y justo aquí, en el centro mismo de la civilización! ¡Para esto has salvado tu teatro! ¡Y de tu gentil patronazgo ha nacido esta sublime ofrenda!

—No hay para tanto —respondí—. Sólo es una idea hermosa e inteligente, y nada más.

Mi réplica no había sido en voz muy alta, pero le hizo callar, como hizo callar a los demás. Y la sorpresa que me embargaba dio paso lentamente a otra emoción, no menos dolorosa, sino sólo más fácil de contener.

De nuevo, no hubo otro sonido que el procedente del bulevar. Una rabia sorda brotaba de Nicolás. Las pupilas le bailaban al mirarme.

—Eres un mentiroso, un falso despreciable —masculó.

—Tu plan no posee el menor esplendor —repliqué—. No tiene nada de sublime. Sólo se trata de engañar a esos indefensos mortales, de burlarse de ellos, para luego salir del teatro por la noche y, con la misma sencillez, quitarles la vida (muerte tras muerte, con toda su inevitable crueldad y vileza) para seguir viviendo. ¡Cualquier hombre puede matar a otro! Sigue tocando el violín eternamente, baila como gustes. ¡Compénsales el dinero que paguen, si eso te mantiene ocupado y te ayuda a pasar la eternidad! Es, simplemente, una idea hermosa e inteligente. Una arboleda en el Jardín Salvaje. Nada más.

—¡Vil mentiroso! —repitió entre dientes—. Eres un bendito necio, eso es lo que eres. Tú poseías el secreto oscuro que se alzaba por encima de todas las cosas, que hacía comprensible todo lo inexplicable, ¿y qué hiciste con él durante los meses que pasaste a solas, yendo y viniendo de la torre de Magnus? ¡Tratar de vivir como un buen hombre! ¡Como un buen mortal!

Acercó su rostro al mío lo suficiente para besarme; la sangre de su saliva me salpicaba la cara.

—¡Mecenas de las artes! —exclamó en tono burlón—. ¡Tú que ofreces regalos a tu familia, que nos ofreces regalos a nosotros!

Retrocedió unos pasos mientras me dirigía una mirada de desprecio. Luego, continuó hablando:

—Pues bien, nos haremos cargo de este teatro que pintaste de dorado y que llenaste de cortinajes de terciopelo; con él, serviremos al diablo, mejor y más espléndidamente que lo que lo hizo nunca la vieja asamblea. —Se dio la vuelta y miró a Eleni. Después, observó de nuevo a los demás—. Haremos burla de todo lo sagrado. Conduciremos al público a una vulgaridad y a una irreverencia cada vez mayores. Le asombraremos. Le seduciremos. Pero, por encima de todo, nos apropiaremos de su oro igual que de su sangre, y nos haremos fuertes en medio de ellos.

—Sí —le apoyó el muchacho, detrás de él—. Nos haremos invencibles. —En su rostro había un aire desquiciado, y en sus ojos, vueltos hacia Nicolás, brillaba el fanatismo—. Tendremos nombres y lugares en su propio mundo.

—Y tendremos poder sobre ellos —añadió la otra mujer—, y una atalaya desde la cual estudiarles y conocerles y perfeccionar nuestros métodos para destruirlos cuando queramos.

—Quiero este teatro —me dijo Nicolás—. Quiero que me lo des. Quiero la escritura y dinero para reabrirlo. Mis ayudantes, estos que aquí ves, están dispuestos a seguirme.

—Si lo deseas, quédatelo —respondí—. Es tuyo, si con eso quedo liberado de tu malevolencia y de tu quebrantada razón.

Me incorporé de la mesilla y avancé hacia él, y creo que, por un instante, Nicolás trató de cerrarme el paso. Sucedió entonces algo inexplicable: cuando vi que no se movía, la cólera surgió de mi interior y le

golpeó como si fuera un puño invisible. Le vi retroceder tambaleándose, como si el puño le hubiera dado de lleno, hasta ir a dar con súbita fuerza contra el tabique.

Habría podido abandonar el lugar al instante, y sabía que Gabrielle sólo estaba esperando a que lo hiciera para seguirme, pero no me marché. Me detuve y volví la vista hacia Nicolás, que seguía aún aplastado contra la pared como si no pudiera moverse. Me estaba mirando, y su expresión de odio seguía siendo tan pura, tan poco moderada por el recuerdo de nuestro viejo amor, como lo había sido desde que el violín le hiciera revivir.

No obstante, yo deseaba comprender, conocer realmente qué había sucedido. De nuevo, me acerqué a él en silencio y, esta vez, fui yo quien ofreció un aspecto amenazador, con mis manos como zarpas. Pude captar el miedo en Nicolás. Todos, salvo Eleni, estaban llenos de temor.

Cuando estuve muy cerca de Nicolás, me detuve y le miré directamente a los ojos; fue como si él comprendiera perfectamente lo que le estaba preguntando.

—No lo has entendido nunca, amor mío —murmuró con voz cáustica. Volvía a sudar gotitas sanguinolentas y le brillaban mucho los ojos, como si los tuviera acuosos—. Si allá en el pueblo tocaba el violín, era para herir a los demás, para irritarles, para procurarme una isla donde los demás no pudieran mandar. Quería que fueran testigos de mi ruina, incapaces de hacer nada por evitarla.

No respondí. Deseaba que siguiera hablando.

—Y cuando decidimos venir a París, creí que íbamos a pasar hambre, que caeríamos cada vez más bajo. Esto era lo que yo buscaba, mientras que ellos deseaban que yo, el hijo más dotado, contribuyera a enaltecerlos. ¡Y yo que pensaba que nos hundiríamos! Se suponía que debíamos caer cada vez más bajo.

—¡Oh, Nicolás...! —exclamé en un susurro.

—Pero tú no te hundiste, Lestat —continuó, enarcando las cejas—. El hambre, el frío..., nada consiguió detenerte. ¡Eras un triunfo! —La rabia le espesó la voz una vez más—. No terminaste alcoholizado en el arroyo, sino que lo volviste todo al revés. Y en cada aspecto de nuestra presunta condenación, tú encontraste una nueva alegría. La pasión y el entusiasmo que irradiabas no tenían fin... Y la luz, siempre esa luz... Y, en la misma medida exacta en que surgía de ti esa luz, aumentaba en mí la oscuridad. ¡Cada muestra de alegría me desgarraba y creaba su calco exacto de tinieblas y desesperación! Y entonces vino la magia; cuando poseíste la magia, ironía de ironías, ¡decidiste protegerme de ella! ¡Y no se te ocurrió otra cosa que utilizar tus poderes satánicos para fingir un comportamiento de caballero mortal!

Di media vuelta y vi a las criaturas dispersándose en las sombras y, más allá, la figura de Gabrielle. Vi la luz de su mano cuando la alzó para llamarme a su lado con un gesto.

Nicolás extendió los brazos y me tocó los hombros. Pude notar el odio que me transmitía con el contacto. Ser tocado por aquel odio me resultó repugnante.

—¡Como un descuidado rayo de sol, desperdigaste a los vampiros de la vieja asamblea! —añadió en un susurro—. ¿Con qué propósito? ¿Qué significa este monstruo asesino lleno de luz?

Me di la vuelta, le solté un bofetón y le mandé rodando al otro extremo del camerino. Su mano derecha rompió el espejo mientras la cabeza golpeaba el tabique del fondo.

Por un instante, quedó entre el amasijo de viejas ropas como un juguete roto; después, sus ojos recuperaron el brillo de la determinación, y sus facciones se relajaron en una leve sonrisa. Se enderezó y, lentamente, como haría un indignado mortal, se arregló la ropa y se atusó el cabello desgredado.

Sus gestos fueron parecidos a los míos bajo les Innocents, cuando mis captores me arrojaron al suelo. Luego, Nicolás avanzó hacia mí con similar dignidad, y su sonrisa era la más espantosa que había visto nunca.

—Te desprecio —declaró—. Pero he terminado contigo. Tengo el poder que tú mismo me has dado y sé utilizarlo, al contrario que tú. ¡Por fin estoy en un reino donde yo escojo el triunfo! Ahora, en las tinieblas, somos iguales. Y me vas a dar el teatro, porque me lo debes y porque te gusta dar cosas, ¿verdad?, te gusta dar monedas de oro a los niños hambrientos... Y cuando lo tenga, nunca más volveré a dirigir una mirada a tu luz.

Pasó a mi lado, y luego abrió los brazos hacia las otras criaturas:

—Venid, hermosos míos, tenemos obras que escribir y negocios que atender. Tenéis que aprender muchas cosas de mí. Yo sé cómo son de verdad los mortales. Tenemos que ponernos a trabajar en el perfeccionamiento de nuestro oscuro y espléndido arte. Formaremos una asamblea que rivalice con todas las demás. Haremos lo que nadie ha hecho hasta hoy.

El cuarteto me miró, asustado y titubeante, y, en aquel instante de tensión y silencio, me oí a mí mismo tomando aire profundamente. La visión se me amplió. Volví a ver las bambalinas a nuestro alrededor, las altas vigas, las cortinas de los decorados cortando la oscuridad y, más allá, el pequeño resplandor al pie del escenario cubierto de polvo. Vi el local envuelto en sombras, y comprendí, en un único e ilimitado segundo, todo lo que había sucedido allí. Y vi cómo una pesadilla daba a luz otra pesadilla, y vi cómo una historia llegaba a su final.

—El Teatro de los Vampiros —susurré—. Hemos obrado el Rito Oscuro sobre este lugar.

Ninguna de las criaturas se atrevió a responder. Nicolás apenas mostró una sonrisa.

Y, al tiempo que daba media vuelta para abandonar el teatro, alcé las manos en un gesto de invitación al cuarteto para que se acercaran a él. Fue mi despedida.

No estábamos lejos de las luces del bulevar cuando me detuve en seco. Mil horrores acudieron a mí sin palabras: que Armand se presentaba para destruirle, que sus nuevos hermanos y hermanas se cansaban de su frenesí y lo abandonaban, que la mañana lo sorprendía dando tumbos por las calles, incapaz de encontrar un lugar donde ocultarse del sol. Levanté los ojos al cielo. No era capaz de hablar o de respirar siquiera.

Gabrielle me pasó los brazos alrededor de la cintura y me apreté contra ella, hundiendo el rostro en sus cabellos. Su piel, su cara, sus labios, eran como frío terciopelo, y su amor me envolvió con una monstruosa pureza que no tenía nada que ver con los corazones humanos, con la carne humana.

La levanté del suelo sin dejar de abrazarla y, en la oscuridad, fuimos dos amantes tallados en la misma piedra, que no guardaban recuerdo de una vida anterior separados.

—Nicolás ha tomado una decisión, hijo mío —comentó—. Lo hecho, hecho está, y ahora estás libre de responsabilidades para con él.

—¿Cómo puedes decir eso, madre? —repliqué en un susurro—. El no sabía... Aún no sabe que...

—Déjale, Lestat —insistió ella—. Ya se ocuparán de él.

—Pero ahora tengo que encontrar a ese diablo de Armand, ¿no es eso? —añadí, abatido—. Tengo que lograr que les deje en paz.

La noche siguiente, cuando volví a París, supe que Nicolás ya había visitado a Roget.

Se había presentado una hora antes golpeando la puerta como un poseso, y, gritando desde las sombras, había exigido el título de propiedad del teatro y una cantidad de dinero que, según él, le había prometido. Había amenazado a Roget y a su familia y también le había dicho al abogado que escribiera a Renaud y su compañía, instalados en Londres, diciéndoles que volvieran, que había un nuevo teatro aguardándoles y que les esperaba enseguida. Ante la negativa de Roget, exigió la dirección de los artistas en Londres y empezó a registrar el escritorio de Roget.

Al enterarme de esto, monté en silenciosa cólera. Así que aquel demonio inexperto, aquel monstruo temerario y furioso, quería convertirles a todos en vampiros, ¿no era eso?

No toleraría que hiciera tal cosa.

Dije a Roget que enviara un correo a Londres con la advertencia de que Nicolás de Lenfent había perdido la razón. La compañía no debía regresar.

Después volví al boulevard du Temple y le encontré ensayando, más excitado y loco de lo que le había visto nunca. Volvía a lucir las ropas elegantes y las viejas alhajas de la época en que aún era el hijo predilecto de su padre, pero llevaba el lazo torcido, las medias arrugadas y el cabello más desgredado y desaseado que un prisionero de la Bastilla que llevara veinte años sin mirarse a un espejo.

Delante de Eleni y los demás, le advertí que no conseguiría nada de mí a menos que me prometiera que la nueva asamblea de vampiros, el nuevo aquelarre, no mataría o seduciría jamás a ningún actor o actriz parisinos, que Renaud y su compañía no serían llevados nunca al Teatro de los Vampiros, ni entonces ni en los años futuros, y que Roget, quien se encargaría de las finanzas del teatro, no debía recibir nunca el menor daño.

Nicolás se rió de mí, ridiculizándome como hiciera la noche anterior, pero Eleni le hizo callar. La mujer estaba horrorizada al enterarse de sus impulsivos proyectos. Fue ella quien primero formuló la promesa y quien la arrancó a los demás. También fue ella quien intimidó a Nicolás y le dejó confuso con su atropellado lenguaje antiguo y quien le obligó a aceptar.

Y fue a Eleni a quien concedí finalmente el control del Teatro de los Vampiros, junto con los ingresos, revisados por Roget, que le permitieran hacer lo que quisiera con el local.

Esa noche, antes de dejar su compañía, pedí a la mujer que me contara lo que supiera de Armand. Gabrielle estaba con nosotros. Nos hallábamos de nuevo en el callejón, cerca de la puerta de artistas.

—Armand observa —respondió Eleni—. A veces deja que le vean.

Su rostro me resultó muy confuso, pesaroso. A continuación, la mujer añadió con voz temerosa:
—Pero sólo Dios sabe qué hará cuando descubra lo que está sucediendo aquí de verdad.